



ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN

✦ El escondite
de Grisha

Grisha tiene los ojos azules y una vida jaspeada de oscuridad. Dos veces huérfano con solo diez años, ha aprendido a moverse entre adultos y niños sin pedir ayuda, sin desvelar sus secretos. Cada tarde, al salir del colegio, se refugia en la biblioteca municipal, cierra los ojos y deja que su mano se lance a escribir un torrente de palabras en un idioma lejano. Parece un diario, pero ¿de quién? ¿Es posible robar la vida de otra persona? Desde sus dos metros de altura, Olmo contempla el mundo como un laberinto de signos indescifrables. Ni siquiera está seguro de cuáles son sus sentimientos hacia la mujer con la que se encuentra furtivamente todos los sábados. Para escapar de ese vértigo y de un pasado que no se atreve a recordar, Olmo se vuelca en su trabajo de bibliotecario, donde las únicas constantes son el orden, el silencio. Pero no contaba con Grisha. No contaba con verse reflejado en los ojos de un niño malherido. Con atravesar un infierno ajeno para llegar al suyo propio. Este es el relato del insólito encuentro de Grisha y Olmo, del asesinato que cometieron juntos y del viaje que emprendieron en busca de respuestas y redención.

Ismael Martínez Biurrun

El escondite de Grisha



Título original: *El escondite de Grisha*
Ismael Martínez Biurrun, 2011

Revisión: 1.0
19/06/2019

Para Alberto

Primera parte

Este duende tiene los ojos grandes y encenagados como dos charcos de tormenta. Las puntas de sus orejas asoman lívidas entre la pelambre, igual que su nariz, porque para él no existe otra estación que el nevado y tieso invierno. Así lo han dibujado: aterido. Lleva un sombrero picudo sobre la cabeza y un chaleco pegado al cuerpo, todo de color ceniza, un continuo de pieles sucias y remiendos como cicatrices. Acuclillado, la barba de chivo le cuelga por entre las rodillas hasta el suelo, donde se enrosca en una serpentina gris. Pero lo que distingue a este duende de cualquier otro, lo que te empuja primero a acercarte y luego a apartar la vista de él con un estremecimiento, es su gesto. Su envenenada sonrisa, partida en dos por el huesudo dedo índice de su mano izquierda: chitón, ni se te ocurra hacer un solo ruido cuando atraveses este umbral, o de lo contrario...

Este duende en particular, al que nadie se ha molestado en poner nombre por si acaso cobrase vida, está pegado en una puerta de la primera planta del Centro Cultural Pablo Ruiz Picasso, en el corazón de un barrio trabajador de Madrid. Y aunque el dibujo es bastante terrorífico, sobre él hay un cartel que dice: Biblioteca Infantil y Juvenil.

Nexus

No creo estar enfadándome, pero pienso: ¿por qué me habla como si fuera idiota?

—Lo primordial, escúchame bien lo que te digo, es que los críos te tengan miedo. Que se acojonen solo con que los mires. Si dejas que uno se te suba a la chepa se acabó, irán todos detrás, como en un asedio. ¿Sabes lo que es un asedio?

Esto ya lo he vivido antes. Existe la creencia de que las personas de gran estatura somos propensas a cierta torpeza mental. Respondo:

—Lo vi en una película.

El bibliotecario amusga los ojos para asegurarse de que no me estoy burlando de él. Se ha presentado como Jesús, pero después de diez minutos me doy perfecta cuenta de que todo el mundo aquí lo llama Jota. Así que prefiero no llamarlo de ninguna manera, de momento.

Jota-Jesús tiene cara de niño travieso derrotado por los años. Y de acabar cayéndote bien, quieras o no. Cuando hace cuentas mentalmente mira hacia el techo y mueve los labios. Pero a mí no me quita ojo.

—Si consigues hacerte respetar, lo demás no tiene ningún misterio. Ordenar libros, coger préstamos, comprobar si las películas están rayadas... El mismo rollo.

La biblioteca infantil y la de adultos ocupan los dos extremos de un corredor donde no hay más opciones que la puerta de unos servicios y el rellano mal iluminado del ascensor. Todo el centro se ve limpio y ordenado como un hospital, pero el tiempo se deja notar en el granito desgastado del suelo, en los zócalos sueltos, los marcos claveteados de las puertas y el olor a grifería vieja. No es muy distinto de los lugares donde he trabajado hasta ahora.

Tú me preguntarías cuáles son mis sentimientos respecto al nuevo destino. Yo te contestaría que hay algo en todos los edificios públicos que me hace pensar en la ropa heredada de un hermano mayor. Tiene que ver con la sensación de tránsito. Con holguras en el ánimo. Tú apuntarías algo en tu cuaderno y dirías: Ahora intenta explicármelo sin metáforas. Olmo.

La puerta de la biblioteca infantil y juvenil permanece abierta de cinco a ocho de la tarde, de lunes a viernes; lo dice el horario que hay pegado debajo del duende. Por si no ha quedado claro: el dichoso enano tiene unos enormes ojos pardos que te siguen cuando pasas a través del arco detector, como si aguardase el pitido de la máquina para separar su dedo de los labios y apuntarte acusadoramente: al ladrón. Pero no me molesta. Estoy casi seguro de que es un aliado.

Hoy es temprano y solo ha llegado una mamá que susurra cuentos a su hija, las dos hundidas

en las butacas de espuma que conforman el rincón de pre-lecturas. Ocho mesas con sus sillas de colores se alinean desde aquella esquina hasta el puesto del bibliotecario adónde ahora nos dirigimos. Sentado tras el ordenador hay un hombre de cabeza abotargada, chaleco verde y movimientos de galápagos. El sol que entra por la ventana hace brillar los pelos de su coronilla.

—Llegan los refuerzos —dice con voz gangosa.

—Este es Emilio —me confía Jota, de modo que él pueda oírlo—. Hay que sacarlo de aquí antes de las seis, porque si no se convierte en ogro y se come a los niños.

—A las cinco y media ya empieza a rugirme el estómago. —Emilio deja un taco de libros en la estantería de Devoluciones que tiene a su espalda y se levanta de su silla, lentamente—. Madre mía. Tú no vas a necesitar escalera para llegar a la última balda.

Le sonrío y estrechamos la mano por encima de la mesa. A pesar de su tacto lánguido advierto que tiene las uñas devoradas.

—Soy Olmo.

—No lo jures.

Todos los funcionarios del centro sabían que iba a venir alguien llamado Olmo y todos los chistes ya han sido reídos, cosa que me alivia. Pero la ficha no decía nada de mi altura. Cada vez que Jota me presenta a una mujer percibo los guiños de él por debajo y el rubor en las mejillas de ella.

—¿Hoy tampoco ha venido? —Jota escudriña los rincones de la sala con cara de decepción.

—¿Grisha? No. No lo he visto en toda la semana.

—Qué raro. —Se volvió hacia mí—, Grisha es nuestra peor pesadilla. Viene todos los días, incluso en verano. Ya lo conocerás. —Jota posa sus ojos sobre un libro que aguarda clasificación en el escritorio—. ¿Otra vez este? Pero, ¿se han vuelto locos ahí arriba? Esto no es para niños. Trata sobre los nazis, coño.

Emilio se encoge de hombros mientras abandona su escritorio, rezongando.

—Doctores tiene la Iglesia, ¿no. Jota?

Entonces Jota le agarra del brazo como si de pronto recordase algo.

—Oye, ¿cómo está Gloria? —más confidencial, casi inaudible.

Visto de frente, el rostro de Emilio es como un cuenco de arcilla roja en el que bailan dos guijarros grises, inexpresivos.

—Mejor —responde—. Mañana es su cumpleaños.

—¿De verdad? Joder. —Vuelve el humor. Cumpleaños sigue siendo una palabra mágica—. Habrás encargado un buen ramo de flores, ¿no? No hay nada que les guste más que desayunar con un buen ramo de flores recién traído encima de la mesa.

—No es mala idea. Puede que vaya a encargarlo luego.

—Ya estás tardando, macho. Y gástate lo que haga falta, no me seas rata, que te conozco.

Emilio abre un surco parecido a una sonrisa, ladea la cabeza y se marcha con sus brazos rechonchos oscilando a ambos lados del chaleco. Jota prolonga su mirada sobre él hasta que desaparece por el rellano. Luego se vuelve hacia mí.

—Esto no es para niños de ocho años —insiste con el libro en la mano—. Nazis, por el amor de Dios.

En vez de dejarlo donde estaba, lo sepulta en el fondo de un cajón bajo la mesa. Me guiña un ojo y yo sonrío, aunque desconozco si las barreras con que protegemos la inocencia deben

levantarse un metro más aquí o más allá, un año antes o después. De algo sí estoy seguro: los doctores se equivocan demasiadas veces.

Mientras Jota sigue hablando —pero de alguna forma su voz encuentra acomodo en el silencio de la biblioteca, como si lo rellenase sin romperlo—, noto la mirada de la mamá que está sentada con su hija en el otro extremo. No me vuelvo hacia ella, aunque percibo con el rabillo del ojo que se trata de una mujer joven y de largo pelo negro. Se parece a Patricia, o al menos soy capaz de completar su perfil con los rasgos prestados de Patricia y eso me hace desearla lejanamente.

—Lo mejor es que pegues un par de voces el primer día —Jota continúa con su adoctrinamiento—. No solo por los niños, también por los padres. —Echa un vistazo alrededor antes de seguir—. Había una madre que dejaba a sus dos críos aquí y se largaba toda la tarde, de compras, o al gimnasio, o sabe dios. Montaban cada pollo que no te puedes imaginar. Broncas todos los días. Y al final hubo que coger a la madre y ponerle las peras al cuarto, claro, y delante de todo el mundo. —Hace un gesto de asunto zanjado—. No se volvió a saber de ellos. Qué quieres que te diga, esto es un centro público, no un club privado. Aquí el cliente no tiene la razón, la tenemos nosotros.

Me cuesta esfuerzo anudar las palabras de Jota en mi cabeza. Su cháchara forma una borla cada vez más espesa de la que no consigo extraer ningún hilo, así que traslado mi atención al diagrama colgado en la pared donde se explica la colocación de los libros en las estanterías de acuerdo con un código de geometrías y colores; triángulo verde, cuadrado azul, círculo rojo, rombo amarillo.

Existen dos razones por las cuales adoro el trabajo de bibliotecario, y son el silencio y el orden.

Ahora mismo ambas prerrogativas son pisoteadas por un grupo de chicos que atraviesa la puerta entre carcajadas, empujones, acné. Jota me hace otro guiño: presta atención.

—¡Eh, chavales! Venid aquí un momento. Los cuatro.

Lo que viene a continuación es un fragmento traspapelado de otra representación. La bronca de Jota suena tan dramática que su efecto cae en las antípodas del respeto, según leo en el mapa de sus caras. Pero es mi primer día; hoy no toca poner en cuestión el sistema.

Cuando los chicos se disgregan, cabizbajos aunque rebullendo nuevas risas. Jota arquea las cejas y a la manera de un viejo *sensei* abre sus palmas hacia la sala que empieza a llenarse.

—Todo tuyos —concede—. Luego avísame y nos tomamos una caña en el bar.

—De acuerdo. Gracias, Jota.

Sonríe en el último segundo antes de darme la espalda, lo que interpreto como un permiso provisional para que utilice su apodo. Después cruza la frontera del duende y yo al fin soy libre para instalarme donde me tocará hacerlo todas las tardes a partir de hoy, en el lado estrecho del escritorio. Una familia de impresiones y objetos conocidos viene a darme su abrazo de bienvenida: el tapizado de la silla aún caliente, la cajonera que se clava en mis rodillas, la corona de roña alrededor de cada tecla del ordenador, la incongruencia tecnológica del fechador de tinta junto al lector de códigos de barras, la superficie gris y áspera de la placa desmagnetizadora, los vasos llenos de lápices que el primer mocoso volcará, la resma de libros de todos los tamaños que me ensombrece la espalda desde su limbo de conglomerado. Estoy en casa.

Porque, a pesar de lo que Jota se ha empeñado en creer, no es la primera vez que trabajo en

una biblioteca infantil. Sé lo que hacen los niños. Conozco su timbre y su ritmo, la intensidad y el ataque de sus voces. En realidad, me entiendo con ellos mejor de lo que cualquiera podría suponer. A los más pequeños a veces los llamo «corazón», ¿te lo puedes creer, Julia? Ten cuidado con ese desplegable, corazón. Deja que te ayude a colocarlo, corazón.

Tú dirías que todo esto solo se debe a mi entusiasmo por volver al trabajo. Que los niños son tan ajenos para mí como el resto del mundo. Sé que dirías exactamente eso sin necesidad de oírte.

La mujer de pelo negro se acerca a mi mesa y descubro que no tiene más de veinte años. Uno se podría preguntar si la pequeña que se esconde tras sus piernas es su hermana o su hija. Ella mantiene recta la barbilla mientras me alarga los dos cuentos que han elegido, como si aguardase dignamente un veredicto. Le sonrío.

—¿Me deja la tarjeta, por favor?

Busca en su cartera y me entrega el plástico azul que le otorga un nombre: Elisa. Veo en la pantalla la lista de los libros que Elisa ha sacado en el último año. Tú podrías trazar un perfil psicológico solo con eso. Yo podría ligar con ella. ¿No te pareció tremendo el de Alice Munro?, le diría.

Pero no hago nada más que entregarle los libros y ella se marcha con su hijo, quizá de regreso a casa de una abuela que también será demasiado joven para ser abuela. Y las tres mujeres se sentarán a leer sus tres libros, y esa imagen será perfecta e indestructible. ¿Acaso alguien tiene derecho a juzgarlas?

Disfruto de mi trabajo, es cierto.

Cuando regresa Jota me doy cuenta de que ya se ha cumplido el horario de biblioteca; esta es una sensación poderosamente apaciguadora, ser devorado por el tiempo de esta manera, en mordiscos blandos de ballena.

Jota me pregunta qué tal ha ido la cosa. Le digo la verdad, que no es heroica ni trágica: me gusta el aburrimiento crepitante de las bibliotecas infantiles. Él asiente, rellenando datos sobre mí en su ficha mental, luego me entrega el manajo de llaves para que cierre la sala y me dice que va a buscar a Emilio.

—Quedamos abajo para tomarnos algo —dice. Incluso cuando se muestra cortante es complicado odiarle. Tiene una de esas caras de hombre trabajador, con barba corta y castaña, la frente despejada.

Salgo el primero a la calle, me detengo en los escalones de piedra y vuelvo el rostro hacia el cielo al notar dos gotas de lluvia. Un continente de nubes se desplaza mansamente sobre Madrid, adelantando la noche. Esta es la hora en que los miopes dejan de reconocer a sus amigos en las aceras opuestas, los bebés empiezan a llorar sus cólicos y las migrañas alcanzan su cénit de dolor. Pero yo me encuentro bien. Contemplo la fachada del edificio que me acaba de vomitar y no me parece fea, a pesar del rojo desfallecido de los ladrillos y de la sombra de polución que forma ojerías en cada cornisa. Las tres banderas que asoman de la marquesina principal cuelgan descreídas, como coroneles ancianos, apenas dejándose despertar por las acometidas pulsantes del aire.

Y entonces lo veo.

Un hombre encaramado en la azotea, cinco pisos por encima.

Lo más extraño es que no me dejo engañar en ningún momento. No se me ocurre pensar que

se trata de algún operario, un reparador de antenas o de un instalador de tela asfáltica. Desde el primer instante sé que ese hombre piensa suicidarse, por su inmovilidad, por la forma en que no encuentra dónde poner sus manos y las deja colgar infructuosamente.

Lo reconozco.

Solo he visto a este individuo unos segundos pero reconozco su jersey verde sin mangas, su cuerpo ahusado, su cabeza redonda y colorada. Es Emilio, el hombre a quien Jota busca por los corredores del centro sin saber que él tiene otros planes distintos a tomarse una cerveza con nosotros o encargar flores para su mujer.

Desde aquí abajo distingo las puntas de sus zapatos asomando por el borde de la cornisa. Cortejando al abismo. Sus ojos se encuentran con los míos y quizá se trate del momento más terrorífico de toda mi vida, porque mis emociones se quedan violentamente en blanco. No alcanzo a sentir otra cosa que... curiosidad.

¿Qué va a suceder?

Compruebo que soy el único que ha reparado en Emilio. Varias personas pasan rozándose de camino al interior de la biblioteca, pero mi gesto debe de ser tan limpio que nadie se contagia, nadie levanta la vista a la azotea desde donde está a punto de precipitarse una tragedia.

Llegados a este clímax preciso de la historia no importan demasiado las razones, si es que las hay. Todo lo que Emilio habrá contado a Jota y a sus otros compañeros, todo lo que ellos habrán averiguado por su cuenta. La genealogía de su infelicidad. Los síntomas. Nada de eso tiene ahora importancia.

Porque, en definitiva, ¿qué sabemos realmente de Emilio?

Solo una cosa: que va a saltar.

Y yo seré el único testigo de cómo sus rodillas se encogen de súbito y su cuerpo se vence hacia delante. De cómo el hombre gira sobre sí mismo mientras cae, braceando, apenas dos o tres segundos de vuelo, suficientes para que su cabeza ocupe el lugar de los pies y se convierta en una flecha humana, un proyectil de hueso y carne contra la escalinata de piedra. El sonido del impacto. El color de lo que se escapa por los reventones de su ropa.

Pero no sucede.

En la vertical que nos separa se produce un imposible encuentro de miradas. El hombre, levemente inclinado como si se esforzara por leer algo en mi rostro, está a punto de perder el equilibrio.

Levanto la mano hacia él. No lo hagas. Retrocede.

Y fantásticamente, el hombre me obedece.

Pero sé que no se debe a mi mano erguida, tan poco creíble, sino a lo que él ha encontrado en mis ojos; el relato de su muerte en tercera persona, quizás, desprovisto de admiraciones o puntos finales.

Un instante de vacilación y Emilio da un paso hacia atrás, un paso de galápago en retirada, abandonando el borde de la azotea. Huyendo de mi mirada.

Bajo el brazo y permanezco inmóvil, parpadeando bajo las gotas de lluvia cada vez más duras, hasta que tengo la convicción de que Emilio no volverá a asomar. El momento del salto ha pasado, lo inevitable ha sido evitado y una voz me dice que yo tengo algo que ver en el desenlace imprevisto de esta discreta batalla, que imperativamente ha sido culpa mía. ¿En qué me convierte eso?

Antes de encontrar una respuesta siento el codazo de Jota, que sale del edificio.

—Anda, vamos —dice levantándose las solapas de su guerrera—, que no sé dónde se ha metido Emilio.

Yo podría explicárselo, pero este conjunto de palabras no me pertenece, debo guardarlas bajo llave, con el resto de basura temblorosa. Sé que tú entiendes a qué me refiero.

Creemos que tenemos alguna idea de lo que pasa dentro de la cabeza de las otras personas, pero no es así. No tenemos nada. Rumores. Noticias lejanas.

La mente. Me refiero también a la nuestra. A lo que flota y conspira entre las paredes de nuestro cráneo. Eso que llamamos mente no se puede analizar con índices y fórmulas de bibliometría, no se ajusta a catálogos ni clasificaciones. Por eso es de todo punto imprevisible. Los psiquiatras sois forenses, apenas.

Porque indagar en quiénes somos se parece a un barco que atraviesa el océano en mitad de la noche; solo sentimos las sacudidas que nos hacen tambalear o nos acunan, oímos las tormentas y con suerte vemos la espuma que se agita en la superficie, pero nunca hay forma de saber lo que se mueve por debajo, ni el tamaño de las olas que se ciernen más allá.

A veces, a esas gotas que nos salpican la piel y a esa espuma que atisbamos les otorgamos un nombre: Olmo, por ejemplo.

¿Y qué sabemos realmente de Olmo? ¿Qué podemos llegar a saber, por más atención que prestemos a su rostro, a sus palabras, a su cuerpo de gigante zancudo? Quiero saber quién soy y todo lo que puedo hacer es aferrarme a los hechos banales, a los datos que admiten ser consignados en un diario, porque responden a un cuándo y un dónde.

En ocasiones, también, hay otros nombres que nos salpican con su espuma, y nos aferramos a ellos.

Patricia.

Uno de cada dos sábados atravieso Madrid corriendo de Este a Oeste. Me cuesta entre veintiocho y treinta minutos llegar desde mi apartamento en la calle Nieremberg hasta el estudio de Patricia en el Paseo Pintor Rosales. Los itinerarios posibles son muchos, pero mi favorito es el siguiente: López de Hoyos hasta la Castellana, luego Paseo del General Martínez Campos, Eloy Gonzalo, Arapiles, Plaza del Conde de Súchil, Alberto Aguilera y finalmente Marqués de Urquijo hasta la esquina donde se encuentra el edificio de Patricia. Resulta difícil de explicar, pero hay árboles plantados a lo largo de todo el recorrido por el centro de la ciudad, árboles que viven entre semáforos, papeleras, señales y marquesinas de autobús, árboles plantados en nichos cuadrangulares para absorber el CO₂ de los vehículos y las evacuaciones de los perros.

Desde las ventanas del estudio de Patricia se abre una espectacular panorámica del Parque del Oeste. Incluso yo me quedo boquiabierto algunas tardes viendo cómo el sol se pone a lo lejos.

Patricia es una buscadora de personas. El día que me encontró a mí no pensó nada demasiado bonito; después se enamoró de mis piernas. Es lo que siempre dice. Cuando toco el botón del portero automático y echo a correr escaleras arriba, sé que ella está esperándome con la puerta

entreabierta. No se anda con rodeos. A veces hacemos el amor de pie, allí mismo; me quita la ropa y me recorre con la lengua como un animal libador.

Luego, cuando está de buen humor, me hace sus preguntas Voight-Kampff. No te lo tomes a mal, Julia, pero lo que más me gusta es que no se parecen en nada a tus preguntas.

—Estás tumbado en la playa —me dice, acodada sobre la almohada, o en la misma alfombra, y mirándome intensamente a los ojos—. Notas que un escorpión te sube por la pierna. Tú lo miras: es tan grande que si te clava el aguijón ya puedes darte por muerto. Pero estás paralizado. Intentas mover una mano para quitártelo de encima pero no puedes, los brazos no te responden.

—Pediría ayuda —respondo.

—Nadie te oye. La playa está desierta.

—Entonces rezaría —respondo. Y todas mis respuestas son las correctas, demoradas pero las únicas posibles, como el sonido de una piedra al caer en un pozo.

Ella dice que lo copió de una película. El test de empatía, ideado para distinguir a los humanos de los replicantes. Patricia me llama su Nexus del placer, y a mí me gusta, por la forma en que lo dice, aunque yo no he visto esa película y creo que prefiero no hacerlo.

Patricia sabe expresar muy bien sus sentimientos, encuentra siempre las palabras que los nombran, pero eso no los hace más fáciles de entender. Está prometida con un hombre al que ama pero no desea. Jamás le haría daño, pero sabe que él se volvería loco de dolor si se enterase de lo nuestro. Lo nuestro, dice ella es algo que no tiene nada que ver con el amor, ni siquiera con el sexo. Es algo distinto. Una excepción.

Algunos días, mientras vuelvo corriendo, veo mi reflejo en los escaparates, con mis pantalones cortos y la mascarilla anti-polución, y pienso que mi aspecto es verdaderamente extraño, quizás el de un replicante. Pero nadie me detiene. A nadie parece importarle. Es mi deber comportarme como un hombre libre.

—¿Qué tal en la biblioteca? ¿Has empezado ya? —me pregunta Adela. Tiene ochenta años y vive justo debajo de mí. Percibe cada uno de mis pasos sobre su cabeza y conoce todas mis rutinas, de modo que yo no tengo más remedio que entregarme a su confianza. Ella es la única persona que tiene una llave de mi apartamento, igual que yo guardo una del suyo para casos de emergencia de los que preferimos no hablar. Jamás se marcha de viaje, a pesar de que tiene fuerza suficiente para arrastrar un carro de la compra cargado de manzanas y leche de soja.

—Sí, ya he empezado. No queda lejos de aquí. Un día puede pasarse si quiere y se la enseño.

—No, si ya la conozco. Iba con mi hija cuando se llamaba Colegio General Mola, imagínate si hace años.

Yo río educadamente y me despido para subir por las escaleras mientras ella espera al ascensor. Durante un instante he pensado en decirle: Un bibliotecario trepó a la azotea para suicidarse, pero logré detenerlo solo con mi mirada, ¿puede creerlo? No es que Adela se hubiera escandalizado. Ella siempre dice que quiere morir. Que cuando llegue el momento lo hará como una paloma, en lo alto y sin hacer ruido.

Ya te conté por qué evito los ascensores. Mantengo una relación conflictiva con cualquier medio de transporte distinto a mis piernas. No sé manejar me con las grandes distancias, me atenaza la sola idea del desplazamiento. Si subo a un vagón de metro, por ejemplo, quiero gritar

cuando el tren penetra en la oscuridad del primer túnel. Sé cómo se llama la estación a la que me dirijo, podría incluso memorizar el mapa completo de líneas, pero eso no me libra de la sensación de ahogo cada vez que las paredes se estrechan hasta casi rozar la cara opuesta del cristal. Una parte de mí está segura de que al otro lado de un túnel siempre espera la muerte.

Tampoco puedo conducir, aunque conozco la técnica. Y en los autobuses tengo que cerrar los ojos y sujetarme con fuerza al asiento; no acepto que los coches pasen tan cerca sin tocarnos, no entiendo que se pueda surcar un mar de aristas de metal a tanta velocidad sin acabar estrellándonos, o al menos encallando unos contra otros.

Cuando entro en casa encuentro un mensaje escrito en la pizarra-colgador de la pared. Consta solo de una palabra, y dice:

SALTA.

Lo sé todo sobre él

Un chico rubio espera sentado en las escaleras cuando me dirijo a abrir la biblioteca el lunes por la tarde. Lleva uniforme de colegio privado: pantalón gris, jersey azul marino con escudo bordado, camisa blanca y una mochila de *The dark knight*. Tamborilea con los pies en el suelo, siguiendo una canción imaginaria, y me estudia con sus ojos de color hielo mientras abro la puerta y comienzo a encender las luces del interior. Las cuatro paredes de la sala se llenan de colores; siempre me hacen pensar en el lomo de un dragón dormido, sus libros como escamas, respirando en las estanterías.

Una de las primeras cosas que tengo que hacer cada día es conectar los ordenadores que se disponen en una mesa junto a la puerta. Cuando lo estoy haciendo, el chico entra por detrás de mí, sin esperar autorización.

El niño irradia energía.

Sé que es imposible, pero cuando pasa por mi lado noto su mal humor y su desconfianza como una borrasca de isótopos que me acribilla. Le gustaría aniquilarme, restarme de la existencia sin siquiera conocer mi nombre. Ojalá esté equivocado, pienso. No debería caber tanto odio en un cuerpo de diez años.

Asombrado, observo por encima del hombro cómo él se inclina sobre el escritorio del bibliotecario y coge el fechador que usamos para sellar las tarjetas de préstamo. Le echa un vistazo y se vuelve hacia mí, con su infantil rostro crispado.

—No está al día —protesta.

Yo me acerco y compruebo que tiene razón. Hago girar los números hasta que muestran la fecha de hoy: 27 FEB 2010. Pero no se lo devuelvo.

—¿Para qué lo quieres? —le pregunto.

Sus mejillas brillan de indignación: tener que explicarse.

—Solo voy a marcar mi cuaderno, luego lo dejo.

Hay un compás de espera, cuatro por cuatro, y una parte de mí quiere negarle el privilegio precisamente porque tengo la seguridad de que eso es lo que no se ha atrevido a hacer ningún bibliotecario hasta el día de hoy. Pero confieso que yo tampoco me atrevo, el chico tiene un poder. Le entrego el fechador y él lo coge sin mirarme, casi bufando. Da media vuelta y atraviesa la colmena de mesas y sillas hasta el extremo opuesto. Se sienta delante de la estantería de libros en inglés, francés y alemán, el rincón donde sabe que nadie va a molestarle, con la espalda izada

contra el resto de la sala. Entonces me asalta una idea curiosa: que el chico actúa como si se castigara a sí mismo. Le veo sacar un cuaderno azul, abrirlo por la mitad y marcar la esquina superior de la página con el fechador de la biblioteca. Veo su nuca, cómo la ladea para comprobar desde cierto ángulo que el código está impecable de acuerdo con los preceptos de su ritual, cualquiera que este sea.

Después vuelve a levantarse y regresa hacia mí. Podría dejar el fechador encima de la mesa de donde lo tomé, pero prefiere dármele a la mano. Se trata de un gesto subversivo, una proclamación sin palabras, una toma de posesión. Por eso es importante no claudicar ahora:

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Grisha. ¿Y tú cómo te llamas?

—Olmo.

—¿Olmo?

—Sí. Olmo.

El chico asiente, de algún modo complacido, y regresa a su puesto al fondo de la sala.

La biblioteca es el puerto de escala donde una veintena de muchachos del barrio hacen sus deberes cada tarde antes de volver a casa. Los más pequeños vienen acompañados por sus mamás o sus hermanos. A los mayores solo les interesan los juegos de ordenador o las películas de préstamo; para ellos, los libros son una materia indiscernible del mobiliario. En la hora punta del día, alrededor de las seis, pueden llegar a juntarse cuarenta personas entre estas cuatro paredes, todo un enjambre de murmullos atiplados, risitas sofocadas y arrastrar de sillas. Es entonces cuando tengo que ponerme serio. No me gusta levantar la voz ni soy capaz de acojonar a nadie con mi mirada, así que me limito a plantarme junto a sus mesas. Mi silueta se cierne sobre sus cuerpecillos cuchicheantes y eso casi siempre basta para que se cuadren en silencio.

Al menos así ha sido durante mi primera semana. Pero hoy está Grisha y tengo la sospecha de que voy a necesitar nuevos recursos.

Lo observo derecho e inmóvil en su silla, como una estatua que sirviera para dar ejemplo: así deben comportarse los niños en la biblioteca. Tiene una mano sobre el cuaderno, con el bolígrafo preparado, pero no escribe. Da la impresión de que espera órdenes.

Cuando llegan otros chicos en seguida se fijan en él y hacen bromas por lo bajo. Entre el flujo de palabras detecto una que dispara algún resorte en mi paciencia y me hace levantarme. *Tarado*. Tengo en la mano un puñado de libros para recolocar y trazo mentalmente el recorrido que debo seguir por las estanterías de la sala. Los nuevos lectores visten un uniforme idéntico al de Grisha, son sus compañeros, pero ese término no se aplica bien en el caso del niño rubio. Lo anuncian sus miradas: nos asustas, te tenemos tanto miedo que necesitamos hundirte, acuchillarte por debajo de tu línea de flotación con nuestras sonrisas afiladas. Mi sombra les sobrevuela y bajan sus cabezas a sus cuadernos de ejercicios, dóciles, pero todavía les cuesta reprimir furtivas miradas al chico ruso.

Entonces me doy cuenta. Grisha ha comenzado a escribir, por fin. Y de qué manera. Mientras coloco un libro del Antiguo Egipto en el lugar exacto que asigna la etiqueta, espío el rasgueo frenético del bolígrafo. Escribe de una forma estridente, haciendo surcos en el papel, o mejor dicho, un único surco continuo que tan solo se interrumpe para saltar a la siguiente línea. Desde aquí no puedo leerlo. Pero puedo ver otra cosa que de pronto me deja sin aliento.

Grisha escribe con los ojos cerrados.

Al principio pienso que se trata de un receso de concentración, un parpadeo aletargado para poner orden en las ideas, pero la mano sigue moviéndose y la tinta acumulando letras a buen ritmo sobre la pauta del cuaderno. La espalda rígida, la mandíbula apretada. Pero, ¿los ojos? Avanzo por el costado de la sala y lo miro de frente para asegurarme.

Grisha escribe con los ojos cerrados.

Una carcajada me hace volverme hacia los muchachos de la otra mesa, que ocultan sus hocicos al instante. Voy comprendiendo. Han sido testigos del momento en que el nuevo bibliotecario descubre por qué a aquel niño de pelo y piel claros lo llaman tarado. Por qué se sienta en la esquina más alejada con la espalda vuelta hacia todos los demás.

Para ellos es una fiesta. Para mí... No puedo soportarlo. Me duele tanto el envaramiento de aquel cuerpo menudo como si se tratase de mis propios tendones. Verlo entregado a su compulsión de aquella manera, al borde de un ataque. Y las risas.

Me acerco hasta él, para poner fin a todo aquello. Para liberarle.

—Grisha —le llamo. Y por encima de su cabeza puedo ver por primera vez lo que está escribiendo. Un torrente de signos extraños. Solo parecen palabras, no hay forma de leerlas.

Su movimiento compulsivo hace castañetear la silla y la mesa en las que está sentado. Podría empezar a escupir espuma en cualquier momento.

Entonces le pongo la mano en le hombro.

—Gri... —no puedo concluir.

Al abrir los ojos, el chico suelta un alarido vesánico como si le hubiesen atravesado el alma. Nadie mueve un músculo en toda la sala. La ciudad de cuatro millones parece congelarse alrededor de esta boca infantil que grita, grita, grita hasta que no queda aire en el interior de su pecho.

—Es cirílico —dice Jota, fumando. Ha configurado una geometría de consuelo a mi alrededor, con Fede y Virginia ejerciendo de vértices cabeceantes. Estamos en la cafetería del centro cultural, un local con sillas de plástico y deficiente ventilación, tan vacío y enorme que el entrechocar de tazas se amplifica hasta perforarme los oídos.

—Grisha es ruso —explica Jota, porque mi gesto ha debido pedírselo—. Viene de Grigory. ¿Te has fijado en la dirección de su ficha? Vive en El Viso, gente con pasta, pero no ha tenido buena suerte en la vida. Lo sé todo sobre él.

El reloj de la cafetería está colgado sobre el umbral que conecta con el vestíbulo principal, marcando los tiempos de entrada y salida, descontando nuestro descanso. Pero yo aprecio los relojes. Aprecio los calendarios y también los fechadores, como Grisha. Creo que no sé nada de ese chico y, sin embargo, estoy más cerca de conocerlo realmente que Jota. Él nos cuenta:

—Lo adoptó una pareja de Madrid que no podía tener hijos. Se lo trajeron de bebé, o sea, que no entiendo cómo narices sabe hablar ruso. Pero el caso. —Toma caladas que luego arroja hacia un lado, como si todo el aire no estuviese irremediabilmente corrupto—. Sus padres adoptivos murieron hace cuatro años en un accidente de coche. La puta carretera. Entonces la custodia del niño debería haber pasado a la abuela.

Pero la vieja no quiso saber nada. Así que en la práctica el niño vive solo en el chalet de sus padres, aquí al lado, con una cuidadora que se encarga de hacerle las comidas y poco más.

—Se la podría denunciar por abandono —interviene Virginia. Ella también fuma, con un estilo diferente: descuelga el brazo por el lado opuesto a mí, casi a ras de suelo, y lo mantiene allí un buen rato entre cada calada. Veo el filamento blanco que asciende en perfecta vertical desde su mano oculta y me imagino cómo se va encogiéndose el cigarrillo sin que nadie lo chupe, como no sea, por supuesto, el reloj de la pared.

—Y que devuelvan al crío al orfanato de Rusia, ¿no? —La voz de Jota se vuelve aguda cuando rechaza una proposición, luego vuelve a su ronquera suave de orador—. El chaval sabe cuidarse solo, no te preocupes por eso. Será rarito, pero no tiene ni un pelo de tonto. Y además ya tiene a quien se preocupe por él. ¿Os suena el nombre de Ricard Amer?

Fede entorna los ojos y señala a Jota con un dedo.

—Coño, sí —dice, feliz de saber—. Ese estuvo mezclado en una historia de drogas, ¿no? Lo juzgaron.

—Lo juzgaron pero salió de rositas —corrige Jota—. Y no era un tema de drogas, sino de prostitución de lujo. Saltó por aquellas fotos que hicieron de cuatro futbolistas en uno de sus locales, ¿os acordáis? Aunque no me extrañaría que manejase droga, también. Esta gente no se anda con medias tintas.

—¿Y ese mafioso es el tutor de Grisha? —se indigna Virginia.

—No legalmente, pero como si lo fuera. Era amigo íntimo del padre adoptivo. Y a ver quién es el guapo que le toca un pelo al crío ahora sabiendo que Amer está detrás.

He pedido una tónica porque se han empeñado en que tomase algo, pero no hago otra cosa que mirar el vaso. Es fácil obsesionarse con el ascenso de las burbujas dentro del líquido transparente. Imaginarse viajando en una de ellas, ajeno a todo.

Noto que Jota y los otros me miran con lástima, como si mi silencio significara algo que yo no pretendo. Él dice:

—Y lo del grito... Cuando se pone a escribir lo mejor es dejarlo en paz. Mandar callar a los otros, que nadie lo moleste. Suele tirarse diez o quince minutos así, nunca más. Y no le pasa nada, te lo prometo. No le va a dar ningún ataque. O sea que olvídate. ¿Eh, Olmo? Grisha no es asunto nuestro.

—Tú lo has dicho —apunta Fede—. Somos bibliotecarios, no educadores sociales.

Todos los ojos de la mesa convergen sobre mí, con una idéntica demanda: acéptalo, relájate, no nos compliques la vida. Me pregunto si soy capaz de ofrecerles un semblante lo suficientemente dócil.

—¿Qué se sabe de Emilio? —pregunta Fede con cierta brusquedad, como si la pregunta llevara un tiempo mordida en su boca. Emilio sigue de baja desde mi primer día de trabajo.

Jota arruga la nariz y dice:

—Tengo que llamarle. —Se revuelve en su silla de plástico—. Esta misma noche le doy un toque.

—Su mujer está peor, ¿no?

Nadie lo sabe. Llevan catorce años trabajando juntos y nadie sabe exactamente qué le sucede a la mujer de Emilio. Yo, al menos, tengo una idea de los planes que se pasan por la cabeza de nuestro colega. Veo sus ojos en lo alto de la cornisa, mirándome. Su sonrisa rota. El deseo de volar.

Provenimos de muy lejos. Todos somos huérfanos. Todos estamos adoptados temporalmente.

El martes se repite lo mismo, todo salvo el grito. El miércoles. El jueves. Cada tarde Grisha está esperándome en las escaleras cuando llego a las cinco en punto. Me interroga con su mirada mientras abro la puerta de la biblioteca, como si las explicaciones corriesen por mi cuenta.

—Hola, Grisha —digo.

—Hola.

Su rutina es minuciosa, asombrosamente idéntica día tras día. Se queda parado ante mi mesa hasta que he cambiado las ruedas del fechador y entonces me lo pide extendiendo la palma de su mano. Se lo lleva hasta el rincón, donde marca la esquina superior derecha de una página en su cuaderno azul, y luego regresa para devolvérmelo. He conseguido que incluya una nueva partícula en su ceremonia:

—Gracias.

—De nada —respondo.

La repetición tiene un efecto apaciguador. Podemos aceptar cualquier cosa con tal de que se nos presente como un sistema ordenado y previsible de acontecimientos. Por eso ya no me asusto cuando Grisha cierra los ojos y comienza su escritura automática, al poco rato de sentarse en su rincón. Mi trabajo consiste en mantener callados a los otros chicos, los que murmuran y se tapan sonrisas por la espalda del niño ruso.

Tal como dijo Jota, el trance no dura más de quince minutos. Luego Grisha abre los ojos y se queda un rato sin hacer nada, recuperando el aliento, reconquistando de alguna forma todo su cuerpo. El resto del tiempo no se diferencia de cualquier otro niño de la biblioteca, hace sus deberes, escucha música en su iPod y a las ocho menos cuarto atraviesa la puerta del duende sin despedirse.

Ya no hay gritos. No hay vigilancias. Pero a veces me parece que la tensión es insoportable.

Grisha y yo hacemos equilibrio sobre la punta de un alfiler.

Estoy tumbado con Patricia en el suelo de su dormitorio, al pie de una ventana entreabierta, y entonces se me ocurre que ella es inspectora de policía y podría averiguar muchas cosas sobre Grisha y su protector Ricard Amer si yo se lo pidiera. Pero no estoy seguro de que quiera contárselo. El estrato de comunicación en que los dos nos sentimos a salvo se encuentra en la superficie, en las extremidades del cuerpo, en el filo de sus terminaciones nerviosas, a millones de kilómetros de nuestro núcleo complejo. Por eso tememos el silencio, porque es caer en un pozo, como ahora mismo.

Ella lleva un rato sumida en cavernosas meditaciones mientras se traza círculos con un dedo alrededor de un pezón sudado. Conozco esa espiral. Está pensando en su novio Chema, que ahora mismo debe de encontrarse a cero grados en una pista artificial de nieve en medio de la meseta, impartiendo clase a una docena de niños semiobesos. Si él supiera.

Abro la boca, o dejo que se abra. Las palabras me ascienden por la garganta como burbujas de tónica. Pero justo entonces ella reacciona, se sube encima de mí, fija sus pupilas en las mías y dice:

—Estás en un autobús lleno de gente. De repente la persona que tienes pegada delante se da

la vuelta, y es una antigua profesora de la que estabas enamorado de niño. Entonces te das cuenta de que tienes una gran erección, y se la estás clavando.

Cuando regreso a casa encuentro una frase en la pizarra del recibidor:

TODOS SABEN LO QUE ERES.

Liquidadores

Escúchame, solías decirme, no se trata de no sentir. Tú sientes igual que cualquier persona, lo que te ocurre es que no eres capaz de reconocer esos sentimientos. Igual que un niño pequeño no sabe qué le pasa cuando se le duerme una pierna, y se alarma, y llora, y piensa que ya nunca volverá a caminar, y se angustia porque no sabe cómo transmitir aquella espantosa noticia a sus papás.

Me acuerdo de tus palabras cada vez que se me duermen las manos. Todas las noches se repite: igual que el tráfico se apaga lentamente al otro lado de la pared, la sangre deja de circular por mis vasos periféricos. Tumbado en la cama, leo poesía hasta que los dedos me empiezan a hormiguear y tengo que bajar los brazos.

Las manos se me duermen. Pero yo no duermo. Si cierro los ojos solo obtengo avances de sueños y fragmentos deshilvanados, demasiado frágiles, demasiado cerca de mi nivel de consciencia para ofrecerme algo interesante o reparador.

Por ejemplo: en el intervalo de una página y otra, hoy me he visto trabajando en la biblioteca, con la cabeza gacha, cuando un insecto enorme entraba volando por encima de mí; una libélula roja, de las que flotan sobre los sembrados y se abalanzan contra los coches cuando circulas por el campo. Aunque es extraño, porque de esas libélulas no hay en la ciudad. Además, las ventanas de la biblioteca permanecen siempre cerradas por culpa del aire acondicionado, pero en mi remedo de sueño la ventana a mi espalda estaba abierta de par en par y aquel bicho la traspasaba sin hacer ruido como un signo de restar de color rojo. Lo seguía con mi mirada y, de pronto, éramos muchos los que lo observábamos, niños que contenían grititos y se encogían al verlo venir. Pronto la sala entera era un clamor alrededor del baile confundido de un anisóptero. Solo una persona permanecía completamente ajena al alboroto: en su rincón, Grisha garabateaba su cuaderno con los ojos cerrados, ido, frenético. Y hacia él se dirigía el enorme insecto.

A su cuello.

Veíamos sus patas desplegarse sobre la piel de aquella nuca, tan nítidas que podían contarse desde la distancia. Sus cuatro alas permanecían quietas, extendidas, transparentes. Su torso brillante comenzaba a combarse, y todos nos preguntábamos qué sucedería a continuación, cuando alguien por fin gritaba: «¡Va a picarle!» Y yo pensaba: las libélulas no pican. Pero de todas formas me levantaba para ir en su ayuda, para espantarla de allí, porque eso es lo mínimo que se espera de un buen bibliotecario, que sepa guardar el orden y preservar la paz de los

lectores, pero entonces una mano me sujetaba. La de Jota, que estaba allí a mi lado, espantosamente tranquilo, y me decía: No es asunto nuestro.

Cuando la libélula introducía —pero con qué mimo— el extremo de su abdomen en la carne rosada del niño, de golpe he perdido asidero con el sueño y me he escurrido como un fluido de vuelta a la vigilia y al libro que estaba leyendo. Me gustaría decir que ha sido con un sobresalto, que he encontrado mi corazón latiendo a mayor velocidad, o al menos un trazo de sudor en mis sienes. Algún día sucederá.

Ahora son las tres de la mañana y ya sé que no conseguiré volverme a dormir. Conozco los matices y las cadencias de todos los ruidos que se producen en mi edificio por la noche. Se trata de un conocimiento tan vasto y preciso que debería encontrar el modo de convertirlo en algo práctico, pero no lo hay. Las virtutas del papel pintado me hacen guiños desde la pared, saben de sobra que a continuación me levantaré de la cama, me pondré mi ropa de correr y saldré a dar una vuelta por las calles desiertas. Otra vez. El insomnio como un sistema ordenado y previsible de acontecimientos.

Esta noche, sin embargo, veo mi órbita interrumpida en su punto más alejado, frente a la fachada del Centro Cultural Pablo Ruiz Picasso. Desde mi traslado hago girar todos mis hábitos alrededor de la biblioteca, incluidas las carreras nocturnas. Como si el lugar fuera más importante de lo que nadie sospecha, con su cara de ladrillo sucio. Como si ejerciera una atracción soterrada pero continua, maquinadora.

Me he detenido frente a la fachada principal porque son las cuatro de la madrugada y acabo de ver una luz en su interior. Un destello blanco volando por el interior y rebotando contra el cristal de la ventana durante dos o tres segundos. Conozco bien esa ventana de la primera planta, porque me siento ante ella todos los días.

Recupero el aliento, descontando los segundos, hasta que otro haz luminoso pendulea en el interior. Ya no me cabe duda, hay alguien con una linterna allí dentro. El centro no cuenta con vigilancia, de modo que es inevitable pensar en siluetas furtivas con pasamontañas y guantes negros. Pero la imagen de un ladrón en una biblioteca pública se antoja al mismo tiempo una quimera, un chiste o un enigma con trampa. Piensa, Olmo, ¿de quién puede tratarse?

De existir algo parecido a la intuición, ella es la responsable de que yo cruce la calle y me acerque a la tapia que ciñe un costado del edificio. Voy a entrar, aunque solo sea porque sé cómo hacerlo y soy la única persona despierta en todo el barrio, a excepción del intruso. O porque nunca tengo miedo.

Trepo la verja negra y salto al otro lado con tanta resolución como si aquello formara parte de mi programa de ejercicios. Estoy en el patio del colegio que comparte manzana con el centro cultural. Ahora no hay niños, pero el campo de minibasket vacío me hace sentir gigante en tierra de enanos. Las canastas se ciernen sobre mí cabeza, casi tocándola, las rayas blancas se aprietan para sancionar cada uno de mis pasos cuando avanzo, todas las zonas son prohibidas. Atravieso el patio en diagonal, apenas guiado por las farolas de la calle, hasta el rincón donde una puerta metálica no logra esconderse por completo detrás de un contenedor. Es una salida de emergencia del centro y sé que está desprovista de cerradura, aunque también diseñada para abrirse desde el interior. Tengo que hacer cuatro intentos, entre golpes y tirones, hasta que la hoja cede y se viene

hacia mí con un pequeño chirrido.

Estoy dentro.

Nace ante mis ojos una escalera metálica que tuerce a la derecha y parece extinguirse en la más absoluta negrura, aunque yo la empiezo a subir (piso despacio, clang, clang, clang) con la certeza de que desemboca en el vestíbulo principal. Empujo una puerta con ojo de buey y allí me encuentro, el lugar que atravieso todos los días para ir a trabajar. Ahora me detengo un minuto, hasta que mis ojos son capaces de redibujar los contornos de las superficies y los objetos, mostradores, extintores, radiadores y paneles informativos, con la única ayuda del resplandor anaranjado que traspasa las puertas de cristal. No se me podría ocurrir un escenario menos propicio para el crimen o la intriga, y, sin embargo, al bracear por este cortinaje de sombras tediosas me parece que de su familiaridad emana algo profundamente inquietante, algo que siempre ha estado allí pero yo no he visto.

Si tú siguieses viva, quizá me hablarías de Freud. El pensamiento casi me hace sonreír.

He escuchado un ruido en la primera planta, justo encima de mi cabeza. El intruso continua en la biblioteca infantil.

Pero, ¿qué voy a hacer? Una vez que desenmascare al probable delincuente, ¿qué me queda? ¿Luchar? ¿De verdad voy a enfrentarme cuerpo a cuerpo contra alguien que puede llevar un arma oculta, jugarme la vida a cambio de...? ¿De qué. Olmo?

De una intuición, sí.

Subo las escaleras pisando con cuidado para que mis zapatillas deportivas no chirrien. Noto los músculos calientes, el corazón dando golpes seguros, inmutable. Una corriente de aire frío me sorprende en el rellano de la primera planta; si agudizo el oído siento el silbido que produce en una ventana mal cerrada de los servicios. Me hace pensar en termiteros gigantes, en sistemas orgánicos de ventilación.

La penumbra del rellano adquiere una textura musgosa bajo el luminoso de SALIDA colgado en una pared. Es suficiente para distinguir el dibujo del duende en la puerta de la biblioteca, nuestro duende sin nombre, con su media sonrisa desafiante y su dedo sarmentoso en la boca, reclamando eterno silencio.

Mientras me acerco, el aleteo de la linterna por la rendija de la puerta me informa de que no se esperan mi llegada. Voy a darle un buen susto a quien se encuentre al otro lado. Quien se encuentre al otro lado...

Pero solo juego a estar intrigado. Una parte de mí va por delante, y cuando abro la puerta de golpe esa intuición se encarna en el rostro palidísimo de un niño ruso. Aunque no parece un niño en absoluto, al menos durante los dos o tres primeros segundos. Podría tener treinta años, o treinta mil, porque aquel es el mismo terror que se debía de pintar en los semblantes de los hombres neolíticos al tropezarse con un oso en la salida de su cueva.

—Tranquilo —es lo primero que sale de mis labios, porque conozco la potencia de los gritos de Grisha.

El muchacho apaga la linterna y echa a correr hacia el fondo. Persigo con la mirada su silueta, que zigzaguea entre las sillas y se oculta bajo una mesa. Es la misma mesa que utiliza para escribir durante el día, un escondite que demuestra que no me ha reconocido. Quizás él también ha visto una cosa distinta en mi rostro; un oso cavernario, una termita gigante, un hombre de treinta mil años. ¿Y no le habrá sonado mi voz como un rugido?

—Soy Olmo —digo a la oscuridad matizada de la sala—. El bibliotecario. No tengas miedo.

Pero me quedo quieto. Imagino mi perfil consolidándose lentamente en medio de las mesas, como un tótem. No sé cómo remediarlo, cómo hacerme más humano si no es hablando:

—He visto una luz desde la calle. No te preocupes, solo... Solo me preguntaba quién podría ser.

—Pues ya lo sabes —responde Grisha, sin asomarse. Su voz aherrojada por el susto y la rabia—. Vete.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nada.

Ocultarse. Refugiarse. Huir. Protegerse. Pero, para preguntarle de qué, tengo que recorrer aún otro hemisferio de confianza.

—En realidad yo tampoco debería estar aquí —me acuso—. He entrado por la puerta de emergencia. —Entonces trato de imaginarme al muchacho irrumpiendo por el mismo lugar, pero no lo consigo—. Espera, tú no has venido ahora, ¿verdad? Llevas aquí desde la tarde.

Grisha no responde. Noto el bulto de su cuerpo acurrucado bajo la última mesa. Los dos puntos blancos que resplandecen son sus ojos.

—Seguro que estás pensando que no es asunto mío —digo.

—No. Estoy pensando otra cosa.

Espero una siguiente línea que no llega.

—Se me da regular eso de adivinar los pensamientos —resoplo.

—Sí, se te da de pena.

Grisha se toma una pausa para cambiar la postura de sus piernas bajo la mesa. Luego dice:

—La gente se ríe de ti.

—¿Qué?

—Te hacen burla. Los he visto. Te imitan, como si fueras idiota.

—¿Los otros chicos hacen eso?

—No. Tus colegas lo hacen.

—Mis colegas.

Y al ponerles rostro siento cómo una nube de calor recorre todo mi cuerpo; si pudiera atrapar esta energía y trasladarla al papel quizá nos hallaríamos ante una palabra grave. Como ofensa. O traición. ¿Y cuál tendría que ser mi respuesta? ¿Qué actitud ejemplar se espera ahora de mí, humillado adulto ante la mirada de un crío?

Yo cambio el peso de un pie al otro y no soy capaz de ofrecer respuestas ni ejemplos. Dejo que el silencio pese sobre nuestras cabezas como un tapón.

Al cabo de un rato, Grisha emerge al fin de su escondite. Por el resplandor de dos franjas verdes en sus hombros y de sus zapatillas blancas adivino que lleva puesto el chandal del colegio.

—Tengo que ir al baño —anuncia, varado al fondo del aula.

Yo hago un gesto hacia la puerta. Sé que él puede ver mi expresión igual que yo lo veo la suya, tamizadas por la luz de la calle.

—Ya sabes dónde están.

Duda un instante, pero luego, como si quisiera borrar esa vacilación de su historial, emprende el camino hacia la salida con súbito brío. Me pasa rozando, abre la puerta y se queda un segundo

mirando la oscuridad del rellano. Después se vuelve hacia mí. Le gustaría encontrar un vocabulario discreto para pedirme que le acompañase sin tener que rebajarse a la condición de niño. Al no hallarlo, hunde la cabeza entre los hombros e inicia la marcha por el pasillo.

Me asomo para observarle. Los servicios se encuentran a unos diez metros de distancia, en mitad del corredor que conduce al otro lado de la primera planta. Grisha llega en un solo aliento, como si bucease. Tan pronto como se planta bajo el umbral que distribuye los servicios masculinos y femeninos, alarga un brazo dentro para pulsar el interruptor. Los tubos fluorescentes parpadean un instante, haciéndole fotografías. Luego le dejan reducido a lo que es: un chaval con la cara blanca detenido en mitad de un pasillo vacío. Se ha girado para mirarme. Pretende que su garganta arroje como una orden lo que en realidad es una súplica:

—¿Puedes vigilar la puerta mientras meo?

—¿Vigilar? ¿Por qué? ¿Quién va a venir? —Pero he avanzado unos pasos por el pasillo y eso parece bastarle. Dice:

—Da igual.

Y entra, desapareciendo de mi vista.

Sé que existe un miedo ancestral a la oscuridad. Que un silencio demasiado largo es un vientre hinchado de futuros sobresaltos. Y sé que la noche tiene un puñado de trucos mágicos para hacer que los hombres se sientan desprotegidos, disminuidos. Aunque todo eso no se aplica conmigo. Yo me encuentro más alerta en la noche. En la quietud pulsátil de la madrugada puedo hacer que mis sentidos lleguen más lejos.

Ahora, por ejemplo, escucho la salpicadura de la orina de Grisha en alguna cabina de los servicios. Cuando termina no pierde ni un segundo: ahí viene de regreso, se diría que con el corazón disparado, aunque conteniendo sus zancadas.

Sin darme cuenta he cruzado medio pasillo, y cuando el chico pasa junto a mí lo hace con un pequeño rodeo, como si temiese que fuera a estirar mi mano y darle un pescozón.

—Tengo que coger mi mochila —murmura, con la vista baja.

—Bien —respondo, aunque yo no quería obligarle a marcharnos tan pronto. Hago lo posible por moverme de forma diferente a un policía o un agente de seguridad. O un demente.

Y en ese compás perdido un ruido nos congela.

Un estruendo bajo nuestros pies.

Un batallón de pasos lanzados y voces entrecortadas ha irrumpido en la planta inferior. Hombres con botas pesadas. Estrépito de objetos cayendo o volcando.

—¿Qué...? —intento preguntar, pero Grisha ya no está a mi lado. Ha echado a correr hacia la puerta de la biblioteca infantil, desde donde me mira con los ojos como platos, ojos que saben lo que verán si se quedan un instante más allí.

Los hombres de abajo cambian gritos en algún idioma que no comprendo. Sus voces suenan amortiguadas, como si llevaran máscaras. Se percibe la vibración de sus movimientos en una carrera continua, igual que abejorros de cien kilos zigzagueando y entrechocando sobre un panal gigante.

Escuchar algo así en medio de la oscuridad es para perder la cabeza, me digo. Pero nada me gustaría más que perderla, así que me arrimo unos pasos hacia el inicio de las escaleras. Miro hacia abajo.

Y entonces, a través de la penumbra del hueco, veo unos guantes negros deslizándose hacia

arriba por el pasamanos. Guantes enormes, de siderurgia. Y las pisadas que restallan cada vez más cerca.

—¡Entra, corre!

Me vuelvo y veo a Grisha haciendo aspavientos para que me reúna con él. Está a punto de cerrar la puerta, de modo que solo tengo una oportunidad. Percibo de soslayo la primera figura al pie de las escaleras, encarándome, una faz parda y robótica...

Me arrojo dentro de la biblioteca. Grisha da un portazo y saca de su bolsillo un manojito de llaves idéntico al que yo utilizo todos los días para acceder a la sala. Ha debido de hurtarlo de la oficina de recepción, y lo maneja con tanta soltura que imagino una larga ristra de noches furtivas en la memoria de sus dedos. Esto es algo que Grisha está acostumbrado a hacer.

—Aquí no pueden entrar. —Retrocede dos pasos, dejando el llavero pendoleando de la cerradura. Cuando voy a preguntarle se lleva el índice a los labios, como el duende de la puerta, y me hace callar.

Los intrusos han invadido la primera planta, se agitan de un lado para otro y parece inminente el momento en que se abalanzarán contra el escuálido paramento que nos separa, haciendo saltar cerrajas y esquirlas de conglomerado, sacando las jambas de su sitio. Aunque no sucede.

Pasan de largo, se revuelven en las mismas narices del dibujo que cuelga por el lado exterior y de inmediato distraen su frenética batida hacia otras latitudes.

¿Qué buscan?, pienso, o tal vez pronuncio, porque Grisha abre los ojos desorbitadamente y niega con el mentón.

Luego, mientras el rumor de la turba se desgaja por entre corredores y escaleras a lo largo del edificio, Grisha recula lentamente hasta su mesa-caparazón y se acurruca allí debajo, otra vez.

Yo espero. Escucho.

El tiempo renquea, remolca los segundos como si hubiera descarrilado de un reloj y consumiera su inercia hasta detenerse. Son los primeros calambres en las piernas los que me avisan de que llevo demasiado rato allí de pie, enfriando el sudor y sin consentirme un descanso.

También ha cambiado la luz al otro lado de la ventana. El cielo se ha encendido de gris brillante, casi un amanecer. Y el silencio ha regresado. No llega otro ruido que no sea el de las tuberías o el de los coches que empiezan a circular por el barrio.

La invasión ha terminado, sin toques de trompeta, sin explicaciones, igual que empezó.

Ahora Grisha viene caminando hacia mí, con su mochila colgada de un hombro y una expresión apenas más grave de la que suelo ver en su rostro todos los días. Un muchacho acostumbrado a salvarse siempre por los pelos.

—Ya se han ido —dice.

—¿Quiénes eran?

Demora la respuesta unos instantes. Mira hacia la puerta cerrada, que determina los dos lados de la trinchera. Yo estoy en el suyo, y por eso dice:

—Liquidadores. —Me observa, y como no soy capaz de construir ningún predicado con aquel sujeto, se encoge de hombros—. Ah, bien. Pensaba que ibas a hacerme más preguntas. —Pasa el otro brazo por la correa de la mochila—. ¿Nos vamos?

El chico hace un gesto hacia la puerta. Su resolución es contagiosa, me inclino para girar la llave y tiro de la manija, sin pensarlo. El rellano se descubre desierto y manso ante nuestros ojos.

La claridad de una ventana confirma que allí no ha habido batalla ni asalto algunos. No hay atisbo de vidrios rotos, cascotes por el suelo, boquetes en las paredes o túmulos de escombros. Todo lo que el oído había prometido regalarle a la vista se revela un engaño.

Aunque la mirada es obstinada: ¿no es aquello una muesca en el peldaño de una escalera? ¿No son esas manchas cenizas huellas de manos en la pared?

—¿Me enseñas la salida de emergencia? —ordena débilmente Grisha.

Deshacemos el camino que me condujo desde la calle hasta la biblioteca y cada esquina doblada nos presenta un escenario calmo e indemne. El sentimiento de disociación perceptiva es tan intenso que embarulla mis pasos por el vestíbulo, casi deteniéndome.

Veo la espalda de Grisha que se adelanta hasta que advierte que camina solo y se vuelve.

No necesita decir nada. Ni yo tampoco. Lo que hemos compartido se conecta a un nivel no verbal, como un río que nadie ve ni escucha porque corre bajo tierra.

Tú me dirías: ahora exprésalo sin metáforas.

Pero no sé hacerlo sin metáforas. Toda mi vida tendría que ser la metáfora de algo distinto; al menos, esa es la única esperanza de sentido que me queda.

Le ayudo a saltar la valla. Cuando nos reunimos en el otro lado, Grisha se sube la cremallera del chándal y me dice:

—Lo que te he dicho ahí dentro... Era todo verdad, ¿sabes? Yo nunca miento.

Los primeros peatones nos pasan rozando, aunque sonámbulos. Me estremezco. No sé si Grisha se refiere a los liquidadores o a las burlas de mis colegas. Probablemente a ambas cosas.

Y estoy pensando en que es una locura actuar como si no hubiera sucedido nada. Que una persona cabal sujetaría al chico por los hombros y le diría gravemente que no debe preocuparse por lo que acabamos de presenciar. Que no es real. Que existen cuadros clínicos para consignar fenómenos como este, y cápsulas de colores para borrarlos.

Pero la mirada del chico es la de un superviviente y eso me despoja de cualquier autoridad. Hurgo en mi caja de herramientas y simplemente carezco de lo necesario para hacer ese trabajo.

—Alguien estará preocupado en tu casa —pronuncio. Y, al no utilizar la palabra «padres», me delato. Sé cosas sobre él que van más allá de lo que dice la pantalla de mi ordenador cuando saca un libro.

—No. —Me examina con los puntos negros que flotan sobre el azul de sus ojos—. Ni siquiera se dan cuenta.

Yo asiento.

—Adiós. —Grisha me muestra una palma tan blanca que parece desprender luz propia, luego da media vuelta y se marcha calle arriba, hacia el cruce que bombea los ruidos propios del despertar.

Apenas recorro unos metros cuando caigo en la cuenta de que Grisha se ha marchado con el manojito de llaves en el bolsillo. Me la ha jugado, pero en lugar de sentirme torpe me parece que estoy siendo testigo de algo importante. Un suceso que no tiene nada que ver con ruidos de pasos al otro lado de la puerta. Un cambio que podría estar produciéndose dentro de mí y dentro del chico simultáneamente.

Al menos, sospecho que él ya no me odia.

Te estoy hablando de gente peligrosa

—Ayer pillé a un chaval escondido en la biblioteca —le cuento después a Patricia. Yo, al contrario que Grisha, digo muchas mentiras—. Estaba esperando a que cerrásemos para quedarse a pasar la noche.

Ella sale de la cocina con un tazón y una caja de *Jordans Country Crisp* que vuelca en meticulosas sacudidas, tratando de conseguir el mayor número de pepitas de chocolate. El dormitorio huele a sudor y café recién hecho, aunque son las doce del mediodía.

—Se llama Grisha —continuó—. Ha sido huérfano dos veces. Quiero decir, que lo adoptó una familia de aquí pero luego los padres murieron en un accidente.

—Qué pobre. —Viene hasta la cama y se sienta al estilo indio ante mí, con la taza en el regazo, como si yo fuera su programa favorito de televisión—. ¿Y quién se ocupa de él ahora?

—Un amigo del padre. Dicen que con muy mala reputación. Tiene nombre catalán, eh... Ricard Amer.

Patricia detiene en el aire la primera cucharada.

—¿Amer? ¿Estás seguro?

—Sí. ¿Por qué?

—Y el niño es ucraniano, ¿no?

—Pues... creo que ruso, pero no estoy seguro.

—Si es el Amer que estoy pensando, el niño será ucraniano. Y no creo que haya otro Ricard Amer en Madrid. Menudo hijo de puta. —Patricia hace crujir el *muesli* en su boca.

—¿Lo conoces?

Pero su mirada de pronto es opaca.

—¿Por qué te interesa ese crío? —dice bruscamente, como si yo jamás me hubiera interesado por ninguna persona.

—Es igual que yo, pero también lo contrario a mí —digo.

—¿Qué coño quiere decir eso?

—Como una imagen en el espejo. Lo mismo y lo contrario.

—Joder, Olmo. Eres increíble.

Encojo mis hombros desnudos. Al otro lado de la ventana, una flota de nubes planea un desembarco sobre el Parque del Oeste y a mí me da por pensar qué ocurriría si el prometido de Patricia abriera la puerta del apartamento ahora mismo, rabioso y fatigado porque un accidente

en la M —30 le ha obligado a dar media vuelta y ya no llega a tiempo a su clase de esquí en Xanadú. Y encontrarse con aquel gigante en la cama, en pelotas, pegado a su novia.

Sé que Patricia cuenta con esa posibilidad. Nunca ha querido que nos veamos en otro sitio.

—Espero que no estés pensando en hacer una visita de cortesía al señor Amer, o algo así. Ni en llamarle por teléfono para interesarte por su sobrino favorito —habla meneando la cabeza lentamente; un tic policial—. Si quieres vivir cien años, el primer consejo es mantenerse alejado de individuos como ese y de todos los que le rodean.

—Ni siquiera le he visto. No sé qué cara tiene.

—Mejor. —Da otra cucharada, sin quitarme ojo. Ella tampoco lo tiene fácil para penetrar en mi cabeza—. Te estoy hablando de gente peligrosa. Olmo. Gente con pistolas.

La idea del regreso empieza a obsesionarme, como todos los sábados a esta hora: tres kilómetros de hormigón y semáforos se emboscan allí abajo, esperándome. Busco mis pantalones de correr en el suelo, junto a la cama. Patricia comprueba su reloj, como si seis minutos antes o después marcaran el paso de una categoría a otra en nuestra relación. Pero no dice nada, se queda terminando su desayuno.

Me desconcierta esta sensación de que alguien está enfadado pero no ser capaz de discernir quién ni por qué. Cuando salgo del cuarto de baño, le pregunto:

—¿Por qué no te gustan los niños?

—¿A qué viene eso? ¿Me has oído decir alguna vez que no me gustan los niños?

—No.

—Entonces.

Me siento en el borde de la cama para atarme las zapatillas. Otras veces ella viene y me besa en el cuello, pero hoy no. Cuando voy a marcharme, se pone una camiseta y me acompaña a la puerta. Lo último que dice es:

—Adoro a los niños. Ese es el problema. Que sé lo que les hace la vida, y no lo soporto.

Vuelvo pensando que la ciudad es un cuerpo hinchado y cubierto de cicatrices. Si te fijas bien, las heridas todavía exudan una grasa blancuzca y antropomorfa: somos nosotros.

Grisha y yo apenas nos dirigimos la palabra en los días que siguen. Nos hemos convertido en dos organismos extraños en perfecta simbiosis; cuando él cierra los ojos y da inicio a su escritura automática, yo me levanto de mi silla y despliego mi aura de protección. Ya nadie se atreve a reírse en voz alta. Y sé que hay un peligro: cuando el diferente adquiere poder deja de resultar gracioso y se vuelve odiado. Ahora los chicos miran a Grisha de otra manera que no me tranquiliza.

Pero existe un orden.

Y el silencio de la biblioteca es un santuario para los secretos.

En tres ocasiones, cuando llego por la tarde encuentro indicios de que Grisha ha pasado la noche allí escondido. Su mesa, ligeramente desplazada. Un envoltorio de Marsh en el suelo. Y el hecho de que las llaves no han vuelto a aparecer en su gancho de la oficina.

De un modo difuso pero constante, como una migraña, me persigue la idea de que Grisha está en peligro. De que una grave amenaza lo sobrevuela. Y algo más. Tengo la absurda certeza de que yo soy la única persona capaz de ayudarle.

Sé lo que dirías, Julia. Esto tiene que ver con Emilio, con mi fantasía de haberle salvado la vida. Tengo poderes, soy un superhéroe, ¿verdad? Pero no se trata de eso.

Una tarde me acerco a Grisha en el mismo momento en que ha terminado de garabatear en su cuaderno y vuelve a abrir los ojos. Hoy no han venido los otros chicos, solo una niña que hace los deberes en una mesa alejada, de modo que disponemos de la intimidad suficiente para que pueda preguntarle:

—¿Qué es? —Él cierra su cuaderno, pero es inútil disimular. Trato de pulir cada arista de cada sílaba, para no herirle—. ¿Qué es lo que escribes?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Parece tu idioma.

—Yo no hablo ucraniano —se defiende. Y su mirada firme quiere recordarme que él nunca dice mentiras.

—Pero lo escribes.

Grisha se encoge de hombros, guarda el cuaderno en su mochila. Entonces me fijo en la moradura que le asoma por el cuello de la camisa.

—¿Qué te ha pasado?

Él se gira para ocultar la marca. Toda la aprensión y todo el miedo han regresado de súbito, aunque se camuflen en una sonrisa blanda, media curva moteada de pecas palidísimas, casi imperceptibles.

—A veces me pillan —responde.

Y no puedo dejar de pensar que aquel es el lugar donde soñé que una libélula perforaba su carne. Le digo:

—¿Ellos?

Pero el puente entre él y yo se ha cortado, sus dos partes cuelgan a ambos lados del barranco. Grisha recoge sus cosas y se marcha antes de que pueda seguir haciéndole preguntas que le obliguen a aborrecerme. Lo noto, él quiere contar conmigo. Tal vez me necesita de la misma manera ciega y sin razones con que yo me imagino imprescindible para él.

Cuánto me gustaría no equivocarme.

Al regresar a mi mesa, alguien ha dejado un libro de Geometría Nivel 1 para devolver a las estanterías. Las figuras superpuestas de su cubierta parecen la radiografía de un cuerpo extraño, tal vez el de un hombre. Tal vez yo.

Desde que falta Emilio, los demás tenemos que rotar de puesto en la biblioteca para cubrir sus turnos. Eso significa que debo pasar dos tardes por semana en el ala contraria del edificio, sentado tras el mostrador de la biblioteca para adultos. Ya no me reconforta este silencio. Lo encuentro afectado y supersticioso, como una ceremonia en la que nadie cree.

Hay un guardia de seguridad que pasea su tripa por aquí. Por suerte no lleva pistola, no soportaría ver a un hombre armado en este lugar. Se llama Alberto y está empeñado en que tenemos algo en común, un nexo de hombría, una implícita violencia en el gran espacio que ocupan nuestros cuerpos. Trato de escucharle con atención, le devuelvo las carcajadas cuando corresponde, aunque todo lo que dice me resulta ajeno, no existe ningún vínculo real entre él y yo.

Un día me detengo en la puerta de la cafetería y observo discretamente la mesa donde se sientan mis compañeros. Jota no para de hablar. Fede hojea un periódico y asiente todo el rato. Virginia fuma, ríe o hace algún comentario puntuando con un dedo. Entonces Jota hace una imitación. Estira la espalda y pone la cara muy seria, cómicamente seria. Virginia se muere de la risa. Fede vuelve la cabeza para toser y entonces me ve allí parado, mirándoles. Fin del capítulo.

Es verdad, yo digo muchas mentiras. He aprendido a hacerlo con tanta naturalidad que podría conectarme a un polígrafo y hacerle creer que soy el hombre que descendió las escaleras del *Eagle* el veintiuno de julio de mil novecientos sesenta y nueve para dejar la primera huella en la superficie de la Luna.

Lo que se te ocurra.

De manera que si te dijera que hoy me he tropezado con Grisha por casualidad, al final de la calle Serrano, tú no tendrías forma de saber si te estoy contando la verdad o no. Quizá pienses que en realidad he estado espionando al chico, siguiéndolo a la salida de la biblioteca. Adelante, piénsalo, no me importa.

La silueta del niño dobla una esquina y se adentra por una calle salpicada de hojas pequeñas y amarillas. Aquí todas las casas son diferentes, están diseñadas por arquitectos que también hacen museos y bodegas. Casas con un dormitorio abajo para la interna.

Sigo sus pasos para no perder de vista el gorro de lana, la mochila a la espalda y la trenca azul que asoma por debajo. En realidad no hace tanto frío para abrigarse así. Pero supongo que el frío es una cuestión anímica, personal; no cabe imaginar a Grisha sin su permanente expresión aterida.

Un perro me ladra al pasar delante de una verja y cincuenta metros más allá noto que Grisha se demora en dar el siguiente paso, como si barruntara la idea de volverse y ver quién camina tras él, pero sin hacerlo. Quizá lo sabe desde el principio.

El sol agónico de la tarde encuentra una grieta entre dos torres lejanas para arrojarle directamente contra mis ojos, de modo que retiro la mirada a mis pies. Es una calle perfecta para tropezarse; las raíces de las acacias han levantado algunos adoquines en las estrechas aceras, incluso asoman sus bulbos pardos como si amagaran con escaparse de allí, como si recordaran haber vivido en otro sitio mejor.

Cuando vuelvo a alzar la vista Grisha ha desaparecido. Ha debido de entrar en una de las fincas. Pero, ¿cuál?

Sigo caminando, incapaz de recordar la dirección que vi en su ficha de la biblioteca. Mi memoria convalece de viejas amputaciones y se muestra débil, por eso adora la repetición. Por eso ahora me siento un poco mareado, en la frontera de lo nuevo con lo muy viejo, de lo más íntimo con lo más ajeno. La posible dimensión ética de mis actos —seguir a un niño hasta su casa, ¿te das cuenta de lo que parezco?— ni siquiera se plantea, no se sostendría en pie sobre mis sentidos nublados.

El perro de la otra casa ha dejado de ladrar, pero el silencio acusa todavía más mi presencia impertinente en mitad de la calle mientras avanzo sobre las losetas de hormigón. En este barrio no hay tiendas, ni oficinas, solo un par de colegios tan selectos que no necesitan parecer colegios y alguna embajada con bandera de colores africanos: verde, negro, blanco.

El rumor del tráfico en las avenidas próximas es la pauta sobre la que mis pasos ejecutan su solo de dos notas. Pero termina la estrofa: la calle se extingue en un escueto *parking* privado, así que hago una pausa y doy media vuelta.

Es entonces cuando me encuentro con Grisha a menos de dos metros de mí. Me está mirando desde el otro lado de una verja, dentro de la casa que lleva el número 86.

—¿Te han despedido? —Es su saludo.

—No. Estoy en la otra biblioteca, la de adultos. —El chico sigue esperando, con las manos en los bolsillos—. Hoy tengo el día libre.

—Han puesto un candado en la salida de emergencia.

Su hostilidad me suena forzada. Si realmente estuviera enfadado conmigo me preguntaría qué demonios hago aquí, al final de una calle que no lleva a ninguna parte. Me diría que me fuera de allí antes de que llamase a la policía.

—Escucha, yo no he dicho nada a nadie —me defiendo—, pero tampoco me gusta que pases las noches en la biblioteca, ¿vale? No está bien.

—¿Seguro que no has puesto tú el candado?

—¡No! Pero alguien se habrá dado cuenta de que están entrando o saliendo por ahí. ¿Te gustaría que te pillase la policía, como a un ladrón? ¿Qué iban a decir en tu casa?

—Si has venido a contárselo a mis padres, pierdes el tiempo. Están muertos.

—No he venido a eso. No... —Un súbito agotamiento amenaza con derribarme; no sé de dónde proviene—. Siento lo de tus padres.

El muchacho sacude la cabeza y atisbo una sombra gris en su mandíbula, como el fantasma de una futura barba. Creo que es la luz de sus ojos, que lo arrasa todo, convierte el mundo en cenizas.

—Yo era muy pequeño —dice—. Solo los recuerdo por las fotos que hay en casa. Pero de todas formas no eran mis padres verdaderos. —Gira la cabeza hacia su casa y luego otra vez a mí—. ¿Quieres ver una cosa de mi verdadero padre?

Hago un gesto ambivalente. Incluso con diez años debe saber que le toca asumir una responsabilidad, si quiere que yo cruce ese umbral. Dice:

—Vamos, entra. A Lupe le encantará conocerte. Ella lee muchos libros. —Se adelanta hacia la puerta metálica, desapareciendo de mi visión durante dos segundos, hasta que esta se abre de par en par—. Pero si te insiste en que te quedas a cenar, date el piro, ¿vale? Se puede poner muy pesada.

Sin dejarme tiempo para replicar da media vuelta y se encamina hacia los escalones de entrada. Es una casa modesta, dentro de los cánones del barrio. Una espesa enredadera invade toda su fachada frontal, que no es vistosa ni moderna. A la derecha hay un pequeño porche vacío, frente a un albaricoquero del que cuelga un columpio para bebés. La puerta del garaje permanece cerrada y con cierto aspecto de abandono.

Grisha saca un manojito de llaves —durante un instante me han parecido las de la biblioteca, pero son otras— y abre la puerta principal. Da la impresión de que en el bolsillo de este niño se podrían encontrar llaves para atravesar el planeta entero, sin resistencia. Pero es una sensación falsa; Grisha cierra tantas puertas como franquea, no es otra cosa que un carcelero de sí mismo. Esta es la clase de cosas que me hace pensar, ¿lo ves? Simplemente por la forma en que se mueve, borrando sus huellas a conciencia.

Me hace un gesto para que entre tras él, como si hubiera notado alguna vacilación, y me guía por el enmoquetado recibidor. Mientras él se quita la mochila y el abrigo yo estudio el entorno. Una escalera con pasamanos de madera asciende a la izquierda y se esconde en un giro cerrado. La doble puerta del salón, al otro lado, deja entrever una mesa rodeada de sillas; más allá, un sofá y un televisor en penumbra. La cocina queda justo enfrente y es hacia donde Grisha dirige sus pasos.

—Lupe, traigo visita —anuncia, pero cuando la encuentra vacía no detecto en él ninguna sorpresa—. Me parece que ya se ha ido.

Señala un papel fijado a con imanes a la puerta de la nevera. Garabateados, el lugar y el contenido de su cena preparada, la temprana hora en que regresará para prepararle el desayuno, un telegráfico deseo de buenas noches y una firma con cuerpo de mariposa.

—Ella es quien me hace la comida, limpia la ropa y todo eso. Le gustan mucho los hombres, siempre se está enamorando. Debe de tener ocho o nueve hijos por ahí, entre Ecuador y España. ¿Quieres beber algo? Tenemos zumo. Coca-cola.

—Me tengo que ir enseguida, Grisha.

—Ven, solo quería enseñarte una cosa. Vas a alucinar.

Me conduce por las escaleras hasta la planta superior. Al atravesar el corto pasillo vislumbro un dormitorio con las persianas bajadas y una gran cama de matrimonio hecha, pero no del todo. Como si alguien hubiera dado una cabezada sobre ella y luego no se hubiera molestado en arreglarla.

Lo que me choca de la habitación de Grisha es lo poco sorprendente que resulta. Te hace comprender que no existen niños más extraños que otros, cuando se trata de ellos solos. Juguetes feroces, edredones de colores; la pureza fascinada por el horror. A través de la ventana se ve un patio habitado por una manguera de boca naranja y una bicicleta con ruedines que debió quedársele pequeña a Grisha hace demasiado tiempo.

—La guardo bien escondida. —Se introduce casi por completo en el armario empotrado, oigo cómo remueve objetos—. Por si alguien entra a robar, ¿sabes? Es mejor tomar precauciones.

La punta de mi zapato toca un libro y me agacho para recogerlo de la moqueta. *Harry Pottery el prisionero de Azkaban*. En seguida veo cuál es el lugar que le corresponde en la estantería y lo coloco mecánicamente. Después me doy cuenta de lo que he hecho y estoy a punto de volver a dejarlo en el suelo. Pero Grisha me llama:

—Aquí está.

Lo primero que pienso es que se trata de una placa de policía, como la de Patricia. Grisha me la tiende, sin hacer amago de soltarla aún, y entonces me doy cuenta de que es algo distinto. Una medalla. Su círculo central es de color azul y está montado sobre una cruz roja con rayos dorados, todo pendido de un broche que sujetan los dedos del niño. Pero lo que captura mi atención es el dibujo que hay grabado en el círculo central: representa una gota roja, atravesada por tres líneas punteadas que se abren de abajo arriba como un ramillete. Cada una de las líneas viene acompañada de una letra del alfabeto griego: alfa, beta, gamma. En el anillo que rodea el círculo, una inscripción en caracteres rusos termina de darle al conjunto cierto aspecto de jeroglífico.

Grisha retrae perceptiblemente su brazo cuando me muevo más cerca, luego se arrepiente y

deja que coja la medalla en mi mano. Soy tal vez la primera persona a la que concede tal licencia y, de nuevo, temo verme paralizado por la responsabilidad.

—Es la medalla de los liquidadores —el tono de su voz ha ascendido una octava, pero en lugar de sonar más fuerte parece al borde de quebrarse—. Los soldados que trabajaron en la construcción del sarcófago. Los héroes de Chernóbil. Mi padre fue uno de ellos.

Como no hago nada más que contemplar la medalla, arruga el ceño y dice:

—El accidente de Chernóbil, ¿no lo sabes? Fue en mil novecientos ochenta y seis.

—Sí —logro articular—. Yo era un chaval entonces. Pero lo recuerdo.

Cualquier cosa que pueda añadir sonaría demasiado lúgubre y distante. Lo que recuerdo de aquel desastre son fragmentos de informativos, mapas de Europa con nubes en movimiento. De pronto entiendo lo que significan las tres líneas de la medalla y casi la dejo caer de mis manos. Alfa, beta y gamma: las tres clases de radiación. Atravesando una gota de sangre.

—Fueron mártires, ¿sabes? —dice Grisha, y la reverberación de sus ojos azules es tan intensa que ya no tolero mirarlos; si se acerca un paso más me destrozará en pedazos—. Dieron su vida por los demás.

Asiento a sus palabras, pero sé que él espera algo más que un cabeceo de reconocimiento. ¿Cómo podría conformarse con eso? Acaba de abrirme las puertas de su más sagrado altar, pobre de él y pobre de mí. Porque soy un hombre difícil para esto. Tengo el privilegio de asistir a una de las escenas inaugurales en la formación de su psique de adulto y lo único que se me ocurre es plantear una incongruencia matemática:

—Tu padre debía de ser muy joven, entonces. Tuvo que vivir muchos años después del accidente.

Él me mira, siento que lo hace con fijeza aunque yo mantengo mi vista en la medalla. En los segundos que tarda en hablar me asalta un súbito terror de haberme equivocado en todo, desde el principio: sal de aquí, corre, este muchacho no necesita un amigo ni un protector, lo que necesita es un especialista en salud mental, cuanto antes.

Si no fuera porque yo he visto lo mismo que ha visto él.

Si no fuera porque me creo todas y cada una de sus palabras.

De modo que en esta habitación existen dos locos, o ninguno. Y este pensamiento se me transforma en sonrisa, que de alguna forma contagio a Grisha. El chico parece intempestivamente alegre cuando dice:

—Hombre, sé restar. Yo nací en el año dos mil, o sea que mi padre vivió catorce años más después del accidente. No todos murieron en seguida, ¿sabes? —Busca un ángulo nuevo para mirarme—. ¿Pensabas que era una trola?

—No. Porque tú no cuentas trolas.

—Ni una.

—Tu padre fue un héroe. Puedes estar orgulloso de él.

—Es que lo estoy.

Queda por delante un laberinto de preguntas sin responder. Por qué el abandono. Y mamá. Cómo sabe que la medalla perteneció a su padre, los nombres. Las fechas y los lugares precisos. Tú sabrías qué palabras necesita escuchar este niño, en qué momento cogerle de la mano, por dónde llevarle para cruzar al otro lado de su dolor disfrazado de orgullo. Pero Grisha vuelve a esconder su medalla en un vértice oculto del armario y aquí termina la sesión de terapia de hoy.

Porque él es un niño y todavía prefiere la otra orilla, donde los muertos son seres fantásticos que no hacen daño.

¿No hacen daño?

—Tengo que irme. —Es mi hora de retreta. La hora de volver a mi propio laberinto.

—Vale.

Bajamos. En el recibidor, detengo mis ojos en los libros que Grisha ha sacado de la mochila y ha dejado sobre el aparador. Encima de todos ellos se encuentra el cuaderno de tapas azules.

—No sé hablar ruso, ni ucraniano —dice al interceptar el rumbo de mis pensamientos—. Lo que escribo ahí... me lo traduce una amiga mía.

—¿Y qué pone?

—Es un diario. —Se encoge de hombros como si el asunto cayera por su propio peso. Como si me lo hubiera anunciado cada vez que me pedía el fechador de la biblioteca para marcar sus páginas.

Se ve en los extremos deprimidos de sus labios que Grisha no tiene ganas de desvelarme nada más por hoy. También yo me he quedado sin fuerzas para indagar. La medalla nos ha contaminado de una radiación todavía sin nombre, invisible pero devastadora. Antes de que me fallen las piernas, me agarro al pomo de la puerta y la abro para salir.

La oscuridad ha enfurruñado el semblante de las calles. Este barrio ya no invita al paseo sereno sino a deslizarse a hurtadillas entre las tapias y las esqueléticas acacias. La temperatura se desploma como un ancla.

Y en contra de todas mis precauciones, en este instante de crepúsculo suburbial creo entender por qué este niño prefiere pasar las noches al resguardo de paredes llenas de libros brillantes y dibujos infantiles. Lo que resulta descabellado, en este segundo de vértigo que tardo en saltar el último escalón, es que un niño de diez años se quede a dormir solo en esta casa. Me dan ganas de volverme y decirle: vamos, ven conmigo, no puedes quedarte aquí solo. Pero mi pecho carece de insignias heroicas. Mis méritos para la historia se archivaron con un frío acrónimo: O.L.V. Igual que olvido. Igual que olvidadme, por favor.

—Mañana vuelvo a mi turno en la biblioteca —le digo, desde la puerta metálica exterior.

—Vale. Adiós.

Y me espanta su forma religiosa de callarse, detenido bajo el primer umbral, como si pesara algún voto de silencio sobre sus legiones de miedos y esperanzas. Su forma de cerrar la puerta y el sonido de llaves al otro lado. Enclaustrándose.

Cuando llego a casa no encuentro ningún mensaje en la pizarra de la entrada. Paso los dedos por su superficie lisa, miro el polvo en ellos y me digo que ojalá esto signifique un progreso.

Iryna está libre

Jota repite una y otra vez, como un mantra:

—Este lugar tiene fecha de demolición. Esta profesión tiene los días contados. Es una verdad de dominio público.

Habla del libro electrónico como si lo hubiera descubierto él. Como si nadie más pudiera advertir todas las implicaciones.

—Un residuo medieval, eso es lo que somos. ¿Edificios dónde se almacenan libros? Por favor.

Luego se muestra furibundo en la defensa de cierta posición, cualquiera, mejor cuanto más contradictoria. Quiere dejar claro que tiene opinión, en todo caso. Que no está desarmado ante las profundas incongruencias de la vida.

—¿Quieren que me recicle con uno de esos cursos? —opina incluso con las cejas mientras se enciende otro cigarrillo—. Yo no soy un tetra brik. No valgo para una cosa y al día siguiente para otra.

Virginia y Felipe le dan la razón, aunque diez minutos antes se han incluido en la lista de uno de esos cursos de reciclaje para bibliotecarios. Esta ceremonia no tiene nada que ver con la sinceridad. Es una orgía exprés de nicotina y sarcasmo.

—Yo tengo un *Kindle* —dice Felipe con gran audacia. Todas las miradas se vuelven hacia Jota, que exhala humo lentamente. En realidad, ni siquiera le ha escuchado.

—Hablé con Emilio ayer. —La mirada perdida entre la máquina de café y el techo—. No va a volver a trabajar.

—¿Por qué? —Virginia suelta la pregunta a sabiendas de que va a quedarse allí colgada. Los porqués son vías muertas.

Esa noche regreso a la biblioteca. Salto la valla y entro por la puerta de emergencia, donde ya no hay ningún candado. Soy un buen manipulador y logré que el encargado de mantenimiento lo denunciase ante la dirección. Es ilegal sellar las puertas de emergencia, no importa cuántos ladrones entren.

Utilizo mi llave para acceder a la biblioteca infantil.

—¿Grisha?

Pero no está. Una decepción más honda de lo previsto me sacude. Creí que lo encontraría. Que podríamos hablar. Y me reconozco en el asombro de Patricia: ¿por qué de pronto este crío

es importante para mí?

Miro las pantallas negras de los dos ordenadores y pienso: «Algunas verdades son de dominio público». Me siento ante la mesa, conecto una terminal y abro el navegador de internet. Sé que hay palabras tabú, como: juegos, sexo, violencia. Como si existiese algún espacio de la acción humana libre de esas tres cosas. Pero nos conformamos con no mencionarlas, ¿no es cierto? Vivimos en un eufemismo perpetuo.

Tecleo: «Liquidadores de Chernóbil».

Y por supuesto, todo lo que dijo Grisha es cierto. Las autoridades soviéticas movilizaron a más de medio millón de personas en los meses siguientes a la explosión para minimizar los efectos del desastre. Bomberos, soldados, mineros y voluntarios que se afanaron en luchar primero contra el fuego, después en el desescombros y finalmente en la construcción del gigantesco sarcófago sobre el reactor número 4. Se estima que 60.000 de aquellos liquidadores han muerto y otros 165.000 padecen algún tipo de discapacidad, aunque las cifras no son oficiales. El Estado de Ucrania entraría en bancarrota si tuviera que pagar todas las pensiones de viudedad. Cuando veo una fotografía de la medalla me quedo un instante sin respiración. Sigo tecleando.

You Tube. El icono triangular que aparece sobre las ventanas de los vídeos: *Play*. Juega. ¿Lo ves, Julia? Es imposible escapar, todo es un juego, todo es erótico, todo es violencia.

Pulso en un vídeo que lleva por título exactamente este: *Liquidadores de Chernóbil*. Como si me estuviera esperando. Como si hubiera sido realizado para mí en algún laboratorio de alquimia digital, a toda prisa, esta misma noche.

Las imágenes se agitan en blanco y negro, o quizás en un color tan enmohecido que parecen tomadas muchas décadas antes, en los albores del cine, la Primera Guerra Mundial, Buster Keaton. Una hilera infinita de camiones del ejército aproximándose por una carretera. En sus remolques, apretados hombro con hombro, soldados jóvenes con mascarillas blancas. Les han ofrecido cambiar lo que les queda de servicio militar por un trabajo de pocas horas en Chernóbil, así que están contentos.

Ahora se ve un grupo reducido en el interior de un edificio. Se están vistiendo con la ayuda de otros militares. Aunque vestirse no es la palabra adecuada. Recubren su cuerpo con hojas de plomo toscamente cortadas, se las adhieren al pecho, a la nuca, a la espalda y a los genitales, las zonas que se consideran más sensibles a la radiación. Les cubren la cabeza con una capucha y el rostro con una máscara. Les ponen guantes. Pero nadie sabe en realidad cuál es la forma correcta de hacerlo. No existe forma adecuada de protegerse para salir ahí afuera, al tejado abierto del reactor.

La razón por la que se emplean seres humanos en esta tarea es que los robots han quedado inutilizados al instante por efecto de la radiación. Por eso a estos hombres se les llamará biorobots, aunque ellos aún no lo saben.

Ahí están. Salen a la carrera. Avanzan entre los restos vomitados por la explosión. Se mueven deprisa a pesar de su armadura de treinta kilos y vuelvo a pensar en viejas películas del cine mudo, solo que esta pertenece al género de terror. Una película de terror donde el monstruo es invisible. No se huele, no se toca. Pero mata de un solo zarpazo. En algunos puntos del tejado los medidores de radiactividad alcanzan los 10.000 roentgen, cuando la dosis letal para un ser humano es de 500. Por eso los oficiales y los científicos les han dicho que corran, que no se

detengan ni un segundo. Cada grupo dispone de un tiempo máximo de dos minutos, y lo consume en una actividad frenética: unos utilizan palas para recoger del suelo los fragmentos de grafito, otros sus propias manos. Les han ordenado arrojarlos por el hueco de la explosión, sin miramientos, de regreso al corazón aún humeante del reactor. Tan solo es la primera fase de una limpieza que llevará meses, y la labor se antoja de una escala tan enorme que el objetivo de la cámara oscila de un lugar a otro, entre amasijos negros y espaldas que se inclinan hacia la muerte. Las imágenes vienen desprovistas de sonido, pero no lo necesito.

Sé exactamente el ruido que hacen los liquidadores.

Los he oído moverse aquí mismo, al otro lado de esta puerta.

Ahora miro los rostros enmascarados en la pantalla y trato de no aceptar que uno de aquellos hombres es el padre de Crisha. Pero he visto la medalla. Y Crisha nunca miente.

El vídeo termina en seguida, porque lo demás no necesita ser mostrado. La muerte permanece como una oceánica elipsis alrededor de este acontecimiento trivial, casi atlético. Ya sabemos lo que vino después. Las enfermedades. Las malformaciones. Los orfanatos con camas de hierro.

Cuando apago el ordenador me encuentro acompañado de una respiración que no parece la mía. ¿Tan tocado me ha dejado la grabación? Esto te entusiasmaría, Julia. Siempre buscando estrategias para impresionarme, para hacerme reaccionar, y bastaba con abrir el *You Tube*.

Pero no se trata de Chernóbil, claro.

Se trata de...

(—Olmo). Me giro bruscamente en la silla. ¿Quién ha dicho mi nombre? Ha sonado cerca, pero no siento ninguna compañía entre las sombras de la sala. Ahora voy a cometer una imprudencia: me levanto y enciendo las luces. Estallan los colores del mobiliario, los centenares de lomos en las estanterías, los dibujos en las paredes. Me agacho para mirar bajo las mesas. Nadie. Inmediatamente vuelvo a sumir la biblioteca en los grises de la medianoche, antes de que algún vecino empiece a hacerse preguntas al otro lado de la fachada. Y como si tuviera algún control sobre lo que va a ocurrir, cierro los ojos y escucho serenamente:

(—Olmo). Ahora estoy seguro, la voz proviene del rellano. Y pertenece a una mujer. ¿Patricia?

Como anestesiado, debo convencer a mis piernas de que se muevan hacia la puerta y persuadir a mi mano derecha de que gire el pomo.

El corredor se exhibe oscuro y limpio ante mí. Como una trampa.

—¿Quién eres? —pregunto al vacío, que no responde.

Me vuelvo para cerrar la puerta y entonces me encuentro con unos ojos amarillos a la altura de los míos. El duende, con esa media sonrisa que dice: lo sé todo, idiota. Aunque no le hago caso. Cierro con llave. Viro sobre mis talones y pongo rumbo a las escaleras. Pero antes.

Antes veo las dos figuras que me observan desde el fondo del pasillo. Un hombre y una mujer, sus rostros dos manchas de luz en la penumbra. Permanecen de pie a veinte metros de mí, tal vez cogidos de la mano. Contemplándome.

Y yo no los reconozco, ¿cómo podría hacerlo, si son poco más que sombras pintadas sobre sombras? Pero sé que no pueden estar ahí. Sé que violan un puñado de leyes esenciales con su sola presencia. Sé que es imposible una perspectiva que nos incluya juntos a los tres. Chirría como una blasfemia.

De modo que echo a correr por las escaleras, antes de que estas se encabriten, antes de que las paredes y los techos se confundan y la fuerza de seis gravedades opuestas tire de mí hasta descuartizarme.

Huyo.

Puedes emplear esta palabra si quieres: despavorido.

Y sigo corriendo al alcanzar la calle. Me deslizo febril por las aceras, entre los coches aparcados, a través de las calzadas desiertas como si mis pasos también se vieran acechados por unas garras invisibles.

En algún momento descubrimos que las cosas han empezado a cambiar y entonces ya es demasiado tarde para pararlo.

—Voy a ver a Iryna. —Grisha se acerca a mi mesa cuando termina sus deberes, poco antes de cerrar la biblioteca—. Ella es de Ucrania, me ayuda a traducir el diario. ¿Quieres venir?

No puedo responder porque mi vista ha encallado en la mano izquierda del niño, la que sujeta el cuaderno. Un arco iris de dolor está grabado alrededor de su muñeca: amarillo, violeta, negro, escarlata. En lo que tardo en cerrar y abrir de nuevo la boca, Grisha ya ha ocultado su magulladura bajo la manga.

—Bueno, no importa —reniega, y tengo que amarrarle del abrigo para que no me dé la espalda.

—Claro que voy. En veinte minutos.

—Está un poco lejos.

—Con más razón. No deberías andar solo por Madrid, ¿sabes?

Pero cada vez que intento dar lecciones siento como si tuviera la mandíbula de plástico. Es el chico quien me enseña a mí, todo el tiempo, incluso cuando se calla y esconde sus heridas.

Llueve de forma defectuosa sobre la ciudad, no hay consenso para moverse y conducir como si realmente estuviera lloviendo. La gente se dice: un minuto más y habrá pasado.

Grisha y yo caminamos hacia la boca de metro de Concha Espina. Hay un vendedor de castañas en la esquina 4p la calle, un hombre tan grande como yo, tocado con un sombrero; es casi imposible no aflojar el paso ante su bidón humeante.

—¿Has merendado? —le digo a Grisha. Y antes de que su ceño fruncido se traduzca en palabras tengo en mi mano una docena envuelta en papel de estraza—. Coge.

El chico sacude la cabeza.

—Las odio.

—Nadie odia las castañas. Coge una.

En el fondo es demasiado educado para negarse, así que toma una y la pela con las uñas. Debe de estar abrasándose los dedos, pero no dice nada hasta que la pone dentro de su boca.

—¿Te has fijado en el hombre? —masculla. Tardo un instante en comprender que se refiere al castaño. Vuelvo la cabeza. Entonces él se despide levantando una mano en la que faltan tres dedos—. ¿Crees que se habrá quemado? Sí, creo que sí. Se quemaría los dedos y tuvieron que cortárselos, para que no se extendiese la gangrena.

Arponeo a Grisha con mi mirada. Ahora estamos parados al borde de la escalera que desciende a la estación de metro. Quienes consideran que llueve pasan a nuestro lado muy

veloces.

—¿Tanto te cuesta reconocer que te gustan? —le digo.

Grisha sonríe. No es fácil verle así.

—Me he equivocado. Eran las nueces. Odio las nueces.

Le tiendo el cucurucho y él mete la mano de nuevo. Luego emprendemos la bajada y nuestras bocas se mantienen ocupadas y calientes hasta que tomamos el tren con destino a Plaza de Castilla. Dentro del vagón tengo que cerrar los ojos. La violencia del movimiento, los túneles. Si me paro a pensar en escalas y aceleraciones me quedará sin aliento. Percibo el interés de Grisha a través de los párpados, pero el ruido del vagón y la diferencia de altura me protegen de cualquier comentario. Quizás él también cierra los ojos.

Fluimos con la corriente de personas por los pasadizos mecanizados del subsuelo. Tomamos otro tren hasta Fuencarral. Cuando asomamos a la superficie es de noche y ha dejado de llover; cambios que invitan a pensar en un viaje extraordinario, una odisea al otro lado del globo. Pero todo lo que quiero es sentirme dueño otra vez de mis evoluciones, gobernar la medida de cada paso, no deslizarme. Este es un barrio humilde, los patios de las casas están llenos de grafitis y en cada esquina hay un bar donde se acodan cada tarde los mismos parroquianos, sin variación. Las teles encendidas.

—Es por aquí. —Grisha señala una rampa que sube en paralelo a un campo de baloncesto. Detrás de las rejas una banda de muchachos se pasan botellas de plástico. Nos miran, pero no hacen nada, dejan que el contexto amenazante corra a cargo de nuestra imaginación.

Hasta que veo el local, con su nombre y la palabra «whiskería» iluminada debajo, no se me ha ocurrido pensar que la amiga ucraniana de Grisha podría no ser una niña. Me detengo.

—No te van a dejar entrar ahí —advierdo. En realidad es a mí a quien corresponde impedirselo, por eso aguardo a que el hormigueo de la responsabilidad me aturda los músculos. Pero no sucede.

—Me conocen. El bar es de mi tío Ricard.

—No me digas.

El *Lancelot* no tiene ventanas, solo una puerta parcheada con pegatinas de tarjetas de crédito y una placa de aluminio que dice: RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN. Grisha la empuja con tanta soltura que solo puede ser una representación de soltura. Yo le sigo, a sabiendas de que este paso transformará el aura de connotaciones a nuestro alrededor; un niño y un tipo como yo, juntos, aquí. Pero la opción de dar media vuelta no merece ni un hilo de pensamiento.

El interior del local se hunde en una penumbra todavía más espesa que la de la calle. La fila de botellas de licor, detrás de la barra, hace acopio de los únicos reflejos como un altar pagano. No veo al hombre que sale a nuestro encuentro hasta que lo tenemos encima. Es un hombre engominado y monosilábico:

—Qué.

—¿Está libre Iryna? —pregunta Grisha, el niño en el prostíbulo. Esta es la clase de lugar donde ponen un disco de Julio Iglesias y después uno de Enrique Iglesias.

—Igual. —El hombre me da un repaso, se ve que odia tener que hacerlo de abajo arriba—. ¿Tú?

—Viene conmigo —explica Grisha, el príncipe en el palacio de las mil cortesanas. El

protegido de Ricard.

Mientras el tipo nos acompaña hasta el otro extremo del local descubro que en la penumbra bullen decenas de seres vivos. Rostros emboscados en las medialunas de los reservados. Labios pintados de rojo, billetes de cien euros. Pero nadie se lo toma muy en serio.

Tras pasamos una puerta con cristales tintados que da a un murrio descansillo. Escaleras de granito para subir o bajar, el *backstage* del purgatorio. Pero me libero del pánico de perderme en un nuevo laberinto; nuestro objetivo se encuentra allí mismo. El hombre da un solo golpe a la siguiente puerta y gira la manilla sin esperar. Dos mujeres se vuelven para mirarnos desde el interior de una estrecha oficina. Una está sentada ante un ordenador; rubia, seria, bien arreglada, podría ser la secretaria de una asociación de padres católicos. La otra no supera la veintena, está sentada en un sofá con las piernas dobladas y los pies sobre el escay, descalzos. Viste unos *shorts* blancos y se adivina un top malva debajo de su chaqueta.

—Iryna, el crío —dice nuestro guía.

No es precisamente alegría lo que enciende las facciones de la prostituta. Ojos negros sobre pómulos de nieve; cuando la delgadez todavía es hermosa. Dice:

—Te lo pedí por favor. Desi.

Él hace un gesto de descargo: no seré yo quien le deje sin su juguete al niño del jefe. Luego nos rodea y se marcha de regreso al *pub*. Iryna baja los pies al suelo, resopla.

—Estoy muy cansada, Grisha —dice con los ojos cerrados.

La secretaria católica me observa mientras se enciende un cigarrillo.

—¿Y usted qué quiere? —me pregunta.

—Viene conmigo —responde Grisha. Se acerca a Iryna. Existe una simetría eslava en la aflicción de sus rostros—. Por favor, la última vez. Te lo prometo.

La prostituta se rinde. Cuando trepa a sus zapatos de tacón es solo un poco más baja que yo. Se sube la cremallera de la chaqueta hasta el cuello y me advierte:

—Solo voy a leer.

—Escucha. —No puedo dejar que el niño siga hablando por mí—. Grisha me ha dicho que íbamos a visitar a la persona que le traduce el cuaderno. No sabía que era aquí.

—Ya. Pues como si no lo supieras, ¿vale?

Pienso: no te queda más remedio que vivir a la defensiva cuando la suerte te ha arrinconado de esta manera. Existen películas en las que hombres ricos rescatan a putas de la calle y las convierten en princesas. Pero esto es el barrio de Fuencarral, un martes por la tarde.

—Espera —dice la secretaria, levantándose—. Quedaos aquí, yo salgo fuera a fumar.

Nadie se opone. Una oficina es el lugar adecuado para lo que vamos a hacer. Aunque míranos, qué tres, llamaríamos la atención en cualquier sitio. Grisha saca de la mochila su cuaderno de tapas azules y se lo tiende a Iryna. Los dos se sientan de nuevo en el sofá. Yo vacilo, al final opto por acomodarme en la moqueta del suelo, frente a ellos. Como si fueran a leerme un cuento.

Iryna mira hacia la puerta para asegurarse de que la otra mujer la ha cerrado al salir. Luego abre el cuaderno y busca la última página. Sabe lo que Grisha espera de ella y comienza a leer, sin ceremonias. Su lengua produce un chasquido al hablar que me eriza el pelo de la nuca. Su acento es tan leve que dan ganas de apropiárselo, de imponerlo por decreto a todos los castellano hablantes del mundo.

—«23 de marzo. Mi hermano Mykola ha venido de visita desde Kiev. Siempre se enfada cuando papá le toma el pelo por sus estudios en la universidad. Papá no cree en la política. Mykola...» —La falta de puntuación, el encabalgamiento de palabras hacen tropezar su lectura, pero solo un instante; se sabe de memoria la caligrafía ciega de Grisha—. «Mykola está furioso porque el presidente Yanukovich ha dicho hoy que no se puede considerar genocidio al Holodomor. Por la noche, encendemos unas velas después de cenar todos juntos, y mi hermano dice unas palabras por las víctimas del hambre. Papá termina llorando. Sus abuelos maternos murieron en la carretera, tratando de salir del país. Él nunca habla de ellos, excepto cuando viene Mykola y le hace recordarlos. Pero yo me alegro de que venga Mykola y haga enfadarse a mi padre, reír, llorar, todo a la vez. Eso es mejor que verle duro y seco como un árbol».

Observo a Grisha y encuentro que él me observa a mí con una sonrisa trepidante. No sé si es por el momento chiflado que estamos compartiendo o porque cree que me está demostrando algo. Entonces lo comprendo, es mucho más simple: la emoción de quien recibe noticias de un amigo lejano.

—«Anoche cogió la camioneta para ir otra vez a casa de Semikov. Papá está empeñado en recuperar su trabajo en la granja a toda costa. Pero no necesitamos más dinero. Todo el mundo es generoso con nosotros. Semikov es un buen hombre; le ofrece un trago, o dos, o tres, y luego lo trae de vuelta a nuestra casa. Siempre se queda en la puerta, no le gusta verme, pero no le culpo. A veces soy yo el que quiere esconderse, sobre todo cuando papá me mira de esa manera» Iryna traga saliva. De pronto me doy cuenta de lo que está sucediendo, porque el cuadro también me incluye. Formamos un triángulo esotérico, una cabala de almas impares. Y sobre el libro sagrado de Grisha invocamos a nuestros demonios privados, por si se atreven a venir.

Me pregunto si el brillo de mis ojos se parece al del chico en este preciso momento, bajo la corrosión luminosa del fluorescente.

Ella lee:

—«Algunos días me odio tan profundamente que me gustaría morirme. Todo lo que puedo hacer, todos esos prodigios, ¿de qué sirven? Si no soy capaz de borrar la tristeza del rostro de papá, no soy más valioso que un gorrino». —Lentamente, cierra el cuaderno—. Y debajo, la firma: «Grisha».

El chico no tiene forma de ocultar las lágrimas cuando recoge el cuaderno en su mochila. Es un llanto que ha brotado de golpe, aquí está, no durará más de unos segundos porque el niño es duro, pero basta para que sea ahora yo quien se odia a sí mismo por no contagiarme, por ser demasiado capaz de vadear aquel dolor sin empaparme ni una gota.

—Es mejor que no vuelvas más —dice Iryna. Su frialdad está llena de compasión, pero de una compasión experta, beligerante—. A tu tío no le hace mucha gracia, ¿sabes? Y no nos conviene hacerle enfadar.

—Bueno —dice Grisha.

Entonces ella hace algo que ni él ni yo esperamos: le sujeta la cabeza con las manos y le pone un beso en la sien. Luego me mira, como preguntándome si es esto lo que he venido a ver.

—Deberías pasar más tiempo con tus amigos del cole —le regaña a Grisha, aunque con los ojos fijos en mí. Me está advirtiéndome. Me está amenazando con todas las penas del infierno.

Cuando el chico y yo salimos afuera llueve de verdad.

—Es muy tarde —le digo, oteando los coches que se desplazan aletargados como reses bajo

el aguacero—. Será mejor que cojamos un taxi.

Grisha se mantiene pegado a mí, pero no abre la boca durante los patinosos minutos que tarda en detener una luz verde. Montamos en el taxi y dejo que el niño pronuncie la dirección; un truco para quebrar el sello de sus labios.

—¿Estás bien? —le digo ahora.

—¿Te ha impresionado? —me responde con los ojos afilados.

—¿El qué? —Él se encoge de hombros. Reconozco—: Me ha impresionado verte llorar. ¿Quién es el que escribe ese diario?

—Soy yo.

—¿Tú?

—Ya lo has oído. Grisha.

—Pero lo que cuenta... Esa no es tu vida, no es tu familia.

—Es mi otra vida.

—Tu otra vida.

—La que tendría si no hubiese explotado Chernóbil. Si mi padre siguiese vivo. Mi padre verdadero. —Estudia los pliegues de mi rostro—. Piensas que estoy como una cabra.

—No. Te creo.

El chico asiente valorativamente. Y dice:

—Entonces eres tú el que está mal de la cabeza.

Suelto una carcajada. Después vienen más. No recuerdo la última vez que me reí así, como poseído, sintiendo la falta de oxígeno en la parte de atrás de mi cabeza. Grisha al principio me mira con curiosidad, luego se une a mis risas cautamente, sin dejar de asombrarse. Hasta el taxista me mira de reojo por el retrovisor, como si supiera lo raro de este episodio.

Cuando entro en casa, todavía con la luz apagada, distingo una figura incierta esperándome en la pizarra del recibidor. Toco el interruptor y me encuentro con el dibujo de una libélula, enorme, desplegadas sus alas en tiza blanca, su abdomen en tiza roja.

Hipótesis, intuiciones, pensamientos maliciosos: dicen que las paralelas son líneas rectas que se cortan en el infinito, pero en rigor nadie ha ido hasta allí para comprobarlo. ¿Por qué desconfiar de su tenacidad? ¿Por qué estamos tan seguros de que en algún punto flaqueará su equilibrio? ¿Quién sabe lo que ocurre más allá de nuestros ojos?

Pero algo sabemos. Nos lo dice el miedo.

Aprieto el botón del portero automático de Patricia y se escucha el zumbido del pestillo al abrirse, como siempre. Y sin embargo algo me dice que hoy es diferente. El tiempo que ha tardado en contestar. El ataque del zumbido, su duración. La sospecha de unas paralelas a punto de encontrarse.

Subo las escaleras al trote, jadeando, aunque no tan rápido. Sin darme cuenta estoy pisando más suave los escalones. Para escuchar. Cuando alcanzo el rellano del sexto piso me detengo por completo. Respiro en silencio.

Y oigo las voces.

... aprender a callarte...

... ¡patético!...

... ¿has dicho eso?...

... ahora veremos, ahora veremos...

Asciendo el último tramo de escaleras muy despacio. Ya veo la puerta del piso, con ese chapado de falsa madera que tienen las puertas blindadas. Y de pronto las voces se han callado al otro lado. Están esperando. Patricia y su novio. Porque el novio sabe algo; se lo ha dicho el miedo que tiene a perderla.

Ahora estoy plantado delante de la puerta y no sé lo que voy a hacer. Lo que debo hacer. El abanico de respuestas varía en función de lo que necesite ser preservado entre Patricia y yo. ¿El secreto? ¿La sinceridad de nuestro amor?

Amor...

Trato de no ser analítico, como tú me enseñaste, huir de las palabras, que son la red donde siempre quedo enganchado. Trato de mirar lo que queda debajo de todas las metáforas posibles y solo veo una cosa: el deseo de acostarme con Patricia. Follar durante tres horas con los sentidos nublados. ¿Es esta una buena razón para llamar a la puerta, una causa honorable por la que arriesgarlo todo?

Noto una respiración al otro lado. Podría ser Patricia. Podría ser su novio, escudriñando por la mirilla. El rellano tiene una ventana que da a un mustio patio interior; la luz es insuficiente para que pueda reconocer mis facciones, allí inmóvil.

Hipótesis, intuiciones, pensamientos maliciosos. Lo que de verdad importa es que yo he cruzado la ciudad de Este a Oeste, como uno de cada dos sábados, pero hoy nadie me abre la puerta. En geometría, ese lugar remoto donde se encuentran dos líneas paralelas se denomina punto impropio.

Debo huir de aquí.

En su casa

Lo que se rumorea en la cafetería es que el mes próximo van a dejar de pagar las horas extra. Luego trasladarán a unos y despedirán a quien puedan despedir. Y en menos de un año la gerencia tendrá que clausurar la biblioteca infantil y juvenil por falta de personal, no importa que padres y vecinos aneguen el centro de reclamaciones y listas de firmas. Es el principio del fin, dice Jota.

A continuación, deja que el humo del cigarro le tienda un velo místico sobre el rostro y añade:

—Así que no digáis que no estabais advertidos. Ya podéis empezar a buscar otro curro.

Otro curro. Pero no hay otro curro para mí.

—Es la hora —digo, levantándome. Faltan diez minutos para las cinco y no tolero más profecías de sobremesa. Jota me coge del brazo, de esa forma entre amistosa y policial.

—¿Te has enterado de lo del crío ruso? —pregunta.

—¿Qué?

—Se lo han encontrado esta mañana al abrir biblioteca. Por lo visto ha pasado la noche aquí.

—¿Cómo que...? —dejo mi máscara de sorpresa a medio poner; Jota me tiene bien calado—. ¿Quién le ha encontrado?

—Marcos. Dice que se ha puesto como loco, que ni siquiera le ha podido echar la bronca porque al crío le ha dado una especie de ataque, no quería salir.

—Dios —pronuncia Virginia, al otro lado de la mesa.

—¿Sabes lo qué quería llevarse? —sigue Jota.

—Qué —digo, aunque una fracción de segundo antes de que hable ya tengo la respuesta.

—El dibujo del duende que hay en la puerta. Lo había arrancado.

—¿Y para qué iba a querer...? —Un músculo se contrae en el cuello de Virginia, como un súbito pánico al contagio de locura—. Por dios, lo que ese chico necesita es ayuda de verdad.

Yo encajo la información de la mejor manera, sin abrir la boca, y doy media vuelta para marcharme. El hecho de que los otros no murmuren a mis espaldas significa que ya estoy sentenciado. Etiquetado. Clasificado. Y qué paz les produce verme así.

Cuando llego arriba descubro que Marcos ha vuelto a colgar el dibujo en la puerta de la biblioteca infantil, a pesar de que dos grandes arrugas lo surcan de punta a punta. Como si el intento de hurto de Grisha le hubiera concedido un valor especial, talismánico, insustituible.

Por supuesto, no hay señal del chico en toda la tarde. Cada vez que intuyo a alguien en la puerta hago un esfuerzo por contener el vuelo de mi mirada. Me digo: Grisha no es asunto tuyo. Me digo: Grisha debería pasar más tiempo con chicos de su edad.

Entonces pienso en libélulas rojas. Pienso en liquidadores y en Ricard Amer. Pienso en prostitutas y gente peligrosa. Pienso en rayos gamma y hematomas ocultos bajo la ropa.

Después de cerrar la biblioteca me cruzo de nuevo con Jota y otro puñado de colegas frente a la secretaria. Van a celebrar una reunión para tratar el asunto de las horas extra.

—No puedo quedarme —les digo—. Me están esperando, lo siento.

Tal vez actúo de forma nerviosa porque llevo el papel del duende metido en el bolsillo de mi abrigo. Y algo más. Aunque el comportamiento errático es justo lo que uno espera de los bichos como yo. De modo que Jota me palmea el hombro y dice que no me preocupe, que mañana me pondrá al corriente.

Soy el último en llegar al centro y seré el primero en marcharme; de eso ya estoy al corriente.

Las luces de la casa de Grisha están todas encendidas. Se oyen voces y música emanados de la televisión. Pero es un disfraz. A los vecinos de este barrio se les engaña muy fácil; no quieren creer que a unos pocos metros de sus lujosos chalets vive a solas un niño huérfano, como salido de algún cuento infantil centro-europeo. Imposible. Aunque basta observar la fachada durante unos minutos, con sus ventanas iluminadas y sus cortinas inmóviles, tan perfectas, para darse cuenta del fraude. De las ausencias.

La silueta de Grisha pasa de vez en cuando como un discreto tramoyista. Son las nueve y media, el *prime time* de su representación. Entonces llamo al timbre y espero una respuesta pegado a la rejilla del comunicador.

—¿Sí?

—Grisha, soy yo. Olmo.

Una pausa. El televisor calla de súbito. Luego:

—¿Qué quieres?

—Nada. Solo saber si estás bien. Me han dicho en la biblioteca que...

—Estoy bien.

—Te he traído algo.

La cancela se abre al cabo de tres segundos. Atravieso el encementado jardín y me recibe el rostro ario de Grisha tras la puerta entreabierta. Incluso así, a través de la rendija, distingo el nuevo verdugón en su pómulo derecho.

—¿Qué me has traído? —escudriña mis manos vacías.

—Tienes un golpe en la cara —mi voz sale irritada, como si se volviera contra mí en primer lugar.

Grisha no contesta. Tengo que sacar el papel doblado de mi bolsillo para conseguir que la puerta ceda otros diez centímetros y así ver que la isla de grana se extiende por toda la mejilla del niño, hasta la mandíbula.

—Gracias —dice, pero lo toma sin verdadera emoción. Cuando lo despliega no encuentro ninguna sorpresa en sus facciones. Ni emoción. Nada.

De pronto tengo la sensación de que Grisha ni siquiera está allí.

—¿Puedo pasar? —digo. El corazón me está latiendo más fuerte; asomarse al vacío en los ojos de un niño—. Solo un minuto.

—Mi tío va a venir.

—¿Amer?

Grisha asiente. Y entonces lo sé: este es el punto impropio que sí me corresponde alcanzar, en el infinito de las decisiones que no tienen marcha atrás. Doy un paso dentro de la casa.

—Bueno. Así lo conoceré.

El chico se hace a un lado, aferrado a la manilla de la puerta, y echa una ojeada al jardín antes de cerrar de nuevo. El golpe de calefacción me marea durante unos segundos. Solo huele a casa limpia, pero casa de verdad, casa habitada. Tal vez se deba a que he cruzado el umbral y ahora soy cómplice del truco, pero de pronto ya no siento ningún engaño. Lo que veo es tan simple como un deseo. Una idea de hogar que late con abrasadora sinceridad entre los muebles, las paredes, hasta en los espacios de aire entre Grisha y yo. Me conmociona el modo en que me siento parte de ese calor, como si también surgiera de mí. Pero es un calor que no alcanza al niño, que se apaga a pocos centímetros de su piel.

—Estaba viendo la tele —dice mientras se adelanta por el salón. En la enorme pantalla que cuelga frente a nosotros, dos hombres mueven la boca alternativamente. Incluso mudos son intimidantes. Ceños y labios gruesos, crímenes por resolver.

Observo a Grisha, deambulando en sus zapatillas, el papel sujeto entre los dedos como si tuviera miedo de infligirle una nueva arruga, pero sin interés por su significado. Coge el mando a distancia y devuelve la voz a los tipos serios del televisor.

—Es una peli un poco mala —me advierte, apoyado en el brazo del sofá. Hay una bolsa de nachos vacía sobre la mesita, un bote de guacamole abierto y un brik de zumo.

—Te he traído algo más. —Me quito el abrigo y saco la otra cosa que robé de la biblioteca esta tarde. El fechador, junto con la almohadilla de tinta.

Él los mira fríamente. Tengo que acercarme para que los coja.

—¿Esto significa que pasas de mí? —pregunta.

—¿Qué?

—Que no quieres verme más por la biblioteca.

—¿Pero qué dices? Claro que quiero verte en la biblioteca. Es justo allí donde debes estar, pero de día, no por la noche. Con otros chicos.

—Con otros chicos que se burlan de mí.

En las calles de Berlín, un coche de policía impacta contra unos contenedores de basura. Heridos leves.

—De todas formas... —Señalo los objetos que ahora ocupan las dos manos de Grisha—. Esto es por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso cierran la biblioteca.

Luces de alarma en los ojos del niño. Por lo menos he conseguido eso.

—¿Van a cerrarla?

—No quiero que te asustes, pero es una posibilidad.

—¿Quién lo ha ordenado?

—Eso es lo de menos, ¿no te parece?

—Mi tío tiene contactos.

—Ah, ya, tu tío... Olvídalo, ¿vale?

—¿Van a despedirte? Él podría ayudarte.

—No, déjalo, Grisha. De verdad.

Tengo la garganta repentinamente seca; ¿cómo ha conseguido desarmarme así? No soy yo el que necesita ayuda, no es mi cara la que está desdibujada por un moretón.

—¿Qué te ha pasado? —le interrogo con más severidad de la que había pretendido. El refugia su vista en la pantalla—. No pienso irme hasta que me digas de dónde salen esas marcas, Grisha.

El chico se pone en movimiento, me rehuye, busca un cajón donde guardar el papel y el fechador, pero se lo piensa mejor y pone rumbo a las escaleras.

—Grisha...

—Yo que tú me iría. Olmo —dice, saliendo de mi vista.

He aquí una estampa sobre la que tú tendrías mucho que escribir: Olmo parado en medio del salón de una casa extraña, con el abrigo puesto, la vista levantada como si aguardase una respuesta de los dioses. La insultante obviedad del paralelismo entre Grisha y él. El hogar sin padres. La amenaza imprecisa y constante.

Me dirías: qué te pasa ahora por la cabeza. Olmo. Pero tú no estás aquí y yo solo puedo fisgonear.

Debajo del televisor se dan codazos cuatro consolas diferentes con sus respectivos mandos. A su lado, una torre de metacrilato con más de cien estuches de juegos. En las estanterías de escayola, filas y filas de coloridos lomos de cómics ordenados por meticulosas manos invisibles. Esta es la casa de un niño que no necesita encerrarse en su cuarto para jugar.

No soy consciente de lo que busco hasta que mis ojos lo encuentran: fotografías. Cuatro marcos plateados de distintos tamaños sobre la mesilla del teléfono. La primera está ocupada por el cuerpo de un bebé, Grisha con un año de edad, tal vez menos, gateando por la misma alfombra que estoy pisando en este momento. Detrás, una segunda fotografía muestra al mismo niño en los brazos de una mujer de alrededor de treinta años, morena, de piel aceitunada. Otro marco presenta a la mujer en compañía de su marido, los padres adoptivos de Grisha. Y la última fotografía: el marido y cierto individuo cogidos por los hombros, riendo, en medio de una multitud con rasgos orientales.

Hay algo en esta fotografía que me impulsa a cogerla. Al principio no puedo decidir de qué se trata. La estudio con detenimiento. El padre adoptivo lleva unas gafas con montura negra y el pelo revuelto, todavía sin canas; podría ser un artista o un investigador loco. Su amigo le rebasa en altura y corpulencia, viste americana azul. A pesar del gesto fraternal creo percibir la tensión, una actitud de camuflada competencia entre los dos hombres. Como una falsa tregua. Entonces me fijo en las personas que hay detrás. No todas son chinas; también está ella, la mujer de piel aceitunada, salvo que cuesta reconocerla porque lleva el pelo recogido y va vestida de azafata. La futura esposa les observa desde lejos, no es fácil determinar sobre cuál de los dos ha fijado su mirada.

Mientras me esfuerzo por destilar alguna conclusión de aquellos rostros, el sonido de un vehículo se hace intenso al otro lado de la ventana, alcanza un paroxismo de bujías y se extingue súbitamente. Me acerco al cristal. Con cuidado aparto unos centímetros de cortina y miro hacia la

entrada del jardín. Un hombre se está bajando de una moto tan grande como un caballo. Todavía lleva el casco en la cabeza y va envuelto en una cazadora de cuero negro. Pero sé quién es. Grisha me lo ha advertido.

Ricard Amer no necesita llamar porque tiene llaves de esta casa.

—Vete —llega la voz de Grisha desde lo alto de las escaleras, sobresaltándome. Lo veo allí de pie, en los colores planos de su pijama, y entonces sé dos cosas que van a suceder a continuación. Solo dos, pero las más importantes.

Que de ninguna manera voy a marcharme de aquí, dejándole a solas con Amer.

Que pase lo que pase, Grisha jamás me lo echará en cara, porque por debajo del hielo sus ojos me gritan que debo quedarme, aunque su boca pronuncie:

—Sal por la puerta de atrás, por favor, se va a mosquear mucho si te encuentra aquí.

—Pensaba que él podía ayudarme. Eso es lo que has dicho antes.

—Sí, pero no así... en su casa.

Bajo mis pies, el parqué oscila de pronto como si quisiera tumbarme y hacerme deslizar por algún abismo intersticial. No es más que vértigo, me digo. El vértigo de resolver un enigma larvado durante demasiado tiempo.

Los pasos en las escaleras del porche. La llave hurgando en la cerradura. Y no puedo hacer otra cosa que alegrarme del terror que incendia la cara de Grisha, porque el terror es siempre mejor que el vacío, entraña un grado de consciencia de lo que está en juego. Ojalá existiese otro modo. Ojalá las consecuencias de nuestros actos no fueran eternas, se dejaran sobornar al menos.

Pero ahí llegan, su pasado y el mío, arremolinados tras el giro de una puerta.

Una figura ocupa todo el dintel. Las pupilas de Ricard Amer son los dos puntos vibrantes antes de la pregunta crucial:

—¿Quién eres tú?

La esfera del casco resplandece ahora bajo el brazo izquierdo, y los bucles de su pelo, de un cobrizo oscuro, se despegan como muelles del lustroso aplastamiento. Su ceño acusa el esfuerzo de asimilar lo que está viendo. Grisha desciende apresurado por las escaleras.

—Es Olmo, el bibliotecario —explica, incapaz de contener la alarma en sus palabras—. Ha venido a traerme unos libros.

—No sabía que hicieran reparto a domicilio. —Habla mirándome a mí, como no podía ser de otra manera. Las implicaciones del momento colisionan entre sus ojos y los míos.

—Estaba preocupado por Grisha, nada más —digo.

—¿Ah, sí? —Amer cierra la puerta a sus espaldas. De modo que no se trata solo de echarme—. Perdona, ¿me puedes decir tu nombre otra vez? No lo he oído bien.

—Olmo.

—Olmo. Eso me había parecido. —Deja el casco en el aparador de la entrada y comienza a quitarse la cazadora. El suyo es un cuerpo apelmazado, de antiguo atleta que se resiste a la condición de gordo—. Dices que estabas preocupado por Grisha, Olmo. ¿Y eso por qué, exactamente?

—Ya le he dicho que estoy bien. —Grisha se ha detenido en el tercer escalón, no quiere sentirse un gnomo a nuestro lado. Amer le hace un gesto suave con la mano para que no intervenga.

—Bueno, creo que cualquiera se preocuparía. —Inclino la cabeza hacia el chico: su rostro

blanco, su mejilla encarnada igual que una señal de precaución—. Sobre todo si se repite el... problema.

Ricard Amer mira al niño como si lo contemplara por primera vez, o como si tratara de situarse en el punto de vista de un desconocido. Lo que encuentra le causa un hondo impacto.

—Es verdad, se dio un golpe muy feo. —Asiente, sin rastro de ironía—. Cualquiera se imaginaría lo peor. —Vuelve a mirarme. Tiene unos pómulos carnosos y altos por los que asoman dos ojos heroicamente expresivos, como si dentro de Amer viviera otro ser mucho más vulnerable—. Comprendo tu preocupación, Olmo. Perdona que haya sido un poco... brusco contigo. Supongo que debería darte las gracias por preocuparte y venir hasta aquí. Soy Ricard, el tío de Grisha.

Estrecho su mano, que está tibia a pesar del frío exterior. Y por más que busco en sus facciones los bordes de una careta, no los encuentro. La gravedad que destila Ricard Amer en este instante parece tan genuina como uno esperaría de un buen padre. Excepto que no es su padre. Ni siquiera su tío.

—Entra, por favor —me indica el interior del salón. Luego se vuelve hacia Grisha. Le pasa una mano ancha y rosácea por el pelo—. ¿Estás bien, hijo? ¿Has cenado?

—Sí.

—Sube a tu cuarto. Puedes leer si quieres hasta que te entre el sueño.

—Vale.

Ricard Amer se inclina para que el niño le dé un beso de buenas noches. Ya han pasado muchas horas desde el último afeitado y la mejilla tal vez pincha un poco. ¿Estoy delirando, o Amer le ha sujetado por los hombros para que no tiemble mientras se besan?

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Grisha me busca con la mirada antes de remontar las escaleras. Querría decirle que no tenga miedo, que las cosas saldrán bien. Si pudiera creérmelo.

—Siéntate, Olmo. —Escucho la amable orden, pero me mantengo erguido porque eso es todo lo que tengo. Mi altura. Mi contumacia.

Amer deja su chaqueta en el respaldo de una silla. Lleva una camisa negra con delgadísimas rayas verticales. Huele a perfume del que no te avergonzarías jamás.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza? ¿Una tónica? —me confía una sonrisa de entrenador.

—No, gracias.

Saca su teléfono móvil del bolsillo y lo toquetea distraídamente. Luego lo deja sobre la mesa del comedor y parece que ya está listo para tratar conmigo, pero no. Sale en dirección a la cocina, hace sonar la puerta del frigorífico y en seguida está de vuelta, coca-cola en mano.

—No tolero el alcohol. —Gesticula como si estuviera ruborizado, pero no lo está. En su pantomima de cordialidad se intuye algo escondido, quizás una estrategia—. Es un problema de mi sistema linfático. En mi vida habré tomado tres copas de vino.

Cruza por delante de mí y se sienta en el sofá blanco sin dejar que su espalda se hunda más de lo que permite la cortesía. Por primera vez presta atención a la película de la pantalla.

—Qué espanto. —Coge el mando y apaga el televisor—. ¿Por qué verá estas películas?

—Es normal que se aburra, un niño solo, todo el día.

—No está solo todo el día. —Una mueca dolida—. ¿Él te ha dicho que está solo?

—Estaba solo cuando he venido.

—¿Y cuánto rato llevas aquí, Olmo? ¿Diez minutos? ¿Veinte? ¿Sabes que hay una mujer que se pasa aquí el día entero, para que nunca esté solo? Y yo vengo siempre que puedo.

Yo asiento. Amer da vueltas a su lata de refresco, mirándome. Siento que toda esta situación le tiene muy afectado, pero aún no soy capaz de determinar de qué modo.

—¿Y los golpes? —suelto al fin.

—*El golpe, no los golpes.* Se lo hizo andando en monopatín, ahí detrás.

—No es la primera vez.

—Lo sé. La semana pasada también se cayó, por hacer el animal. Ya le eché la bronca, le dije que tuviera más cuidado. Pero no puedo prohibirle a un niño de diez años que ande en monopatín, ¿no te parece?

—Me parece que no es verdad.

Me mira con una expresión calcinada.

—¿Y qué es lo que piensas, entonces? ¿Qué le he pegado? ¿Es eso? —Achica los ojos, asintiendo—. Es eso. Crees que te encuentras ante un caso de malos tratos.

—Grisha ha pasado varias noches en la biblioteca.

—¿Qué?

—Le han sorprendido por la mañana, al abrir el centro.

—¿Cómo que...? ¿Varias noches? —Inclina el cuerpo hacia delante, tal vez para darme a entender que en cualquier momento puede levantarse y hacer algo más que sujetar una lata con sus manos—. ¿Me estás diciendo que mi ahijado ha dormido en la biblioteca pública y a mí no se me ha comunicado inmediatamente?

—Lo estoy haciendo ahora.

—Ah, lo estás haciendo ahora. Pero han sido varias veces, me has dicho. —Encoge el rostro como si hubiera recibido un golpe bajo y levanta un dedo para hacer un gesto negativo—. Os habéis equivocado conmigo, ¿sabes? Creéis que podéis presentaros en mi casa para amenazarme por la chorrada del moretón cuando aquí los únicos que la habéis cagado sois vosotros, ¿estamos? La dirección del centro.

—La dirección no...

—¿Encontráis a un crío de diez años que se ha escapado de casa y no avisáis a sus tutores legales, en este caso a mí! —Una humedad repentina en sus ojos—. ¿Cómo llamas a eso. Olmo? Porque yo sé de un abogado que a lo mejor se presenta mañana mismo en el juzgado con una demanda contra el centro. Me basta con coger el teléfono y hacer una llamada, ¿qué te parece eso? ¿Te situas, más o menos, de cómo están las cosas?

Un sonido amortiguado llega desde la habitación de Grisha, escaleras arriba. Amer contiene el soplo de su respiración, luego se incorpora y cruza el salón hasta la repisa donde descansa un acharolado equipo de música. Elige un CD y lo coloca en la bandeja. Pulsa el botón de reproducción. Una voz abisal emerge por los altavoces, sobre piano de *jazz* y cuerdas sombrías: *Lhasa de Sela*.

—No quiero que pienses que te estoy amenazando —se repliega, como si la música ejerciera un poder inmediato sobre él, pero solo a medias—. Pero no puedo tolerar ciertas insinuaciones, ¿comprendes?

—Ya me habían hablado de Ricard Amer y de sus abogados.

—¿Te habían hablado? —La curiosidad hace destellar sus ojos. El tono de su voz se agudiza y se agrava en variaciones de una milésima de segundo—. ¿Y qué más te habían hablado de mí? Encojo los hombros.

—Lo que dice la prensa.

—Lo que dice la prensa. —Descuelga una sonrisa hastiada, aburrida de su propia fama—. Macho, si trabajas en una biblioteca te imagino con la cultura suficiente para no hacer caso de lo que dice la prensa.

Durante un momento me ha parecido que las aguas corrían más agitadas por debajo de su corteza facial, pero ese tremor lo hace un hombre aún más vivo e inexpugnable, como dotado de un sentido oculto, siempre alerta.

—Grisha es un hijo para mí, ¿sabes? —Señala el techo, aproximadamente donde debe de encontrarse la habitación del niño—. Soy el único que se preocupa por él. No tiene a nadie más.

—Sé que sus padres adoptivos fallecieron.

—Sí. ¿Y sabes quiénes eran sus padres adoptivos?

Ofrezco un silencio mutilado. Él se desplaza hacia la mesita de las fotografías que he fisgoneado poco antes. Las recoloca metódicamente, como si lo supiera. Y de pronto tengo el convencimiento de que sí, de que lo sabe, sabe todas y cada una de las cosas que he dicho y hecho dentro de aquella casa, pero también fuera, y siempre. Porque es el ángel del juicio final, perfumado y comprensivo, dispuesto a pasar lista de mis cuentas pendientes.

—Gonzalo y Marta eran mis mejores amigos —dice. Tiene unas pestañas largas extrañamente armónicas con su rostro viril, como un privilegio guardado de la infancia—. Yo les ayudé con los trámites de la adopción. Los acompañé a Ucrania.

La canción dice: «Llegarás mañana para el fin del mundo». Y el timbre de esa mujer es tan profundo que dan ganas de rendirse al cataclismo, de cerrar los ojos y desertar de todas las guerras. No ha sido una elección azarosa.

—Grisha no le va a faltar de nada mientras esté yo —continúa—. No sé lo que te habrán contado de mí, pero te voy a decir una cosa. —Se me acerca, para que tanteé el calado de su mirada—. Ricard Amer es capaz de lo peor y de lo mejor. No depende de mí. Cada uno elige por cuál de los dos extremos me toma.

Habla de sí mismo como de una espada y, si dejo que la música me postre, sé que su filo caerá sobre mi cuello. Mucha gente piensa que las personas de gran estatura tenemos cierta pensión al retraso mental. Y yo creo que empiezo a no soportarlo.

—No me importa lo que hayas hecho ni quién seas —digo lentamente—. No tienes derecho a ponerle una mano encima.

—Si eso es lo que crees de verdad, tendrás que probarlo ante un juez. Olmo.

—No tiene nada que ver con lo que yo crea. Yo solo veo las marcas.

—Sé que Grisha no te ha dicho nada de malos tratos, porque sería mentira. Y Grisha nunca miente.

—Tienes razón, Grisha no me ha contado nada.

Ricard asiente, súbitamente emocionado, busca apoyo en el brazo del sofá. Me pregunto si es él quien ha caído derrotado por la música, o todo es parte de una puesta en escena.

—Jamás le haría daño a ese niño —balbucea—. No tienes idea de lo que significa Grisha para mí. —Me dirige una ráfaga de autocompasión por la ranura de sus ojos—. Ninguno de los

dos lo eligió así, pero ahora yo soy su padre.

La voz de Grisha nos alcanza desde el umbral de la puerta:

—Mi padre está muerto.

Los dos hombres nos giramos estremecidos, culpables, dos generales sorprendidos sobre el mapa de un país vecino.

—Lo sé, Grisha. —Amer recupera su verticalidad para ir hacia el niño. Desliza cada miembro con extrema lentitud, merodeando la cueva de una fiera—. Tu padre era mi mejor amigo.

Pero yo sé qué hay detrás del parpadeo nervioso del niño. Yo sé cuál es el hambre de esta fiera.

—No hablo de Gonzalo —replica. Y entonces deja que veamos la medalla en su mano: la insignia de los héroes de Chernóbil.

Una turbiedad involuntaria rezuma por las líneas del rostro de Amer.

—¿Dónde guardabas eso? —pregunta.

—Es mío. —Grisha lo vuelve a ocultar tras su espalda. Me mira: ayúdame.

—Lo has tenido escondido todos estos años. —Los ojos del padrino parecen hundirse todavía más en su osamenta, pero no asustados, sino agazapándose para el salto—. ¿Es otro de tus secretos, Grisha? ¿Igual que el cuaderno que le llevas a Iryna? Aunque supongo que no pensabas engañarme con eso. No pensarías que Iryna iba a guardar tu secreto. —Dedica una sonrisa boba a tal insinuación—. No es más que una puta que trabaja para mí.

El chico reacciona apretando los labios. Conjurándose.

Cuando Amer se cruza por mi lado lo sujeto del brazo y él se revuelve como si hubiera dudado hasta ahora de mi corporeidad, de mi capacidad de intervención en la esfera física de los acontecimientos.

—No me toques —dice y suena a aplazamiento; solo es cuestión de minutos que él y yo nos batamos de veras.

Grisha vuelve a hablar y la inercia de sus palabras no es decreciente, sino cada vez más vigorosa:

—Quiero que te vayas.

Se dirige a él, a Ricard Amer, su tutor y protector; el hombre duro del hampa que quizás no tiene ninguna otra debilidad más que este chico y que ahora toma aire por la boca, lo expulsa y vuelve a respirar porque no logra modelar con sus labios una respuesta adecuada, un alegato proporcionado y pertinente con la ofensa que le acaba de ser arrojada: quiero que te vayas.

Pero no importa con cuánta fe pronuncie esas palabras, no importa con qué honda necesidad me mire el niño, yo no puedo empujar a Ricard Amer fuera de su propia casa.

Entre los tres: un universo al borde del colapso, una supernova de verdades calladas que alcanza su masa crítica en este preciso instante. Lo que alguien va a decir. El dolor de unas uñas clavadas en la pulpa de una mano cerrada.

Y de pronto:

—Es culpa mía. —Amer balancea la cabeza, luego extiende sus manos hacia el niño como si dijera: he aquí—. Tienes diez años. Y eres mucho más espabilado que los chicos de tu edad. Pero yo te he seguido tratando como a un niño.

Quiero gritarle a Grisha que es una emboscada, que no cruce ese desfiladero de palabras

bonitas. Pero el chico ya no me mira.

—Ya es hora de que sepas la verdad —dice Amer, logrando que los ojos del niño brillen como dos gemas blancas y azules—. La verdadera historia de tu padre. Siéntate.

No existe forma de parar aquello. El niño viene hacia nosotros, sus pies descalzos no extraen ningún sonido del parqué, pero a medio camino se detiene junto a la gran mesa de madera oscura, aparta una de las sillas de respaldo alto y se sienta en ella. Lhasa canta muy despacio: «Salgo a encontrarte en mi traje, mi traje de tierra».

—Grisha —le llamo, apenas sin voz. Cualquier advertencia se descompondrá en signos vacíos de significado, fonemas de una lengua muerta. La verdadera historia de tu padre, ha prometido Amer, que ahora traga saliva como si en realidad se arrepintiera de haber dado este paso. Su móvil se sacude de pronto en la mesa con un aviso de llamada, apenas a unos centímetros del niño. Amer se acerca para silenciarlo y luego vuelve a tomar distancia, porque sabe que es mejor así. Necesita un espacio donde se sostengan sus palabras antes de que sean vampirizadas por sus dos oyentes. Las palabras que ya está pronunciando.

Orane

—Gonzalo y Marta llevaban dos años haciendo papeles para adoptar a un niño en Ucrania. Ellos no podían tener hijos, esto ya te lo expliqué. Lo intentaron durante mucho tiempo, con ayuda de médicos, de todas las maneras, pero sencillamente no podían. Así que te puedes imaginar la ilusión que tenían en el niño ucraniano. Empezaron a hablar de él como si fuera su hijo antes de que les enviaran la primera foto. —Levanta pesadamente una mano, Grisha y yo seguimos el punto exacto adónde apunta su dedo, al otro extremo de la mesa—. Recuerdo a Marta sentada ahí, con la fotografía en la mano, llorando a moco tendido. De emoción, de alegría y de miedo.

El fantasma de la madre casi llega a materializarse, acodado sobre la tabla de cerezo. Otra silueta viene por detrás y la abraza.

—Fue tanto tiempo esperando que ella tenía miedo de que las cosas salieran mal, de que surgiera cualquier problema y al final no les dieran al niño. Gonzalo le prometió que nadie se lo impediría, que haría lo que fuera necesario para volver a casa con el niño. Era un niño de ocho meses, con los ojos azules, muy guapo.

Me estremezco al ver la sonrisa en los labios de Grisha, que se imagina a si mismo como un bebé. Me estremezco porque sé que esta historia no va a tener un final feliz.

—Yo conocía por mi negocio el funcionamiento de la administración ucraniana, así que les ayudé desde el principio. Y cuando llegó el momento de ir a Kiev viajé con ellos. Fueron tres visitas en seis meses, casi todo papeleo, no nos dejaban estar con el niño más que unos pocos minutos y siempre vigilados por su cuidadora. Había que esperar a que el niño hiciera un año para poder sacarlo del país, y Marta pensaba celebrar una pequeña fiesta de cumpleaños en la casa cuna, con tarta y todo, el día que fuéramos a recogerlo. Se había traído de Madrid una vela especial para soplarla. —Sus hombros se descuelgan perceptiblemente como si de pronto los muertos bajo tierra ejercieran una mayor atracción sobre él—. Pero el día nunca llegó. Cuando acudimos al centro de adopción en mayo nos dijeron que el niño no podía ser adoptado. Justo lo que Marta siempre había temido. Surgieron problemas legales de última hora y el niño no podía abandonar Ucrania. Se llamaba Piotr, aunque Marta se empeñó en llamarle Pedro desde el primer día, desde que lo vio en la foto.

El espejo en el que Grisha creía estar mirándose de pronto cruje y se ve invadido de grietas: Piotr. Piotr, como una palabra inventada para un crucigrama, ¿qué demonios significa Piotr? Amer evita poner su mirada sobre el rostro del chico en este instante, quizás sabe que su

expresión podría cortarle el aliento y está decidido a continuar hasta el final:

—Gonzalo se puso como loco, yo intervine y traté de calmarle. Hablé con el director del centro de acogida, intenté sobornarle para que hiciera la vista gorda en este caso. No sirvió de nada. Había que olvidarse de Piotr y comenzar el proceso desde cero, con otro niño. —Niega con la mandíbula apretada—. Pero Marta no tenía fuerzas para eso. Se derrumbó. Entonces yo cambié de estrategia y amenacé al director con demandarle y arruinarle. Eso le hizo despertar un poco. Dijo que había otra opción, una vía más rápida para adoptar y perfectamente legal. Existen niños... —Ahora el esfuerzo para no mirar a Grisha se convierte en una afectación violenta, demasiado evidente—. Algunos niños pueden ser adoptados más deprisa por razones humanitarias. Son niños enfermos.

El mecanismo de esta historia gira hacia el lugar que le corresponde, chasqueando, desgarrando nuestras expectativas.

—Lo hablé con Gonzalo y decidimos que Marta debía quedarse en el hotel de Kiev mientras él y yo acudíamos a la casa cuna para ver a estos niños. Ella estuvo de acuerdo. Llevaba tanto tiempo pensando en Piotr que no era capaz de hacer otra elección. Alquilamos un coche y subimos hasta Orane, en la región de Ivankiv. Era un orfanato muy distinto al de Piotr. La mayoría de los niños tenían problemas mentales. Otros eran hijos de afectados por el accidente de Chernóbil y habían desarrollado cáncer de tiroides, o problemas de... Bueno, la clase de cosas que no nos gusta ver en la televisión a la hora de comer. Gonzalo y yo recorrimos aquel centro sin abrir la boca. Incapaces de decir una palabra. No es que estuvieran mal atendidos, ¿sabes? No como esas fotos de orfanatos horribles en Asia. La gente que trabaja en sitios así merece un monumento, te lo aseguro, desde la primera hasta la última de esas mujeres.

Y cuando pronuncia la palabra mujeres yo no puedo dejar de pensar en Iryna y las otras chicas del Lancelot. Amer ha dicho: yo conocía por mi negocio el funcionamiento de la administración ucraniana. De pronto siento ganas de vomitar.

—El caso es que había un niño, Grisha. Tenía justo doce meses. —Pero Amer sigue mirando muy lejos, como si el protagonista de su historia no estuviera allí presente, sino perdido en algún horizonte de la memoria—. A primera vista era un niño sano, nos dijeron que estaba bien. Gonzalo y yo lo examinamos de arriba abajo, como si... —Un resuello apenas semejante a la risa—. Como si estuviéramos comprobando la calidad de un trozo de carne en el mercado. No me siento orgulloso de cómo nos comportamos, ¿sabes? —Al fin arriesga una mirada sobre el niño, pero muy breve—. Pero la vida te pone en situaciones así. Lo único que queríamos era cumplir el sueño de Marta, darle un hijo, y aquellos eran los que nos pusieron delante.

Noto un esfuerzo de imitación en mis ojos, que quieren empañarse, demostrar la conmoción de las revelaciones igual que hacen los ojos de Grisha y del propio Amer mientras habla. Te gustaría verme ahora, Julia. Tú que estabas segura de que algún día me harías llorar. Pero algo parecido al odio me seca por dentro. Estoy más cerca del grito que de las lágrimas en este momento.

Amer dice:

—Rellenamos un par de cuestionarios y prácticamente eso fue todo. Hubo una llamada a Kiev y nos dieron luz verde. En menos de una hora estábamos fuera del orfanato, con el niño. Cuando íbamos de regreso en el coche... —Amer se pasa una mano por el pelo, pretende disimular que está tragando bilis—. Yo iba conduciendo. Gonzalo llevaba al bebé en brazos,

porque no nos dieron un capazo, ni una silla, ni nada parecido. Entonces empezó a decir que al niño le pasaba algo. Que respiraba de una forma extraña. Me hizo parar a un lado de la carretera y me dijo: Fíjate en su cabeza. Yo le dije: ¿Qué pasa con su cabeza? Tócala, Ricard. Yo le pasé la mano por la cabeza y... lo noté. Tenía unos bultos. No eran algo exagerado pero se notaban claramente al pasar los dedos por el pelo.

Los dedos de Grisha trepidan alrededor de la medalla, quizás ansiosos por volar a su propia nuca y palparla. Me arroja una mirada de desesperación para la que no tengo antídoto.

(Y esa voz infinitamente triste que brota de los altavoces, como la misa fúnebre más bella jamás cantada: *Sur la marée haute je suis monté, la tete est pleine mais le coeur n'a pas assez*).

—Entonces encontramos la medalla. Iba en la única bolsa que nos dieron, entre los pañales y la ropa. Tu medalla, Grisha.

El niño frunce el ceño, aterrado. El metal que aprieta en su mano resume todo lo que es sólido y cierto en su vida. O eso ha creído hasta hoy.

—Gonzalo se dio cuenta de lo que significaba antes que yo. Se le salían los ojos de las órbitas. —Sacude lentamente la cabeza—. Comenzó a decir cosas horribles. Que aquel bebé era un monstruo y por eso lo habían abandonado, que la medalla era como una especie de advertencia, que sería una maldición verlo crecer en casa, convertirse en un niño deforme y luego morir. Él no estaba dispuesto a hacerle eso a Marta.

Ahora lo veo: todo este carrusel de ausencias gira en torno al nombre de Marta. En torno a los sacrificios o las locuras que uno podría hacer por ella, se abre el juego, quién da más. Una competición que no termina nunca, ni después de una boda, ni después de dos entierros. Y Ricard todavía sigue luchando, girando, perdiendo.

—Nos detuvimos en una gasolinera, en medio de ninguna parte. El niño no se dormía, iba despierto todo el tiempo, pero sin llorar, solo respirando y con la vista como perdida. Incluso yo empecé a pensar que le pasaba algo, que tenía algún tipo de tara. Era lógico pensarlo... Habíamos visto lo que la radiación podía hacer en los chavales, los hijos de quienes sufrieron de cerca el accidente. Y ahí estaba esa medalla, con los rayos dibujados.

La figura de Amer se recorta sobre un ventanal que ya solo es un lienzo negro, como si el patio trasero hubiera sido amputado de este plano de existencia. Pero yo celebro la noche; restaura mis sentidos, me hace más fuerte.

—Le dije a Gonzalo que esperase en el coche y entré en la gasolinera con la excusa de comprar tabaco. En realidad necesitaba tiempo para pensar. Me atendió un hombre joven, el encargado. Por lo visto llevaba un rato observándonos desde dentro y me preguntó si teníamos algún problema con el niño. Yo le dije que no, pero entonces... Entonces vi a su mujer, que estaba en la habitación de atrás, dándole el pecho a un bebé. Y mirándome. Como si quisiera decirme algo —Amer examina las palmas de sus manos vacías, donde está escrita toda la memoria de sus actos—. No sé cómo se me ocurrió. Supongo que no tenía nada que perder, así que les dije... Casi sin pensarlo saqué el fajo de billetes que llevaba en la chaqueta y les propuse hacer un trueque. Su niño por el nuestro, más todo aquel dinero. Sin preguntas, sin papeles.

Los músculos del rostro de Grisha pierden rigidez. Sus labios cuelgan separados. Temo que la medalla se le escurra al suelo, porque su sonido nos destrozaría.

—La mujer fue la primera en entender lo que les estaba proponiendo y se lo explicó a su marido. Entonces él empezó a insultarme y me dijo que me marchara de allí, casi a empujones.

Pero ella le mandó callar. Lo que yo tenía en la mano era mucho dinero, más del que habían visto junto en toda su vida, seguramente. Se pusieron a hablar entre ellos. Yo les miraba y miraba a Gonzalo, que seguía en el coche con cara de zombi, prácticamente muerto en vida.

—¿Para qué el dinero? —surge de mi boca, sin yo esperarlo—. ¿Qué?

—¿Para qué llevabas ese dinero encima?

Pero Amer apenas logra enfocar mi rostro desde la neblina de su relato. Me ignora, vagamente ofendido como alguien interrumpido en medio de una plegaria, y continúa:

—Luego ella se metió con su hijo en el cuarto de atrás y el marido se puso a hablarme de otra persona, un tal Bohdan. Me dijo que era un hombre que vivía en una granja cercana. Se acababa de quedar viudo, su mujer había muerto por una infección mal atendida después de dar a luz y ahora él repudiaba al niño. Además, tenía otros tres hijos y no le llegaba el dinero. Por culpa de Chernóbil sus tierras ya no valían nada. Sin embargo, dijo que era un buen hombre y que quizá estaría dispuesto a escucharnos. —Amer recupera su lata de refresco para darle un trago. Pero se apresura a seguir, antes de que el silencio se convierta en una placa de hielo—. Fui al coche y se lo expliqué a Gonzalo. No tenía ni idea de cómo se lo iba a tomar, pero él no dijo nada, se limitaba a asentir con la cabeza: todo le parecía bien, o todo le daba igual. El gasolinero nos guio con su coche. Llegamos a la granja Matsyuk en unos minutos. Recuerdo que había un chaval de unos doce años afuera, en camiseta, como si estuviéramos en pleno verano. Nos miró de esa forma que mira allí la gente, esperando siempre lo peor. Luego corrió a buscar a su padre, que estaba en un cobertizo, detrás de la casa. En cuanto lo vimos nos dimos cuenta de que tenía una resaca espantosa. Nos invitó a un café. Mientras escuchaba al gasolinero se sujetaba la cabeza con las manos, como si le fuera a reventar. Yo sabía que solo había una forma de hacerle despertar, así que puse el dinero encima de la mesa. Le di mi palabra de honor de que si aceptaba intercambiar su bebé por el nuestro le pagaríamos una cantidad como esa todos los años, mientras Grisha viviera. No necesitaría trabajar más. También le dije que cuidaríamos bien de su hijo en España, pero que él no podría volver a verlo nunca. Estábamos en la cocina y se oía llorar a un bebé en otra habitación de la casa. Nunca olvidaré ese momento.

Sus facciones parecen disgregarse en busca de una expresión que abarque todo lo que implica este recuerdo, sin conseguirlo.

—Bohdan ni siquiera contó el dinero. Le hizo una pregunta al de la gasolinera, luego nos miró fijamente. Sé que esto es un poco difícil de entender, pero... Aquel hombre era fuerte como una mula, un campesino del norte, acostumbrado a sufrir. Y se puso a hacer pucheros como un crío. Durante un rato no pudo ni hablar. Gonzalo hizo amago de marcharse, imagínate cómo se sentía allí dentro con el bebé en brazos, pero Bohdan le cogió del codo y le dijo que esperase. Fue a la otra habitación y volvió con su hijo. Tenía ocho meses y medio, era un niño rubio, con una piel increíble, parecía que brillaba. Sin decir una palabra me lo entregó a mí y abrió las manos para coger el niño de Gonzalo. —Sus propias manos mendigan en el aire—. Nos preguntó su nombre, y nada más. Le dijo al chaval de doce años que nos acompañara a la salida. Creo que para él fue una especie de liberación. Como si llevara tiempo esperando aquello.

Y en el eco de sus palabras, las mías:

—Os llevasteis a su hijo.

—Nos lo entregó —me corrige, de un latigazo—. Aceptó el cambio porque era lo mejor para su hijo, para él y para su familia. —Se vuelve hacia Grisha—. Ojalá pudieras recordar cómo te

abrazó Marta en cuanto te vio. Te llenó de besos... Para ella fue el día más feliz de su vida...

—¿Cómo se llamaba el niño? —interrumpe Grisha.

—¿Qué niño?

—El hijo de Bohdan. ¿Cuál era su nombre?

El hijo de Bohdan. El niño que brilla. Ante nuestros ojos.

—No lo sé. Nunca me lo dijo. Pero para nosotros fuiste Grisha desde el principio. —Se encoge; su historia se ha quedado súbitamente sin poesía—. No podía ser de otra forma, era el nombre que venía en los papeles.

El papel que yo me imagino es una cartografía sucia, hecha de mentiras y billetes arrugados, un mapa del tesoro donde dos hombres desesperados enterraron el secreto de Grisha hace diez años y que ahora se despliega con el crujido de nuestras voces.

—No se lo contasteis a ella. —Tiro de otra esquina—. No le dijisteis a Marta lo que habíais hecho con el niño.

—¿Estás loco? —La columna de Amer es un cable tan tenso que podría partirse en cualquier momento.

—Por supuesto que no. Después de aquello... Gonzalo me pidió que me ocupara yo de todo, que él me daría el dinero para Bohdan y su familia pero no quería volver a verlos ni saber nada de ellos. Diez meses después regresé a la granja. El hombre no quiso salir a recibirme, pero su hijo mayor cogió el dinero y me recordó que debía volver al año siguiente. Ya me estaba empujando por la puerta cuando me planté y le dije que quería ver a Grisha. El chaval me dijo: ¿Qué pasa, no te crees que esté vivo? Yo le dije que sí, que me fiaba de ellos, pero que quería verlo, nada más.

Su confesión requerida de pausas, como una minuciosa tortura.

—Lo tenían en la habitación de arriba, una especie de desván, pero limpio y arreglado, con una ventana que daba al bosque detrás de la casa. El crío estaba sentado al lado de una estufa eléctrica, construyendo con un juego de esos de bloques.

La mirada de Grisha quiere anticiparse a las palabras, busca información en las facciones y los gestos de Amer mientras él respira, coge aliento.

—Ya no se parecía al bebé que Gonzalo y yo sacamos del orfanato. Su cabeza se había hecho enorme, como un balón de baloncesto. Cuando gateaba... tenía que hacerlo de una forma muy extraña, porque le colgaba del cuello. No era capaz de ponerse de pie...

—Basta —pronuncio desde mi rincón, o quizá solo lo pienso.

—Pero escúchame —su alegato adquiere un pulso febril, por nada del mundo se detendrá ahora—: no era un niño retrasado. Lo que hacía con las piezas de construcción... Tenías que verlo, era increíble. Toda una ciudad de colores, con sus torres y sus avenidas, tan grande que podía meterse dentro. Hasta yo podía meterme, si quisiera. Las horas que le había tenido que costar, ¿os imagináis? Tenía las dos manos dobladas, como atrofiadas, y aun así... Pero entonces me habló, y eso no lo pude soportar. Me llamó «papá», como si dijera: «¿te gusta lo que he hecho, papá?» Con una vocecilla ronca... Luego su hermano me explicó que llamaba así a todos los hombres adultos, era la única palabra que pronunciaba. Pero en aquel momento te juro que me dieron ganas de gritar.

Algo está consumiendo por dentro a Grisha, un calor que todavía no ha alcanzado su piel pero que se abre camino rápidamente.

—Volví al año siguiente. —Amer apoya una mano en la pared. Su pelo tiene la longitud suficiente para ocultarle los ojos cuando agacha la cabeza—. Esta vez Bohdan no me evitó, salió a esperarme. Se le veía casi... feliz. No, feliz no, pero al menos estaba allí, sobrio, comportándose como un padre de familia. Aceptó el dinero y me enseñó a Grisha, que ya tenía tres años. Me pareció que estaba orgulloso de él —hay un espejismo de triunfo en su voz, pero inquietante, como el impulso antes de una caída libre—. Y fue igual las veces siguientes. También después de que Gonzalo... de que Gonzalo y Marta tuviesen el accidente. Yo seguí presentándome cada año con el dinero. Le había dado mi palabra de honor a aquel hombre, aunque en realidad no lo hacía por él. Gonzalo jamás me preguntó por el niño, ni por su familia, pero cada vez que yo volvía de Ucrania se lo hacía entender con un gesto —que repite ahora: un asentimiento grave, de labios sellados— y él me lo agradecía. Hace dos años y medio hice el último viaje.

(Lhasa nos lo está advirtiendo: *Soon this space will be too small*).

—Bohdan no quiso coger el dinero. Me dijo que nuestro trato había terminado y entonces comprendí que Grisha había muerto. Le pidió al hijo mayor que me enseñara el desván vacío. La ausencia del niño daba escalofríos. Era como si su espíritu siguiese allí. Aunque en el fondo, creo que todos los años cuando llamaba a la puerta de la casa Matsyuk esperaba que me dieran aquella noticia. Los niños como Grisha no viven mucho. —Me mira con el hueco de sus ojos, dos trincheras vapuleadas—. Insistí en que se quedara el dinero de todas formas, pero Bohdan se negó en redondo. Me dio las gracias por haber mantenido mi palabra, pero dijo que se las arreglaban bien y que preferían que no fuera a visitarlos más. Yo le dije: De acuerdo, me voy y no vendré más, pero antes tengo que hacerte una pregunta: En todos esos años nunca me has preguntado por tu verdadero hijo, nunca has querido saber qué tal está, cuánto ha crecido, qué tal le va por el colegio, si tiene o no tiene amigos... Nada. ¿Por qué? —Bascula su torso para encarar al niño que está sentado al otro lado de la habitación—. No supo responderme. Solo dio media vuelta y se escondió en el cobertizo para no verme más, supongo que también para emborracharse.

Lo que sigue debe ser escupido, algo así como una moraleja agusanada:

—¿Lo entiendes ahora, Grisha? Nunca has tenido otro padre que Gonzalo y otra madre que Marta. Fueron la mejor familia que ningún hijo pueda tener. El día del accidente era la primera vez que te dejaban solo, ¿lo sabes? Yo les convencí... —Debe interrumpirse un instante, para perdonarse—. Yo les animé a que se fueran unos días, se merecían una escapada después de cinco años sin un minuto para los dos, supongo que ya eres mayor para comprender eso. No te abandonaron, Grisha. Ellos no.

—No me llamo Grisha.

La mirada del chico se ha varado en las sombras al otro lado del ventanal, sus pupilas dilatadas como si una fuerza mayor empujase a través de ellas el último gramo de cordura.

—Siento que hayas tenido que enterarte así. —Amer quiere trasladarme la culpa con un ladeamiento de cabeza—. No era la forma que tenía pensada para contártelo, pero... —Chasquea la lengua—. A tu padre le habría disgustado mucho ver cómo me has tratado hoy, Grisha.

Otra vez el nombre, como un detonador. Presiento lo que va a ocurrir antes de que el estallido llegue a nuestros oídos: Grisha abre la boca y expulsa todo el fuego de sus pulmones en forma de grito. Es el mismo alarido que hizo temblar las paredes de la biblioteca cuando le quise

despertar de su trance. Un grito que parece ascender y extenderse por toda la casa como un incendio fulgurante, imposible de sofocar. Podría alcanzar las casas vecinas...

Amer va a abalanzarse sobre el niño, quiere hacerlo callar, pero mis reflejos se han agudizado tanto como se han erosionado los suyos durante su monólogo y no me cuesta nada interceptarle. Le rodeo con mis brazos, lo levanto en el aire.

—¡Suelta! —se sacude. Toda su energía proviene de una rabia inconsciente, un sedimento combustible de viejas humillaciones que no tienen nada que ver con Grisha ni conmigo. Por unos segundos el hombre que aprieto con todas mis fuerzas no es más que un torbellino de resentimiento ciego, un animal con el cuello hinchado y palpitante. Aunque no por mucho tiempo.

En cuanto el chico deja de gritar, Amer recobra el timón de su odio, se revuelve y me golpea duramente con la rodilla en el bajo vientre. Tengo que soltarle. Me tambaleo el tiempo suficiente para que él atine un puñetazo en mi rostro. Voy contra la estantería, pero aún no caigo. No es tan fácil derribar a este olmo.

—¡Te conozco! —me dice de pronto—. Voy a hacer que vuelvas a la cárcel para el resto de tu vida. —Y pronuncia algo parecido a tres letras, que no logro atrapar porque estoy mirando de soslayo cómo Grisha se escabulle por detrás de él, en dirección a la cocina.

—¿Qué has dicho? —Siento el sabor de la sangre en la parte interior de mi labio.

—Sé quién eres, O.L.V. —Se mueve lateralmente hacia el lugar donde ha dejado su cazadora, sobre la mesa—. ¿Pensabas que podías andar por ahí con mi chaval sin que te tuviera controlado? ¿Presentándote en mi club, con esa pinta de Herman Munster? Pues sí que debes estar mal de la cabeza.

—¿Cómo has...? —apenas soy capaz de articular. La tensión ha fundido todos mis músculos en una masa cristalizada y doliente: soy una contractura de cien kilos.

—Esto le va a encantar al juez. Aprovechándote de tu trabajo de bibliotecario para *acosar a un niño* de diez años —habla para ganar tiempo, pero ahora ya veo lo que él ve, mis pensamientos caminan parejos a los suyos, no caminan, corren hacia...

Gente con pistolas. Me lo había advertido Patricia.

—¡Quieto! —le ordeno, pero qué imprudentemente: mi voz es justo lo que necesita para precipitarse sobre su chaqueta y buscar en su interior. Yo envío órdenes desesperadas a cada una de mis terminaciones nerviosas, me proyecto a espasmos, lleno de gritos el hueco que ha dejado Grisha—. ¡No! ¡No!

Temo tanto la visión del arma que cuando el objeto se materializa una parte de mi cerebro se empeña en otorgarle otros nombres: es un móvil, es una cartera, es cualquier cosa distinta a una pistola automática de 4,5 milímetros. Incluso Amer parece contemplarla en su propia mano con una mueca de extrañeza: ¿en qué momento ha sucedido esto?

Lo que significa el arma: una ruptura estructural, un costurón de puntos y aparte.

El ojo del cañón sobre mí.

Un cálculo de trayectorias.

Latidos en las sienes y cemento en los pies.

El pulgar que levanta el seguro.

El índice sobre el gatillo. Aprieta.

(*And FU go outside*). Bang.

Y, sin embargo, nada ocurre. No siento impacto, mi carne permanece intacta en todos sus pliegues y mesetas. Soy Grendel, protegido de las espadas humanas por un hechizo. Soy el hombre con capa roja y pecho de acero. Soy Hércules, soy un semidiós, soy el tipo que sale en las noticias para contar cómo se arrastró fuera del avión en llamas.

Así que cierro mi puño y le golpeo la mandíbula, pero es imposible tumbar una cabeza plantada sobre semejante peana de músculos. Creo que Amer ni siquiera ha parpadeado: el humus de nostalgia donde se ahogaba hace unos instantes ha sido reemplazado por un lecho rocoso de dolor presente, físico, donde vuelve a ser un hombre inexpugnable. Estoy tan cerca de él que no puede encañonarme, de modo que, gruñendo como un oso, echa su cuerpo contra el mío y me aparta de un empujón.

—Una pena —jadea—. Me vendría muy bien alguien como tú. Un ejecutor sin sentimientos. ¿O ya te han curado los loqueros?

Oigo un movimiento a mi espalda, debe tratarse de Grisha; de pronto la idea de que el niño haya escuchando esas palabras me trastorna, me arroja fuera de mí mismo como una erupción y me encuentro abalanzándome de nuevo sobre el hombre armado. Ni siquiera ha tenido tiempo de alzar el brazo. Me derrumbo contra él y caemos sobre la mesa como dos amantes en un arrebato. Las patas del mueble crujen, veo de soslayo cómo se levanta por el otro extremo, como la proa de un barco que va a pique, y a continuación nos precipitamos al suelo.

El peso de Amer me deja momentáneamente sin respiración. Observo impotente la parábola que traza su mano derecha, retrocediendo y descargando sobre mi mejilla un mazazo de hierro. Esta vez me balanceo al borde del apagón; una constelación de chispas distribuye el dolor por todos los tendones de mi cuerpo, abrasándolos. Pero de algún modo logro mantener los ojos abiertos.

Y entonces veo a Grisha.

Se ha acercado hasta tocarnos con sus rodillas. En su mano hay algo que reconozco de inmediato justamente porque no debe estar allí, porque su geometría es un recto disparate sin sentido entre los dedos de un niño, sobre todo así, tomado de esa manera. Con la punta hacia abajo.

Antes de que pueda decidir cuál es mi papel en este dilema, qué debo gritar o propiciar, el enorme cuchillo se abate sobre la espalda del hombre que me tiene atrapado. Amer se queda un segundo rígido de pies a cabeza; después escupe un gemido sobre mi cara y se esfuerza por incorporarse, febril, con el cuerpo escorado hacia su lado izquierdo pero sin soltar la pistola. Sus ojos buscan al culpable del ataque, mientras su mano libre se retuerce para alcanzar el objeto que sigue prendido a su espalda. Ni siquiera necesita tocarlo: la hoja no se ha adentrado más que unos pocos centímetros en la carne y el cuchillo cae por su propio peso. Clone.

—¿Qué has hecho? —pregunta al niño, que retrocede dos pasos—. *¿Qué coño has hecho?*

En las palabras de Amer hay algo de estupefacción filosófica: su interrogante se expande más allá del momento que nos rodea y parece referirse a toda *la* sangre derramada, a todos los actos violentos, al meollo mismo de lo que significa traicionar, sublevarse, empuñar un arma contra un padre o un rey. ¿Qué coño has hecho?

Por supuesto, Grisha no tiene respuestas válidas para eso. Nada mejor que un silencio obstinado, en todo caso. Y yo lo admiro, a mi pesar; por no arrepentirse, por no pedir perdón como haría cualquier otro niño, cualquier otro hombre.

Y pienso: si al menos soltase la pistola.

Porque esto podría acabar de otra manera si Ricard Amer soltase la pistola en este momento, en lugar de avanzar con ella hacia Grisha, como está haciendo, aunque seguramente no piensa utilizarla, pero ¿quién puede darme garantías? ¿No la ha usado ya una vez, contra mí?

Veo la tela de su camisa pegarse a la espalda allí donde el cuchillo ha abierto una herida, y me imagino cuánto más debe dolerle en el orgullo y en ese puñado de expectativas emocionales al que llamamos corazón, mucho más que en la propia carne. ¿Es Amer el verdadero huérfano de esta historia?

—Grisha —llama al niño. Su mano derecha emprende un lento ascenso que podría anticipar un gesto de «ven aquí» o algo muy distinto. Un abrazo o un disparo en medio de los ojos. De modo que no me culpes, ¿vale?

Es absolutamente necesario.

Si me paro a pensarlo, es absolutamente necesario y cabal. Pero lo cierto es que no tengo tiempo para pensar. Te estoy diciendo que no se trata de un acto racional, Julia, ¿podrás entenderlo? Es una cuestión de cinco segundos.

Me levanto y embisto con mi cabeza contra su espalda.

Soy el puño cerrado de un gigante.

Soy un ariete de cien kilos.

La espina dorsal de Ricard Amer se quiebra con un sonido de rama húmeda y nos precipitamos al suelo, esta vez yo encima de él. Su mandíbula estalla contra su maxilar. Sus costillas crepitan bajo mi peso.

La pistola ha quedado muy cerca de sus dedos, pero ya no puede moverlos.

En realidad —él se da cuenta en el mismo instante que yo—, Amer no puede mover ningún músculo por debajo de su nariz.

Y sé que es un espanto porque todo está teniendo lugar delante de los mismos ojos de Grisha. Sé cuánto tardarán en desdibujarse los contornos precisos de esta imagen en su mente y que los colores (el rojo de la sangre, el blanco de los ojos) jamás se borrarán del todo, ni tampoco los sonidos (el crujido de las vértebras, el gemido vacuno del moribundo), ni el detalle del cuchillo ensangrentado sobre el parqué, ni el olor (los pantalones meados), ni la coreografía básica de un asesinato. Estoy convirtiendo a Grisha en un adulto de diez años, pero a cambio le estoy salvando la vida; ¿no es un trato justo?

Nuestra tragedia se aproxima así a su interludio: Amer gorjea un insulto y consigue sacudir su mano derecha, como una cola de lagarto, hasta dejarla inerte sobre la empuñadura del arma. No hay ninguna posibilidad de que la coja, ni pensar en dispararla, pero ya te he dicho que no estamos hablando de actos racionales. Por eso agarro su muñeca y se la retuerzo sobre la espalda como si fuera de goma, una luxación monstruosa, pero lo más horrible es que él ni siquiera la nota. Ricard Amer es un organismo encasquillado, fuera de servicio; ya no siente nada más que la sangre que brota de su paladar roto, ahogándole.

El final está ahí mismo.

Aunque todavía alcanza a mirarme con ojos desorbitados, a través de unos mechones sudados de pelo. Sus labios tiemblan con una última coda, o tal vez por puro acto reflejo, y entonces comprende que sus pulmones se han olvidado de respirar. Comprende que muere.

En siniestra sintonía, la voz humosa de Lhasa completa su último verso y la música se retira

poco a poco de la habitación. En el bajío restante, Grisha y yo nos miramos como dos supervivientes por encima del cadáver de Ricard Amer.

Segunda parte

Ladrones

Aunque, en realidad, Ricard Amer se demora un largo minuto en morir. Se puede contar por el compás al que la sangre es expulsada por la herida de la espalda, primero en pujantes oleadas, luego en un caudal uniforme y denso.

El niño tiembla de pies a cabeza. Me mira como si debiera aprender algo de mi reacción, de la expresión en mi rostro. Pero yo no tengo ninguna. Y si algo reflejan mis ojos, debe de ser exactamente ese miedo a defraudarle con mi frialdad.

—No te asustes —le digo—. Es lo único que podíamos hacer.

Quizá tendría que hablarle de hombres buenos y hombres malos, de merecimientos y coartadas —sé que el único modo de encajar un hecho así es asignarle etiquetas, darle un lugar preciso en la cabeza como si existiera un orden incluso para el horror—, pero no se puede pronunciar ningún discurso por encima de un cuerpo descoyuntado, y mi mejilla comienza a hervir como un volcán allí donde recibí el culatazo. Pronto el dolor se extenderá por todos mis músculos.

—Vendrán por nosotros —la voz del niño suena agujereada.

—A ti no te va a pasar nada. Eres un menor y no has hecho nada.

—No digo la policía, digo la gente de mi tío. Nos matarán por esto.

—Nadie...

Pero mi frase se queda suspendida. Nadie, ¿qué? ¿Es que estoy en condiciones de prometerle algo a este muchacho? ¿Es que tengo alguna certeza de lo que va a sucedernos a partir de ahora? Grisha no aguarda mi respuesta, de todos modos. Da media vuelta y echa a correr hacia su cuarto, escaleras arriba, no sin antes fijar una última mirada sobre el cuerpo retorcido de su tío. El perfil blanco de Amer ha quedado piadosamente cubierto por su pelo; no me gustaría que Grisha recordase el brillo de las pupilas de un muerto.

Lo que obsesiona a mis ojos, sin embargo, no es el cuerpo ni la sangre. Es la pistola. Que me reconoce y dice: cógeme, abrázame, deja que te susurre algo al oído. No tendrás que preocuparte de nada más.

Retrocedo un paso. Luego otro, y otro más, hasta que me detiene la mesa del comedor. El teléfono de Amer sigue allí, recibiendo llamadas, almacenando mensajes en silencio. ¿En qué momento ese silencio se convertirá en una señal de alarma? Antes de que pueda darme cuenta de que lo hago, ya estoy pensando como un fugitivo: ¿Cuántos minutos nos quedan? ¿Dónde

podremos escondernos? ¿Qué vamos...?

Interrogantes que llevan la respuesta codificada en esa primera persona del plural. Nosotros. Grisha y yo. Salvo que ya no se llama Grisha. Porque esto es lo que ha pasado: fui buscando su luz y lo único que he hecho es arrastrarlo a mi oscuridad. Quiénes somos es el primer y último interrogante. Todo lo demás son cuestiones prácticas, guiones en un manual de supervivencia.

—Vámonos —me llama, de regreso al pie de la escalera, y al verle me pregunto cuánto tiempo he dejado pasar sumido en mis cavilaciones: Grisha se ha vestido y lleva una pequeña mochila colgada de un hombro.

—¿A dónde?

—No sé. A tu casa. A cualquier sitio. ¡Deprisa! —Sus manos se alargan hacia la puerta de la calle como si unas riendas invisibles tirasen de ellas.

Sin que Grisha lo advierta me guardo el teléfono móvil de Amer en el bolsillo. Cuando me reúno con el chico en el recibidor, sin embargo, es él quien retrocede para adentrarse en el salón por última vez, hasta el lugar donde yace muerto el hombre al que ha considerado su padrastro durante años. Tengo una clara intuición de lo que va a hacer antes de ver cómo Grisha le asesta una patada en las costillas, dejando escapar un grito de rabia. La herida del otro costado escupe un par de grumos de color bermellón y vuelve a quedar muda.

—Basta —digo en voz alta; el odio del niño tiene un efecto hipnótico sobre mí, pero sé que no debo dejarlo fluir—. Está muerto.

No necesito llamarlo de nuevo. Grisha vuelve dando pasos largos como si quisiera imitarme, tal vez burlarse de mí. En sus facciones esclavas se aprecian matices nuevos, signos recién nacidos que no logro interpretar.

Cuando atravesamos el umbral y me dispongo a cerrar la puerta, soy súbitamente consciente de la importancia de este gesto. Abandonar la casa. Antes de que la inercia sea imparable, le digo al niño:

—Espera. Tú no tienes que huir. Puedes quedarte aquí, llamar a la policía y contarles la verdad. Él llevaba una pistola.

—¿Pero qué dices? No pienso quedarme aquí —responde sin mirarme. La luz de las farolas no evita que él y yo seamos ahora dos figuras imprecisas y furtivas a punto de escurrirse en el silencio de la calle arbolada.

Quizá no entiendo mucho de lo que pasa por su cabeza ahora mismo, pero esto sé: la casa ya no significa nada para Grisha. Su pasado yace muerto en el salón y no tiene otro futuro por delante que el que se invente a cada paso. Pienso en las plantas sin raíces que ruedan por los desiertos, esparciendo sus semillas. Trotamundos, barrillas, capitanas, salicores: en cada paisaje un nombre distinto.

Al pasar junto a la Kawasaki negra de Ricard el niño se queda mirándola. Podríamos montar en ella y escapar a la manera de dos bandidos del oeste, sobre el caballo del muerto. Pero yo no sé conducirlos, no soy de esa clase de bandidos.

—Está bien, iremos a mi casa —anuncio, tendiéndole la mano al chico—. Allí podemos pensar qué hacer con calma.

Grisha no coge mi mano —él nunca toca a nadie, lo he observado— pero asiente con la cabeza. Me parece justo. No debería confiar toda su suerte a un individuo de quien sabe poco más que su nombre. Alguien que acaba de cometer un asesinato delante de sus ojos. Echo a

caminar y él me sigue. Su respiración me cuenta una versión más realista del estado de su alma: agitada, defectuosa, incapaz de recuperar todo el oxígeno que pierde en cada zancada.

Nos cruzamos con un par de muchachos que regresa a casa; pantalón corto, raquetas de pádel. Parecen hermanos y nos saludan al pasar, aunque sin verdadero interés. Este es un barrio en el que la gente se saluda por educación, no por familiaridad. Quizá les suena el rostro de Grisha, pero nada más.

¿Nada más?

Salvo el gigante de dos metros y pico que lo acompaña, claro está. ¿No les miró de una forma extraña al cruzarse? Espere, agente, sí, ya lo recuerdo. Era un tipo muy extraño. ¿Que si recuerdo cómo vestía? Claro que sí...

Apenas han pasado diez minutos desde que partí en dos la espalda de Ricard Amer y en mi cabeza ya se está representando con febril nitidez la escena de mi propio arresto. Sin dramatismos. La policía no golpea en la puerta de los domicilios; esperan afuera. Bajas a comprar el pan y ellos salen naturalmente a tu encuentro, como quien se acerca para preguntar por una dirección.

Aunque este caso es diferente. Hay un niño. Les exigirá tomar algunas decisiones violentas. Sé que no se andarán con tonterías.

—Patricia —digo en voz alta, sin querer. Sé que ha sido en voz alta porque Grisha se vuelve para mirarme, esperanzado. Nombres de mujer como talismanes a los que aferrarse.

—¿Qué? —me apremia.

—Nada.

Atravesamos una avenida sobre el parpadeo del semáforo. Los vehículos rugen, se agazapan para saltar en cuanto el primero rompa la fila. Sus faros recriminan nuestra improbable sociedad: el niño y yo, qué podríamos tener en común dos figuras tan dispares. Aunque algo sí tenemos: su mejilla derecha y mi mejilla izquierda, como en un espejo, oscurecidas de un golpe propinado por el mismo puño.

Las aceras estrechas de mi barrio se muestran más comprensivas con nuestro delito. Lo engullen todo, no tienen prejuicios o quizá no tienen ojos. Cuando alguien te saluda es porque sabe tu nombre.

—Es aquí. —Me instalo en el portal más alto de la inclinada calle, casi en la esquina con la siguiente. Sin comprobar qué dice el semblante de Grisha me afo en buscar las llaves y abrimos paso al interior. No tropezamos con ningún vecino que baja la basura o regresa de pasear al perro.

Subimos por las escaleras sin tocar el interruptor de la luz. El niño jadea, pero no protesta ni se queda atrás. Cada puerta que ignoramos viene descrita en mi cabeza por una biografía más o menos cierta, más o menos inventada: Amparo y su marido, Luis, que se acogió a un despido incentivado y a veces bebe más de la cuenta, orgullosamente arrepentido; don Andrés, que aprendió ruso en Cuba, décadas atrás, y cuenta historias macabras para impresionar a los niños; la familia Biota, tan discretos que podrían ser absolutamente felices; Jesús y Victoria, que tienen un galgo de tres patas y un hijo rapero que fuma marihuana y hace peleas de gallos en el parque de Berlín; y Adela, por supuesto, la tía abuela de todo el vecindario, a la que nadie en su sano juicio le haría el menor daño ni le hablaría con dureza, y quizá por eso vive sola. Gente real.

Gente de muchos colores. El camuflaje idóneo para alguien como yo, supongo.

Aunque no por más tiempo.

Lo extraño es que cuando entramos en mi casa tengo la sensación de estar haciéndolo por primera vez. Veo el lugar donde vivo a través de los ojos de Grisha, y me escandalizo de su orden maniático, de su mediocre perfección. Veo la tapicería remendada, los apliques comprados en Carrefour. Veo las láminas de paisajes que adornan el salón y la cocina, y me dan ganas de gritar; Yo soy capaz de algo mejor.

Por suerte no hay ninguna frase desquiciada escrita en la pizarra.

—¿Tienes hambre?

Grisha se ha desplomado en una silla de la cocina, cuerpo y mente al borde de la capitulación.

—Solo quiero agua —responde.

Le lleno un vaso. Otro. El resplandor óseo de los azulejos y los electrodomésticos parece decirnos: tranquilos, no pasa nada, ¿veis? Todo sigue igual por aquí. Y tal vez sea esa misma quietud la que hace revolverse de excitación a Grisha. Busca una válvula de escape, o algo cortante para arrojarme, como:

—¿Qué significa O.L.V.?

—No lo sé.

—No me mientas. Yo nunca te miento.

—Entonces no me hagas preguntas. Te dije que te quedaras en casa.

Ignoro por qué esta repentina necesidad de hostigarnos, pero el picor es insidioso, como un erizo alojado en la base del cráneo. En este momento todo me parece un inmenso error, una calamidad de consecuencias imprevisibles confirmada por la presencia del niño en mi cocina.

Sobre la estrecha mesa de desayuno, mi teléfono móvil se recarga conectado a un enchufe. Grisha sigue el curso de mi mirada.

—No —gime—. No llames a nadie, por favor. —Aunque el modo en que se endurece su mandíbula no hace pensar en rendiciones, sino en orugas de un tanque que aplasta trincheras.

—Tengo una amiga en la policía —comienzo, palpando a ciegas en el *puzzle* de mis argumentos. Ni siquiera estoy seguro de que Patricia vuelva a dirigirme la palabra.

Pero Grisha se guía por instinto y su instinto le dice que tomaré el teléfono para llamar a alguien si él no me lo impide antes. Por eso lo agarra, lo desenchufa de un tirón y sale corriendo de la cocina.

—¡Eh!

Me asomo al pasillo y el chico ha desaparecido. Escondido. Pero conozco los sonidos de este edificio mejor que los latidos de mi propio corazón, y me basta con cerrar los ojos un instante. Está en el salón; le oigo deslizarse, respirar. Cuando llego me encuentro la puerta del balcón abierta y a Grisha parado frente a ella.

—¿Qué has hecho? —le estoy gritando por primera vez. Antes de que mi mano pueda tocarle, Grisha se aparta de mi camino y deja que me asome al exterior.

Ha oscurecido y es imposible saber si mi teléfono se encuentra allí abajo, despanzurrado sobre el asfalto. Cuando un vecino levanta la vista hacia mí, desde la calle, retrocedo de un brinco y me vuelvo hacia el chico. Grisha jadea de miedo ante lo que pueda hacerle, pero también de obstinación; no dará un paso atrás.

Entonces busco en mi bolsillo y saco el teléfono de Ricard Amer.

—¡No! —sus ojos se agrandan.

Alzo la otra mano para tranquilizarlo.

—No voy a llamar a nadie. Al menos por ahora. Solo quiero que me escuches. —Las manos del chico se refugian dentro de su sudadera, tal vez en busca de un oculto talismán—. Yo tengo que marcharme. Si me quedo aquí vendrán a buscarme, y no sé si podré... No sé si seré capaz de explicarle a un juez lo que ha ocurrido, ¿entiendes? Podría enviarme a la cárcel. Y yo no puedo estar encerrado. Sencillamente, no puedo. —Trago saliva. Intento exponer mis sentimientos de modo que no suenen a titulares fríos, informes de alguna corresponsalía remota. Y fracaso, siempre—. Pero tú no tienes nada que temer. Ellos te protegerán.

—No quiero que me protejan. Quiero irme contigo.

—¿Por qué? Ni siquiera sabes quién soy.

—Pues cuéntamelo.

Y se lo contaría. Si fuera tan sencillo.

—Es muy tarde. —Me voy derrumbando lentamente—. Deberíamos descansar y dejar las decisiones para mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me guardo el teléfono, cierro el balcón y le hago un gesto a Grisha para que se siente en el sofá que tiene detrás. A través de la pared nos llega la retransmisión de un partido de fútbol.

—¿Quieres que encienda la tele? —propongo.

El chico sacude la cabeza. Su espalda se resiste a tocar los cojines, pero pronto se rendirá al cansancio. Al menos han terminado los jadeos.

Me aprieto los ojos con las palmas de mis manos. Lo hago para abrasar la película que se proyecta sin descanso sobre el telón de mis párpados: Ricard Amer partiéndose en dos, vaciándose y muriendo bajo mi peso. Resoplo.

—Voy a preparar algunas cosas. —Me dirijo a la puerta, perseguido por su mirada—. Puedes intentar dormir. Te prometo que no me iré sin avisar.

—¿Y por qué te tengo que creer?

—No me creas, entonces.

Y con eso abandono en el salón, dejando al chico solo ante su reflejo sobre la tele apagada. Evaluando. Planificando. O simplemente exhausto.

En el cuarto de baño, me lavo y estudio la magulladura de mi mandíbula mientras escucho unos pasos tímidos de Grisha por la casa. Sé que no iré a ningún sitio.

Cuando regreso, unos minutos más tarde, me encuentro un papel pegado en el cristal esmerilado de la puerta del salón. Es el duende, nuestro vigía de la biblioteca, con su cabeza enorme y su sombrero picudo. Y ese dedo que reclama silencio.

Grisha duerme volcado en el sofá, su gesto aún tenso como si hubiera luchado hasta el último segundo contra el sueño. Yo me acerco, caigo en la butaca de al lado y no hago otra cosa que quedarme allí quieto durante un buen rato, intentando no pensar.

Quemar recuerdos.

Sé quién eres, O.L.V.

Eliminar ecos.

Voy a hacer que vuelvas a la cárcel para el resto de tu vida.

Me despiertan unos ruidos en el piso de abajo.

Es de noche al otro lado de los cristales y me cuesta varios segundos recomponer el cuadro de los últimos acontecimientos. Distingo la blancura de un rostro tumbado en el sofá pero no acepto su realidad hasta que me llega a través de otros sentidos; la piel de Grisha está caliente, como su aliento. Tiene las sienes húmedas de sudor y en cuanto nota mi cercanía hace chirriar sus dientes, aún dormido.

Pero, ¿qué son esos golpes?

Suena igual que si estuvieran desplazando muebles en casa de Adela, justo debajo de nosotros. Pasos fuertes y apresurados que recuerdan...

Estremecido, miro hacia la puerta del salón y la veo entornada, con el dibujo del duende medio despegado. Me muevo embarulladamente, como si la orden de despertar tardara un tiempo en alcanzar la punta de mis extremidades. Voy hasta la puerta, aplasto el celo que sujeta el papel contra el cristal, para asegurarlo, y la cierro rápidamente.

Luego me doy la vuelta y observo al chico como si su forma de dormir encerrase alguna clave. Su cabeza, arropada por las sombras, podría ser la de un niño todavía más pequeño.

Y entonces lo sé: no me iré sin él. No lo dejaré solo con sus demonios. Jamás permitiré que lo atrapen.

Ahora escúchame, Julia, porque este que comienza no es un día cualquiera.

Este día se abre como una herida.

Hay dos tejados en la casa de enfrente que cada mañana se arriman para impedir que el sol golpee de frente mi balcón, pero fracasan, siempre dejan pasar un rayo, apenas un jirón de luz que se apresura en mi busca como si quisiera advertirme. Ese rayo comienza hoy recorriéndome los dedos de la mano, luego asciende por mi brazo hasta el rostro y crepita en mis ojos en el mismo instante en que despierto. Y entonces, por la herida de mis párpados surge a borbotones el horror de los hechos pasados. El vértigo de comprender que mi vida es real y no soñada. Que yo no soy una metáfora de nada, ni el rayo de luz viene a avisarme, ni tengo excusas.

Grisha está de pie ante la cristalera del balcón, mirando hacia la calle. Voy enfocando su silueta con mis ojos hinchados.

—¿Qué hora es? —baluceo en mi butaca. Me duele el cuello por culpa de la mala postura.

—Las siete y cincuenta y uno.

La calma que desprende la voz del chico. Su perfil casi inmaculado, como si los hematomas pudieran olvidarse. Su futuro. Todo eso viene en tromba a sacudirme y rescatarme de mi tibio estupor.

—Lupe ya habrá llegado a casa. —Se ha vuelto para mirarme. Yo busco en sus ojos una intención disuasoria, un arrepentimiento o un temblor previo al llanto, pero no los encuentro. Lo que nos sobrecoge a ambos es la idea de unos ojos extraños cayendo sobre el cuerpo de Amer, rodeado de sangre. El grito de espanto. Las manos de la empleada que sueltan unas bolsas y se pegan al rostro.

—Dios, ya no deberíamos estar aquí —me reprendo, incorporándome—. ¿Cómo he podido quedarme dormido?

Maldigo el filo romo de mis nervios mientras me apresuro por el pasillo. Sé que guardo una bolsa de deporte en algún armario de mi dormitorio. Aquí está. Debo llenarla con lo imprescindible. Pero entonces abro la cremallera y me detengo.

Está preparada.

¿Cuándo he preparado esta mochila? No falta de nada: unos pantalones, ropa interior, un neceser, un chubasquero embolsado. ¿En qué momento...?

Siento vibrar el teléfono de Ricard Amer en mi pantalón. Otra llamada desatendida. La razón de su silencio pronto será una noticia que se expandirá violentamente por el círculo de Amer. Proxenetas. Contrabandistas. Sicarios.

—¿A dónde vamos? —Grisha se ha puesto su abrigo y su mochila y aguarda frente a la puerta, como un soldado. Ni siquiera duda de que voy a llevarle conmigo. Me conoce tan bien que podría desmontarme y volverme a montar, o eso piensa; aunque hay dos o tres piezas aquí dentro de las que no tiene noticia.

—A casa de un amigo —respondo—. Desayunamos por el camino, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Fingir que estamos de excursión: que la energía de las cuestiones prácticas nos lleve en volandas, sin mirar hacia abajo. Salimos y esta vez no percibo ninguna trascendencia en el hecho de girar la llave de la puerta. El juego consiste en que no hay verdaderas fronteras ni ceremonias mágicas. Nada importa salvo avanzar a la siguiente casilla. Tira los dados.

Descendemos por las escaleras, yo detrás de Grisha, pero suficientemente cerca para sujetarle del brazo si oigo voces de vecinos. Cuando cruzamos el rellano del cuarto piso descubro que puedo ver el interior del piso de Adela a través de una ranura. La puerta está entornada, pero no hay rastro de la mujer, no se siente ningún movimiento próximo.

—Espera —le digo al chico. Lo arrinconó—. Espera aquí quieto.

Y entro en el domicilio de mi vecina.

—¿Adela?

Conozco estos muebles y este olor, porque he estado aquí antes, y porque responden a un cliché de muebles y olores. Tiempo prorrogado, cuerpos que se resisten a tocar el suelo.

—Adela, soy Olmo —me presento ante el desfiladero de cuadros que se adentran por el corredor. Suena un teléfono en el piso de arriba. Mi teléfono, en algún rincón oculto del salón. Así que el chico no lo arrojó por la ventana.

Camino hasta la entrada de la cocina. Recogida y limpia, salvo por una cucharilla tirada en el suelo. La sala de estar, vacía. Lo mismo el cuarto de baño. Queda el dormitorio del fondo, que tiene la puerta cerrada.

Adela siempre dice que cuando se muera lo hará como una paloma, en su nido y sin hacer ruido.

Llamo a la anciana por última vez antes de girar el picaporte y penetrar en la oscuridad de una habitación con las persianas selladas al amanecer. Enciendo la luz.

Lo que me invade ahora es un hormigueo muy parecido al que sentí mirando a Emilio en la azotea de la biblioteca. Una curiosidad transparente y gélida. Tan atento a mis propias sensaciones que no puedo incluir ningún juicio en mi curso de pensamientos.

Adela yace bajo las sábanas, tapada hasta el mismo nacimiento de su pelo blanco.

De modo que ni siquiera estoy seguro de que se trate de ella. Pero, ¿quién si no? Nadie más

comparte esta vivienda.

Me acerco y retiro la sábana del rostro. La mujer todavía tiene los ojos abiertos, aunque inertes, como la boca. Lo verdaderamente extraño es que aún me siento reconocido por aquellas dos cuentas de vidrio. Tomo aliento. Deslizo mi mano sobre sus párpados, de arriba abajo. Alzo suavemente su barbilla. Todo muerto merece la dignidad de parecer dormido.

Echo un vistazo alrededor. En la cómoda junto a la pared hay un cajón abierto. Rodeo la cama para aproximarme. Entre pañuelos y fulares asoma una caja metálica descerrajada. Levanto la tapa con la punta de un dedo y compruebo lo que ya sé: está vacía.

No han sido liquidadores, me digo, sino ladrones.

Un ladrón que sabía dónde buscar, en todo caso. No hay señales de registro en ningún otro mueble, en ninguna otra habitación. Un crimen del tamaño de un secreto. Desde la pared me observa un busto de Cristo al que le faltan tres dedos de la mano derecha. Tengo que apartar mi mirada.

¿Y cuál es el procedimiento para casos como este? ¿Cuáles son los pasos que a continuación sigue un testigo casual, un ciudadano sin nada que ocultar? Yo, por desgracia, no soy capaz de sentir otra urgencia que la de volver con Grisha. Sacarlo de este edificio antes de que algún vecino se cruce con él y le pregunte, por ejemplo, si necesita ayuda. Si está solo.

Cuando me reúno con el chico en el rellano no me pide ninguna explicación, lo que me alarma todavía más. Por eso digo:

—No hay nadie. Se han dejado la puerta abierta al salir. Vamos.

En una película de crímenes, este sería el momento en que imprimo negligentemente mis huellas dactilares en el tirador cromado de la puerta. Excepto que aquí nadie verá un crimen. He dejado el cajón de la cómoda en perfecto orden, la almohada en su sitio, la puerta cerrada. Soy un cómplice tan perfecto que el asesino ni siquiera sabe que me tiene.

Aunque algo sucede, una rueda de este mecanismo invisible lanza un chirrido: justo en el instante en que chasquea la cerradura de la puerta y Grisha reanuda la marcha escaleras abajo, una voz que proviene del otro lado me llama:

(—Olmo). No es la primera vez, y tengo ganas de chillar.

Pero Grisha ya se ha escurrido hasta el rellano inferior, debo apresurarme tras él y comportarme del modo adecuado.

Ser íntegro. Un hombre bien perfilado y no una maraña de trazos sueltos.

Salgo y el chico me está esperando en la calle. Con sus ojos inmensamente azules, su pelo dorado. Es tan obvio que ni siquiera debería pronunciarlo.

Pero este es el día, Julia.

Hoy sé que aún puedo ser salvado.

Giran, giran y giran

Hay una pareja de policías nacionales paseando arriba y abajo por el vestíbulo de la Estación de Atocha mientras Grisha y yo hacemos cola ante los mostradores del AVE. No están buscando a nadie, solo se dejan ver. Pero yo miro al reloj que dice 9:14 y no puedo evitar hacer cálculos: por dónde viaja la noticia en estos momentos, en qué orden práctica se ha materializado. Un juez instructor inclinado sobre el cuerpo. Alrededor, tres o cuatro inspectores expertos en mafia rusa.

Yo podría ahorrar el trabajo de cien personas con solo hacer una llamada telefónica. Pero abro la boca y digo:

—Dos billetes para Barcelona.

La mujer del mostrador teclea. Tiene una belleza acogedora e imperfecta incluso detrás del maquillaje. Me sonrío al entregarme los billetes, imagino que lo hace siempre, a todo el mundo, pero resulta tranquilizador.

Apenas disponemos de quince minutos en la sala de pre-embarque, que Grisha aprovecha para ir a los servicios. Yo saco el móvil de Ricard Amer y compruebo las llamadas. Once perdidas, tres mensajes. Ningún intento de comunicación en la última media hora.

De pronto se me ocurre que debo llamar a la biblioteca. Pulso los números.

—¿Diga? —Es Virginia. No esperaba oír su voz y estoy a punto de colgar.

—Eh... Hola, Virginia, soy Olmo. ¿Está Jota por ahí?

—Hola, Olmo. Jota no ha llegado aún. —Una pausa de tanteo—. ¿Quieres que le diga algo?

—Dile...

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien. Pero dile que me ha surgido un asunto familiar. No es grave, pero necesito un par de días. ¿Os podréis arreglar sin mí hasta el lunes?

—Claro. —Ella no se ha creído una sola palabra. Si tuviéramos más confianza soltaría una carcajada—. Nos arreglaremos. Buena suerte.

—Gracias.

Mientras me guardo el *teléfono*, observo las *imágenes en* el televisor de la cafetería próxima. Un repaso de las últimas noticias. Ruedas de prensa, disturbios y fútbol. A los pocos segundos me doy cuenta de que he detenido mi respiración, aguardando el instante en que el rostro de Ricard Amer aparecerá llenando toda la pantalla. Pero no sucede.

Se escucha por megafonía el primer aviso para los viajeros con destino Barcelona y de

inmediato se forma una trenza grisazulada de hombres y maletines ante la puerta número ocho.

Vuelvo la vista hacia la entrada de los servicios. Me pregunto por qué Grisha tarda tanto. Una empleada de limpieza se aproxima con un su carrito. Está colocando un signo amarillo en la puerta cuando me acerco a ella.

—No puede pasar ahora, lo siento —dice sin mirarme.

—Hay un niño dentro.

La mujer pone los brazos en jarras y me deja entrar.

—¡Grisha! —busco por las cabinas.

—Estoy aquí.

Lo encuentro sentado sobre la tapa cerrada de un retrete, con el cuaderno azul entre las manos y los ojos llorosos.

—¿Qué te ocurre? —Siento algo parecido al pánico anidar en mi garganta.

Grisha se limita a negar con la cabeza y recoger su cuaderno en la mochila.

—Nada.

Mientras salimos la empleada nos sigue con una mirada de crupier, distante pero minuciosa. Ella nos recordará como una sola figura. Cuando llegue el momento, la imagen del tipo larguirucho y del niño rubio que iba con él asomará de su baraja de recuerdos y en ese momento empezaremos a perder la partida.

Pero aún somos nadie. Fantasmas de una futura noticia. Atravesamos las puertas que dan acceso a los andenes sin que otros funcionarios ni pasajeros adviertan lo extraordinario de nuestro viaje, lo que nos estamos jugando.

Al parecer somos los últimos en subir a nuestro coche. Avanzo por delante de Grisha hasta nuestros asientos, que resultan enfrentados y separados por una mesita. Guardo mi mochila en el maletero superior y hago un gesto a Grisha para que me alcance la suya, pero él ya está escurriéndose por delante de las rodillas de un tipo calvo para ocupar su sitio junto al cristal. Aprieta su mochila entre las piernas como si llevara un tesoro.

En el mismo instante en que el tren inicia la marcha yo aterrizo sobre mi asiento. Me doy cuenta de que viajaré de espaldas todo el trayecto y un mareo anticipado me enfría la nuca durante unos segundos. Pero la sensación queda atrás. Paradójicamente, es la primera vez que tengo la certeza de moverme en la dirección correcta. Y esta revelación debe traducirse en alguna mueca involuntaria, porque descubro a Grisha escudriñándome desde el otro lado de la mesa, tratando de leer las líneas aparecidas en mi cara.

Yo asiento con la cabeza, porque debo dar muestras de determinación. Hacemos lo que tenemos que hacer.

Al virar hacia el Norte, mi lado del vagón se inunda de luz y tengo que cerrar los ojos.

Recuerdo una playa. Cuando tenía ocho años mi padre me llamó desde la orilla para que fuera a unirme a un corrillo de gente. «¡Vamos!», me apremió con las manos. Varias docenas de personas se arremolinaban alrededor de un hombre en bañador que acababa de sucumbir a un ataque cardiaco. Alguien trataba de reanimarlo. Le golpeaba las costillas y le soplabla en la boca. Yo veía la carne fofa e inerte del hombre estremecerse en vano. Su piel presentaba una gama espantosa de colores que iban desde el blanco de sus pies hasta el morado de sus labios.

Y yo miraba al muerto, y miraba a mi padre, y me preguntaba por qué me había llamado para contemplar algo así. Qué clase de hombre llama a su hijo para que vea a un muerto.

En la cafetería del tren, una docena de conversaciones simultáneas. Cada espalda que rozo me transmite un estado de ánimo. De cada grupo que atravieso me llevo un desgarrón de voz. «Mira, le dije, mejor la próxima vez ni me llames». «Luego el abuelo cogió al perro y lo colgó de un árbol». «Me salta: ¿tú no crees en el amor a primera vista?». Y carcajadas vueltas del revés, como riéndose de sí mismas. Nadie se fija en el tipo alto con la mandíbula levemente enrojecida, que pide un par de zumos y un paquete de galletas, extrae un billete de un gran fajo para pagar y luego emprende el camino de regreso hacia su vagón.

Cuando me siento ante Grisha ya no me sorprendo de encontrarlo con las mejillas húmedas. En una mano sostiene el cuaderno abierto y en la otra un bolígrafo bien apretado, pero la página es una superficie en blanco solo interrumpida por el sello del fechador. El tipo calvo duerme profundamente a su lado.

—¿Nada? —Dejo el zumo y las galletas en la mesa que nos separa.

Grisha mueve lentamente la cabeza.

—Es verdad —masculla—. Está muerto.

—No lo sabemos.

Y de todas formas, pienso, manejamos tantos interrogantes que ya ni siquiera podemos estar seguros de lo que significa estar muerto.

Yo tengo la certeza de que Ricard Amer no nos mintió antes de morir, porque reconozco el brillo y la cadencia de una mentira. El resto son conjeturas: Grisha, el diario, el duende, los liquidadores. Lo que hacemos, el chico y yo, es cruzar los dedos para que este tren avance en dirección a las respuestas y no hacia el abismo del otro extremo.

—¿Y tu familia? —me pregunta un rato después. Afuera la tierra es de color rojo; se ve cuando penetramos en ella como un cuchillo—. No has llamado a nadie.

—Sí. He llamado mientras estabas en el servicio.

—¿A quién?

—¿Por qué quieres saberlo?

Grisha se concentra en buscar la apertura del paquete de galletas. Yo retrocedo mentalmente para calibrar si le he hablado de un modo demasiado brusco.

—Mis padres murieron hace años —le explico—. No tengo hermanos.

Su mirada remonta para explorar mis emociones. Misión *difícil*.

—Lo siento —dice inesperadamente. Las condolencias de un huérfano de diez me van a hacer trizas.

—Escucha. —Me aferró al borde de la racionalidad—. Lo que ha ocurrido no es culpa tuya. Nadie está enfadado contigo. Puedes volver en el momento que quieras, no tienes que seguir conmigo. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Yo... no tengo nada que ofrecerte.

Porque yo soy nada. Darme entero es igual a cero. Me pregunto si él es capaz de comprender esto. Si acaso está escuchando una palabra de lo que yo le digo mientras contempla esa galleta en

sus dedos como si fuera un mandala.

—Solo quiero llamar a Lupe —pide serenamente—. Estará preocupada.

No hay forma de que pueda negárselo, ningún argumento que no me haga parecer un sombrío delincuente, así que le tiendo el móvil de Amer.

—¿Sabes el número?

—Sí. —Coge el teléfono y lo marca de memoria. Abre mucho los ojos mientras aguarda el sonido de una voz—. ¿Lupe?

El niño atiende un segundo y de pronto arroja el teléfono encima de la mesa.

—¿Qué...? —Cojo el aparato y compruebo que la llamada se ha cortado.

—No era ella —jadea—. Era otra mujer.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha reconocido. Me ha dicho; «Grisha, ¿eres tú?». Pero yo no sé quién es ella.

Policías. Nada de lo que sorprenderse. A fin de cuentas estamos llamando desde el teléfono de un proxeneta al que han hallado con el esqueleto roto por cuatro sitios distintos y con una segunda boca abierta a la altura de los riñones.

En ese instante comienza a vibrar el teléfono. Grisha y yo miramos la pantalla sin mover un músculo. «Identidad desconocida». Sé que volverán a llamar, que seguirán haciéndolo mientras oigan la señal al otro lado, pero no me importa, acabarán dándose por vencidos. Me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón, sin apagarlo.

Se me pasa por la cabeza que tal vez era Patricia la mujer que ha hablado con Grisha, pero lo rechazo de inmediato. Hay miles de policías en Madrid.

¿Expertos en encontrar personas desaparecidas?

—Está bien. —Busco la forma de tranquilizarnos a ambos—. Ya saben que no te ha pasado nada. Eso es importante. Ahora intenta descansar un rato.

Las llamadas perdidas me cosquillean en el muslo durante una hora. Pero Grisha se queda dormido y yo por fin me puedo abandonar a mis pensamientos. Una idea invisible me mordisquea los nervios. ¿Qué es? ¿Qué se me escapa?

Cuando voy al servicio, ya cerca de Barcelona, me detengo en el paso de un vagón a otro. En el cristal de la puerta de desembarque alguien ha trazado unas letras grasientas con el dedo. Me acerco temblando.

CULPABLE.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Euge.

—¿Es de fiar?

No puedo contener una sonrisa al mirar al chico, tan serio en su uniforme de fugitivo mientras atravesamos la salida de la estación.

—Tanto como nosotros —respondo, pero no consigo que mi voz desprenda ningún humor.

Los taxis de esta ciudad son del color de ciertos insectos. El aire aquí es más denso, pero no evoca la cercanía del mar sino otra cosa más parecida a un aliento constante, a una transpiración colectiva. Barcelona te recibe con un abrazo fingido pero no del todo hostil. Quiere examinarte antes de sacar conclusiones.

He conseguido un mapa en la oficina de turismo y he marcado en él el trayecto que debemos andar hasta la casa de Euge. Nos movemos sin prisa a través del mediodía urbano, Grisha a mi lado, un paso por delante como si fuera él quien me guiara. Nadie repara en nosotros.

La lista de llamadas perdidas en el teléfono de Amer asciende a una cifra de tres dígitos, y siguen entrando. Coronamos el cénit de la noticia. Con el paso de los minutos el foco de las llamadas se irá trasladando a otro lugar: la policía, los amigos, los clientes, los sicarios. Quien esté facultado para tomar medidas las tomará, una vez sacadas las conclusiones oportunas.

En cuanto a mí.

Es la primera vez que vengo a visitar a Euge, pero tengo instrucciones precisas para llegar hasta su apartamento en el barrio de Gracia. Cuando él y yo nos despedimos hace veinte años juramos que así sería. Que uno siempre sabría dónde encontrar al otro. Que siempre nos ayudaríamos, sin hacer preguntas.

Por eso salvo confiadamente el estrecho tramo de escaleras que desemboca en un rellano ocupado por una sola puerta. Se oye música al otro lado.

—¿Es aquí? —quiere saber Grisha.

—Hace muchos años que no nos vemos. —Trato de prevenirme, levanto mis defensas—. Es posible que tarde un poco en reconocermes.

Toco el timbre y aguardamos. Saltan voces de un hombre y una mujer en el interior. Alguien se acerca y asoma por una rendija de la puerta.

—Hola, Euge —le digo, y entonces nos muestra algo más de su semblante estupefacto.

—Olmo —acentúa mi nombre de la manera más extraña que he oído jamás.

Yo sonrío antes de invocar:

—Santuario.

Él no sonrío. No exactamente. Pero contempla al chico, otra vez a mí, y abre la puerta por completo. Va vestido con una camiseta sin mangas. Los brazos tatuados hasta la muñeca, eso es nuevo. El pelo corto, un aro en la ceja izquierda. Y unos ojos negros inmensos, eso no ha cambiado.

—Ahora estoy seguro —dice—: este es el día más raro de mi vida.

La voz de Euge se ha hecho más rasposa, como su mirada. Detecto señales de un espíritu convaleciente, pero aún dispuesto a revolverse. Un espíritu que no se llena de luz al verme.

—Este es Grisha. —Pongo mi mano en el hombro del niño. Pienso qué más añadir y no doy con ninguna palabra. En ese instante un perrito panzudo y feo asoma entre los tobillos de Euge. Grisha se agacha para acariciarlo.

—¡Hola! —Niño y chuchos encuentran una sintonía inmediata.

Por encima de ellos, Euge y yo zanjamos una promesa del pasado con un asentimiento.

—Pasad.

La casa de Euge no es una casa. Se advierte por la inclinación del suelo y el techo elevado. Por el ventanuco que se abre en la pared de un extremo, como una tronera, apuntando hacia el gran lienzo de pared al otro lado. Y en medio un único espacio abierto, ahora lleno de trastos, antes butacas.

—Es un cine —reconoce Grisha, maravillado.

—Uno muy pequeño. —Euge mira de reojo al chico, haciendo algún tipo de evaluación interna. Entre las cosas que ignoro acerca de Euge: qué le inspira un niño.

—¿Ponéis películas?

—En realidad, sí. Pero no sé si te gustarían.

Mi atención se ha desviado hacia la mujer que permanece agachada entre el bosquecillo de cachivaches que puebla la sala, ocupada en una tarea irreconocible. Su falta de interés hacia nosotros debe disculparse por alguna coartada artística, intuyo. Euge no se involucraría con una chica convencional.

—Syl —la llama, mientras sujeta al perrito para que no llene de babas a Grisha—. ¿Puedes venir?

Aquí huele a tabaco y plástico quemado. El espacio carece de ventanas y la luz es una amalgama de texturas eléctricas que podrían volver loco a cualquiera. En lo alto flotan perezosos remolinos de humo alrededor de los focos. Las sombras se solapan unas sobre otras, azules y grises. Las caras poseen un esmaltado de nevera. Y aun así, cuando Syl se acerca a nosotros su piel emite un color intenso, flameante, como si estuviera el doble de viva que Euge y yo. En eso se parece más a Grisha, sobre quien se posan inmediatamente sus ojos.

—Son unos amigos. —A continuación Euge dice mi nombre, pero me veo obligado a recordarle el de Grisha.

—Es el nombre de chico más bonito que he oído nunca. —Cuando Syl sonrío parece que vulnera algún acuerdo tácito con la vida, una fidelidad adolescente al color negro y a la melancolía; todo mentira—. Yo soy Syl.

La naturalidad de su apretón de manos con el niño nos deja en evidencia a Euge y a mí. Tal vez por eso él se inventa un nuevo modo de mirarme, como si de pronto le hubieran venido encima todas las consecuencias del encuentro.

—La hostia. Olmo. ¿Son veinte, o veintidós años?

—No esperabas verme otra vez.

—Al revés. Me tenías impaciente.

Nos exigimos reír como un pago de aduana para seguir adelante. Sé que mi vuelta no figuraba en el orden de sus sueños sino el de sus pesadillas, pero estoy dispuesto a representar mi papel. Quizá no exista tanta diferencia entre lo que necesitamos y lo que realmente somos.

Grisha ha quedado fascinado por la galería de artilugios y herramientas de toda naturaleza que inundan el piso inclinado de la sala. Hay unos armarios metálicos con cuñas en las patas para no vencerse. Estanterías clavadas a la pared, llenas de chismes. Mi cerebro se empeña en encontrar un nexo común al crisol de formas expuestas, pero no atina. Las pautas y razones del arte se me escapan, quizá porque no las tiene.

Como si espontáneamente hubiera consentido en no hacer más preguntas, Syl conduce al chico por la jungla de su taller y le va mostrando todo aquello que despierta su interés. Tras ellos, el perro sin nombre sacude su vientre hinchado en un trotecillo obstinado. La visita concluye sobre el estrecho escenario donde ya no cuelgan cortinas ni pantalla. Pero hay un *show*. Cuando Syl toca un botón, cobra vida una muñeca sentada sobre el plato de un viejo tocadiscos. Gira, y gira, y gira.

La muñeca tiene el rostro quemado, y su sombra agigantada se proyecta sobre la pared lisa gracias a un pequeño halógeno plantado a sus pies. Por los altavoces suena una canción de siniestras armonías vocales, Sigur Ros o alguien que los imita.

—¡Uau! —celebra Grisha, mientras Syl coge una cámara digital y le inmortaliza como parte

de la obra, quizá la parte más importante.

—Syl es muy especial —me confía Euge—. Lo he dado todo por ella.

Luego nos sentamos en unos divanes que hacen las veces de salón y comedor, alzados sobre un pequeño entarimado que corrige la horizontalidad. En el cuarto del proyector ahora hay un minúsculo dormitorio y un cuarto de baño. El resto de la vida se hace abajo, incluida la comida, en una cocina Ikea de las que caben en un armario.

Charlamos y comemos crepes rellenos de queso y carne. Ninguno de nosotros bebe alcohol. Syl fuma tabaco de liar y piensa mucho lo que va a decir antes de hablar. El perro dormita debajo de la mesa. Euge me explica su negocio. Tiene una empresa de alquiler de vehículos con chófer. Dispone de tres coches de gama alta y una furgoneta Mercedes Viano, aunque está pensando en ampliar la flota. Tres conductores bajo contrato, más él mismo. Sus principales clientes son Radio Televisión Española y el Hilton Barcelona. Ha tenido épocas malas, pero la cosa al fin empieza a marchar.

No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que Euge está armando un alegato de defensa, una declaración de cobardía ante lo que yo pueda pedirle. Es evidente que Grisha y yo escapamos de algo, de la misma forma que es evidente que no me une ninguna relación sanguínea o familiar con el chico.

Pero hay otra cosa.

Una cosa parecida a un secreto, o a una herida. Euge y Syl intercambian miradas de vez en cuando para sondear en qué nivel de sufrimiento se halla el otro.

Ahora estoy seguro: este es el día más raro de mi vida.

Pero no es raro, la palabra.

Encrucijada. Decisión. Renuncia. Algo así estaría más cerca de la verdad.

—Te tiene miedo —dice Grisha, cuando nos quedamos solos.

Euge y Syl han salido a cenar, a encontrarse con amigos, a discutir sus asuntos. Pero yo he decidido que es mejor quedarnos aquí. A Grisha no le importa: adora este sitio. Mejor que un museo, mejor que un parque de atracciones, mejor que una iglesia; pero con sabor a todo eso.

—¿Quién?

—Euge. Cada vez que abres la boca, él se asusta. Como si pudieras contarnos algún secreto. Sabes algo de él, ¿verdad?

—Somos amigos. Yo guardo sus secretos y él guarda los míos.

El chico va tomando objetos que luego devuelve a su lugar con mimo reverencial: una calavera pintada, un títere cojo, la pistola de un surtidor de gasolina.

Dice:

—Syl está enfadada con él, aunque no sé por qué.

—A mí no me ha parecido enfadada.

—Se te da mal adivinar los pensamientos. Me lo dijiste.

—Es verdad.

—Está enfadada. Enfadada y triste. Pero la tristeza la disimula mejor. Y Euge te tiene miedo.

—¿Y yo?

—Qué. —Me mira desde lejos—. A ti no te puedo leer la mente. Eres distinto.

—Distinto.

Estoy recostado en el diván. Noto un hocico húmedo en el dorso de la mano y la aparto de inmediato antes del primer lengüetazo. Hay algo en la obtusa sumisión de los perros que me hace detestarlos; y este chucho idiota ni siquiera es capaz de oler mi repulsión.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —a Grisha se le adelgaza la voz cuando mira directamente a su futuro.

—A dormir, sí. Mañana veremos lo que hacemos.

—¿Tienes algún plan?

Me incorporo hasta quedar sentado, frotando mis sienes.

—¿Plan? No. Aún no tengo ningún plan. Pero hay una cosa... —Suelto un bufido—. ¿No te ha pasado nunca que una idea te ronda por la cabeza pero no consigues atraparla?

—Como cuando sientes que has olvidado algo importante pero no sabes qué.

—Exacto.

—¿Desde cuándo te pasa?

—Desde... —La pregunta del niño me recuerda de súbito a las tuyas. Vértigo—. Desde que te vi con el cuaderno abierto, en el tren. O puede que antes.

El chico extiende un largo silencio para que yo trasteo en mi memoria, pero no lo hago. Solo pienso en ti. Veo tu imagen en la butaca de enfrente, una pierna cruzada sobre la otra, pulseras étnicas en tus muñecas y una palabra a punto de salir de tu boca. Es un juego macabro. No, es una tortura que me aplico yo mismo, sañudo.

Advierto el movimiento de Grisha cuando ya se aleja de mí: ha sacado de su mochila el dibujo maltrecho del duende y se dirige a la puerta del taller. En la otra mano lleva cinta adhesiva que habrá encontrado por ahí.

—No sé qué pensarán cuando vuelvan y se encuentren eso —le aviso.

—Me da igual lo que piensen.

Grisha pega el dibujo por la parte exterior y vuelve a cerrar la puerta. El perro gimotea en señal de protesta y yo me pregunto si no deberíamos dejar que se escapara sin más. Eres libre, ve con los de tu especie. Aunque no llegaría muy lejos sobre sus extremidades de rata.

Grisha regresa, tiene ojeras de cansancio o de aflicción. Aquí dentro es imposible saber si es de día o de noche. Definitivamente, no podemos quedarnos.

No sé cuánto tiempo llevo sintiendo la vibración del teléfono cuando abro los ojos a la penumbra del taller. Grisha duerme en el diván de al lado, cubierto hasta la barbilla por una manta que no recuerdo haberle buscado.

Espero inmóvil a que la llamada termine en mi bolsillo, pero pasan los segundos y el teléfono sigue estremeciéndose. Lo saco y miro la pantalla. Por alguna razón, la fotografía que encuentro me corta el aliento.

Muestra la nuca de un hombre con el pelo muy corto, casi afeitado.

Una marca roja en su cuello, quizá el comienzo de un tatuaje.

Y en la pantalla, el nombre que lo identifica: BABKA.

Miro esa nuca y ese nombre durante un minuto entero, encogido sobre mí mismo, deseando

que cada sacudida sea la última, que la pantalla vuelva a negro y se archive como otra llamada perdida más.

Pero Babka insiste.

Babka sabe que estoy aquí, al otro lado. Agazapado. Conteniendo la respiración.

Es a mí a quien llama, ahora estoy seguro.

Al fin, la llamada se corta. Y entonces me ataca una ansiedad, algo quizás parecido al miedo, si yo supiera reconocerlo. Podría desconectar el móvil ahora, acabar definitivamente con las llamadas y las amenazas tan solo usando la punta de un dedo, como el dedo silenciador del duende. Pero no lo hago, porque adoro cómo sabe este miedo. Lo adoro porque significa que hay algo aquí —el niño, la huida, el futuro, elige el nombre que quieras— que de verdad me importa. Que por primera vez se ha abierto un agujero en mi coraza de rutinas.

Por eso vuelvo a guardarme el teléfono. Miro hacia el ventanuco del dormitorio superior en busca de luz. Me gustaría hablar con Euge, desatar dos o tres nudos interiores en una larga charla de amigos, pero el silencio y la oscuridad se argamasan como un muro a mi alrededor; la pareja todavía no ha vuelto.

De modo que hago lo único que soy capaz de hacer. Me aseguro de que Grisha duerme profundamente. Luego me voy. Salgo a la calle y corro.

Corro por las callejuelas del barrio hasta dar a la Avenida Diagonal. Sigo por ella, sorteando a los últimos o los primeros habitantes de la madrugada, nadie se molesta en torcer el cuello. Visto unos vaqueros y unos zapatos de suela blanda, ¿parece que huyo, o que acudo en un rescate desesperado? Las dos cosas son ciertas.

Corro y no me detengo hasta que el pavimento se acaba bajo mis pies.

La arena. El mar.

Me asombro como si no supiera que existía. Como si no hubiera deseado verlo desde el mismo instante en que me bajé del tren. Incluso a estas horas, domesticado por las luces de la ciudad, el horizonte negro del mar se me representa como un adversario todopoderoso. O quizás es solo mi forma de erguirme ante él, trágicamente heroico, o más bien perdido, desnortado.

Lo que hace el mar es absorber todo mi miedo, llevárselo de una sola bocanada al fondo de su inconsciencia. Lo considero un robo, una intromisión en mi alma por la fuerza, pero no puedo resistirme. Me vacía.

Y a cambio me entrega: olor a sal y una respuesta.

El Holodomor, esa era la palabra extraviada en mi cabeza. En el último mensaje transcrito por Grisha se mencionaba algo acerca del Holodomor y de lo que había dicho el presidente. Datos contrastables, quizás un cuándo y un dónde.

—Gracias. —Sonríe al escuchar mi propia voz dirigida al mar. Otros hablan con dioses a los que no ven ni huelen, y se consideran cuerdos. Se consideran ungidos. Ahora mi sudor se funde con la humedad de la arena y creo saber lo que eso significa.

Cuando regreso, el dibujo del duende ya no cuelga de la puerta. Toco quedamente con los nudillos, resignado a pasar el último tramo de la noche allí sentado, pero en seguida aparece Syl. El alivio se transparenta en su semblante aunque no me diga nada.

—Lo siento —murmuro—. No podía dormir y he salido a dar una vuelta.

Podría jurarlo. Darle mi palabra de que en ningún momento he alumbrado la idea de abandonar al niño y desaparecer. Pero ella se encuentra a un millón de kilómetros de saber quién soy. Es imposible que me crea.

La sigo dentro del taller, donde Grisha duerme en el mismo lugar donde lo dejé. Desde lo alto llegan los laboriosos ronquidos de Euge. Pero Syl no se dirige hacia las estrechas escaleras que llevan al dormitorio, sino a una mesa donde está trabajando con su ordenador. No hay otra luz en la sala, y es inevitable que mis ojos se vayan sobre la imagen de la pantalla. Al principio no lo reconozco, solo distingo la cabeza desproporcionada de un bebé. Pero en cuanto corrijo el ángulo de mi mirada comprendo que Syl está haciendo un montaje fotográfico con el duende de Grisha. El dibujo original descansa sobre la mesa, arrugado como una piel vieja, todavía con pedazos de cinta aislante en sus esquinas. La nueva piel del duende es digital y resplandece de un modo ominoso. Porque tiene la cabeza de un bebé, pero en ese cuerpo ceñido y retorcido da la impresión de una criatura monstruosa.

Algo en mi expresión acusa el impacto y Syl se inclina sobre el teclado para hacer desaparecer su trabajo. Viste una camiseta enorme que anula sus formas.

—Deberíamos colgar eso en la puerta otra vez —digo con seguridad.

—¿Para qué sirve? ¿Espanta a los demonios o algo así?

—Algo así.

Ella me lo tiende. Voy a la puerta y lo coloco. Regreso.

Entonces se me ocurre.

—¿Tienes conexión a Internet?

—Sí.

—Necesito buscar una cosa. Solo será un minuto.

Ella me cede el sitio. Al sentarme noto un bulto escabulléndose entre mis pies: el perro sabe que mi sombra no es un lugar confortable.

—Euge dice que le ayudaste mucho. —Syl se ha apoyado en un extremo de la mesa y ha cruzado sus góticos brazos. Tiene los ojos saltones, las mejillas hundidas como si un microscópico agujero negro le tirase desde dentro.

—Él me ayudó a mí. —Tecleo en el buscador: Holodomor—. No he venido para que me devuelva ningún favor.

Se toma un tiempo antes de decir:

—Grisha es especial, ¿verdad?

—Lo es.

—Tiene una marca en la cara y otra en la muñeca.

Me vuelvo hacia ella.

—Escucha. La persona que se lo hizo no volverá a tocarle nunca más, ¿vale? Eso es todo lo que puedo contar sin meteros a Euge y a ti en un lío.

—Y esto —dice, casi rozando el abultamiento de mi mandíbula con la yema de los dedos—. Te la hizo esa persona.

—Sí.

—Está bien. —Y luego otra vez—: Está bien.

Soy capaz de discriminar el olor de su piel entre todos los que flotan en el taller, una emanación sutil, como a cama revuelta, y siento que ella también me huele detenidamente. Nos

relacionamos a un nivel reptiloide porque queremos veredictos básicos: aceptación o rechazo, huida o lucha. Todo lo demás son máscaras que giran, giran, y giran.

Ray

Grisha inspecciona las vitrinas de la cafetería mientras yo me agazapo ante el televisor, listo para ver la fachada de la casa de Amer, su moto negra sobre la acera, quizás un atisbo del charco de sangre en el salón, o una fotografía escolar del niño desaparecido. Pero la actualidad de hoy sigue rezumando otros rostros, otros nombres.

Quiero que el chico coma todo lo que sea capaz de comer. Teníamos una asistenta en casa, cuando yo era un crío. Preparaba unos desayunos que ocupaban toda la mesa de la cocina y yo solía pensar que aquella sería mi última comida antes del apocalipsis nuclear. Cada día lo pensaba, concienzudamente, y poseído de una siniestra euforia lo devoraba todo.

Grisha es un muchacho delgado pero fuerte, como lo era yo. Un tragón de desayunos. No le hablo hasta que se toma un respiro.

—Tengo que contarte algo. —Atrapo sus ojos azules. Sigo—: ¿Te acuerdas de lo que leyó en tu diario aquella chica, Iryna? Mencionó el Holodomor, ¿recuerdas esa palabra?

—Sí.

—¿Sabes lo que significa? —El chico meneaba la cabeza—. Hace setenta y cinco años hubo una masacre en Ucrania. Millones de personas murieron de hambre por orden de Josef Stalin. Seguro que has oído hablar de Stalin. Bueno, eso no importa ahora. Lo que importa es que en el diario de Grisha se menciona algo acerca de que...

—Mykola estaba furioso.

—Eso es. Mykola estaba furioso por algo que había dicho el presidente de Ucrania.

—Que no se podía considerar...

—Genocidio. Pero olvídate de eso. La cuestión es que he encontrado esa declaración en Internet. Yanukovich la hizo el veintitrés de marzo de este año. Hace menos de tres semanas.

—El mismo día.

—¿Qué?

Grisha se limpia los dedos con una servilleta y se agacha para rebuscar frenéticamente en su mochila. Saca el cuaderno azul. Hace volar las hojas y me presenta la marca del fechador encabezando una página: 23 MAR 2010.

—Es un diario, ya te lo dije —pone un acento de reproche en sus palabras, pero también entusiasmo—. Grisha lo escribía al mismo tiempo que yo.

—Escucha —detengo la punta de mis dedos sobre las palabras escritas en cirílico—: Yo no

sé cuál es el truco. No entiendo cómo es posible que tú y ese chico os..., os comunicéis a través de este cuaderno. Pero sé que tú no te has inventado lo que pone aquí. Y si es verdad que existe un Grisha, en alguna parte de Ucrania, alguien que está teniendo estos pensamientos... Entonces ese chico está vivo. No es cierto lo que nos contó Ricard. Puede que él nos mintiera, o puede que le mintieran a él cuando estuvo allí la última vez. Pero Grisha no había muerto en diciembre. Estaba vivo hace veinte días y estoy seguro de que sigue vivo ahora mismo.

Me parece advertir un temblor en las manos del niño. Su ceño va cediendo tensión hasta quedar completamente abierto.

Entonces la revelación penetra por el hueco.

—Sí. Está vivo —repite, y protege el cuaderno como un valioso salvoconducto—. Pero necesita ayuda.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Es porque no le oyes?

—Nunca le oigo. Él escribe con mis manos.

—¿Crees que está enfermo?

—Es un niño de Chernóbil.

Por supuesto. Me siento estúpido. ¿Alguna vez estuvo en duda cuál era el destino al que terminarían conduciendo nuestros pasos?

—Quieres que vayamos, ¿verdad? —le digo.

—Sí.

—A Ucrania. A buscarle.

—Sí.

El momento exige una arenga, una oración o al menos un intervalo de sobrecogimiento, pero cómo. Nos ahoga una crepitante nube de voces y olor a tostadas.

—Vamos. —Le indico que recoja sus cosas con un gesto—. Euge nos ayudará.

Cuando llegaba octubre mi padre me llevaba a cazar todos los fines de semana. Había una gasolinera, al pie de la sierra, donde nos juntábamos con el resto del grupo antes de las seis de la mañana. El termo de café con orujo iba de mano en mano mientras los hombres organizaban la batida, de pie entre los faros de los coches. El objetivo eran los jabalíes, pero se abría fuego contra cualquier bicho que pudiera ser abatido: perdices, liebres, zorros, faisanes. Muy de vez en cuando alguien mataba un corzo.

Había un muchacho tuerto llamado Javi que se ocupaba de los perros, un par de pequeños tekel de pelo estropajoso. Javi era solo unos pocos años mayor que yo, pero casi siempre nos dejaban a los dos la tarea del acoso. Avanzábamos por el lado opuesto a donde se apostaban mi padre y sus amigos. Soltábamos a los perros, dábamos voces. Al cabo de un rato sonaban los primeros disparos, y entonces Javi y yo sabíamos que debíamos permanecer muy quietos. Nos mirábamos desde lejos, con el corazón retumbando en los oídos. Él me clavaba su único ojo como si fuera capaz de adivinar cuánto me costaba contenerme. No seguir corriendo hacia delante.

Hacia el fuego.

El plan consiste en viajar en coche hasta Marsella y de allí coger un avión a Kiev.

—Lo llevo a casa de sus padres.

Euge no me está mirando. Mientras se lía un cigarrillo yo me pierdo en los tatuajes extendidos por su piel, ahora solo cubierta por unos calzoncillos. Tiene los globos oculares surcados de venas como si hubiera pasado la noche discutiendo.

—Eso está bien —dice.

Yo aguardo. Esta clase de favores solo se piden una vez.

Mi amigo se sienta en el borde de una silla que parece rescatada de un vertedero, quizás un futuro objeto artístico. Tengo la impresión de que está pensando en otra cosa, muy atento a los movimientos de su chica en la habitación de arriba, pero de pronto me mira y dice:

—¿Queréis salir ya?

Cuanto antes, respondo con un gesto. El desliza la lengua por el borde del papel, lo enrolla y contempla el resultado durante unos segundos. Después lo guarda en la goma del calzoncillo y se levanta de la silla.

—En marcha, pues.

La despedida entre Syl y Grisha tiene lugar delante de nuestros ojos, pero en un nivel de entendimiento al que Euge y yo no tenemos acceso. Niño y mujer son siempre hijo y madre, en cualquier sitio, en toda circunstancia.

—Puedes coger lo que quieras. —Ella hace una parábola con la mano que abarca todo el taller—. Vamos, elige un amuleto para que te dé suerte.

Y yo pienso que ya cargamos con demasiados amuletos, pero guardo silencio. Veo los dedos de Grisha hozando por las estanterías y los arcones de Syl, en ansiosa búsqueda de no saben qué, y por un momento creo comprender cuál es la magia de los objetos. Los objetos son fiables, sus metáforas son inamovibles.

Euge y Syl se besan en los labios. Ella le dice algo al oído, él niega con la cabeza. Hay una intensidad en los ojos de ambos que no consigo traducir. Cuando Syl me dirige la mirada me siento como un emisario extranjero, un intermediario gris entre el presente de esta pareja y su futuro. Me desea suerte, pero se mantiene apartada, como el perro. Olfateándome.

Grisha no me enseña lo que ha cogido del taller hasta una hora después, cuando me quedo a solas con él dentro del Audi en el que Euge nos va a llevar a Marsella. Mi amigo está haciendo llamadas telefónicas dentro de la oficina del garaje donde guarda su flotilla.

—Es una piedra volcánica. —Siente que debe apresurarse en explicármelo antes de que yo la confunda con una simple roca oscura sin nobleza geológica—. Mira, no pesa nada.

Y mientras la sujeto tengo la impresión de que la piedra también me sopesa a mí, peor aún, me absorbe por su faz porosa y en el proceso algo de mí queda incorporado a su estructura mineral. A su poder talismánico.

—Es fantástica —le digo honestamente. El chico hace un mohín satisfecho y guarda la pequeña piedra en el fondo de su mochila, que ya empieza a parecer el baúl de un mago.

Entonces me golpea un pensamiento oscuro. Digo:

—¿Te suena el nombre de un tal Babka?

—¿Babka? —Busco corrientes de electricidad en sus músculos faciales pero no las hallo—.

No. ¿Por qué?

—Da igual.

A través del cristal veo regresar a Euge con un alizador en las manos.

—Tendrás que sentarte en esto, chico. No queremos que nos pongan una multa.

Grisha es suficientemente alto para no necesitarlo, pero se ocupa de instalar la plataforma con diligencia de astronauta. El muchacho y yo sabemos la importancia de los procedimientos, las tareas concisas y la técnica de cada movimiento cuando se trata de sortear el caos.

Este viaje comenzó en el instante en que Grisha introdujo el filo de un cuchillo en el costado de Ricard Amer, y ni siquiera entonces era un niño. Pero tampoco un hombre. Flota en un espacio intermedio, se impulsa con las órbitas de otros cuerpos de mayor envergadura: sus padres adoptivos. Amer, yo. ¿Hacia dónde?

El Audi de Euge huele a vehículo nuevo y mimado. Las puertas se cierran con un impacto sedoso. Mi tatuado amigo se acomoda tras el volante y manipula el GPS como un virtuoso pianista.

—Si no salimos de la autopista llegaremos a Marsella antes de que se haga de noche.

—Gracias, Euge. —Le toco el hombro y por un instante me parece que se estremece bajo mi mano, aunque sonrío.

—No lo digas aún, trae mal fario.

Las calles de Barcelona se quedan atrás, sumidas en un leve estupor de tráfico y reflejos de sol. Tan pronto como enfilamos la autopista el mundo parece estirarse en una línea limpia y llena de significado, un nudo de tierra que se deshace ante nuestros ojos.

Escuchamos un murmullo de voces a través de la radio, apenas una pantalla que Euge utiliza para protegerse de mi conversación. Vuelvo la cabeza para mirar a Grisha, que contempla el vaivén de las colinas por su ventanilla con los ojos bien abiertos. Lleva el cuaderno de tapas azules sobre el regazo, como quien acuna un teléfono a la espera de cierta llamada.

Hay una tensión en él, una vorágine de dudas por debajo de su determinación.

Darí­a cualquier cosa por saber si se arrepiente de haberme conocido.

—Voy a parar.

Euge levanta el pie del acelerador y toma la rampa hacia una estación de servicio Shell.

Hace un rato que estamos en Francia. No es que se note ninguna diferencia, desde la autopista. Pero saberlo modifica mi ánimo.

En los servicios me empapo la cara y compruebo que de mi golpe en la mandíbula no queda más que una almendra amarillenta. Me persuado de que ante los ojos de cualquiera soy un tipo convencional, un hombretón digno de confianza. Alguien que no debería tener motivos para esconderse.

Cuando regreso afuera encuentro a Euge comiendo un sándwich en el aparcamiento, apoyado en el coche. Una elevada cortina de cirros empieza a emboscar la luz de la tarde.

—Me ha preguntado dónde nos conocimos. —Mi amigo hace un gesto hacia Grisha, que se ha acercado a los árboles que rodean el recinto para otear más allá, hacia la planicie de viñedos y el horizonte del Mediterráneo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que en Valencia, hace mucho tiempo.

—No le he contado nada.

—Ya.

—¿Y te ha dicho algo de él?

—Poco. —Deja que le escudriñe mientras mastica. Luego sigue—: Que su padre fue un héroe de Chernóbil.

Sus palabras me hacen tambalear. Grisha nunca miente.

—Olmo, tío —dice Euge, y por el modo en que se estrecha su garganta sé que está a punto de hacerme una confesión. De pronto es el Euge que conocí quince años atrás, cuando él y yo éramos cristales de un mismo azogue—. Estoy jodido. Y yo sé qué hacer.

—¿Qué ocurre?

—Syl está embarazada. —Hace una bola con el último trozo de sándwich dentro de la servilleta y la arroja por encima de un grupo de autocaravanas—. Ella quiere tenerlo. Pero yo no.

—No sé qué puedo decirte.

Realmente no lo sé. Soy incapaz de volcar mis emociones en frases, así que escarbo en emociones y frases prestadas, como hago siempre:

—Patricia tampoco quiere tener niños. Dice que los ama tanto que no soporta lo que la vida hace con ellos.

—¿Patricia?

Es justo que sacrifique algo de mi misterio a cambio del suyo:

—Está casada con otro hombre. Nos hemos estado viendo un tiempo, pero ya se terminó.

—Yo nunca le engañaría a Syl.

Las pupilas de Euge caen sobre mis nervios como martillos de un piano, detonando oscuras armonías.

—Antes de hacerle daño a Syl me quito de en medio, ¿sabes?

—No digas eso.

—Sí. Lo haría. Haría lo que sea... Todo menos la única cosa que ella espera de mí.

—¿Qué?

—Que sea un padre —su rostro se contorsiona de desesperación—. Tú lo entiendes, ¿no? Si hay una persona en el mundo que puede entenderlo eres tú. Olmo. No puedo jugar a ser papá.

Asiento pesadamente con la cabeza. Y sé que ahora debería rodear a mi amigo con el brazo, dotar de carne y contacto nuestro vínculo, pero sería como un puente tendido entre dos estructura rígidas, apenas un andamio humano. Me digo que no es esa clase de afecto la que necesitamos. No puede ser tan fácil. Y sin embargo, ¿no se resume todo a lo que haces con las manos en el momento decisivo? Estoy hablando de la distancia entre vivir o morir. Entre comprar un regalo a tu esposa o encaramarte al tejado de un edificio. Entre meterte una pastilla en la boca o meterte treinta.

—Ahí viene. —Euge observa el zigzaguear del muchacho entre los coches, errático y al mismo tiempo premeditado como si resolviera un laberinto invisible—. No sé qué te une a ese chico, pero ten cuidado.

—¿A qué te refieres?

Euge se frota el brazo tatuado mientras me mira. Podría ser un yonki enajenado a punto de propinarme una paliza.

—Somos nosotros los que necesitamos protección. Olmo.

—Solo le llevo a que conozca su casa, ya te lo he dicho —desmenuzo cada sílaba en mi boca, en busca de orgullo o rabia—. Ni siquiera sabe cuál es su verdadero nombre.

—¿Y qué importan los nombres?

Grisha nos enmarca en una mirada reflexiva mientras se acerca. Lo que piensa de nosotros no es necesariamente malo. A pesar de nuestro aspecto somos lo más opuesto a una amenaza que existe en su camino.

Una hora más tarde me doy cuenta de que Euge no está en condiciones de seguir conduciendo. Se revuelve en el asiento. Tan pronto se aferra al volante hasta que los nudillos le blanquean como parece a punto de desfallecer, invadido de una súbita fatiga. Sus ojos lagrimean y no habla.

—Coge esta salida. Buscaremos un hotel —decido repentinamente, a pesar de que estamos cerca de Marsella y no ha oscurecido.

—Como quieras —su voz parece romper una cáscara en el fondo de su garganta. Tengo la impresión de haberle liberado de una corteza de feos augurios. Aunque volverán.

En las afueras del primer pueblo encontramos un pequeño hotel llamado *Les Bergeries*. Hay dos gatos tumbados en las escaleras de entrada que no hacen el menor amago de salir huyendo a nuestro paso. Grisha se detiene para acariciarlos mientras Euge y yo nos dirigimos hacia la recepción.

Cenamos sin apetito en un comedor impostadamente rústico. Instrumentos de labranza en las paredes, jarras de barro en lugar de copas. Una docena de ojos nos escrutan desde las otras mesas, pero parece que nadie esté dispuesto a elevar su voz por encima del suave tintineo de los cubiertos. Ni nosotros.

Temo que Euge haya quedado irreversiblemente mudo hasta que nos sentamos un rato después en el patio trasero del hotel, con un par de vasos de licor. Hay una piscina sellada por una cubierta telescópica, pero iluminada en el fondo, como si el objeto de su existencia no fuera el uso sino la belleza.

Desde nuestras tumbonas distinguimos el parpadeo en una ventana de la planta baja: Grisha viendo la tele, tumbado en su cama. Es entonces cuando Euge empieza a hablar, entre calada y calada de lo que sea que está fumando, y lo hace con una voz grave e inestable.

—Dime la verdad.

Me vuelvo para mirarle. Por debajo de la piel pintada, los *piercings* y el humo es el mismo chico de hace veinte años, la misma negra zozobra en sus ojos.

—¿Cuántas veces? —me pregunta—. ¿Cuántas veces has tenido la tentación de acabar con todo?

Sacudo lentamente la cabeza.

—Conmigo no funciona así —digo—. No es como si me viniera de pronto la idea y tuviera que quitármela de la cabeza. Es... más bien como un ruido de fondo. Aunque a veces recibo mensajes.

—¿Mensajes?

Sonrí a pesar de mí mismo.

—Estuve diez años en tratamiento con una psiquiatra. Se llamaba Julia. Ella odiaba mi forma

de hablar, siempre con metáforas.

Intento quedarme ahí, no seguir contando, pero Euge lee mis silencios como si contuvieran la más valiosa información. Dice:

—Te liaste con ella, ¿no?

Levanta su copa y bebe. Yo he pedido lo mismo que él pero no tengo intención de introducir una partícula alcohol en mi sangre, así que me limito a hacer girar los hielos.

—Ella murió —respondo tramposamente. Porque es cierto que ella está muerta, pero Euge había hecho otra pregunta.

—Joder. ¿Cómo?

—Barbitúricos.

La historia produce un socavón en nuestro ánimo. Es la primera vez que se lo cuento a alguien. De pronto siento que Euge está conteniendo una carcajada.

—Está claro que no era la persona idónea para ayudarte —suelta, y entonces se parte de risa. No hay modo de pararlo.

Una pareja de ancianos franceses pasa por delante de nosotros, rumbo a su habitación. Aprovechan el estallido de Euge para escurrirse sin dedicarnos un gesto de saludo.

—Bueno, ella me ayudó. Más de lo que me merecía, en realidad. —Consigo que mi amigo vuelva a escucharme desde la nube de su embriaguez—. Dedicaba todo su esfuerzo a hacerme reaccionar. Me sugería estrategias. Una consistía en escribirme mensajes a mí mismo. Frases sueltas, insultos, poemas. Cualquier cosa que desafiase mis emociones. Los iba dejando por la casa, en el sitio menos esperado, como trampas contra mí mismo. Al principio había de todo. Recuerdos, canciones. Pero luego los mensajes fueron cada vez más agresivos. Y todos iban en la misma dirección. Acaba con todo, no mereces vivir.

Euge se revuelve, incómodo. Me tomo un respiro y digo:

—Julia me dijo entonces que lo dejara. Pero no he podido. Incluso ahora que está muerta sigo encontrando mensajes. Esa parte de mí sigue ahí, vigilándome.

—Sé a qué te refieres.

Durante unos segundos estudiamos el mapa de estrellas que comienza a revelarse en la cubeta negra del cielo. Luego Euge aplasta su colilla contra el suelo y se levanta.

—En fin, siento que ocurriera. Lo de tu psiquiatra, digo.

Le quito importancia. Estoy demasiado cansado para otra exhibición de cicatrices. De camino a su habitación noto que Euge avanza irregularmente, aunque no es posible que se haya dejado aturdir por una copa y un canuto. Se trata de ese otro cargamento invisible, desplazándose por la bodega de su conciencia.

Cuando llegamos ante la puerta número 28, se apoya en el quicio y parece quedarse sin aliento al preguntarme:

—¿Qué es lo que somos, tú y yo?

Me encojo de hombros.

—Yo solo soy un bibliotecario. Hasta hace dos días eso era suficiente.

—¿Y ahora?

—Ahora Ucrania. Después no lo sé.

Nos miramos en la penumbra tibia del corredor. Hay cuadros pastoriles insoportablemente minuciosos.

—Ray —dice mi amigo de pronto, con la vista pendoleando entre sus manos.

—¿Qué?

—Hace tiempo Syl se empeñó en que eligiéramos un nombre para el futuro hijo que nunca íbamos a tener. Al menos, yo no pensaba tenerlo, así que le seguí el juego. Le propuse el nombre de Ray, y le encantó. A ella la vuelve loca Ray Charles. Aunque yo en realidad estaba pensando Bradbury. —Suelta una risa contrahecha, pero luego está temblando—. Tengo mucho miedo.

—¿De qué?

—No hagas como si no me tuvieras calado —rezonga—. Todo va a cambiar entre Syl y yo. No puedo impedirle que tenga el niño y, cuando nazca, ella tendrá a alguien más importante al que proteger. No creo que pueda soportarlo.

—Claro que sí. Serás un buen padre —digo, y suena tan falso que acabo de romper un pacto tácito. No hacer preguntas, pero tampoco engañarnos. La cortesía es una obscena bofetada entre él y yo.

Demolido, Euge me da la espalda para abrir la puerta de su habitación. Los ángulos quietos del interior parecen cernirse sobre él.

—He consultado los horarios del aeropuerto —me despido, detestando la ligereza en mi tono de voz—. No hace falta que madrugemos.

—Claro. Lo que tú digas, jefe.

Como si dormir entrara en nuestros planes.

Euge desaparece en su guarida y emprendo el regreso hacia el otro extremo del hotel. Es un edificio bajo en forma de U, de modo que nuestras habitaciones se hallan enfrentadas, una a cada lado de la piscina.

Me encuentro el dibujo del duende colgado en la puerta de la 42.

—¿No va a quedarse aquí? —pregunta el chico al verme entrar. Junto a él, sobre la mesilla que separa las dos camas, el cuaderno azul descansa con la piedra volcánica encima a modo de pisapapeles.

—¿Euge? Tiene su habitación. ¿Por qué?

—No sé. Deberíamos estar todos juntos.

Quiero sonreír y decirle que no hay razón para preocuparse, pero la conversación con Euge me ha dejado en el lecho de un pozo. Es imposible no sentir la mala sombra que viaja con nosotros. Así que apago la tele y le digo que es hora de dormir.

—No tengo sueño.

Crisha se ha puesto un pijama que simula la equipación de Los Ángeles Lakers; sus brazos y piernas asoman alarmanamente blancos, largos y delgados. Cómo no pensar en ángeles de verdad, en milagros que hacen desaparecer las marcas de la piel.

—Yo tampoco tengo sueño —reconozco—. Pero voy a apagar la luz, ¿de acuerdo? Al menos descansaremos.

—De acuerdo.

La oscuridad explota en nuestros ojos, barriéndolo todo, pero alumbrando en mí esos otros sentidos, los que me hacen ver más, oír más, sentir más. El perfil de Grisha reaparece delante de mí, sentado, con la espalda contra el cabecero de su cama.

—Olmo —me llama, solo para confirmar que la silueta frente a él sigue siendo mía.

—Qué.

—Nada.

—Voy a sentarme un rato aquí. —Empujo una pequeña butaca hasta la ventana, por donde penetra un tenue resplandor azulado—. Yo que tú me tumbaría, aunque solo sea para estirar la espalda.

—Se ve la piscina —dice el chico—. Os he estado mirando antes.

Esta vez sí sonrío, aunque él no puede verme. Apostaría a que sabe de qué hemos hablado. Grisha, o el niño que hasta ayer se llamaba Grisha, podría a buen seguro contar un puñado de cosas de mí que yo desconozco.

—Intenta dormir —le mando, sin fe.

Pero al cabo de unos minutos percibo la cadencia del sueño en su respiración. No se oye ningún otro sonido. Abro la ventana para que me llegue un poco de aire, aunque afuera nada se mueve salvo las polillas que revolotean y se posan sobre la cubierta de la piscina. La noche se ha quedado estancada ante mis ojos, bloqueada por algo que todavía no soy capaz de discernir.

Entonces escucho los pasos.

Botas pesadas. Metales que entrechocan. Son ellos.

Me incorporo súbitamente en la silla, busco en los alrededores de la piscina pero no distingo a nadie. Solo una docena de tumbonas descoloridas por una climatología no del todo benévola, cuatro palmeras orondas y las puertas acristaladas que dan al interior del hotel.

Y, sin embargo, los oigo moverse. Deberían estar ahí, corriendo delante de mi ventana: una tropa de asalto en uniformes de ferretería. Liquidadores.

Mi primer instinto es volverme hacia Grisha. ¿Cómo es posible que siga durmiendo plácidamente cuando son las tribulaciones de su alma las que han invocado a estos espectros? Esta es su pesadilla, no la mía, estoy a punto de gritar. Pero me engañaría. Ya no existe una línea divisoria entre el destino del chico y el mío.

Compruebo que la puerta de la habitación está cerrada con llave, aunque el verdadero sello se encuentra pegado por fuera con cinta adhesiva. El duende es nuestro guardián, los mantendrá alejados con el poder de su dedo uñoso.

Regreso a la ventana y compruebo que aún no se rinden. Los pasos van y vienen por el suelo de terracota alrededor de la piscina. Veo una hamaca que se desplaza a un lado. La mesita donde Euge y yo hemos dejado nuestros vasos —el mío todavía lleno— oscila un instante, amenazando con volcar. Doy un respingo al caer en la cuenta:

—Euge.

Como en respuesta a mi voz, un golpe tremendo se abate sobre la cubierta de la piscina dibujando una tracería de grietas por el cristal. Las mariposas nocturnas huyen despavoridas y yo ahogo un grito.

Alzo mi vista hacia la habitación de Euge, y allí lo encuentro. Está mirándome desde su ventana, únicamente vestido con sus pantalones. Incluso desde esta distancia puedo leer el tatuaje de tres letras en el centro de su pecho: SYL. Y veo más: el cerco negro del insomnio alrededor de sus ojos, su media sonrisa extraviada. Como si compartiera conmigo el secreto de los liquidadores y todos los secretos imaginables.

Aunque no parece asustado, sino algo mucho peor. Apagado. Desposeído de cualquier halo de vida. Por un instante me pregunto si no estará dormido, erguido ante el vano como un sonámbulo, pero entonces ya no hay duda de que sus ojos se han encontrado con los míos y me

ha reconocido, porque me hace un gesto. Mueve la cabeza, muy lentamente, en señal de negación.

No.

No, ¿qué?, quiero gritarle. Pero no tengo tiempo.

Del fondo de su habitación surgen unas manos enguantadas, cuatro, seis garras grises que le rodean por el cuello y la cintura y lo arrastran hacia la oscuridad de un solo tirón, hurtándolo de mi vista.

—¡Euge!

Abro la ventana y lo llamo de nuevo. Sin pensarlo, doy un salto y caigo al patio de la piscina. No son más de dos metros de altura, pero mi tobillo izquierdo hace un guiño en la dirección equivocada y envía una llamarada de dolor por todo mi cuerpo. Me proyecto hacia delante, apoyándome en las tumbonas y en mi otro pie, dispuesto a llegar hasta la habitación de Euge como sea. Tropiezo de nuevo. Me levanto. Mi vista ha perdido asidero en la penumbra y ya no estoy seguro de cuál es la ventana donde he visto a mi amigo.

—¡Euge! —grito otra vez, y por el rabillo del ojo distingo el movimiento de una silueta justo antes de que se precipite sobre mí.

Me aplasta contra el suelo, cortándome la respiración. Ya está, pienso con un insospechado alivio. Me han atrapado. Pero entonces reconozco la camisa blanca del atacante y comprendo que no se trata de un liquidador de pesadilla, sino de un vulgar empleado del hotel.

—Ahí quieto, hijo de puta —dice en español. Se empeña en su presa con un nervio exagerado.

—¡Arriba, en la habitación...!

Pero no consigo que el tipo atienda a mis palabras, o quizá no logro hacerlas inteligibles. El empleado trata de usar su móvil. Es poco más que un adolescente, aunque corpulento, y pide ayuda en francés mientras mantiene el peso de su cuerpo sobre mi espalda. Lo que me sacude el aturdimiento y prende otra vez la electricidad por todos mis músculos es el fantasma del dolor renacido en mi mentón, allí donde Amer me clavó la pistola.

—¡Aaaah! —bramo de rabia mientras me impulso con las manos contra el suelo, incorporándome y deshaciéndome del jinete indeseado. Entonces veo a Grisha en la ventana, todo ojos—. ¡Corre, Grisha, vámonos!

Apenas era necesario hablar. En cuanto ha visto mi expresión el niño ha corrido hacia el interior, y ahora lo imagino volando por los pasillos mientras yo me zafó de los últimos intentos del guardián por retenerme. Al fin no tengo otro remedio que propinarle un empujón que lo arroja trastabillando contra la cubierta de la piscina, justo en el punto donde el cristal se veía surcado de grietas. El estrépito y la imagen del joven cayendo al agua me deja un instante paralizado, no quiero hacerle daño, pero tan pronto lo veo emerger y agarrarse al borde emprendo la huida por el patio.

Hay varias personas que me miran al atravesar el recibidor, pero ninguna de ellas piensa arriesgarse a estirar un brazo hacia este gigantón desquiciado. Ni siquiera lo han hecho con Grisha, que me espera fuera, resoplando al pie de las escaleras. Está calzado, con el abrigo sobre el pijama y la mochila a su espalda. Siempre preparado, siempre por delante de mí.

—Le han atrapado, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí.

Lo siguiente es correr.

And breath normally

Es como regresar al vientre materno; una involución de los sentidos.

La gravilla bajo los pies, el frío inundando los pulmones, en nuestros oídos el fragor de los insectos. Y no poder ver nada más allá de un muro de sombra tan extenso como el mundo, tan ceñido como una segunda piel.

Únicamente las estrellas, en lo alto, y los faros de algún coche por la carretera próxima; pero aquello pertenece a la esfera de lo inalcanzable, como las luces fantásticas con las que sueña un bebe en el vientre de su madre. Apenas una promesa de futuro. Si te portas bien. Si sobrevives a esta noche.

Grisha y yo avanzamos a tientas por pistas que a veces desembocan en campos. Atravesamos sembrados, praderas, extensiones de cereal nuevo que apenas alcanza la rodilla de Grisha, largas hileras de cepas que toco con la punta de mis dedos y noto aún peladas, sus embriones ocultos. La tierra respira quedamente bajo nuestros pasos.

Un metro por detrás de mí, el chico nunca me pide un descanso. Camina serio y silencioso como una comadreja. Si le pregunto me responde que no pasa frío, que no está cansado, que no tiene hambre ni sed.

Yo cojeo y trato de no pensar en cacerías. Inhalo el dióxido de las plantas nocturnas y lucho con todas mis fuerzas para no pensar en fusiles.

Por suerte, el amanecer llega pronto. Se abre de súbito, al partirse el velo de nubes que viajan por el Este. Bajo la luz infante compruebo que Grisha tiene buen aspecto a pesar de todo, cosa que probablemente no puede decirse de mí, pero de cualquier forma dirijo nuestra marcha hasta el arcén de una carretera comarcal. Necesitamos convencer a alguien de que no somos individuos peligrosos, tan solo un par de mochileros españoles que viajan a Marsella.

—Intenta sonreír —le digo a Grisha cuando veo aproximarse al primer coche.

—Cuéntame un chiste.

Resulta que soy yo el que está riendo cuando el conductor pone su vista en nosotros, y eso es un inconveniente. El hombre ignora nuestros pulgares y pasa de largo.

—Podemos ir a un pueblo y coger un taxi —propone el chico.

Entonces me sacude un repentino temor y palpo frenéticamente mis bolsillos.

—No —gimo de rabia—. He dejado mi cartera en el hotel. Con el dinero y mis documentos.
—Resoplo, busco asiento en una roca—. Ya nos *podemos olvidar de coger ningún avión*.

Oigo a Grisha moverse. Y ni siquiera puedo decir que me asombre cuando le veo sacar mi cartera del fondo de su mochila.

—Me acordé de cogerla —dice, sin concederle la menor importancia.

—Dios. Gracias. —La tomo y compruebo el dinero que queda en ella—. Supongo que no te fijaste en el sobre que había en mi mesilla. —El chico sacude la cabeza—. No importa. Aquí hay dinero para un taxi y creo que podré pagar los billetes con la tarjeta.

Suponiendo que no esté anulada, me digo. O peor: conectada a todos los ordenadores de la policía, un millón de chips a la espera de que meta mi zarpa en la trampa. Pero qué otra cosa puedo hacer. Cada paso que doy al lado de Grisha es un giro más en mi particular ruleta rusa. Lo mejor es que siga dando vueltas y no se pare.

Así que caminamos por el arcén hasta que la mañana se instala sobre un colchón de nubes bajas y las sombras se desdibujan a nuestro alrededor. Pronto descubrimos que estamos en las inmediaciones de Arlés, lo que supone menos de cien kilómetros para alcanzar nuestro objetivo. Hay un taxi parado en el primer cruce de calles, como si nos estuviera esperando. El chico corre hacia él, levantando los brazos.

La mochila de Grisha, atravesada por rayos X: un cuaderno, algo de ropa doblada, una piedra volcánica, una medalla, un Fechador. El gendarme mantiene su mirada fija en la pantalla sin variar de expresión. Los bultos siguen desfilando por el monitor de rayos X como una cadena de madres gestantes. Por increíble que parezca, nadie nos impide acceder a la zona de embarque.

Lo cierto es que nuestra apariencia ha mejorado durante la última media hora. He gastado todos mis billetes en las tiendas del aeropuerto: ropa nueva, abrigos para Ucrania e incluso una maleta pequeña. Se diría que todo esto forma parte de una aprendida rutina. Padre e hijo volviendo a casa después de unas cortas vacaciones.

A las 12:02 he utilizado mi tarjeta de crédito para pagar los billetes. La muchacha del mostrador ha guiñado un ojo a Grisha mientras tecleaba en el ordenador y yo no he sentido que ningún cronómetro se pusiera en marcha, ni que ningún cepo se cerrara sobre mis tobillos. Todavía.

Hasta la salida del vuelo disponemos de cuatro horas que se harán elásticas y tediosas. Deambulamos arriba y abajo por el luminoso vestíbulo, yo no hago otra cosa que estudiar las facciones del rostro de Grisha como si fueran el panel donde se anunciará el éxito o el fracaso de nuestro viaje, la altitud prevista o la velocidad de nuestra caída en picado. Aunque, como siempre, mi esfuerzo por interpretar los códigos del sentimiento ajeno se salda con un fracaso.

—¿Por qué me miras así? —pregunta el chico, sobresaltándome. Me cuesta trabajo creer que existo en el mismo plano de realidad que él: ese chico rubio de mirada vibrante que ahora sujeta una hamburguesa con queso en un MacDonalds del aeropuerto de Marsella.

—Perdona —mis ojos se baten en retirada, pero ya no puedo esquivar la curiosidad de Grisha.

—Me he fijado en que nunca lloras. Y cuando te ríes... —mastica y traga, torturándose— no suena de verdad. Parece que imitas la risa de otra persona.

Es quizá lo más cruel que me han dicho y no soy capaz de escudarme en ninguna defensa. El chico registra mi dolor y continúa:

—Yo antes también lo hacía.

—¿El qué?

—Disimular. Hacerme el simpático, aguantarme las ganas de llorar. Pero no sirve de nada. La gente se da cuenta en seguida cuando eres distinto.

—Otra vez con eso.

—Antes me ponía furioso cuando los otros chicos se reían de mí.

—¿En la biblioteca?

—Y en el cole. En todas partes. Siempre estaba peleándome.

No dejo de asombrarme de la forma en que Grisha habla de sí mismo.

—¿Antes? —sonríó—. ¿Cuántos años tienes?

—Diez. —Se encoge de hombros—. ¿Y qué? Nadie ha vivido diez años como los míos. No se parecen en nada a los diez años de cualquier otro niño.

—Eso es cierto. Tu familia... —Dudo al atravesar este pórtico de siluetas oscuras; un panteón—. Es diferente a todas las familias.

—Era.

—Era —concedo. Y antes de que el chico vuelva a separar los labios tengo la afilada certeza de que va a hacerme daño:

—¿Qué tal eran tus padres?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te llevabas bien con ellos?

Mírame, Julia: el funambulista sobre un cable que no conduce a ninguna parte. Pero aún resisto. Hago equilibrios:

—No era fácil. Ellos también se dieron cuenta.

—¿De qué?

—De que soy distinto. —Las emociones se desprenden de mí antes de manifestarse; se precipitan por el vacío de mi imperfecto córtex sin encontrar asidero. Súbitamente desespero por hacerme entender—: Pero escúchame. Que no lllore... no significa que no me importe lo que le ha ocurrido a Euge. O lo que le hicimos a tu padastro. Pienso constantemente en lo horrible que es...

—Se lo merecía.

—¿Qué? —pero le he entendido a la primera. *Se lo merecía.*

Y tal vez es la eclosión inesperada de su propia rabia lo que hace estremecerse al chico ahora mismo. Deja la hamburguesa en el plato, incapaz de hacerla pasar por su garganta. Los ojos le brillan.

—Deberías echarte un rato en uno de esos bancos —sugiero—. Hoy no hemos dormido.

—No quiero dormir. Quiero probar otra vez. —Y, aunque no lo dice, sé exactamente a qué se refiere.

El ritual es invariable; no importa que el lugar sea una biblioteca, una casa, un tren o un aeropuerto. Grisha busca el rincón más tranquilo del vestíbulo y allí, en el último asiento de una hilera de bancos metálicos, anida sobriamente con su cuaderno sobre las rodillas. No hay nada que yo pueda hacer para ayudarle, así que me mantengo a una distancia. Él marca la página con el fechador. Cierra los ojos. Se llena los pulmones.

Pasa un minuto. Nada. Avisos en francés e inglés por megafonía.

Pasan cinco minutos y ya empiezo a redactar frases de consuelo en mi cabeza. Que no suenen a fracaso, me imploro, porque no cabe marcha atrás; debemos tomar ese avión aunque no haya noticias del otro lado.

Pero al poco, la mano de Grisha salta sobre el papel, como guiada por un titiritero invisible, y se pone a garabatear. Frenética. Los ojos del chico permanecen cerrados y su cuello tieso como un junco.

Creo que estoy sonriendo porque conozco el espectáculo. Y me gusta, ¿puedes entenderlo? Me gusta ver cómo el chico huérfano hace su magia, burlándose de lo que el resto de mortales creemos saber con tanta seguridad. Qué es posible y qué no lo es. Ciencia y lógica. Todo anulado por el decreto de un bolígrafo *Bic* temblequeante.

De pronto: una mujer ha visto a Grisha y se está aproximando con gesto alarmado.

—No le toque —levanto mi voz, pero estoy demasiado lejos.

Impotente, veo los dedos de la mujer extenderse hacia el rostro de Grisha mientras pronuncia algo como: ¿Estás bien, chico?

—¡No! —grito, avanzando hacia ellos.

Pero ya es tarde. Grisha abre los ojos como platos en el instante en que ella le roza la mejilla. ¿O a sido justo antes? La respuesta aflora en su emocionada sonrisa. El chico parpadea y sonrío ampliamente a la mujer, pero en realidad a través de ella, buscándome. Al verme llegar se incorpora con el cuaderno alzado a modo de trofeo.

—¡Ha escrito! —aúlla—. ¡Ha escrito!

Me muestra, jadeando, la media cuartilla repleta de palabras en cirílico, algunas tan apretadas que no se sabe dónde empieza una y termina la otra.

—Hay que encontrar a alguien que lo sepa leer —se agita, tartamudea de ansiedad.

—Aquí será pan comido —prometo.

Pero no lo es. Nuestro vuelo hace escala en Frankfurt y todo apunta a que allí embarcarán los compatriotas de Grisha. Interrogamos a varias azafatas de Air France y KLM que atraviesan el vestíbulo, sin suerte. Un empleado del aeropuerto nos escucha y pide que aguardemos allí mientras sale en busca de un traductor, pero no volvemos a tener noticias suyas. Cuando llega la hora de embarcar, los párrafos manuscritos en el cuaderno bajo la fecha 5 ABR 2010 permanecen como un enigma para nuestros ojos desfallecidos.

Despegar. He mantenido mi mente al resguardo de este momento porque sabía lo que desataría inevitablemente. Mi corazón golpea como si quisiera quitarse mi cuerpo de encima, abandonar su crisálida humana, pero noto la sangre espantosamente fría al trepar por mis cervicales. Soy un granizado de cien kilos.

—¿Te da miedo volar? —me pregunta el chico.

—No —miento. Rígido en mi propio trance.

—Ricard me solía llevar a Mallorca. Tenía una casa allí. Pero luego él desaparecía. Me pasaba el verano igual de solo que en Madrid, pero me gustaba. Tenía una playa casi toda para mí. ¿Has estado en Mallorca?

—Oye... No es necesario que me des conversación, ¿vale? Estoy bien.

Grisha sonrío, lo que debería cabrearme si fuese una persona con la cabeza bien programada. Aprieto los ojos mientras la aeronave se desliza por el entramado de pistas, aguardando su turno. Las azafatas ejecutan su danza sincronizada en los tres puntos estratégicos de la cabina,

sonrientes en su evocación de la catástrofe, pero yo solo oigo la voz masculina de la grabación que emana del techo: ... *Put the mask on your mouth and nose and breath normally...*

Entonces siento que Grisha se suelta el cinturón y se levanta de su asiento.

—¿Qué haces!

No me contesta. Avanza por el pasillo, su cuaderno apretado entre los dedos, hasta un asiento que se encuentra cuatro filas por delante. La azafata más próxima interrumpe su demostración para mandarle volver a su sitio, pero es inútil, nada puede distraer los sentidos de Grisha del periódico con titulares en cirílico que acaba de desplegar la mujer sentada en aquel lugar.

—*Ucraniani* —pregunta Grisha, ante el estupor de la señora. Pero existe una simetría milagrosa en el azul de sus ojos casi ancianos y el de los ojos del niño. Un origen compartido, un mosaico de genes con la forma de un mapa.

—*Yes.*

—*Please, translate?*

La mujer toma el cuaderno que le entrega el niño, abierto por la última página, y no hay nada más que puedan hablar porque la azafata ya está empujándolo con toda la educación posible por el pasillo.

—Lo siento. —Me acerco para responsabilizarme del chico, sonrío y me convierto en su padre, porque no nos conviene que alguien comience a hacer preguntas o mirar listados de pasajeros. Grisha lo capta de inmediato y también se disculpa antes de regresar conmigo.

Cuatro filas más adelante, la mujer vuelve una mirada larga, exploratoria sobre nosotros y luego se ajusta de nuevo las gafas para leer.

Hay un poema de Emily Dickinson que he memorizado sin pretenderlo. No estoy seguro de lo que significa —¿alguien puede estarlo?— pero sus palabras regresan una y otra vez a mí como si trajeran algún tipo de mensaje fundamental, aunque desordenado. Dice:

*Mi vida se había parado — un Arma Cargada —
en los Rincones — hasta que un día —
el Dueño pasó — me identificó —
y me llevó lejos —*

*y ahora vagamos por Bosques Soberanos —
y ahora cazamos a la Cierva —
y cada vez que hablo por él —
las Montañas contestan diligentes —*

*y sonrío, tal luz cordial —
sobre el resplandor del valle —*

*es como si una cara Vesuviana —
hubiera dejado su voluntad a su paso —*

*y cuando en la noche — acabado nuestro buen día —
guardo la cabeza de mi amo —
es mejor que haber compartido —
la profunda almohada de plumón —*

*de su enemigo — soy enemigo mortal —
ninguno se agita por segunda vez —
en quién pongo un ojo amarillo —
o un pulgar enfático —*

*aunque yo así como él — podamos vivir largamente —
él debe vivir más — que Yo —
porque yo tengo el poder de matar,
sin — el poder de morir —*

Una pregunta es el único pago exigido por la mujer ucraniana a cambio del significado de aquella carta.

—¿Quién es Grisha? —dice en inglés.

He notado cómo cojeaba en el corto trayecto de su asiento al nuestro, así que le cedo mi sitio mientras respondo:

—Es un chico de Ucrania al que conoció en Madrid. Se escriben de vez en cuando.

—Es mi hermano —añade Grisha, y me presenta una mirada férrea y descriptiva como un blasón: yo no miento, es mi hermano porque su padre es mi padre.

Ella atiende a nuestro pequeño teatro y saca sus propias conclusiones, que no deben de ser condenatorias a juzgar por su mohín benévolo.

—Me llamo Olha. Soy profesora en la Universidad de Kiev. —Repasa el texto del cuaderno con las uñas de sus dedos índice y corazón—. Este niño tiene problemas.

—¿Problemas? —Grisha se le anuda la garganta.

—Me ha costado mucho leerlo. A ver. —Modifica el ángulo de su mirada para penetrar sus lentes—. Dice: «La semana pasada no pude escribir. Mariya quiso que celebráramos el *strasnei* y rezáramos por los desaparecidos, pero papá se negó. Se enfadó mucho con ella. Hoy me he levantado sin fuerzas. Le he dicho a papá que no quería ver a nadie en todo el día, pero me ha insistido. Debía ayudar a una mujer que ha venido desde Bielorrusia, muy enferma. Le he dicho que no sabía si podría sanarla, pero aun así ha insistido. He hecho lo que he podido. Pero después me he sentido muy mal, creía que me moría. He pasado el resto del día con las ventanas cerradas.

A veces parece que la cabeza me va a estallar». —La mujer me mira, hace un gesto juntando y separando los dedos—. Estallar, como una bomba. —Yo asiento, ella continúa—. «Mis pensamientos vagan cada vez más lejos y me cuesta mantenerme aferrado a la realidad. Ya se ha derretido toda la nieve, el río se ha deshelado y cuando miro afuera me siento como un oso hambriento, desperezándose. Ojalá lo fuera. Pero ni siquiera mi hambre es de verdad. No deseo comer. No deseo nada. Mañana, tal vez». —Olha cierra el cuaderno suavemente, como una biblia—. Y ahí termina.

—¿Eso es todo? —protesta Grisha.

La mujer no parece realmente conmovida. De pronto los pliegues de su rostro no pertenecen a ninguna amable profesora de universidad sino —debí suponerlo— a una ensombrecida pitonisa. El oráculo de los dioses, oportunamente revelado a treinta mil pies de altura.

—Está lleno de repeticiones y tachones —observa con el ceño rígido—. Me ha costado trabajo entenderlo, pero es todo lo que dice.

El chico coge el cuaderno y lo escudriña como si pudiera sonsacarle algo más. Tengo que ser yo quien recupere las formas:

—Muchas gracias. Ha sido muy amable.

Halyna levanta sus ojos esteparios hacia mí. Es posible que mi áspero inglés le resulte incomprensible, y abro la boca para intentarlo de nuevo, pero entonces dice:

—Tú no eres su padre.

—No —admito—. Solo le acompaño en este viaje.

Ella asiente y hace amago de incorporarse. La ayudo. Mientras caminamos de vuelta a su asiento me aborda un pensamiento urgente:

—Disculpe, quería preguntarle algo más. —Ella me atiende, fatigada por el breve paseo o quizá por el esfuerzo que supone tratar con nosotros—. ¿Qué significa la palabra «babka»?

—¿Te refieres al pastel?

—No. ¿No tiene otro significado?

La mujer carraspea.

—En realidad, sí. —Sonríe—. En algunas partes de Ucrania se llama «babka» a esos insectos... ¿Cómo se llaman? Oh, *libélulas*.

Aeropuerto Internacional Borispol de Kiev. Así veo a Grisha mientras esperamos en la larga fila del control de pasaportes: un muchacho delgado en zapatillas de baloncesto, vaqueros grises, camisa de cuadros y parka verde oscuro. No se desprende de su mochila en ningún momento y se ha calado el gorro con orejeras que se empeñó en comprar en el aeropuerto de Frankfurt, pese a que el calor llega a ser sofocante en los corredores atestados de esta terminal. Unas pantallas colgadas del techo amenizan la espera con publicidad en inglés y ucraniano. La nación se asoma por ellas como un paraíso natural y un prodigio de monumentalidad. Los soviets nunca llegaron aquí. No existe un lugar llamado Chernóbil. Aproveche para probar las deliciosas patatas *poselyans'ki* en su McDonald's más cercano.

No es tan fácil describir lo que hay en las facciones del chico. Por supuesto, aquí pasa completamente inadvertido entre todos los muchachos rubios y lechosos. Esta es su cuna. Pero la forma en que mira alrededor, y a los rostros de los ucranianos, no hace pensar en lacrimosos

regresos al hogar, sino más bien en el vértigo de alguien que despierta del coma después de demasiado tiempo y no reconoce a nadie, ni a sí mismo ante el espejo.

—Es imposible —dice de pronto, en un vahído. Le sujeto del brazo—. No lo encontraremos.

—Sí lo encontraremos —prometo ciegamente. No es cierto lo que le conté al oráculo del cielo: soy mucho más que un acompañante. Soy la intersección de todos sus miedos y esperanzas.

—¿Cómo?

—Tenemos el nombre de su padre, Bohdan Matsyuk. Y sabemos que viven en una granja cerca de Orane, que está al Norte, a menos de dos horas por carretera; lo he comprobado. —En ese instante la fila se estira y avanza unos metros, dando músculo a mi optimismo—. Con eso bastará.

—Sí, pero...

Es un niño. Grisha es un niño. Tengo que repetírmelo, porque si lo olvido mi voz se convierte en ruido carente de significado, una estridencia intermitente sobre el hilo frágil de su pensamiento. Muchas veces el truco está en limitarse a escuchar.

—A lo mejor él no quiere que lo encontremos —aventura—. A lo mejor me odia.

—¿Por qué iba a odiarte?

Grisha tarda en responder, no porque le falten las palabras exactas, sino por lo duro que se hace juntarlas.

—Porque esta es la vida que le tocaba a él. —Hunde la barbilla como si la gente que nos rodea pudiera entenderle y odiarle también—. Se la he robado.

Podría argumentar que solo era un bebé cuando Ricard y Gonzalo lo intercambiaron por el otro Grisha, que ellos fueron los únicos ladrones de sus dos incipientes vidas, aprovechándose de la ruina espiritual y económica de un granjero. Pero eso sería añadir ruido.

—Creo que Grisha es demasiado bueno para odiar a nadie —digo al fin, y de algún modo consigo sellar la herida sangrante, porque el chico contiene un puchero, se recompone y guarda silencio durante un rato. Estarías tan orgullosa de mí, Julia.

El tipo que revisa los pasaportes se queda un largo minuto con los nuestros en la mano, mirando una pantalla pero sin hacer ningún movimiento, como quien sujeta un cartón de bingo. Me tranquiliza el hecho de que apenas nos busca los ojos.

—¿Vacaciones? —su bilingüismo es tan mortificante como el mío.

—Sí.

—¿Cuántos días?

—Ocho —improviso.

—¿Dónde van a hospedarse?

—En Kiev. En un hotel.

Tiene que pasar otro minuto completo hasta que la pantalla ofrece la señal adecuada —tal vez se trate de un simple cronómetro, tal vez nada en absoluto, un fondo azul y fluctuante donde el operario abandona su mente a la deriva— y entonces nos deja continuar.

Llevamos encima nuestra única maleta, de modo que pasamos de largo las cintas de equipaje hasta desembocar en el vestíbulo de salida. Es allí donde, oteando las señales para orientarme entre la multitud, distingo una melena negra que hace saltar a mi corazón.

No. No puede ser.

La mujer se pierde en la corriente de viajeros que entra y sale del edificio sin que haya podido ver su rostro. Podría ser cualquiera. Y sin embargo...

—Vamos por otro lado. —Cojo el brazo de Grisha y lo guío hacia la siguiente puerta acristalada.

—¿Qué pasa?

Está atardeciendo y muchos de los vehículos que colapsan la rotonda frente a la terminal llevan sus faros encendidos. La parada de taxis es un fluir constante y ruidoso, pero lento, entorpecido por los viajeros que zigzaguean entre los coches arrastrando sus maletas.

—Cogeremos el autobús —decido con urgencia, aunque aquí la mayor o menor prisa de cada uno carece por completo de relevancia.

Mientras surcamos la aglomeración me esfuerzo por mantener la mano de Grisha bien apretada, pero de pronto alguien tropieza con mi *trolley* y tengo que agacharme para rescatarlo del suelo. Cuando me incorporo no hay rastro del niño a mi alrededor.

—¡Grisha! —grito—. ¡Grisha! —Mi altura me hace flotar por encima de un mar de cabezas y no distingo al chico. Me desespero—: ¿Dónde estás? ¡Grisha!

Varios hombres se vuelven hacia mí. Quizá se llamen igual que el chico, quizá estén pensando en avisar a la policía; pero continuo gritando y braceando por el oleaje de espaldas porque no hay otra cosa que pueda hacer. La idea de perder al chico me atraviesa inesperadamente como un dolor crudo y localizado, quizá el sentimiento de terror más real que he experimentado en toda mi vida. No me preocupa llamar la atención. No me preocupa lo que pueda pasarme. Avanzo sin cuidar a quién empujo o dónde pongo mis pies, desatando exclamaciones airadas, porque no existe un final peor que este.

—¡Grisha!

Y entonces lo veo. Está parado en el borde de la calzada junto una mujer que lleva un anorak de plumas negro, a juego con su pelo. Ella le habla y sonrío de un modo que conozco.

—Patricia.

Me observa con la barbilla levantada mientras me acerco, más atemorizado que sorprendido. Supongo que llevaba tiempo esperándola.

—¿Cómo nos has encontrado? —Confío mi entereza a la formulación de una pregunta tan previsible como inofensiva.

—Es mi trabajo.

Guardo un metro de distancia porque temo que el hormigueo en mis miembros sean deseos de abrazarla, lo que significaría mi derrumbe.

—¿Eres policía? —dice el chico. Se pregunta si la mano maternal que reposa en su hombro no será en realidad un cepo.

—Sí, soy policía, pero no he venido para detener a nadie.

La mirada de ella sigue inyectada en la mía, extrayendo información. Quizás sea la única persona en el mundo con esa facultad.

—Hace frío aquí. —Se estremece—. ¿Qué tal si hablamos en mi coche? Está ahí detrás. — Señala un *parking* próximo a la rotonda—. Y tiene calefacción.

Hay algo en sus ojos, como una luz verde o un posible veredicto de inocencia, que me hace pensar que no todo está perdido.

—Vamos. —Tiendo mi mano hacia Grisha—. Podemos confiar en ella. Patricia es amiga

mía.

Decir que somos amigos se parece tan poco a la verdad que es como entonar un credo. Mientras ella camina por delante yo no puedo dejar de fijarme en el modo en que oscila su pequeño bolso, como lastrado. Pienso en armas reglamentarias.

—Habéis tenido suerte de pasar la aduana. Eso lo habría complicado todo. —Se detiene junto a un Nissan Qashqai de color blanco y desbloquea las puertas. Hace un gesto hacia mi maleta—. Puedes meter eso atrás.

Patricia se sienta al volante, yo a su lado, Grisha en los asientos traseros. El carraspeo del motor deja paso al murmullo de la calefacción. Y por fin:

—Te dejé un mensaje en el contestador. —Patricia habla girada hacia mí, la espalda apoyada en su puerta, una pierna doblada sobre el asiento y las manos sujetando su tobillo. Conozco de memoria cada una de sus posturas, pero no lo que se mueve dentro de su cabeza—. En cuanto me dieron el aviso tuve el presentimiento de que tú tenías algo que ver.

—¿Qué piensan...? —He de reconstruir mi voz—. ¿Qué piensas que ocurrió?

—Me llamaron a las ocho de la mañana para que fuera volando a casa de Ricard Amer porque había sucedido algo grave. Me dijeron que había un muerto, pero aún no estaba claro quién. Y mientras conducía hacia allí se me ocurrió llamarte. Salió el contestador.

Recuerdo el teléfono sonando a través del techo del piso de Adela.

—Me lo dejé en casa.

—Ya. Lo encontré cuando fui después. —La imagen de Patricia en mi apartamento me sobrecoge como la visita de un fantasma—. Pero sí te acordaste de coger el móvil de Ricard Amer.

Tampoco es noticia; ella habló con Grisha a través del aparato que llevo en el bolsillo. El número de pruebas que se agolpan en mi contra me libera de cualquier esfuerzo de defensa, de modo que asiento.

—Son quince años de cárcel en el mejor de los casos. Olmo. —Su ceño expresa más perplejidad que reproche—. Y tú no resistirías ni un año. ¿Te das cuenta de dónde te has metido?

—No has venido a detenerme.

—No.

Sostengo su mirada. Grisha parece contener el aliento detrás de nosotros.

—Quieres encontrar a sus padres biológicos —dice Patricia—. Es eso, ¿no?

—A su padre y a sus hermanos.

—¿Y luego?

Luego, me repito, aturdido. Suena como el nombre de una constelación muy lejana o el de un juego matemático.

—Luego lo que tú digas. —Me encojo de hombros.

Sus pensamientos se adaptan rápido a mis palabras. Lleva días poniendo en orden sus prioridades, tal vez ha realizado cambios de última hora allí mismo, mientras nos esperaba en el *parking* del aeropuerto. No existe eventualidad para la que no tenga un plan. Se asoma por el hueco entre los dos asientos y se dirige al chico francamente.

—Grisha.

—Qué.

—¿Tú quieres que vayamos a buscar a tu familia?

—Sí.

—Necesito que seas sincero, que me lo digas con el corazón. Si quieres volver a Madrid podemos entrar ahora mismo ahí y coger billetes para el primer vuelo.

—No me ha secuestrado.

—Eso ya lo sé.

—Quiero encontrar a Grisha.

Patricia me mira en busca de alguna contraseña que le falta.

—Tiene un hermano que se llama como él. —Y es inútil que calle todo lo demás, lo verdaderamente insólito, porque Patricia es experta en mis silencios. Resopla.

—Está bien. Haremos esto. Os voy a acompañar a ver a la familia, pero mañana nos volveremos los tres. No admito discusión. Desde este momento estáis bajo mi custodia.

Proteger y ser protegido. A eso se reduce todo.

—¿De acuerdo? —No piensa dejar que me quede pasmado. Ha introducido programación en su Nexus y quiere saber que ha sido registrada.

—De acuerdo —confirmo.

—De acuerdo —se une el muchacho.

Son las cinco en punto de la tarde cuando nos incorporamos al torrente de coches que fluye hacia el abismo iluminado de Kiev. Se ha hecho de noche sin que nos demos cuenta.

Y ahora vagamos por Bosques Soberanos

Dirección Orane.

Las luces de los coches que se cruzan convierten el rostro de Patricia en una espantosa máscara blanca de dos segundos: lo que tarda en montarse y desmontarse mi patíbulo de culpas. ¿Qué pasa por su mente? ¿Qué piensa del hombre que está sentado junto a ella? El amante. El asesino. El desconocido Olmo.

Pero entonces vuelve la reconfortante oscuridad, matizada por el pulso azul del salpicadero. Grisha se ha acostado en el asiento trasero, aunque sé que no duerme, noto su respiración vigilante. Observa la noche pasar por la ventanilla.

—¿Quién os llevó a Marsella? —me pregunta Patricia. De algún modo ha logrado que su voz se desprenda del murmullo constante del motor, sin sobresalto ni ruptura—. Sé que fue allí donde cogisteis el primer avión.

—Un amigo. Euge. —Ahora solo puedo intuir la expresión de su mirada, fija en la carretera, pero juraría que no se guarda ningún as. Es la primera vez que oye el nombre de Euge—. Nos traje en coche y se volvió a Barcelona.

Ella podría reprocharme: nunca me has hablado de él. Pero lo cierto es que jamás me hizo una sola pregunta sobre mi pasado. Tal vez porque creía, hasta hoy, disponer de todas las respuestas en un *dossier* policial. Patricia se follaba a su caso favorito, me digo. Hasta yo sé que eso no tiene mucho que ver con el amor.

Y, sin embargo, está aquí, ¿no es cierto?

—Oh, no. —El teléfono de Ricard Amer vibra en mi bolsillo y lo saco para mirar la pantalla, donde ya sé quién me espera—. ¿Conoces a un tal Babka?

Patricia arroja un vistazo a la fotografía. La nuca rapada, el comienzo de un tatuaje. Niega con la cabeza.

—Podría ser uno de los matones de Amer —dice—. No los tenemos fichados a todos.

La llamada termina. En el aire quedan unos puntos suspensivos que podrían ser tres balas girando en el cargador de una pistola.

—Yo que tú me desharía de ese teléfono —sugiere ella—. Tiene un localizador GPS.

Sostengo el aparato ante mis ojos y me pregunto si acaso no lo sabía ya. Si no es esa la auténtica razón por la que lo he traído en mi bolsillo todo este tiempo.

—De acuerdo. —Bajo la ventanilla y extendiendo el brazo hacia el oscuro límite del asfalto.

Abro los dedos, el móvil desaparece—. Pero me encontrarán, antes o después.

Patricia no replica; conoce demasiado bien los muelles y resortes de las mafias del Este, sus automatismos ciegos.

Bump. La carretera está tan deteriorada que Grisha no deja de pegar brincos en el asiento trasero, y a cada cruce que tomamos hacia el norte se siente el tráfico debilitarse como un bombeo agónico. Uno podría pensar que no existe ningún destino cabal por este camino. Que la carretera acaba en un repentino precipicio. Pero Patricia no levanta el pie del acelerador. Vemos un fuego a nuestra izquierda, quizás a un kilómetro de distancia. Una casa o un granero envuelto en llamas que nadie combate.

—Hace falta un permiso para entrar en la zona de exclusión —se me ocurre al cabo de unos minutos—. Orane queda fuera del límite, pero no estoy seguro de dónde se encuentra la granja Matsyuk.

—Mira en la guantera.

—¿Qué?

Patricia hace un gesto hacia la guantera que tengo frente a mí. La abro. Hay un papel oficial envuelto en plástico transparente. Y un aparato de color rojo ligeramente más grande que un teléfono móvil: un contador Geiger.

—Has venido preparada.

—Me gusta dar sorpresas, detesto recibirlas.

Entonces me arroja una mirada curva y sé que está pensando en la última vez que me quedé parado frente a la puerta de su casa, mientras ella y su novio discutían justo al otro lado. Puede que me viera a través de la mirilla o puede que únicamente sintiera mi presencia, pero sabe que estuve allí. Sabe que en aquel instante tomé una decisión.

—Para —digo de pronto.

—¿Qué?

—Ahí.

A nuestra derecha se abre una pequeña explanada con una casa en medio. Se distinguen luces en las ventanas y un par de viejos surtidores erguidos como centinelas al frente.

Nos detuvimos en una gasolinera, en medio de ninguna parte.

—Tiene pinta de llevar años cerrada. Olmo. —Patricia pisa el freno de todos modos—. Y tenemos el depósito lleno.

—Ellos conocen a la familia Matsyuk.

Patricia enciende la luz del techo para estudiar mi rostro. Nos hemos detenido con dos ruedas en el arcén, sin más. La carretera se extingue negra y silenciosa en ambas direcciones.

—Quiero decir que... —me revuelvo, esquivando interrogantes—. Aquí debe de conocerse todo el mundo. Podemos probar.

—Tengo hambre —pronuncia Grisha desde atrás. Tal vez es su forma de ayudarme.

—Muy bien, pues vamos a preguntar. —Patricia mete marcha atrás para coger el camino hacia la gasolinera. Le dice al niño—: Supongo que tú no hablas ucraniano, ¿no?

—No.

—Genial. Esto va a ser divertido.

Una cadena impide el paso a la zona de los surtidores, que a la luz de nuestros faros se asoman renegridos y descompuestos, de modo que Patricia rodea el pequeño bloque hasta el

lugar donde permanece aparcada una furgoneta Peugeot. Al abrir las puertas nos golpea un frío vengativo, como si el fantasma de la nieve pasada aún corriese por la llanura. Pero huele a comida y, de pronto, eso transforma la mole oscura de la gasolinera en un hogar como cualquier otro.

Un tramo de escalones metálicos asciende hasta una puerta en la planta superior, donde parece que transcurre la vida.

—Venid. —Patricia ha sido la primera en acercarse. Hace un gesto hacia nosotros—. Si nos toman por una familia nos harán más caso.

Grisha asciende tan pegado a mí que lo noto tiritar bajo su parka. Nuestros pasos sobre el metal han debido de alertar a los ocupantes, porque de pronto una silueta se recorta sobre la ventana más próxima. Patricia no tiene que molestarse en llamar a la puerta.

—*Dobryj vechir*. —Veo la nube de vapor que acompaña las palabras de Patricia.

El hombre que ha asomado su torso responde educadamente, pero en seguida descubre que no hay posibilidad de conversación con aquella extranjera. Ella parlotea, nos señala, hace un amplio gesto sobre el paisaje anochecido. Patricia se esfuerza en sacar brillo a las pocas palabras que conoce en ucraniano, pero basta el sonido de una sola para que las cejas del hombre se levanten y comience a asentir vigorosamente: Matsyuk.

Ha comprendido que buscamos la granja Matsyuk y nos contempla ahora de un modo muy diferente. La puerta cede veinte centímetros más.

—La conocen, está cerca —me traduce Patricia, por si la gestualidad del exgasolinero no fuera inequívoca.

Pero el hombre sacude su enorme cabeza redonda y se toca el reloj de pulsera.

Patricia pregunta.

El hombre repite el ademán con mayor énfasis. Una voz de mujer le habla desde el interior y él responde con una versión más agria y cazallera de su voz. Luego nos mira de nuevo y hace un movimiento con la mano para que lo sigamos adentro.

—¿Qué ocurre? —pregunto bobamente.

—Dice que es muy tarde para ir a la granja Matsyuk. —Su ceño carga con todas las palabras que no ha logrado entender—. Es como si... tuvieran un horario de visitas o algo así.

Y entramos en la vivienda porque, sencillamente, no tenemos otro lugar adónde ir. Grisha permanece junto a mí, silencioso como un hijo apaleado en nuestra farsa de familia, hasta que sus ojos se cruzan con los de otro muchacho de su misma edad. Lleva un chandal negro y está sentado delante de un pequeño televisor, en el extremo de una larga mesa donde todavía quedan platos sin recoger. La mujer de la casa sigue hablando sin mirar a nadie, se mueve de un lado para otro envuelta en una chaqueta de color fucsia marchito. El hombre discute con ella pero sin verdadero interés, como si tuviera la partida ganada de antemano. Uno diría que la hospitalidad es un deber al que esta pareja no puede negarse, la respuesta mecánica a una vieja deuda o una lejana gratitud.

Patricia trata de imponer un orden, busca los huecos en su muralla de bisbiseos para decirles que no tienen que molestarse por nosotros, que ya nos vamos, pero es como si de pronto se hubieran olvidado de que estamos allí, tres extraños plantados en la entrada de su casa. El calor de un radiador eléctrico empieza a provocarme hormigueos por debajo de la ropa; estoy a punto de sugerirle a Grisha que se desprenda de su parka cuando lo veo apartarse de mi lado y

aproximarse al chaval de la mesa. No está viendo la televisión como pensé en un principio, sino manipulando una consola *Atari* que debe de tener el doble de años que él. Columnas de marcianos pixelados descienden lentamente por la pantalla; el chico maneja un joystick remozado con cinta aislante y mira de reojo a Grisha, queriendo impresionarle. No sabe que las razones del visitante para mirarlo así son muy distintas.

Porque podría ser...

¿Podría?

—Oleksiy —lo llama su madre en ese momento. El chico se levanta raudo y comienza a amontonar platos sucios.

Patricia me enseña un colmillo de media sonrisa.

—Creo que nos han invitado a cenar —anuncia, y como por ensalmo veo encenderse el rostro de Grisha. Esta certeza me ha acompañado siempre: lo único que el muchacho necesita para ser feliz es estar con otros chicos. Olvidarse de todo esto. De Ucrania. De sus padres. De mí.

Sé quién eres, O.L.V Igual que olvido. Igual que olvidadme, por favor.

Siento que puedo desmayarme en cualquier momento.

—¿Estás bien? —Patricia me toca la barbilla. Si pudiera detener este momento. Anclarme para siempre en el milímetro donde se encuentran nuestras pieles. Entonces se acabaría el correr de un lado para otro sobre mis patas largas, correr con una máscara hacia ningún sitio.

—Hace demasiado calor —baluceo. Y el vapor del caldo que están sirviendo para nosotros no mejora el balance de mis sentidos, pero no hay forma de escabullirse.

Así que Grisha, Patricia y yo nos sentamos a la mesa y dejamos que aquella familia nos sirva una copiosa cena de pasta hervida con patatas y algún tipo de setas. El hombre se presenta al cabo como Valery y nos pregunta de qué país venimos, pero nada más. Se rasca la barba y elude mirarnos directamente. Flotamos en un silencio de sobreentendidos que hace bailar mi estómago. Al menos Grisha parece disfrutar con la comida.

—*Are you sick?* —le susurra de pronto el otro chico, sentado junto a él.

Grisha me mira; sabe que lo he escuchado. Y responde:

—*No.*

Oleksiy se encoge de hombros. Mata diez marcianos y luego dice:

—*Grisha is dying.*

Esta vez Patricia también lo ha oído: Grisha se está muriendo.

Las facciones de nuestro Grisha se alargan como en un retrato expresionista y temo que vaya a dispararse su grito atávico. Le aprieto la muñeca.

—Tranquilo —pronuncio—. Mañana le verás.

El muchacho de la casa sabe que el idioma inglés es un terreno vedado para sus padres; por eso lo ha aprendido tan deprisa.

—*My father ivas very sick* —cuenta, sin dejar de manipular el videojuego—. *Doctors said he was going to die, but Grisha touched him and he was cured.*

Patricia sopla el té que aún hierve en su taza y me mira con ojos inquisitivos.

—Parece que el chico de los Matsyuk tiene alguna clase de don. —Reúno fragmentos de información que yo mismo he sido incapaz de ordenar hasta este momento—. Hay personas que vienen a verle desde muy lejos.

—¿Cómo un sanador?

—*Some people say it's evil magic* —interviene Oleksiy—. *Some people are afraid of him. But I think he is a saint. Do you know what a saint is?*

Grisha responde por todos nosotros:

—*Yes.*

El padre se levanta de la mesa con el rostro encendido, como si de pronto se adivinara objeto de un chiste privado, aunque es la madre quien manda callar al muchacho.

—*Sorry* —se excusa él antes de apagar el monitor, abandonar su silla y desaparecer por el breve pasillo. Es una vivienda exigua como una madriguera y la atmósfera dentro se ha hecho pastosa, casi irrespirable. Ha llegado el momento de salir de allí y Patricia arranca con el ceremonial de agradecimiento mientras hace amago de incorporarse. Es entonces cuando la mujer retoma su parloteo crispado, agitando las manos; porque esta no es la clase de hospitalidad que pueda aceptarse con restricciones, según parece. Cuando Patricia desliza la palabra «hotel» ella suelta una exclamación breve, quizás una carcajada defectuosa.

—¿Qué están diciendo? —pregunto, aunque la expresión amusgada de Patricia podría ser un espejo de la mía. Es Grisha quien interpreta la escena nítida como un jeroglífico de siluetas planas:

—Quieren que nos quedemos a dormir.

—¿Aquí? —La sola idea me marea.

—Abajo —completa el chico, siguiendo el dedo de Valery, que apunta exactamente al lugar donde pisan sus pies.

Abajo significa en la trastienda de la gasolinera.

—Aún estamos a tiempo de volver a Kiev —sugiere Patricia en cuanto nos dejan solos. Hay cuatro camas raquílicas pero bien hechas en la estrecha habitación, como un improvisado albergue de peregrinos. Porque es exactamente eso. Al otro lado de la puerta se abre una pequeña nave donde se alinean estanterías desiertas frente a un mostrador, todo enterrado en polvo y sombra; allí los interruptores no encuentran ninguna bombilla que encender y el frío corta el aliento. La pregunta que se está haciendo Grisha en este instante —pondría la mano en el fuego — es sobre qué puerta habrá de colocar la estampa del duende protector.

—No vamos a volver a Kiev —declaro, mientras compruebo que solo uno de los radiadores de pared funciona. Acercó a su rincón una de las camas—. Tú dormirás aquí, Grisha.

Patricia me observa con la guardia alta. Evaluándome. El modo en que me comporto con el chico es mucho más revelador que cualquier test Voight-Kampff.

—¿A dónde vas? —se alarma él cuando me ve dirigirme a la puerta.

—Al coche, a por la maleta.

—Ah, vale. Es que... —se dirige hacia Patricia, menos avergonzado que ávido de comprensión— es importante que no nos separemos. No durante la noche.

—Será medio minuto. —Tiendo la mano hacia Patricia para que me entregue las llaves. Hay un fulgor en sus ojos—. No voy a escaparme, no te preocupes.

Ella sonrío. Si alguna vez me ve conducir un coche será en sus sueños.

Apenas treinta metros la separan puerta de la casa de nuestro Nissan, pero el corte de su geometría blanca sobre la nada gris hace pensar en módulos lunares, en artefactos enviados al

otro extremo de la galaxia. Podría mirar al cielo y encontrarme suspendida la circunferencia azul de la Tierra. O podría tropezar con una piedra y descubrir que todo ha sido un sueño, una mala cabezada en medio de una aburrida tarde de biblioteca.

Pero no tengo tanta suerte.

Es medianoche y estoy de pie ante una llanura inhóspita del *óblast* de Kiev. La temperatura sigue cayendo minuto a minuto aquí afuera; un batallón de agujas me atraviesan los lóbulos y mis lágrimas escuecen al punto de congelación.

Cuando he recorrido la mitad del camino hacia el coche, siento el cosquilleo de una mirada en mi nuca y me giro rápidamente.

Todavía hay luces en las ventanas de arriba, pero no distingo a nadie asomado. Mi vista desciende sobre los bultos de los surtidores bajo el porche delantero. La cadena que delimita el perímetro, mecida por la brisa nocturna. ¿Hay alguien ahí?

(—Olmo). Dos figuras cogidas de la mano, apenas sombras humanas.

Abro la boca para preguntar: quiénes sois. Pero hay un sesgo en mi voluntad que me impide actuar como si no lo supiera.

—Olmo.

Vuelven a llamarme, o he creído oír que lo hacían, y como un sonámbulo avanzo hacia ellos. Me acerco hasta que puedo distinguir el contorno y el color de sus rostros, un hombre y una mujer. Los nombres gravitan al alcance de mi mano; si tan solo pudiera pararme a pensar un instante.

Me detengo en ella y entonces veo que algo está mal, espantosamente mal en el óvalo de su perfil. Una excrecencia. Una cordillera de carne rota donde deberían curvarse la mejilla y el ojo derechos. La mujer tiene la cara reventada y aún así parece que intenta sonreírme. Levanta una mano, hola, pero a esa mano le faltan dedos y ahora ya no puedo contener un grito.

Salgo corriendo.

Me proyecto hacia el coche en diez zancadas, abro la portezuela y salto adentro como un naufrago a un bote. Aprieto mis ojos con las manos hasta que vuelan chiribitas, castigándome; cobarde. Introduzco la llave de arranque y enciendo las luces, que caen crudamente sobre el recinto de los surtidores.

No hay nadie allí. Un letrero roñoso dice algo en ucraniano, tal vez: fuera de servicio.

Mis jadeos, hondos y estruendosos en la caja acústica del coche, se van encogiendo poco a poco como orugas avergonzadas. Lo gracioso de esto es que tú dirías que acabo de hacer un progreso. La cobardía y la vergüenza son buenas señales, me asegurarías, descruzando las rodillas e inclinándote un poco más hacia mí. Esperanzada.

Aunque llego tarde para tu esperanza, Julia.

Así que respiro, salgo de nuevo al exterior y recojo el pequeño *trolley* del maletero. Pulso el cierre del coche, bip-bip; como si fuera racional el temor a ladrones en un lugar semejante. De vuelta, no separo la mirada de mis pasos.

—¿Estás bien? —me pregunta Patricia. Está sentada en una cama con Grisha, y por un instante tengo la idea de que he regresado demasiado pronto, interrumpiendo un acto de confesión.

—Sí. Es el frío, no se lleva bien conmigo. —Abro la maleta para buscar el pijama del chico, aunque este es el tipo de noches en las que uno nunca termina de cerrar el ojo ni de despojarse de

su ropa; noches que encadenan horas amenazantes e inestables; noches al borde de un final inesperado.

Y para mí es inútil tratar de dormir porque, de todas formas, no quepo en esta cama. Un ruidoso alivio de muelles se escucha cuando me levanto.

—Lo siento —murmuro a la penumbra, donde sé que Patricia permanece vigilante. Nuestra guardiana.

—Sigue dormido —responde—. Ven.

Distingo el avance de su silueta hacia la puerta que comunica con la tienda abandonada y la sigo. Nuestro único faro es un poste que se levanta a unos cincuenta metros de aquí, al pie de la carretera, y que apenas logra enviarnos un halo mortecino a través del sucio ventanal. Caminamos a través de un osario de expositores vacíos. Patricia se demora un instante para recoger algo del suelo; un paquete de Marlboro.

—¿Qué vas a hacer? —me asombro. Ella ha desprendido el envoltorio de plástico de la cajetilla y está sacando un pitillo.

—¿A ti qué te parece?

—Tú no fumas.

—Y tú no matas. Habitualmente.

Lo cierto es que ella tiene un encendedor, igual que tiene una pistola y un contador Geiger: por si llegara a necesitarlos. La llama azul revela unos ojos que me escudriñan mientras prende el cigarrillo.

—¿No tienes nada que decirme? —Se ha sentado en un taburete alto, frente a una encimera cubierta de polvo donde tal vez se servían cafés o vodka. Somos los últimos parroquianos de un bar que se ha ido al infierno.

—Ricard Amer era un hijo de puta. Tendría que haber estado en la cárcel hace tiempo.

—Uau. Odio. Eso sí que es una novedad.

—¿No has visto las moraduras del chico?

Ella no hace gesto alguno. Pero dice:

—Hay niños que se golpean a sí mismos para llamar la atención. ¿Estás seguro de que Grisha no se hizo esas marcas?

—Eso es ridículo. —Pero yo sé lo que es odiarse, lo que es soñar con castigos para uno mismo.

Y, de pronto, lo estoy viendo: Grisha golpeándose contra cualquier mesa en la oscuridad de la biblioteca, una y otra vez, sus dientes bien apretados.

—No me lo creo —reniego tercamente—. Vi cómo temblaba cuando Amer se acercaba a él.

Patricia fuma. Cuando exhala el humo no se preocupa por evitar mi rostro y a mí gusta apropiarme de su aliento, conservarlo dentro.

—¿Cuál es el truco? —me pregunta—. ¿Salvando al chico te salvas tú? Explícame esta metáfora, por favor.

Desearía que no me hablara así, como una parodia tuya. Desearía que pudiéramos velar todos nuestros errores en silencio, consumir la noche entera igual que los cigarrillos, sin pronunciar palabra.

—Y lo peor de todo es que tienes razón —Ella conduce nubladamente sus propias culpas—. Amer debería haber estado en la cárcel hace mucho tiempo. Sabíamos quién era, sabíamos lo que hacía. —El punto rojo del cigarrillo flota entre su rostro y el mío como una baliza de orientación—. Lo siento. Olmo.

—No quiero que Grisha vaya a ningún correccional.

—¿Por qué iba a ir? —Un fotograma parpadea en su mente: el cuchillo en un charco de sangre—. ¿Él participó en...?

—Júramelo.

Patricia asiente:

—No irá a ningún correccional. Te lo prometo.

Y, de pronto, ahí está: el inmenso saco de recuerdos desparramándose por el interior de mi cabeza. Tengo que buscar apoyo en la pared.

—Había un médico —comienzo, con la voz perforada—. Un neurólogo, o eso decían. Nos ponía diapositivas del efecto que provocan las balas en un cuerpo humano. Imágenes de heridas abiertas, de cicatrices, muertos... Como si no lo supiéramos. Todos los chicos tenían pesadillas, menos yo, que no dormía. Escuchaba sus gritos por el corredor.

Y sigo:

—Nos llevaban a ver las tumbas, ¿te lo puedes creer? Nos llevaban allí y nos decían: «Tú estás aquí y tienes un futuro, pero Fulano no; Fulano está debajo de esa lápida». Los otros chicos lo hacían porque era una forma de reducir condena. Incluso Euge lo hizo. Pero yo me negué. Me negué a visitar ningún cementerio.

—¿Qué hiciste?

La pregunta de Grisha nos hace dar un respingo. Está parado a cinco metros de nosotros, envuelto en una manta. ¿Cuánto tiempo lleva allí?

—¿Qué hiciste para que te condenaran? —repite, por si teníamos la tentación de creer que no sabía de lo que hablaba.

Patricia suelta el cigarrillo y lo aplasta con el pie. Dice:

—Vuelve a la cama, Grisha. Mañana será un día largo.

Pero él no se está dirigiendo a Patricia, ni siquiera la incluye en su mirada. Avanza hasta que sus ojos azules se hacen de algún modo sólidos en la oscuridad. Fijos en mí.

—No sois amigos. Cometiste un crimen y ella te metió en la cárcel, ¿verdad? —quiere hablar como un adulto pero sus labios tiemblan bajo el peso de ciertas palabras—. Así os conocisteis.

Mi silencio es una nube tóxica cada vez más intolerable; siento el modo en que Patricia y el niño se ahogan y no sé cómo liberarles. Salvo rindiéndome:

—Cuéntaselo —le digo a Patricia.

Pero es un acto cobarde, y ella tiene que hacer el esfuerzo de perdonar mi flaqueza antes de hablar.

—Te contaré cómo nos conocimos —concede, y ahora soy yo quien queda excluido de su espacio íntimo—. Ya sabes que soy agente de policía. Trabajo en el Grupo IV de Homicidios de Madrid. Eso significa que investigamos los asesinatos o posibles asesinatos que se producen en la ciudad... —De pronto el niño compone una estampa tan vulnerable, la quintaesencia de la orfandad, con los puños apretando la manta sobre su pecho, que Patricia se tambalea de vértigo. Pero continúa—: Hace un par de años me tocó el caso de una mujer, una psiquiatra llamada Julia

Medina. La habían encontrado muerta en su casa, en circunstancias poco claras, y comenzamos a investigar a todos sus pacientes. Olmo era uno de ellos.

El frío penetra silbando por las rendijas de la puerta delantera. Al otro lado del cristal, los cuatro surtidores se parecen demasiado a cuatro lápidas. Tengo que reprimir el impulso de apretar mis párpados y tapar mis oídos.

Patricia.

—Se convirtió en el principal sospechoso y me ocupé de seguirle. Mi misión era averiguarlo todo sobre él, y lo hice, porque tenía que rellenar un informe; pero desde el primer momento tuve claro que él no era culpable. Desde el primer día. Luego la investigación se paró. La policía científica demostró que la psiquiatra se había suicidado; fin del caso. A partir entonces Olmo y yo nos hicimos amigos, él no te ha mentado en eso.

Miro a Patricia con cierto abatimiento. Porque Grisha es un chico inteligente y le estamos diciendo que la Tierra es plana.

—¿Por qué era el principal sospechoso? —Es la pregunta clave, el eslabón que conduce al extremo doloroso de mi historia, pero que no tengo fuerzas para quebrar:

—Cuando tenía quince años hice algo horrible.

—Olmo... —Patricia extiende una mano hacia mí; espera, no tienes por qué hacerlo.

Pero sí tengo.

En realidad, mi historia es lo único que tengo.

Esto es lo que somos y esto es lo que seremos

Y en el comienzo de mi historia, me deslizo a toda velocidad. Pedaleo colina arriba, colina abajo entre campos de arroz. Tengo quince años y una bici de carreras Orbea con la que corto en zigzag los veranos bajo el ímpetu de mis piernas kilométricas. Son los días en los que el vértigo funciona de manera inversa, asaltándome cuando me detengo. Así que vuelo, me escapo. El niño huye del hombre en que se convierte cuando se queda quieto.

En las bajadas me doblo hacia delante hasta que mi rostro se transfigura en mascarón de proa, y entonces sí que voy deprisa, meteórico, disparado. Cierro la boca y apenas concedo una ranura entre los párpados para atravesar las nubes de insectos. Libélulas en escuadrones rojos. Pero no tengo miedo, podría hacerlo con los ojos cerrados; estos caminos son tan míos como las venas que me recorren por dentro.

Hoy desciendo a sesenta kilómetros por hora y entonces la veo.

Una línea ondulante sobre el estrecho asfalto, un guión moteado escabulléndose de un arrozal al contiguo.

Sé que voy a arrollar a la culebra dos segundos antes de hacerlo, porque mi cerebro es capaz de efectuar los cálculos y sacar sus conclusiones reflejas, inapelables. Pasaré por encima de la culebra y luego me precipitaré al suelo: son hechos de un futuro perfecto contra el que nada puedo hacer por mucho que me aferre al manillar y me agazape en el sillín para controlar el impacto.

Siento cómo mis ruedas aplastan la espina dorsal del bicho justo por la mitad, con dos botes casi solapados. Un desplazamiento, un bamboleo, un frenazo inútil y ahora estoy volando —pero de verdad, como un ser alado— por encima de la bicicleta. Aunque es un vuelo corto, y termina con todo mi cuerpo arrugándose de forma estremecedora contra el suelo. Noto una llamarada, no exactamente de dolor sino de algo más colorido, como una celebración de la anatomía humana, una *mascletá* de huesos mientras ruedo seis o siete metros hasta la cuneta. Y me detengo.

Vivo. Consciente. Tal vez entero.

La bicicleta ha llegado todavía más lejos que yo: veo cómo el manillar y la rueda delantera forman un ángulo idiota sobre la carretera. La cadena cuelga fuera de su dentadura y la rueda trasera gira en horizontal como una ruleta: antes de que pare sé que esta vez he tenido suerte. Me

sangran la palma de la mano derecha y ambas rodillas, pero puedo ponerme en pie y no hay un solo rincón de mi cuerpo que me transmita información de daños irreparables. Me palpita la nuca, pero creo que es de pura euforia.

¿Y cuál es el significado de esta proeza? Debería estar muerto y camino victorioso, pero no logro adivinar sobre el campo de qué batalla.

Me acerco al lugar donde se retuerce la culebra. Ella también ha rodado sobre el asfalto y hay un rastro viscoso desde aquí hasta el punto donde su lomo se encontró con mi rueda. Me agacho y toco la sangre con la punta de un dedo, solo para comprobar si está fría o caliente. Fría. Entonces mis ojos se encuentran con los del animal. Con uno de sus ojos, en todo caso; el otro está ciego.

—No es culpa mía —le digo, y me quedo un minuto contemplando las sacudidas agónicas de su cabeza con forma de corazón. Algunos insectos ya se detienen a curiosear, el cazador devenido banquete, pero yo los espanto. El espectáculo me pertenece. Me corresponde a mí asimilar el mensaje de esta muerte, sea cual sea.

Muchas cosas cruzan por mi mente en lo que tarda en llegar el último estertor. La mayoría de ellas desfilan entre los paños de mi conciencia sin ser advertidas. Un caudal de imágenes y sensaciones sin etiquetar, caóticas y furiosas, que me impregnan el ánimo. Una impaciencia que me llama desde un acto todavía no cometido.

Es el sol, me digo. Froto mi nuca sudorosa y me digo que es el sol lo que me hace hervir por dentro, nada más. Pero no es el sol. Ni los insectos. Ni la culebra muerta a mis pies. Es la insidiosa certeza de que acabo de romper un cascarón. Cambiar de piel. El imago saliendo de su crisálida, justo aquí, justo ahora.

El verdadero Olmo.

Que se levanta y emprende el regreso a casa, caminando por la estrecha carretera con la sangre pintando feamente sus pantorrillas.

¿Quieres saber lo que siento? No siento nada. Hay una nada colérica en el centro de mi alma, un punto de negrura tan denso que no deja escapar ni una sola partícula de inseguridad o de miedo; y me hundo en él, pero sin dolor, porque en la destrucción masiva de lo que he sido anida un nuevo equilibrio. Sé que no me comprendes. Pero escucha.

Nuestra casa está rodeada por un muro, rejas verdes y rosales no del todo bien cuidados. A primera vista, cualquier ladrón sabrá que allí dentro no hay nada más valioso que aperos de caza y un viejo televisor. Porque es una finca de verano, y no somos ricos, aunque mi padre lleve la cartera abultada de tarjetas en las que su nombre aparece bajo el título de Director General de Tal. De lo que sea. De la ruina que toque este mes. Papá ha gestionado tantas quiebras que solo es un maestro en el arte de salir indemne. Grandes ideas que no lo eran. Colecciona trofeos de caza que abatieron otros hombres. En su imaginación disfruta de una vida exitosa. Aquí solo nos preocupamos de no mirarle a los ojos cuando está bebido.

Entro y veo su chaleco de caza en el colgador; no puede andar lejos. Es la hora de comer pero la cocina permanece silenciosa y tibia como una sacristía. Las migas que he esparcido al prepararme un bocadillo esta mañana continúan sobre la encimera. Si me quedo mirando esas diminutas partículas de pan puedo llegar a obsesionarme. Me ocurre a veces. Ideas tontas que se adhieren como garrapatas y me inoculan. *Un cementerio de migas, una familia de migas, una familia hecha migas, un cementerio ele familias.* Mejor sal de aquí, me digo. Vuelve a la

carretera. La bicicleta se puede arreglar. Sí. Podría resucitarla. Ponerle un parche y rellenarla otra vez de sangre fría. Dispongo de eso.

Entonces alguien gime en el piso de arriba. Mamá esforzándose por existir. Buscando contrapesos de ánimo que empujen su cuerpo fuera de la cama. Buscando sus ansiolíticos sobre la mesilla.

Voy a la habitación de atrás y veo a mi padre por la ventana. Está en el jardín, vestido con unos pantalones cortos y el *stetson* blanco que se trajo de Houston. Siempre nos habla de su viaje a Texas: un fracaso comercial del que él extrajo dos o tres aprendizajes básicos. El primero es que las familias son un lastre para el hombre adulto. Me lo confesó una noche, de padre a hijo. Por eso ahora, mientras le observo tomando las medidas del terreno y haciendo diagramas de futuras piscinas que nunca tendrá dinero para construir, no me cuesta nada pensar en tumbas. Criptas. Mausoleos.

Y todos estos pensamientos de muerte, imprecisos pero tenaces, conforman mi último friso de recuerdos antes del apagón.

Porque en esto nunca he fingido: hubo un apagón.

En algún instante entre las dos y las dos y cuarto de aquella tarde de agosto, tal vez mientras miraba a mi padre por la ventana, o bizqueando contra mi propio reflejo en el cristal, mi alma quedó a oscuras.

Completamente ciega.

(Vacío)

Aunque si me empeño de verdad, apretando los párpados, veo la imagen de una escopeta colgada sobre la chimenea.

Pero no veo mis dedos rodeándola.

Si me empeño, oigo el chasquido del arma cargada al cerrarse.

Pero no escucho los gritos de mi padre. Ni los disparos.

Y veo escalones, también. Mis pies volando sobre ellos.

Pero al saltar el último, solo negrura.

(Vacío)

—Me obligaron a ver las fotografías de las autopsias. A mi madre le faltaba medio rostro y tres

dedos de la mano izquierda, la que había alzado para protegerse. Me enseñaron la foto de mi padre y me obligaron a decir lo primero que pasara por mi mente. Yo fui sincero. Les dije que tenía la cara hinchada como cuando se tiraba un pedo. Aquello no me ayudó. O sí me ayudó, pero de un modo que ellos no esperaban. Aprendí que no era bueno decir la verdad. No era eso lo que querían oír. Ellos solo deseaban que yo dijese las mentiras correctas para dejarme marchar. A los chicos como yo quieren perdernos de vista cuanto antes. Y nosotros a ellos. A partir de entonces fue muy fácil.

En la quietud hueca de la tienda mis palabras adquieren una resonancia que no es completamente humana. Palabras emitidas como radiación venenosa.

Grisha sigue parado frente a mí, sus brazos desaparecidos bajo la manta. Pero no tiritita sino que arde por dentro. La única vez que he visto algo parecido en sus ojos fue mientras pateaba el cadáver caliente de su padraastro.

Este es el instante que yo nunca quise vivir: juzgado y sentenciado por un niño de diez años.

—Muy bien. —Patricia me concede un blando aplauso. Pero querría gritarme, romperme la nariz de un puñetazo—. Un bonito cuento para irse a la cama. Espero que te hayas quedado a gusto.

—Lo siento —murmuro, pero sigo siendo un robot programado para dar las respuestas solicitadas. Un replicante con los tornillos flojos—. No...

—¿No es culpa tuya? —me corta. Rodea con el brazo a Grisha y trata de llevárselo de vuelta a la habitación.

Pero al chico le cuesta arrancar las pupilas de mí. ¿Qué es lo que ve? ¿En qué clase de ser me he convertido para él?

Y de pronto lo sé.

Lo que estremece al niño no es el tamaño de mi crimen, ni la monstruosa ausencia de motivos.

Lo que le resulta insoportable es que, veinte años después, no he derramado ni una lágrima al contarle. Apenas me ha oscilado la voz.

Y eso será lo que me condene, finalmente.

A media noche, Patricia se agita por algo que puede ser compasión hacia mí o simple necesidad de otra piel junto a la suya, se levanta de su cama y viene a la mía. Me abraza por detrás. Siento su respiración en mi oído.

—Sé que me oíste discutir con él, detrás de la puerta. Estabas ahí, ¿verdad?

—Sí.

—Gradas.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—¿Por irme sin decir nada?

—No. Por todas las veces que viniste, sabiendo que era una trampa.

—Me gustas.

—Llevo toda la vida boicoteándome a mí misma. Alguien me dijo que con mi carácter no podría ser feliz y me lo he creído. Soy una idiota.

—A mí me gustas —repito.

—Lo sé. Porque estás mal de la cabeza. Ha metido su mano dentro de mis pantalones. Tiene los dedos fríos.

—Ojalá fuera de otra manera —me lamento.

—¿El qué?

—Yo.

—No hay otra manera. Olmo. Esto es lo que somos y esto es lo que seremos.

—Patricia...

Sujeta con fuerza mi erección, no me deja hablar.

—Sssh. Le vas a despertar.

—No...

Pero es tan incorrecto, tan odioso ponerse cachondo en este lugar y en este momento que mi cuerpo responde con un entusiasmo febril. Me vuelvo para buscarla. Con mi boca, con mis manos. Cuesta alcanzar su piel por debajo de la ropa, pero una vez encontrada mis sentidos deliran de gozo. La había echado tanto de menos: su corazón veloz como el de una liebre, las líneas de su cintura, el sabor de mi saliva en sus pezones. Destrabo su cinturón y ella termina de desnudarse. Bajo una manta que huele a naftalina, le separo las piernas y me hundo en ella. Voy y vengo con todo mi peso, lo hacemos como fanáticos hasta que las láminas del somier amenazan con quebrarse y ella me pide parar. Quédate ahí, me ordena. Y con su mano me convierte en un juguete para su placer más pausado y minucioso. El orgasmo le llega con un torrente que me salpica y empapa el colchón, apenas un instante antes de mi propio estallido. Gritos contenidos. Luego volvemos a unirnos. Dos cuerpos que parecen derretirse el uno sobre el otro. Y ella me pide que siga haciéndole el amor durante todo el rato del que sea capaz, y luego me acaricia para comenzar de nuevo, y sé que durará toda la noche porque nunca he deseado tanto el calor de una mujer como esta noche, en la irreal trastienda de una gasolinera abandonada de Kiev.

Y ella no me quiere.

Pero me perdona.

Y me dice: «No hay otra manera. Olmo».

Aunque sí la hay.

Se oyen las detonaciones de un motor que se resiste a arrancar.

Anadeo por las aguas grises del despertar y tardo un tiempo en convencerme de que sigo abrazado a Patricia. Es la primera vez que el sol nos sorprende juntos, aunque sea un sol apesadumbrado y ralo como el que llega a través de la puerta de la trastienda.

Parpadeo. ¿Cuánto tiempo llevo mirando la pared, sonámbulo, sin darme cuenta de que hay una palabra escrita sobre ella? En letras altas y negras de betún:

ESCAPA

Me incorporo bruscamente, haciendo rezongar a Patricia. Miro hacia el catre de al lado, intento reconocer el bulto agazapado de Grisha. Pero no está.

—No —balbuceo.

Salto de la cama, levanto frenético las mantas de las otras dos, como si el chico pudiera haber

encogido al tamaño de un ratón y ocultarse entre los pliegues.

Se lo han llevado, aúllo por dentro. Los liquidadores se lo han llevado.

Pero faltan los zapatos al pie de su cama y una parte mayor de mi conciencia sabe de sobra que no se trata de un rapto, sino de una la huida.

Escapa.

—¡No está el chico!

Patricia se sienta de un brinco.

—A lo mejor está arriba —dice con una voz de amanecer que es extrañísima para mí. Nuestra desnudez, de pronto, edénicamente acusadora.

—¡Grisha! —Me asomo al hueco de la tienda. Ni rastro del niño entre las columnas de expositores. Regreso para recoger mi ropa del suelo. No soy capaz de intercambiar una mirada con Patricia. Me visto apenas con pantalones y camiseta antes de salir por la puerta de la calle.

Una niebla filamentosa convierte en fantasmas los árboles más próximos. Mi primer paso se interrumpe con un crujido: en el suelo, arrugado y húmedo, el dibujo del duende. Me agacho para recogerlo.

—¡Grisha!

Corro en primer lugar hasta el promontorio del coche, que encuentro vacío. Me vuelvo y distingo al muchacho de los propietarios, Oleksiy, afanándose con el motor de una bomba de extracción al lado de lo que parece una boca de pozo hecha con ladrillos de hormigón. El chico no me oye por culpa del ruido, pero me ha visto y ahora se queda quieto, estudiándome. Jadeo hasta él.

—¿Grisha? *¡The boy! Where is the boy?*

Oleksiy sacude su cabeza.

—*Don't know.* —Pero en vez de buscar, sus ojos me recorren hasta detenerse en los cordones sueltos de mis zapatos, quizás la prueba definitiva de mi locura. Su aliento forma nubes blancas al hablar—: *Is Grisha his name?*

No tengo tiempo para explicaciones, así que emprendo la carrera alrededor de la casa, hacia el recinto de surtidores. Grito el nombre del chico y siento cómo el doble filo de la madrugada y la desesperación me ensarta de un costado al otro. Cuando llego al borde de la carretera tengo que pararme a coger aire. Me tiemblan las piernas. Patricia se reúne entonces conmigo, cargada con mi abrigo y con una mirada llena de determinación.

—Lo encontraremos —dice—. Vamos.

Patricia es buscadora de personas, me digo. La mejor. Y seguir sus pasos es como encontrar el compás y la melodía exactos cuando uno se creía perdido, mudo, sordo.

Lo que hacemos, después de recoger nuestras cosas y comprobar con un respiro que el chico se ha llevado toda su ropa de abrigo, es subir las escaleras para tocar en la puerta de la vivienda. Preguntamos al hombre por la dirección de la granja Matsyuk y Patricia le entrega una tarjeta con su número por si Grisha regresara. También le tiende un par de billetes de cincuenta euros, lo que abre una fractura de murmullos y reproches entre la pareja que no estamos dispuestos a suturar. Patricia abandona el dinero en la alfombrilla de entrada y nos damos media vuelta. *Do pobachennya.*

Montamos en el Nissan y salimos a la *carretera* en dirección Norte. Ella conduce en silencio, muy despacio, aunque apenas nos cruzamos con dos o tres vehículos en ambos sentidos,

furgonetas conducidas por rostros sonámbulos. Vamos despacio porque no miramos al frente sino a los lados de la carretera. Escudriñamos los arcones y los caminos que se meten entre los árboles en busca de la figura espigada y furtiva de Grisha. Pero no hay rastro.

Cada túmulo o capricho del follaje que la niebla convierte en silueta humana me hace gemir de frustración. Las articulaciones de mi cuerpo emiten un doloroso chirrido al girarme en el asiento y temo que podría descomponerme al menor toque igual que un viejo mecano. Me arde el pecho y pienso: ya está, lo merezco, he cogido una pulmonía al dormir desnudo. Pero mi culpa no proviene de lo que he hecho sino de lo que he contado. Atravesé la confianza del chico con la misma espada que atraviesa mi alma: la verdad de mi pasado. ¿Y para qué? ¿Es esto lo más cercano al suicidio que he logrado proporcionarme?

Hemos llegado al cruce donde arranca el camino hacia la granja Matsyuk y Patricia detiene el coche.

—¿Crees que...? —Señalo hacia el desvío.

—Estoy segura.

Pero no se trata de convicciones, sino de golpes de bastón, de decisiones tomadas al borde de un desfiladero.

Enfilamos el camino de tierra que desemboca en otra carretera maltrecha, paralela a un río. El paisaje es una sala de espera entre dos estaciones. Los ramas de los álamos se estiran, a punto de brotar, mientras a sus pies ennegrecen los últimos islotes de nieve. Un poco más atrás el río se abre y retuerce calmosamente en un marjal que no cuesta nada imaginar helado, pocos días antes.

Y entonces lo vemos, caminando por el arcén izquierdo de la calzada.

—¡Ahí está! —grita Patricia. Ya tengo una mano en el tirador de mi puerta cuando ella me detiene—. Espera, Olmo. Es mejor que baje yo.

La miro con desesperación, qué derecho tiene a usurparme este momento. Pero agacho la cabeza, rumio un sí.

Patricia desciende del coche. Grisha avanza con paso firme unos cien metros por delante, sus manos hundidas en los bolsillos. Ella le llama. Grisha se vuelve para mirarla, después al coche, luego sigue caminando.

Los contemplo en la distancia como un teatro de guiñol, adivinando sus voces. Incluso desde aquí noto que hay un cambio crítico en los ojos del chico, en su forma de mirar alrededor como quien extiende una alambrada. Y no hay salvoconductos: tampoco ella es de fiar. Puedo verlo en mi mente tal como ha sucedido esta noche: Grisha despertándose y levantándose a hurtadillas, asqueado al percibir el cuerpo de Patricia y el mío unidos bajo una misma manta. El asesino encamado con la policía.

Pero sé que ella le está intentando convencer de que yo no soy un asesino, sino un enfermo. He oído esa versión de mi historia miles de veces. Le hablará de una cárcel con barrotes invisibles, lo aturdirá con extrañas combinaciones de sílabas como en alexitimia o en psicopatía. Y, por fin, le pedirá perdón:

Lo siento, Grisha. Ni Olmo ni yo somos unos santos, pero estamos aquí para ayudarte.

Porque esa es la absoluta verdad, y de algún modo su filo debería penetrar la coraza del chico. Cierro los ojos. Entrelazo mis dedos. ¿Estoy rezando?

Mi vida se había parado, un Arma Cargada.

Había un cura en el correccional de menores. Tenía su propio pasado oscuro y nunca nos

hablaba de Jesús, ni de la Biblia. Nos regalaba poesía. Y al parecer construí mi fe sobre aquellos libros como si encriptaran todas las respuestas. Versos como versículos. Dios como un tropo. El hallazgo de un lenguaje para las cosas que no se pueden nombrar.

El Dueño pasó, me identificó y me llevó lejos.

Cuando vuelvo a abrir los ojos el chico afirma con la cabeza. Ella lo rodea con su brazo y emprenden el camino de regreso hacia el coche. Mis súplicas han sido escuchadas, pero me resta la penitencia por cumplir.

Grisha no me dirige la mirada. Sube al asiento trasero y se cuaja en un nudo de brazos. Entonces me llega, como el día que le conocí: una borrasca de odio contra mi espalda, un deseo relampagueante de hacerme desaparecer. Y pienso que esta vez no lo puedo soportar. Que ya no soy tan fuerte, ni estoy tan seguro de que esto valga la pena. Siento el hormigueo de un arrebato aproximarse a mis músculos: salir del coche, echar a correr por los bosques helados, reducir todo lo que soy a dos piernas galopantes, sudor, respiración, nada. Pero Patricia descubre lo que hay en mis ojos y no me deja huir; mete la primera marcha.

Y avanzamos.

Nos movemos en silencio hacia la granja Matsyuk, el final de nuestro viaje.

El escondite de Grisha

Pero no somos los únicos, ni los más desesperados. Lo descubrimos en el instante en que nos adelanta, casi rozándonos, un coche familiar atestado de cabezas. Otra furgoneta nos pisa los talones, como en una procesión devota pero impaciente.

Y, al girar la última curva, los vemos: media docena de vehículos aparcados en los arceles frente a una finca rodeada por una cerca de tablones. El río queda al otro lado, tras los álamos, profundo y descolorido como un pensamiento suicida.

—Creo que hemos llegado —anuncia Patricia, y detiene el Nissan al final de la hilera. La familia que nos ha adelantado en su coche ya cruza la calzada a pie. El padre empuja la silla de ruedas de su hija.

En el perímetro de la valla aguardan veinte o treinta personas bien abrigadas y quietas a la espera de su turno, algunas de rasgos oscuros, otras de piel albina, pero la misma luz en todos sus ojos. Una luz que no se parece a nada que yo haya visto antes.

Some people are afraid of him. But I think he is a saint. Do you know what a saint is?

Lo que esta gente viene buscando son milagros.

Detrás de la valla hay un joven con una guerrera de camuflaje, aunque no parece un soldado. Habla con autoridad y decide quién puede pasar en cada momento. Luego los acompaña a través de un jardín mortecino hasta la más grande de las casas que se levantan en el recinto. Es una construcción de dos pisos, una vieja *isba* que parece sucumbir al peso de su inmenso tejado negro, pero viva y apuntalada para albergar el ciclo de varias generaciones. Unos cuarenta metros más allá se alza otra casa de menor tamaño, de fachadas amarillas, madera cien veces pintada; y al fondo del terreno, casi perdida entre la bruma, se intuye la silueta agónica de un pequeño cobertizo. No hay nada más. Ni animales, ni huertos. Solo un suelo terroso que se extiende como una plaga y cierta cualidad sobrecogida en el aire, como de domingo por la mañana. Porque es domingo, caigo en la cuenta. Y quizás eso explique el número de almas que han venido hoy hasta aquí, desde muy lejos o desde la aldea más próxima.

Peregrinos, como nosotros.

Patricia es la primera en descender del coche. Grisha el último. Su mirada ya no tiene que cuidarse de esquivar la mía, ni arrojarme odio, porque está prendada del paisaje que le rodea. Mira en todas direcciones como si buscara señales, un jirón de recuerdo o una geometría familiar, en vano.

Nos quedamos de pie tras el último grupo. Veo manos que se pasan un termo humeante y me digo que no resistiremos mucho parados bajo este frío, traspasados por la niebla como monigotes de papel. Aunque el chico no flaquea. Estira el cuello hacia la casa y no advierte cuando alguien le tiende una taza que desprende un intenso olor a té. Patricia lo agradece en su nombre y se la alcanza.

—Tómalo, está caliente —le obliga, pero un rápido sorbo es todo lo que Grisha está dispuesto a distraer de su obsesiva vigilancia.

—Tenemos que entrar —dice. Hunde sus manos en los bolsillos y noto que se aferra a alguno de sus talismanes allí dentro. Sé de cuál se trata, casi puedo sentir el metal en la yema de mis dedos.

El joven de la chaqueta de camuflaje regresa al cabo de unos minutos y se enfrenta al coro silencioso de fantasmas con las palmas de las manos levantadas. No trae buenas noticias. Apenas comienza a hablar, un enjambre de lamentos se agita entre la escuálida multitud.

—¿Qué ocurre? —pregunta Patricia. Intenta comunicarse con aquellas personas, sacar algo en limpio de su parloteo indignado.

—Es Grisha —dice el chico, a mi lado—. Está muy enfermo, ya os lo dije.

Al oír el sonido de su voz, el joven que está detrás de la portezuela descende la mirada sobre Grisha. Y, entonces, tal vez en la misma fracción de segundo que ellos, me doy cuenta de que existe un íntimo parecido entre Grisha y aquel muchacho de veintipocos años.

Porque son hermanos.

Y, aunque es completamente imposible, se reconocen.

—Mykola. —El nombre brota de los labios de Grisha en una nube blanca, un espectro exorcizado fuera de su cuerpo.

El otro no es capaz de articular palabra. Se ha quedado inmóvil, aterrorizado, aunque solo el lapso que distancia dos parpadeos. Luego nos señala y ordena a los demás que nos dejen pasar, a voz en grito.

Ahora sí es un soldado.

—*Dyakooyu, dyakooyu* —Patricia avanza dando las gracias y metiendo codazos. Ella ignora muchas claves de lo que está a punto de suceder, pero tiene la perspicacia de actuar a favor del destino, siempre a favor de Grisha.

Los ojos de Mykola examinan de cerca el rostro de aquel niño que viaja con extranjeros: un espejo. La conmoción está a punto de doblarlo, partirlo por dentro, pero hace un esfuerzo y gesticula vigorosamente para que lo sigamos hacia la fachada delantera de la vieja granja.

Incluso yo siento que piso un terreno familiar, lo que es difícil de explicar, porque jamás estuve en lugar semejante ni me vi rodeado de gentes como estas. Y pese a todo. Una sensación de reencuentro, de comunión entre los extremos opuestos de mi propia vida. ¿Cómo podrías entender de qué te estoy hablando?

Pero en realidad no hago otra cosa que dejarme llevar. Rendirme.

Lo que queda es la inercia al borde de una cascada.

Caminamos tras las anchas espaldas de Mykola Matsyuk por el mismo sendero que recorrieron diez años atrás Ricard y Gonzalo con un bebé en sus brazos. El verdadero Grisha. El que salió de un oscuro orfanato para quedarse apenas seis kilómetros más abajo, para siempre. El enfermo.

Y no hay nada por lo que nosotros debamos sentirnos culpables, pero la culpa está allí, en cada paso que damos, como un festón de hierbas negras hasta la entrada de la casa, un portal con tejado rojo y amarillo sustentado por cuatro postes, a modo de humilde templete. También rojo y amarillo en las contraventanas, pintura brillante como si tuviera que verse desde lejos en una niebla perenne, como una señal de salvamento. Porque lo es.

Atravesamos la puerta de un santuario. Al otro lado sigue faltando calor, porque es imposible que no se escape con este tránsito de cuerpos. Mykola nos guía por un pasillo sombrío sin atreverse a mirarnos, a mirar a Grisha, a asumir quién es y qué significa que esté aquí. O quizá no se trate de cobardía. Quizá lo atenace un sentimiento más subterráneo, como un deseo de venganza. La cuenta pendiente de todos los primogénitos desdeñados.

En el comedor donde desembocamos hay un matrimonio de mediana edad unido en un abrazo. Hombre y mujer lloran y sé que es de alegría porque se aprietan del modo en que lo hacen las parejas al reencontrarse, no al despedirse. La mujer ríe y llora y toca el rostro de su marido con las manos aunque —lo adivino en el color de sus exclamaciones— es la primera vez en muchos años que mira el rostro de su esposo con sus propios ojos. Patricia me coge instintivamente del codo. Esto es algo para lo que no te enseñan procedimientos. Me vuelvo hacia Grisha, pero él no presta atención al prodigio.

Grisha observa al hombre que está sentado tras la enorme mesa ovalada, contando muy despacio los billetes y las monedas que han sido depositadas sobre el hule. Sus dedos tiemblan, pero no yerran. De su nariz de exalcohólico nace un bigote negro que se funde con la barba gris alrededor de unos labios bisbiseantes. Hay un cierto desplome en sus facciones, una preocupación estructural. Sus ojos quedan ocultos bajo una gorra y responde con monosílabos al torrente de agradecimientos derramado por la pareja feliz. Mykola les pide ahora que abandonen la habitación, debe insistirles, prácticamente los empuja hacia la salida. Luego se acerca al hombre sentado para anunciarle nuestra llegada.

Bohdan Matsyuk levanta la mirada y nos estudia a los tres como un conjunto pasmoso antes de detenerse sobre Grisha. Sus ojos no son más que dos zanjias entre promontorios de carne, pero brillan. Queman.

El hombre se incorpora de la silla, corpulento, apretado en un traje de lana y una camisa de cuello enorme, todo mal planchado. Un cobrador de milagros.

El aire de la habitación se tensiona por nuestros cinco alientos suspendidos. Hay una lámpara que cuelga justo encima de la cabeza de Bohdan, seis bombillas que no son capaces de eliminar la grisura de los muebles y los revestimientos de madera.

Bohdan habla con su hijo mayor. Mykola nos lo traduce al inglés:

—*My father asks for what you want.*

Una pregunta que es un escupitajo en nuestros zapatos: qué queremos. Pero se trata de un movimiento en falso, la polvareda que oculta una retreta. Como si aún pudieran eludir lo ineludible.

—*We want to see Grisha* —digo imperativamente. Mi voz es ahora la única dotada de solidez, libre de interferencias. Mi horrible voz de Nexus.

El padre sacude la cabeza, rezonga. Lo que nos llega a través de Mykola ya lo sabíamos; Grisha está enfermo, hoy no puede recibir a nadie más.

El hombre al que llamamos Bohdan es una mole inestable. Sus ojos rajados huyen de los del

chico que está parado a tres metros de él, porque sabe que podrían capturarlo, desposeerle de voluntad y arrastrarlo como un títere a un abrazo patoso y dramático.

Está a punto de suceder. Pero.

El abrazo se conjura por el simple gesto de esconder las manos en los bolsillos. Tú dirías que es un signo de vergüenza. Otro pensaría en la ocultación del arma de un crimen.

—*Y am sorry* —muge Bohdan en su paupérrimo inglés y, al instante, se encoge de dolor. Baja la cabeza. Lo siento. Dos palabras que pesan toneladas, van a quebrarle la espalda, pero son lo único que tiene para ofrecernos.

Patricia y yo nos ocupamos inmediatamente de Grisha, nos inclinamos sobre él como un paréntesis o un escudo protector. Porque el chico bulle, palpita de furia en una cuenta atrás.

Mirando cómo su padre no quiere mirarle.

El padre que le vendió por un puñado de billetes. El padre que lo cambió por un bebé enfermo con el solo propósito de castigarse a sí mismo, quién sabe por qué pecado.

Porque, ¿qué sabemos realmente de Bohdan?

Solo esto: no es capaz de mirar a los ojos de su hijo.

Pero Mykola sí lo hace y es el primero de nosotros en advertir que el niño va a salir corriendo.

—*Wait!* —grita.

No soy lo bastante rápido para detenerlo. Grisha emprende la huida por el interior de la casa, salvo que no es una huida, sino una búsqueda. Toma el primer tramo de escaleras y sale disparado hacia arriba. Mykola y yo corremos tras él y le damos alcance en el mismo instante en que empuja la puerta del desván, desvelando su interior.

No hay nada más que trastos apilados en la penumbra. Aunque de esto ya nos había avisado Amer.

Grisha recupera el aliento, derrotado y yo le cojo de la mano.

—Vamos.

Pero el chico se encara con su hermano mayor.

—*Where is he?* —le chilla—. *Where is Grisha?*

Mykola se está desmoronando por dentro. Hay una parte de su alma que ya no tolera el fingimiento. Llega la voz del padre desde abajo: una orden. Y en los tres segundos que el muchacho de la guerrera tarda en responder averiguo que ha tomado una decisión. Porque es joven y su futuro pesa más, astronómicamente más que todos los errores del pasado.

—*Come with me* —pronuncia. Ven conmigo. El modo en que Grisha sale tras él, casi flotando. Observo a los dos hermanos y veo un enigma a punto de resolverse, un sujeto que expira al filo de su predicado.

Patricia nos espera al pie de las escaleras, marcando a Bohdan como si pensara llevárselo detenido. El hombre lee la expresión de Mykola y trata de bloquearle el paso, pero realmente no tiene fuerzas para hacerlo. Entonces retrocede y se cubre el rostro con las manos: que Grisha no encuentre dónde golpearle con su odio.

Hay una puerta trasera que conduce a otro jardín brumoso. Seguimos a Mykola, zigzagueando entre restos de maquinaria agrícola, hasta el lugar donde nos esperan los ángulos quedos de otra casa amarilla, con toda probabilidad un viejo henar reconvertido.

El escondite de Grisha.

Mykola se vuelve una última vez hacia nosotros y hace un gesto suave con las manos, como un director de orquesta.

—*Silent inside, please* —nos pide y, a continuación, golpea en la puerta con los nudillos. Una voz femenina pregunta desde el interior y él responde cuatro palabras.

Se escucha el serpenteo de una cerradura. La mujer que aparece tiene el pelo rojo apretado en una brevísima coleta y unos rasgos apaciguadores. Es en la luz de sus ojos y de su piel donde comienza a producirse un cambio radical de significados. Esto no es un descenso a los infiernos. Nos elevamos.

Aunque ella demuestra muy poco entusiasmo. Discuten entre susurros y no tenemos modo de saber qué es lo que Mykola le cuenta a la mujer, ni quién es ella en realidad. Podría inventarme una historia, tan fácil como rellenar los huecos: Bohdan enviudó poco antes de recibir la visita de Ricard y Gonzalo, esta es la mujer que conoció unos años más tarde. Mariya, la que se ocupa de todo, la que cuida de Grisha.

Sería injusto pensar que Mariya les salvó.

Porque sería lo mismo que considerar a Grisha una condena.

—*Impossible* —dice la mujer, acentuando todas las sílabas, moviendo la cabeza. Y no es una figura autoritaria sino extremadamente piadosa. Porque el chico en la habitación contigua está tan enfermo que duele la sola idea de volver a molestarle. Mykola deja caer los brazos. Con ella no puede, no quiere poder, le deben tanto. Yo preparo una salva de súplicas, no es posible que nos detengan aquí, a este lado de la meta, no después de cruzar medio continente. Preparo mi alegato y sé que será inútil, lo veo en sus rostros, siento la estática de su decisión envolviéndonos.

Pero entonces, una voz.

—Mariya.

Ha sonado como un maullido. Apenas inteligible, pero lleno de matices. Así es como habla Grisha.

La mujer se separa de nosotros, un paso atrás, casi alzada de puntillas como si fuera a salir volando. Se gira y abre la doble puerta que conduce al refugio de Grisha, basta una rendija para deslizar su cuerpo enjuto y descalzo, no dejará que veamos nada.

Lo siguiente es un compás en blanco. Los músicos pasan página. Persigo la mirada de nuestro Grisha, todavía en busca de su perdón, y me intento convencer de que el velo de sus ojos ya no es tan granítico. Me dice: todo depende de lo que suceda ahora.

Patricia me coge otra vez del brazo. Está a punto de pedirme que nos marchemos de allí, de inmediato, por favor, cuando la puerta se vuelve a abrir. Mariya sale cruzándose la chaqueta sobre el pecho como si alguien le hubiera hecho sentir escalofríos. Se queda mirando a nuestro Grisha y le habla en ucraniano. Mykola nos traslada la pregunta con un decalaje de angustia, porque conoce la respuesta:

—*What's your name, boy?*

Y nuestro salvoconducto, que es una mentira:

—Grisha.

La mujer y Mykola se miran. Ella sabe que el padre no lo toleraría. Ella comparte almohada y pesadillas con él desde el número suficiente de años. Pero el chico ha dicho «Grisha» y eso es todo lo que hace falta, porque la granja Matsyuk es un sistema de vida organizado alrededor de

los deseos del chico que aguarda al otro lado de la puerta.

Mariya dice algo más, que significa:

—Os está esperando.

Primero, Mykola nos pide que nos quitemos el calzado. Nos da ejemplo.

Dejamos los zapatos en una hilera, y entonces sí, Mariya tira del doble picaporte.

«Santuario» no es la palabra. Pero hay una cierta cualidad en la luz que cae desde el alejado techo, en el desorden preciso de los objetos por el suelo, en los colores que trepan por las paredes. Todos nos quedamos sin respiración.

Grisha, nuestro Grisha, avanza a pasitos cortos por delante de mí, con su mochila todavía a la espalda y su gorro en la cabeza. La sala es alargada y sus paredes están completamente cubiertas de dibujos, cientos o miles de ellos. Algo me empuja a mirarlos de cerca, quizá el miedo a poner mi vista sobre la cama que hay al otro extremo de la habitación. Son dibujos hechos por un niño, pero no del todo. Aunque les falta perspectiva y sus volúmenes se aprietan en un agónico primer plano, tienen la laboriosidad de una mano adulta, el obsesivo afán de documentar hechos ciertos. Lo que retratan son momentos y lugares vividos, historias reales, pero también lejanas, estoy tan seguro como si pudiera reconocerme en sus gruesos perfiles. Y están fechados. Cada uno escrupulosamente sellado en una esquina con el mes, el día y el año por otra mano que bien podría pertenecer a su cuidadora Mariya.

Todo el suelo está cubierto con moqueta y alfombras. Existe un patrón, un reparto de espacios que no es evidente a primera vista, pero que hace pensar en una casa sin paredes. Los juguetes tampoco son exactamente juguetes. Hay construcciones que se elevan dos metros del suelo, podría esconderme en ellas. Una vía de tren interminable recorre los continentes imaginarios de la sala, sus túneles, sus estaciones, sus pasos a nivel, sus convoyes de mercancías y de pasajeros. En lo que abarca mi vista solo una pequeña locomotora sisea en movimiento, ligera y sin vagones, pero con qué seriedad. Esto no es una maqueta, me digo, es el miniaturizado mundo de alguien que no puede viajar.

Alguien que solo puede desplazarse a rastras.

Grisha y Mariya están llegando al pie de la cama pegada a la pared. Los observo de lejos. Es una cama articulada de hospital. En ella yace un bulto vestido con un chándal de color blanco. El chándal está arreglado para adaptarse a su cuerpo, pero aun así se distinguen las holguras y tiranteces en los lugares equivocados.

Y su cabeza.

Su cabeza...

Patricia respinga cerca de mí. Esta vez soy yo quien la coge de la mano, y tiro hacia delante, porque sé que el tiempo de escabullirse por los márgenes del dolor ya se ha acabado.

—Vamos —le digo. El encuentro de los dos niños con un solo nombre está a punto de producirse, crucial y prodigioso como una epifanía. Quizá te rías de mí, Julia; tengo la certeza de que en este instante el resto del universo podría desintegrarse y no importaría nada. Asistimos al presente en estado puro, el lugar donde suceden todas las cosas, donde solo es cierto lo que cabe en nuestra mirada y lo demás son reproducciones a escala de otras posibles vidas, todas falsas, especulaciones vagas. Atiéndeme, aunque solo sea por última vez. Este es el lugar adónde conducen todos mis errores y mis culpas, y declaro que no tengo ningún miedo.

Me acerco con Patricia. Pisamos con cuidado entre penínsulas de Lego, tal vez surcamos el

mapamundi del niño por un ángulo prohibido, pero quién puede saberlo. Siento el temblor que va y viene por dentro de Patricia como un oleaje. Patricia que adora a los niños, Patricia que sabe lo que les hace la vida, y no lo soporta.

Entonces, de pronto, todo es distinto a lo que esperábamos.

Porque esto no es un descenso a los infiernos. Nos elevamos.

Y para lo único que no estábamos preparados es para la belleza.

El verdadero Grisha no es un monstruo. Es un niño de diez años al que se ama inmediatamente. Y no tiene nada que ver con ser feo, ser incapaz, estar enfermo. La lástima cae a millones de kilómetros de este momento crítico, de este tictac de los relojes y de este pulsar de las venas. La piel del muchacho es tan blanca que se apropia de la luz artificial y la devuelve con un halo de vida, aunque vida anémica. Y de qué manera podría explicarte que hay un poder liberador en la asimetría de sus ojos, de sus facciones, de sus encogidas extremidades. Sobre la almohada doblada descansa una cabeza proverbialmente grande, montañosa, dotada de una pelambreira fina que parece a punto de desvanecerse. Esa cabeza se gira hacia un lado, a sacudidas, y entonces los dos niños se miran por primera vez.

—Hola —dice nuestro Grisha.

—Hola —un silbido que hace pensar en pulmones al borde del colapso. Pero sonrío. El chico sonrío con sus labios de papel y hace un gesto al *recién* llegado para que se acerque a la cabecera de la cama. Quiere mostrarle algo que hay colgado en la pared.

Yo me asomo por detrás de Grisha, sobrevolando la escena. Y veo el dedo del chico (pero ese dedo, yo conozco ese dedo) que se estira para señalar un dibujo: en él aparecen tres figuras de pie junto a un gran coche blanco. Una mujer, un niño y un hombre altísimo. Y la fecha al pie del dibujo, que corresponde al día de hoy.

—Somos nosotros —se sobrecoge Patricia, a mi lado.

Pero ya lo sabíamos: nos estaba esperando.

Y hay otros dibujos, más arriba. Escenas de la vida de Grisha que retroceden caóticamente en el tiempo. Con sus padres adoptivos. Escondido en la biblioteca. Rodeado por los largos brazos de un hombre que parece a punto de besarle: ¿Amer?

Grisha se da la vuelta para mirarnos: ¿lo habéis visto? Distingo el chispeo en sus ojos, lágrimas en el punto de ebullición, pero todavía no. Ahora más que nunca quiere cumplir un ritual, demostrar que nuestra visita no es igual a la de todos los que acuden en busca de curación.

Hemos cruzado media Europa también para traer una ofrenda y eso es lo que Grisha hace emerger del fondo de su mochila en este momento.

Primero, el fechador. Luego, la piedra volcánica. Objetos quizá provistos de un significado mítico que el chico muestra fugazmente y luego deja al pie de la cama. Porque existe un último regalo, más importante.

Un objeto que resplandece como un pequeño sol ante el rostro jeroglífico de Grisha Matsyuk, barriendo todo lo demás.

La medalla de los liquidadores.

La medalla del padre.

El niño postrado contempla el símbolo de las radiaciones alfa, beta y gama atravesando una gota de sangre. Luego extiende un brazo que es como una rama de invierno. Mariya se pone rígida, muy atenta, pero no hace amago de detenerle.

Los tres dedos útiles de aquella mano se cierran sobre el metal y se lo acerca al rostro, tiritando, estremecido a pesar del calor mohoso que brota de los radiadores.

El muchacho está llorando por uno de sus ojos azules; el otro permanece ido, desorbitado.

Y, de pronto, recuerdo dónde he visto antes ese dedo raquítrico, a qué otra mano pertenece. Lo llevo en el bolsillo de mi abrigo, arrugado: el dibujo del duende, con su cabeza enorme y su cuerpo achaparrado. Grisha Matsyuk, nuestro duende protector. Presente desde el mismo día en que el chico y yo nos conocimos.

Ahora los dos niños están sollozando y riendo en un solo aliento como si fueran mucho más pequeños, o mucho más viejos. Desconocidos con una infancia o una guerra en común. Hermanos que nunca lo han sido. Y cuando sus manos se tocan por primera vez, delante de nuestros ojos, soy el único en esta habitación que no tiene que luchar contra las lágrimas. Porque no las siento venir. Aunque algo sí siento. Un objeto sólido y candente me funde las paredes interiores del pecho y pienso que eso debería bastar para alguien como yo. Este dolor debería salvarme. Pero no lo hace.

No estallan fuegos artificiales ni suena música de orquesta. En el lazo de esas dos manos se concentra un clímax silencioso como un sacramento, todo significado, todo emoción por debajo de la piel.

Las risas tristes de los dos niños nos desnudan y nos bendicen. Uno de ellos está a punto de morir.

Grisha Matsyuk tose con la levedad de sus pocas fuerzas. Su cuerpo anómalo se sacude dos y tres veces, y el niño español deja de reír y de llorar. Una gravedad esclarecida retorna a sus miradas.

Mykola aprieta las mandíbulas, su rabia se encuentra con mi dureza en una corriente subterránea de impotencia. Patricia ha soltado mi mano; cuánto debe de odiarme por traerla hasta aquí. Y la mujer, Mariya, que rebulle nerviosa ante la inminencia del final. Quiere que nos marchemos, quiere quedarse a solas con el hijo que ha cuidado como si fuera suyo, cuidarlo hasta los últimos momentos.

Pero entonces Grisha Matsyuk pone su mirada coja sobre mí. Es una sensación que aturde, como recibir el saludo de un completo extraño. Aunque él no lo es para mí, ni yo lo soy para él. Basta un corto movimiento de su barbilla para que mi vista localice una serie de dibujos en la pared.

En el primero veo a dos hombres agarrados, quizá peleando, ante la mirada atenta de un niño. Cómo no reconocerme, a punto de acabar con la vida de Ricard Amer. En otro papel, más abajo, aparece dibujada una ventana, y en su interior la figura de un hombre cubierto de tatuajes; Euge, en la habitación del hotel que le vio morir. Y otras imágenes, saltando sobre mis ojos, apretándome el cuello. Mi biografía como una secuencia de muertes ajenas. La muerte de Ricard Amer. La muerte de Adela. La muerte de Euge. Tu muerte, Julia. La de mis padres...

Pero es el último dibujo el que me deja paralizado. Lo ocupa una figura encorvada sobre una bicicleta, se diría que pedaleando a toda velocidad. Y por delante de ella, a punto de ser arrollada, una serpiente. La fracción de segundo previa al accidente que me rompió por dentro: un recuerdo del Olmo que era o del que podría haber sido, detenido para siempre por el trazo de un niño ucraniano al que no conozco de nada.

Quiero gritar: esto no es real, no es posible que sepa estas cosas.

Pero tiene perfecto sentido. Lo que este muchacho agonizante sabe hacer es reconocer a los enfermos y, quizás, curarlos. Por eso me mira y me hace un gesto que no es mucho más que un temblor pero que significa: tú, ven.

Y yo voy.

Me arrimo al borde de la cama ante la mirada de todos y cuando el niño alarga su mano de duende me agacho para que pueda tocarme la frente.

El contacto de sus dedos.

Es inevitable cerrar los ojos durante ese instante, suspender todos los sentidos salvo el tacto. Aunque las expectativas son defraudadas: detrás del toque no hay nada más que eso, las yemas de unos dedos sobre mi frente, apenas un centímetro por encima de mis cejas. Dedos calientes, febriles.

Luego la mano se retira y vuelven las toses. Busco en los ojos del niño alguna clave que me diga: ¿estoy curado? Pero el chico ya no está allí. Se desliza. Cae lentamente en otro estado.

Siento un empujón, es Mariya que se abre paso para sujetar al chico. Le habla, le acaricia las mejillas. El niño despega los labios, consigue responderle. Incluso le sonríe un segundo antes de que sus facciones se nublen por completo. Su cuerpo se desmadeja entre los brazos de Mariya y nuestro Grisha emite un gemido de alarma, pero no es lo que él cree. El pecho del enfermo sigue moviéndose cuando ella lo deja recostado sobre la almohada, la medalla todavía agarrada en su mano. Y yo pienso algo insólito: su alma está haciendo las maletas, necesita intimidad.

—*We go out now* —nos ordena Mykola.

—Tenemos que dejarle ahora. —Pongo mis manos sobre los hombros de nuestro Grisha, temiendo que se revuelva y me evite, pero no lo hace. Cuando se gira veo un rostro que ya no pertenece a un niño. Patricia también se da cuenta del cambio y me mira. ¿No te lo advertí?, parece decirme, pero no es un reproche, porque ella también se ha visto a sí misma en el dibujo y eso hace que todo tenga sentido, desde el mismo día en que me conoció.

En silencio, emprendemos la salida a través del planeta en miniatura de Grisha como personajes perdidos en el cuento de Saint-Exupéry, adultos estúpidos que no comprenden nada.

En el exterior, una llovizna suspendida, casi invisible, ha reemplazado a la niebla. Nuestros rostros se humedecen al instante a pesar de que recorreremos el sendero con las cabezas hundidas, fijos los ojos en la puntera de nuestros zapatos. Nadie se atreve a pensar siquiera en lo que dejamos atrás.

Hasta que nos encontramos con Bohdan.

El hombretón está parado frente a la puerta de la otra casa, esperándonos. No lleva ningún gorro y su pelambreira gris se derrama mojada sobre su frente, casi hasta los ojos. Pero entre los surcos de lluvia se reconocen también lágrimas. Bohdan Matsyuk está mirando de frente a nuestro Grisha, por fin. El muchacho se detiene. Todos aguardamos bajo el velo de agua que nos envuelve y nos cala tozudamente.

—Dima —pronuncia el hombre, aunque no sabemos de qué está hablando.

Luego da un paso hacia Grisha. Otro más.

—Dima —vuelve a decir, y esta vez cuesta más escucharle porque está llorando. Derrumbándose.

Pero precisamente por eso, ahora todos lo entendemos.

Bohdan se arrodilla delante de su hijo y lo sigue llamando por su verdadero nombre:

—Dima... Dima... Dima...

Sus brazos robustos se alzan dubitativos hacia el chico, que vacila un paso hacia atrás, pero desiste. Y se deja abrazar.

Lo que sale de la garganta de Bohdan ahora no es llanto, sino algo parecido a un rugido de dolor. Una grieta abriéndose tan adentro, tan profunda que se extiende como una telaraña por debajo de nuestros pies y amenaza con hacernos tambalear.

Bohdan aprieta al hijo que vendió y le grita palabras que nadie necesita traducir.

Tercera parte

Most radioactive place on Earth

No se pronuncian despedidas cuando Mykola nos acompaña y nos deja en la puerta de la cerca. Lo que hemos vivido constituye una experiencia cerrada y completa, sin prórrogas ni aniversarios que marcar en el calendario. El frío y la lluvia consolidan este instante y lo hacen imperecedero.

Hay casi un centenar de personas esperando al otro lado, desgraciados, enfermos o irredentos que han puesto su última esperanza en Grisha Matsyuk, el niño sanador. Ellos miran a través de nosotros, hacia la casa, no les interesamos lo más mínimo, tan solo aguardan las indicaciones de Mykola. Y cuando él comienza a hablarles...

—Es mejor que nos demos prisa —dice Patricia. Ella sabe algo acerca de los comportamientos de la gente. De los flujos colectivos de ira y frustración.

Grisha asiente, abrazado a sí mismo, todavía recorrido por un temblor esencial como un recién nacido.

Nos encaminamos hacia el coche, pero de pronto.

De pronto algo hace clic en mi cabeza.

Las personas que nos observan se convierten en seres amenazantes, y me embarga una sensación desconocida. El miedo.

—Babka —pronuncio.

—¿Qué? —Patricia se vuelve hacia mí. He ralentizado tanto mi paso que parezco al borde del desmayo—. ¿Estás bien?

No puedo contestarle. Siento que cada palabra y cada gesto que ejecuto están siendo registrados por una mirada depredadora. ¿Dónde se agazapan esos ojos?

¿Pertenecen a aquel hombre con abrigo negro y el rostro semitapado?

¿Son del joven corpulento que cruza y descruza los brazos en la otra cuneta?

¿O quizá del tipo que se apoya en un árbol, detrás de la multitud, vigilando toda la escena?

Babka.

La certidumbre de su presencia me carga los músculos. Está aquí, nos ha encontrado. Al fin ha llegado el momento de saldar la muerte de Ricard Amer. Pero no es justo que pague nadie más que yo.

Cuando subimos en el Nissan tomo una decisión.

—Voy a quedarme —digo a Patricia, y abro la guantera para trastear en su interior—.

Necesito el permiso para la zona de exclusión.

—¿De qué hablas?

—Está aquí. —Intento que mi susurro no llegue hasta los oídos de Grisha—. El sicario de Amer, me ha encontrado. No puedo seguir con vosotros.

—¿Le has visto? —Patricia se vuelve para mirar por la ventanilla. El grupo de peregrinos comienza a bullir de desesperación en la entrada de la casa—. ¿Cómo sabes quién es?

—No sé quién es, pero sé que está ahí fuera. —En mis manos, el contador Geiger y el papel plastificado que autoriza el paso a Chernóbil. *Chornobyl*.

Patricia me dirige una mirada metalizada.

—Tienes que venir conmigo, Olmo. Ya lo sabes.

—Escúchame, no me estoy escapando —mastico las palabras, las hago sonar tan ofendidas como soy capaz. Y entonces me doy cuenta: ella sabe que es una despedida, solo que vamos a disfrazarla de promesa—. En cuanto pueda iré al aeropuerto y cogeré el primer vuelo a Madrid. Solo quiero que te adelantes con Grisha, por su seguridad.

—¿Cómo sabes que no vendrá a por nosotros?

Trago saliva. Hay cosas que sé pero no puedo explicar. Quizá me cuesta discernir el brillo de lo auténtico en la chatarrería de mis propias mentiras.

—Me busca a mí. —Es todo lo que puedo ofrecer. Y un deseo medular de que sea cierto.

Patricia se vuelve hacia el chico, que lo ha escuchado y comprendido todo. Grisha, siempre un paso por delante, asiente con gravedad.

—Está bien —cede Patricia. Consulta su reloj—. Son las doce. Grisha y yo cogeremos el vuelo de las cinco y media. Si no estás allí tendré que cursar una orden de búsqueda internacional contra ti. —Se muerde los labios, busca algo en mi expresión que no acaba de aflorar—. Olmo, no puedo presentarme en Madrid con el niño y hacer como que no te he visto.

—Lo sé.

Me apeo del coche, guardando el contador y el permiso en los amplios bolsillos de mi abrigo. Patricia arranca el motor, me dirige una última mirada que quizá pretende ser esperanzada. En la ventanilla trasera, Grisha pega la palma de su mano sobre el cristal. Yo hago lo mismo, sintiendo cómo un nudo está a punto de deshacerse en el centro de mi pecho. Ya no tienes que seguir huyendo, pequeño.

El Nissan se aleja por la pista ganando velocidad.

Me doy la vuelta y veo cómo los más resignados comienzan a montar también en sus vehículos. Saben ya que será inútil alzar la voz y patear la cerca de madera. No hay motín que pueda hacer brotar de nuevo este elixir de la vida. Y yo miro a la herida multitud, con mis manos colgando a ambos lados de mi cuerpo en señal de rendición. Aquí me tienes, Babka. Ven a por mí. Y giro mis talones para echar a andar por la pista, tranquilamente, como una presa que desea ser cazada.

Un coche me sobrepasa al cabo de pocos segundos, sin detenerse. Después otro. Miro por encima de mi hombro y veo un par de grupos que también emprenden la marcha a pie, como refugiados de guerra. Y veo algo más: un viejo BMW rodando muy despacio, unos cien metros tras de mí. El conductor es el tipo del abrigo negro. ¿No he visto antes esa cara en Madrid? ¿Acaso flotando en la penumbra del *Lancelot*, entre prostitutas y clientes humorosos? Los latidos de mi corazón detonan cada vez más fuerte, como un bombardeo que se aproxima.

Mis pasos se detienen en el cruce donde la pista de tierra es cortada por una carretera. Hay un merendero abandonado entre los árboles, muy cerca, y pienso en lo fácil que sería simplemente sentarme allí y esperar lo que tenga que suceder.

Pero, ¿sabes qué, Julia? Ocurre que no tengo ninguna prisa por morir.

De modo que tomo una bocanada plena y continúo mi marcha, dirección Norte por el arcén de la bacheada carretera. La lluvia es cada vez más fina, se consume como si su única intención hubiera sido limpiar la tierra de niebla, dejar el aire bien claro y devolver los colores al mundo. Una luz perfecta comienza a empujar las nubes desde el Oeste y diviso brillos azules en las alas de los pájaros negros.

Mientras camino.

Camino sin volver la vista, pero sintiendo los movimientos que se producen a mi espalda. Coches que giran hacia el sur, familias que cruzan la calzada y se dirigen por los senderos hacia sus granjas cercanas, palmadas en la espalda y gemidos desconsolados. Alguien grita hacia mí en ucraniano, quizá me está insultando o maldiciendo. Imagino la desconcertante vulnerabilidad de mi silueta, desde sus ojos, un extranjero alto y desgarrado que se aleja solitario en la única dirección en la que nadie emprende nunca el camino a pie.

Loco, se dicen. Estará loco.

Al cabo de unos pocos minutos escucho el sonido de un vehículo que se aproxima y entonces sí me doy la vuelta; porque puede que me haya entregado, pero también me he conjurado para recibir de frente a mi verdugo.

Se trata de un *Grand Cherokee* muy baqueteado, propiedad de algún trabajador de Chernóbil que seguramente se pregunta de dónde sale toda esa gente en desbandada que le ha obligado a pisar el freno y a zigzaguear para no arrollarlos. Ahora vuelve a ganar velocidad, y está punto de rebasarme cuando levanto mi mano: el gesto universal del autoestopista.

El todoterreno aminora, sin detenerse por completo. Distingo al único ocupante girado hacia mí, con la visera calada justo por encima de los ojos, más sorprendido que desconfiado.

—*Helio!* —me grita por la ventanilla bajada.

—*Helio! To Chornobyl?*

El individuo me observa con la boca abierta mientras me deja atrás, luego veo las luces rojas de su freno. Corro hacia el vehículo.

—*Thank you!* —Trepo al asiento del acompañante, no sin antes lanzar una mirada al viejo BMW, que ronronea todavía en el cruce, envuelto en el humo de su motor como alguien que espera fumando.

No comprendo lo siguiente que me dice el hombre, su boca medio oculta tras las solapas subidas de su abrigo, pero le muestro el permiso oficial y eso parece bastarle. Se encoge de hombros y vuelve a poner el vehículo en movimiento. Ahora veo por el retrovisor exterior a mi supuesto enemigo, alejándose, reduciéndose hasta desaparecer cuando tomamos el primer giro. Pero no me confío.

Detrás de los álamos huesudos se extiende un bosque cerrado de pinos, una muralla verde que atravesamos a toda velocidad, como si el conductor supiera de mi fuga, como si fuéramos cómplices mudos. Me mira de reojo, pero más allá, hacia los árboles. Y dice:

—*Hunters.* —Cazadores. Sigo su mirada pero no distingo ningún movimiento entre los troncos—. *It is not legal to hunt here. But there are lots of animals. Bears. Deers. Beavers. Lots*

of animals since the explosion. People leave, animals come.

Habla como un guía para turistas y me pregunto si no lo será. Sé que se organizan visitas diarias a Chernóbil. El Cancún del morbo. El Disneyworld del cáncer de tiroides. Lo que me recuerda...

Saco mi contador Geiger del bolsillo y lo conecto. El hombre me observa con una mueca prudente, evaluadora. El aparato despierta entre mis dedos con un petardeo electrónico, como un zapateado malsano que acompaña al baile de cifras en la pantalla: los dígitos saltan entre los 0.214 y 0.360 micro Sieverts/hora. Apenas el doble de la radiactividad ambiental de cualquier ciudad, según he aprendido. El conductor me sonrío.

Un par de kilómetros más adelante, el control. Un policía con cara estólida nos hace señas para detenernos frente a la barrera rojiblanca. Recoge nuestros papeles por la ventanilla y se los lleva a su garita. Lo vemos conversar con otro policía. Regresa en seguida, sin nada que comunicarnos. La barrera se levanta.

La barrera se levanta.

Y, mientras pasamos, empiezo a notar una excitación para la que no tengo respuesta, ni gesto, ni nombre, ni forma de medirla, porque es nueva y viene de muy abajo, de las raíces oscuras de mi alma. Podría ser un seísmo o una sospecha. Un ensayo nuclear o una simple duda. O podría ser esto: una barrera que se levanta.

Me vuelvo para mirar a través de la ventanilla trasera. Diviso un coche a lo lejos, demasiado lejos, imposible saber si se trata de mi perseguidor. ¿Acaso importa? Nos encontramos en el lado tóxico de la frontera. Aquí nadie escapa sin su dosis de muerte.

La ciudad de Chernóbil no es una ciudad, ni siquiera un pueblo. Es un cruce de carreteras contemplado por edificios que parecen desiertos, aunque no del todo. Veo una furgoneta blanca estacionada en una calle, tal vez turistas. Un hombre que acarrea dos bolsas a través de un parque convertido en erial, como si la idea de un supermercado a la vuelta de la esquina fuera aquí concebible. Y gatos. Docenas de gatos como gnomos merodeando los charcos, las ruinas, la maleza.

Mi chófer no hace preguntas. Toma un giro a la izquierda y continua por la carretera, de acuerdo con una ruta que no me esfuerzo en comprender, porque mi viaje es cualquier viaje. Soy un cebo que salta sobre la superficie del agua, a la espera de una boca.

0.710 μ Sv/h.

Un titánico desfile de torres eléctricas nos acompaña por el lado derecho de la calzada. Pentagramas de cables negros que ya no transportan más tensión que la de su conciencia. Tentáculos amputados de la central maldita.

En la linde de los árboles, por el otro lado, un triángulo negro y amarillo se sustenta todavía sobre su oxidado soporte: señales de radiación que nadie atiende.

—*Red Forest*—me informa el conductor. ¿No relampaguea un filo de orgullo en su voz?—. *Most radioactive place on Earth.*

El Bosque Rojo. Un nombre que parece sacado de los hermanos Grimm, pero que está más cerca de Dante. El lugar más radiactivo de la Tierra. Aunque no es verdad: el lugar más radiactivo de la Tierra se encuentra dentro de mí. En el fluido de mis venas, en mis terminaciones nerviosas. ¿Es posible sentir el movimiento de las propias células? Porque las mías se agitan ahora mismo, cambian de color, alumbran nuevos códigos genéticos. Como algo si estuviera a

punto de nacer, y no lo contrario.

Una inmensa boca de hormigón en nuestro horizonte: torres de refrigeración para motores que ya no calientan. Reconozco el perfil del reactor número 4 desde lejos. Su cuerpo amurallado, su chimenea sostenida por estructuras verticales. Ingeniería ortopédica para un cadáver que tardara milenios en descomponerse.

El hombre de la visera me dirige miradas oblicuas, tal vez reconoce la emoción en mi rostro, quizás él me podría decir cómo se llama, a qué registro del sentimiento humano pertenece. Pero por suerte no me habla, es mejor así, todo lo que hace es trazar ángulos por las carreteras vacías y los brazos de agua de la central nuclear, ahora despacio, hasta detenerse en el lugar donde lo hacen los *tours* de visitantes, esos idiotas que se sonríen con autosuficiencia cuando se les aconseja ponerse pantalones largos y que se hacen fotos con la cara pegada al contador Geiger, tal vez creyendo que los sieverts son metros y Chernóbil la cima de un nebuloso ocho mil nepalí.

1.699 $\mu\text{Sv/h}$.

Pero hoy la explanada está vacía. A unos metros de las verjas que rodean el complejo se levanta un pequeño edificio de color mostaza, quizá un museo del horror, y una escultura que representa dos manos sosteniendo entre sus palmas el reactor número 4, con tanto mimo, como acunándolo para que no se resquebraje y vuelva a supurar sus lágrimas de cesio.

Nuestro coche se detiene justo allí, como si la inercia de los acontecimientos me obligase a bajar para fotografiarme junto al monumento. Mira, mamá, una postal desde el infierno.

Algo se remueve en mis entrañas. Me patea como un bebé impaciente, me obliga a saltar del todoterreno sin dedicarle un segundo pensamiento, sin saber si el tipo arrancará y me dejará allí tirado, tal vez carcajeándose. Sin saber si esa clase de desamparo es exactamente lo que he venido a buscar. Solo ante el sarcófago.

Aunque el tipo no se marcha. Me concede un tiempo, eso es todo, un interludio de recogimiento. Al cabo de un minuto se apea y comienza a pasear alrededor del *Cherokee* mientras se fuma un cigarrillo.

Y yo hago lo que es inevitable hacer, para cualquiera que llega aquí por primera vez. Mirar el reactor nuclear y pensar en la muerte. Guardar un duelo sin rostros ni nombres. La inscripción de la piedra dice: *To heroes, professionals, to those who protected the world from nuclear disaster.*

2.870 $\mu\text{Sv/h}$. Pero los números de la pantalla no tienen ningún sentido, son jeroglíficos, mensajes impertinentes de alguna civilización extraterrestre, y yo vuelvo a guardarme el contador en el bolsillo para no verlos.

Se levanta aire. Una nube de pájaros emprende el vuelo desde los contrafuertes del sarcófago. Vida anidando en las sombras del artefacto más letal jamás construido. Tal vez una victoria de la que deberíamos extraer reveladoras consecuencias, una coda sobre la insignificancia del hombre y su civilización, pero no lo logramos, nos conformamos con seguir las espirales de las aves por el cielo y confiar en que su triunfo resuma el fondo y la forma de nuestro aprendizaje. Nada importa realmente. Hasta la muerte puede ser burlada, si agitamos las alas muy deprisa.

Entonces escucho mi nombre:

—Olmo.

Me giro con sobresalto, pero el escenario a mi espalda no ha variado ninguno de sus elementos: el todoterreno, su propietario con el cigarrillo en la boca, la extensión gris de la central nuclear, los canales.

No hay nadie más y, sin embargo, estoy seguro de que he escuchado mi nombre pronunciado muy cerca. Silabeado de esa manera ahogada que conozco tan bien, somnolienta, con el aliento previo al espanto. Como se pronuncian las últimas palabras.

Un chirrido me hace volver la mirada hacia el reactor número 4. Repaso sus murallas, enrejados, advertencias en varios idiomas... y lo que es distinto: la puerta de la verja entreabierta, apenas un metro desplazada sobre sus raíles, el hueco exacto para una persona.

—Olmo. —La voz proviene de algún lugar del interior.

¿De qué modo podría resistirme? Camino hacia allí. Hay una rampa para vehículos y un semáforo que permanece apagado. Y se me ocurre que si existe tal cosa como un purgatorio no tendrá un aspecto muy distinto al de este lugar, una colosal y herrumbrosa instalación gobernada por seres traslúcidos.

Me detengo en el intersticio de la puerta metálica y miro hacia dentro, a los primeros muros y a las torres de metal en que parecen apoyarse. ¿Hay dos figuras detenidas allí, entre la base de dos torres? Afilo mis ojos e intento troquelarlas en la oscuridad.

Las reconozco. Por primera vez.

—*Olmo* —la voz de mi madre suena ahora como una llamada desesperada.

Y doy un paso dentro del límite. Pero en ese instante.

En ese mismo instante escucho las pisadas atronadoras de los liquidadores. No puedo verlos, pero siento en mi piel el retumbar de sus botas por todas partes, como un eco multiplicado: corren por los costados del reactor, corren por las escaleras metálicas que ascienden al sarcófago, corren por el mismo tejado del edificio.

—*Ol-mo...*

La mano sin tres dedos de mi madre se extiende desde las sombras, ayúdame, suplica, y yo extendiendo la mía, la que apreté el gatillo, pero estremeciéndome, claudicando, porque ni siquiera tengo fuerzas para dar el siguiente paso, y los liquidadores estrechan su círculo sobre mis padres como una tropa de asalto invisible, trump, trump, trump, trump, y sé que si me cruzo en su camino me atraparán y me llevarán en volandas y me arrojarán desde lo alto al núcleo de grafito humeante, donde me consumiré durante siglos.

—Lo siento —balbuceo con los dientes prietos, porque no es a mí, pienso rabiosamente, es a vosotros. Es a vosotros. Y cuando cierro los ojos siento que algo me muerde por dentro.

Algo me *muerde* por dentro, y duele tanto que me dobla en dos. Un temblor asciende por mi garganta como un globo de helio incandescente, separo los labios para dejarlo ir y entonces escucho el grito, mi grito. Los ojos se me hinchan, palpitan al borde de sus ventanas y siento cómo se licúan por los extremos, pero ya no me queda consciencia para saber si esto es llorar. Acalambrado de pies a cabeza, he perdido el control de mis músculos y ahora caigo de rodillas, sacudiéndome, aterrorizado ante la posibilidad de perder también el compás de mi respiración. ¿Cómo logró un animal introducir su hocico dentro de mi estómago? Noto sus morros fríos, que me arañan, muerden, se abren paso hozando a través de mis vísceras. Me desgarrará la médula, quedará partido en dos y ya ni, siquiera puedo gritar, porque el hocico de la bestia se ha empeñado en empujar lo que llevan mis tripas hasta sacármelo por la boca.

Vomito con fuerza sobre el asfalto. Me descargo sin alcanzar alivio ninguno hasta que me recorren espasmos por todo el cuerpo y estoy a punto de caer de bruces.

Pero entonces sobreviene una paz, la paz que es un telón abriéndose y otro cayendo, la paz

del final de las pesadillas. Y en ella, el silencio cóncavo que anticipa una llegada.

Pasos lentos, pasos medidos. ¿He oído desarmar el seguro de un arma? Lo tengo aquí detrás, a un metro. Puedo sentir la respiración de Babka en mi nuca. Por fin, rezo, por fin. Y aguardo el contacto frío del cañón en la base de mi cuero cabelludo.

Aprieto los párpados. Suplico: adelante.

Pero el disparo no llega. Ni el tacto del hierro.

En su lugar, una mano sobre mi hombro.

—*You okay?*

Abro los ojos: la verja ha vuelto a cerrarse, si es que alguna vez estuvo abierta. Al otro lado no hay rastro de figuras ni estrépito de carreras. Alzo la mirada. El hombre de la visera me escruta con un mohín desencajado, sin saber qué hacer, profundamente molesto. Porque nunca ha visto a un turista llorar ni vomitar en aquel lugar y de pronto eso cambia su propia perspectiva del sitio, de la central, de lo que significan estas visitas. Le cuesta hacerse cargo, pero al cabo elimina cualquier repulsión de su rostro y asiente.

—*We have to go* —dice. Tenemos que irnos.

Espera a que me incorpore y luego me escolta cuidadosamente hasta el todoterreno, pero sin tocarme, llevándome de la correa de su mirada. Cuando subo en el vehículo me doy cuenta de que he salpicado de vómito las perneras de mi pantalón, y apesto. Pero el dolor se ha marchado, el animal que me devoraba ha sido arrastrado por un torrente de emociones que todavía calientan mi cuerpo, pero que ya no son hostiles. Necesitaré un tiempo para ponerles nombres a todas ellas.

Si dispusiera de ese tiempo.

Conducimos fuera de la central nuclear bajo un cielo limpísimo, inaugural, como si la primavera hubiese esperado a romper en este mismo instante. Como si hubieran transcurrido meses, o toda una vida desde que abandoné la granja Matsyuk.

Y un solo pensamiento gira y gira en mi cabeza mientras miro por el cristal: me ha curado. Grisha me ha curado. Aunque no sé bien a cuál de los dos Grishas me refiero, ni si importa la diferencia.

Tendría tantas cosas que decirte ahora, Julia. Sin metáforas, o con las mejores metáforas posibles, porque ya no sé hablar de otro modo, pero ahora es distinto, porque ahora conozco, ahora sé, ahora siento. Y ahora cazamos a la Cierva, y sonrío... Busco en el espejo retrovisor, y me sobresalto: este es el aspecto que tiene mi rostro al llorar.

La carretera que tomamos para abandonar la central discurre paralela al Bosque Rojo. El lugar más radiactivo del planeta no parece muy distinto de cualquier otro bosque de píceas del hemisferio Norte. Su toxicidad es tan poco creíble como la leyenda de un hombre lobo, pero escucho el parloteo de un contador Geiger volviéndose loco, y entonces caigo en la cuenta de que aún llevo el aparato encendido en el bolsillo de mi abrigo. Lo extraigo y leo sus dígitos.

1.866 $\mu\text{Sv/h}$. Es la primera vez que alcanzamos este nivel dentro del vehículo, y me recorre un chispazo de alarma.

Porque de pronto me importa. Mis ojos le gritan al espejo: no quiero morir.

Lo que sucede a continuación es que la velocidad del vehículo empieza a disminuir, y con ella, telúricamente, todas las demás cosas, se diría que los mismos engranajes de la Tierra enlentecen, y cada gesto y cada parpadeo nuestro se ve distorsionado como en una película

pasada a menos revoluciones.

Miro hacia delante, en busca de un control policial o de algún ciervo que justifique el pie levantado del conductor, pero ante nosotros no se extiende más que una recta gris, pavimento entre árboles y nada en nuestro camino.

Es entonces cuando mi vista repara en un objeto que ha estado todo el tiempo frente a mí, en el salpicadero, medio sepultado bajo mapas y permisos de acceso.

Alargo mis dedos, que ya no tiemblan, que empiezan a arder de algo indefinido entre el miedo y la ira. Y cojo el teléfono móvil de Ricard Amer.

Apagado y mellado, podría ser cualquier móvil pero estoy maniáticamente seguro de que es el mismo que arrojé por la ventanilla del Nissan de Patricia la noche anterior. ¿Cuánto tiempo debió pasar en aquella cuneta, malherido como alguna clase extraña de animal, hasta ser recogido por este viajero desconocido?

Solo que no se trata de ningún viajero desconocido.

El tipo de la visera sacude la cabeza y masculla:

—Puto llorón de mierda.

Cuando vuelve la barbilla hacia mí, la solapa de su abrigo cae por este lado y entonces puedo ver el comienzo del tatuaje de su cuello, la parte que siempre permaneció oculta en la fotografía del móvil.

Una libélula roja.

Y después: una cadena de movimientos simétricos, como una coreografía de manos que sueltan y buscan objetos: la suya abandonando el volante y hundiéndose en el interior de su abrigo; la mía dejando caer el móvil y aferrando el tirador de la puerta.

—¡Quieto! —grita, pero ya estoy volando fuera del vehículo.

Salto en largas zancadas hasta el linde del bosque, que de pronto se antoja ralo y transparente, una maraña de sarmientos donde no hay lugar para esconderse. Los primeros pinos no llegan a la altura de mi pecho, liliputienses, como si las ramas brotaran directamente del suelo, desprovistas de tronco. Cuando escucho el primer disparo me encojo de manera instintiva. Pero sigo vivo. Y sigo corriendo.

Disparo.

Disparo.

El último proyectil araña el aire a pocos centímetros de mi cabeza y me anuncia que no habrá más errores. Me agacho tras un arbusto porque necesito volver la vista al menos un instante, lo justo para saber por dónde viene mi perseguidor.

Aunque no viene. El hombre de la gorra —mi inesperado Babka— se lo está pensando. Detenido a unos pocos metros del coche, empuña su pistola con las dos manos y me busca con ojos de halcón. ¿Por qué no corre tras de mí?

Es el bosque, comprendo con euforia. Le da miedo.

Y mi carcajada nos pilla a los dos por sorpresa. Soy como un niño muy pequeño, un bebé gateador incapaz de anticiparse a sus propias reacciones ni de discernir las buenas de las malas. Aunque yo sé correr, eso sí puedo hacerlo, y sin dejar de reír me lanzo en una carrera desquiciante hacia la espesura del bosque, donde el verde perenne empieza a ganar terreno al color hueso de los caducifolios. Babka reanuda los disparos, uno, dos, tres más. Y me llama por mi nombre, el muy idiota. Como si después de las balas aún quedase margen para las palabras.

Mi cara y mis brazos reciben una lluvia seca de latigazos mientras me abro paso por un pinar que no ha conocido la huella del hombre en los últimos veinticinco años. Mis pies se hunden varios centímetros en un suelo empantanado y mustio, todavía invernal, apenas habitado por unas plantas bajas y anchas que mi imaginación podría asignar a un remoto planeta. Pero todo está aquí, todo es real, y todo está ocurriendo en este preciso instante.

Me detengo para cambiar mis risas por resuellos. Saco el contador Ceiger en el bolsillo y compruebo su pantalla.

5.008 $\mu\text{Sv/h}$.

¿Es posible? En un solo minuto mi cuerpo ha absorbido la dosis máxima para todo un año, según recuerdo de los párrafos subrayados en los permisos. El corazón protesta en mis sienes como si golpeará con el palo de una escoba: ¿No lo has entendido? ¡Hay que salir de aquí!

—¡Olmo! —La voz de Babka suena ahora mucho más cerca, lo que significa que por fin se ha aventurado en el bosque.

Me distraigo un instante para volver la cabeza y de pronto me encuentro chapoteando a través de un escondido arroyo. El agua está tan fría que cuando intento reanudar la carrera mis pies se han convertido en cascotes insensibles adheridos al extremo de mis piernas. Así no tengo ninguna posibilidad de escapar.

Suena otro disparo, y caigo, aunque no me ha alcanzado. Es la inercia de la derrota. La misma que hace tropezar a los antílopes una milésima de segundo antes de que esas zarpas les rocen las patas, como una anticipación. Es una cuestión de jerarquías, y en esta pirámide de cazadores mi muerte se encuentra apenas un escalón por encima de la muerte de Ricard Amer.

Tendido en el húmedo suelo, veo el contador Geiger que ha quedado a unos centímetros de mi rostro. Me dice:

14.275 $\mu\text{Sv/h}$.

Me dice:

Es posible que ni siquiera llegues a levantarte de este fango. Olmo.

—Ahí estás, hijo de puta.

Babka se acerca resoplando. Ha debido de perder la visera en alguna rama, y por primera vez contemplo su cabeza rapada, una cabeza tan de mercenario que parece una broma, un cliché de película y no una verdadera persona. La pistola colgando en su mano derecha.

—Estás peor de lo que pensaba —su lengua corta unas eses adamantinas, pero ahí termina la distancia que le separa de un castellano perfecto—. Joder, qué tío.

Se queda quieto a un par de metros. Hay algo en mí, en las cosas que me ha visto hacer y en lo que cree que soy, que le asquea y le fascina por partes iguales. Una singularidad de algún tipo que no puede menos que admirar.

—Ricard era un tío legal —me cuenta, como si tuviera que atenerse a un misal y a un credo enseñados, pero no del todo sentidos—. El crío estaba bien con él. Ahora le has jodido la vida, ¿sabes?

Levanto la cabeza un poco más y entonces distingo algo metálico que asoma del barro entre sus pies y los míos. Unos dientes. Levanto la vista antes de que él lo advierta.

—Ricard Amer era un abusador y... —lo pronuncio tan bajo que Babka adelanta otro paso hacia mí.

—¿Qué? Repítelo.

—Era un abusador y merecía morir.

El sicario abre una sonrisa ancha, al menos tanto como se lo permiten sus mejillas de cartón. Quizá piensa que le estoy facilitando las cosas. Eligiendo mis últimas palabras. Así que levanta el arma y me apunta directamente a los ojos.

Por un instante temo que no va a suceder. Que no dará un paso más, como yo espero, para mejorar su ángulo sobre mí. Apuesto a que es un buen tirador y no lo necesita. ¿O es que en realidad nunca ha usado su arma para otra cosa que intimidar? Quizá soy su primer muerto, y eso es lo que me hace tan singular y fascinante. Soy una frontera. Soy una central nuclear de culpas.

Pero entonces Babka se decide, masculla una palabra en ucraniano y avanza el pie derecho.

El sonido del cepo me corta la respiración.

También a Babka, que tarda al menos un segundo en entender lo que acaba de ocurrirle a su pierna.

Hunters. Cazadores furtivos que llenan el bosque de trampas. Sueñan con atrapar osos, pero no son muy exigentes, se conforman con cualquier cosa. Fantasmas, hombres lobo, sicarios.

Babka arroja un grito imposiblemente agudo mientras se desploma hacia delante. La pistola cae cerca de mí. Él trata de volverse para liberar su extremidad del cepo, pero la menor rotación le hace aullar de dolor. Se encoge muy despacio, llorando, hasta que sus dedos logran aferrarse a la boca de metal y tratan de separar las dos mandíbulas oxidadas. En vano.

Ahora es cuando yo me pongo en pie. Su pistola en mi mano. Una tormenta de sensaciones buscando nombre en la pizarra de mi consciencia y, bajo todas ellas, un solo interrogante en letras exasperadas:

¿Qué clase de hombre soy?

La sangre está cambiando el color de los pantalones de Babka. También su cabeza está más roja ahora, encendida como una salva de despedida. Suplica:

—¡Ayúdame!

Podría reírme. Entonces miro hacia dentro y estudio con detalle esas ganas de reír. Busco la balanza donde deberían ser compensadas por otras apetencias más nobles: la piedad, la repugnancia del sufrimiento. Pero en este instante todas mis balanzas giran y se desarman sobre sus vértices tronados. ¿Cómo puedo estar seguro de lo que siento? Creí que cuando llegara este momento accedería a una taxonomía precisa de mis impulsos, un catálogo pautado según letras y colores, un cierto orden o, al menos, una última e incuestionable certeza sobre quién soy y qué se espera de mí.

Pero sucede que no hay certezas, no hay colores, no hay nada.

Solo mis ganas de reír, una pistola que pesa alrededor de ochocientos gramos y un hombre apodado Libélula que se desangra en un cepo para osos.

¿Y qué sabemos realmente de Babka?

Que suplica.

Suplica mi ayuda y eso significa que me cree capaz de ayudarle. Tengo que analizarle a través de su mirada y de su desesperación para encontrar algo sólido en lo que apoyarme. Este hombre, que me ha llevado a visitar el sarcófago, que me ha visto vomitar de angustia, que me ha conducido y vigilado en silencio hasta que mis lágrimas han hecho saltar algún tipo de resistencia en su carácter y ha pisado el freno para matarme: este hombre cree que ahora yo podría compadecerme de él y salvarle, a pesar de todo.

Por eso me mira con unos ojos que ya empiezan a secarse, la sangre vaciándose lentamente por la femoral abierta, pero aún esperanzado.

¿Por qué no lo ha hecho antes?, me pregunto. Ha podido matarme en cualquier momento. En la cuneta donde me vio haciendo autostop. En la primera curva. En la explanada de la central. ¿Hasta dónde me habría conducido, sin revelarse, si yo no me hubiera derrumbado en su presencia? Quizá ya me había ganado su respeto y mi libertad. Quizá había cambiado de idea acerca de su misión. Porque, ¿no es ya irreversible la muerte de su jefe? ¿Cuál es el sentido de amontonar un crimen sobre otro crimen? ¿Es solo por dinero, o se trata de la prueba exigida para reemplazar a Amer en alguna sórdida cúpula?

Yo ignoro todo eso. Únicamente veo a un hombre de treinta años a punto de morir como un animal. Y me esfuerzo por sentir lástima, pero no lo consigo.

Recuerdo los ojos de Grisha, su forma de odiarme cuando conté la historia de mis padres.

Y las palabras de Amer:

Me vendría muy bien alguien como tú. Un ejecutor sin sentimientos. ¿O ya te han curado los loqueros?

Pero no han sido los loqueros, ha sido el niño deforme, Grisha. Me puso la mano en la frente y dejé de ser un Nexus. Cobré vida como Pinocho al toque del hada mágica. Para transformarme en qué.

Recuerdo otras cosas que he hecho, y que, bien miradas, podrían bastarme como respuesta.

Porque yo tengo el poder de matar, sin el poder de morir.

Así que pongo el cañón del arma en la frente de Babka y aprieto el gatillo.

No hay ninguna diferencia

Una parte de mí está segura de que al otro lado de un túnel siempre espera la muerte.

Pero al final de este túnel concreto, el que atravieso al volante del todoterreno de Babka, lo que vuelve a brillar es una sección de cielo de Ucrania tan azul que me hace entornar los ojos.

Obsérvame ahora, Julia: estoy conduciendo. Y mi cabeza hace un ruido tan suave como el de este cambio automático. Mecanismos invisibles que dirigen mi destino.

Hace rato que he debido de abandonar la zona de exclusión, y sin embargo no he visto ningún control. Solo el paso de un camión cisterna me ha obligado a detenerme en el arcén. El conductor ni siquiera ha bajado la mirada hacia mí. Puede que esta sea la carretera más insignificante y olvidada del mundo. Hay una brújula adherida al salpicadero que dice que avanzamos hacia el sur; eso me basta.

Lo más curioso de todo es lo fácil que me resulta dejar la mente en blanco. Precisamente ahora, no pensar.

Es tan placentero conducir por estos bosques.

Atardece y miro la gente que sale de una iglesia pintada de color rosado, en medio de un prado. Cristianos de algún tipo. Campesinos.

Me he detenido para preguntar la dirección a Kiev —ahora estoy seguro de que me he extraviado—, pero comprendo que sus explicaciones me servirán tan poco como los mapas en cirílico que hallé en la guantera.

Alguien me observa, pero no se atreve a acercarse. Las mujeres llevan el pelo tapado con pañuelos de colores. Los hombres se reúnen en grupos y hablan de un modo extrañamente cantarín, sin mover los labios. Siempre hay gatos merodeando. Ucrania es el país de los gatos.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy cabeceando hasta que abro los ojos una hora más tarde y ya es de noche. El *Cherokee* sigue aparcado a unos cien metros de la iglesia, ahora una sombra geométrica apenas tocada por una farola cercana.

Más adelante hay otra farola y, al fondo, un racimo de luces que podrían ser el rostro nocturno de un pueblo. Abro la puerta, salto del coche. El aire frío despereza mis sentidos, que vibran, eso no ha cambiado, vuelvo a sentirme mejor en la oscuridad. Renacido, resucitado.

Bajo una tormenta de estrellas, echo a andar hacia el pueblo.

Si contengo mi respiración, oigo el crepitar de la electricidad por el tendido de cables que corre parejo a la carretera, entre postes de madera viejos, no del todo rectos. La magnificencia de la central es un recuerdo imposible de retener aquí, donde la dieta diaria debe componerse de apagones, frío y sal yodada.

Camino y dejo atrás las primeras casas, somnolientas granjas no muy distintas de la propiedad Matsyuk, hasta que me tropiezo con un edificio bajo, hecho de capas de metal a la manera de un feo y enorme armadillo. Tiene una cristalera enrejada y un luminoso que anuncia cerveza ucraniana. Podría ser el bar local o una tienda de licores, el último lugar donde será bien recibido un extraño como yo a estas horas de la noche, pero tengo hambre y sed, y algo más. Una comezón que es nueva y que de pronto reconozco como un ansia de contacto. Necesito gente que me ponga los ojos encima y me dirija la palabra, que me convenza de que no estoy soñando, o muerto, vagando por algún musgoso limbo.

Así que llevo mis pasos hasta la puerta y me quedo un momento allí, desconcertado por el silencio. Tal vez esté cerrado, pienso, pero estoy girando la manilla y la puerta cede y mis ojos descubren a la pequeña cattera de borrachos que se agazapa ante la barra del bar. La música suena a un volumen tan bajo como si un bebé durmiera en la habitación de al lado. Sus miradas vienen a mi encuentro a través del humo de tabaco, pero no son reconfortantes, no descartan la posibilidad de que yo sea un espectro. Uno de los hombres viste un uniforme azul desabrochado, lleno de insignias. Su gorra de plato descansa al lado de una botella de vodka.

Atravieso el local hasta la esquina donde el barman me aguarda con los brazos cruzados y un gesto inexpresivo, ni siquiera hostil. Pido comida en inglés y él se encoge de hombros. Señalo un cartel de coca-cola y entonces hunde su brazo en el frigorífico para sacar una botella. La destapa con un abrebotellas escondido en la gruesa palma de su mano y me la pone delante.

Las frases se intercambian como ráfagas a mi espalda. Imagino que mi aspecto no debe de ser muy tranquilizador, con la ropa sucia de barro y vómito. Podría ser el fugitivo de un campo de concentración, si estuviéramos en guerra (y en cierta forma lo soy, lo estoy). Lo que esta gente no tolera es el modo en que mi irrupción ha arrojado una luz de mediocridad y apatía sobre sus propias vidas, como si llevara un gran espejo colgado de mi espalda.

Azúcar y cafeína por mis venas. Siento que no puedo permanecer aquí quieto más tiempo. Saco la cartera y pregunto el precio del refresco con mi mirada. El barman me muestra los cinco dedos de una mano y otros dos más: un total de siete grivnas. Pero yo no tengo grivnas, solo euros. Le tiendo un billete de cinco y él sacude la cabeza. El murmullo de los otros clientes adquiere crestas y valles, no se sabe si están tarareando un himno o insultándome.

No hay nada más que yo pueda hacer, así que dejo el billete sobre la barra y doy media vuelta para marcharme. El tipo del uniforme se pone en mi camino, con sus pequeños ojos encendidos y acuosos. Dice cosas que parecen desmoronarse de sus labios, como amenazas demasiado graves para sostenerse en pie. Yo le evito y salgo a la calle.

Pero no quiero huir, solo moverme.

Y es tan curioso cómo me hace sentir —el sonido del grupo de hombres cruzando la puerta tras de mí, sus voces y sus pasos ebrios mientras me siguen por la calle— que me demoro para explorar el creciente calor de mis músculos, la euforia relampagueante que al parecer implica enfurecerse.

Rehago mi camino hacia el coche por pura inercia, más atento a mis alquimias internas que al

diagrama de la emboscada en la que estoy cayendo, paso a paso.

En cuanto salimos del pueblo recibo el primer puñetazo en la espalda.

No me hace caer, pero descarrilo a la cuneta y tengo que buscar apoyo en las tablas de una cerca. Trato de recuperar la respiración y lo consigo solo a medias, porque un segundo impacto, esta vez en el mentón, acaba de súbito con mi verticalidad.

Y tan pronto me hallo al mismo nivel que sus botas, llegan las patadas. Patadas en mi estómago, en mis piernas dobladas, en mis brazos encogidos. El hombre uniformado escupe en mi rostro y luego me planta encima su suela de goma.

Entonces ocurre: la humillación como último giro de la llave que me hace reaccionar. Ruedo y me pongo en pie de un solo movimiento. Cien kilos de resolución, aunque resolución tambaleante. No se dan cuenta de que tengo una pistola en la mano hasta que la estoy usando para señalar el pecho del oficial.

Los jaleos se apagan al unísono.

Nadie se mueve.

El cañón de un arma como un ojo de tormenta. Otra vez.

—Fuera —digo en español, ¿qué importa?—. ¡Fuera!

Y por un instante tengo la impresión de que si, de que van a obedecer, porque los miro con el desapego de quien ya ha matado antes y ellos están borrachos y son violentos pero no quieren morir, y se marcharán por donde han venido y me dejarán en paz, maldito loco extranjero, que se lo lleven los demonios.

El hombre uniformado se aleja caminando hacia atrás, tiene miedo de darme la espalda. Hay un odio de polichinela en su rostro, una severidad risible, pero entonces veo una sonrisa aletear en el borde de sus labios y con un escaso segundo de anticipación sé lo que va a ocurrirme.

Apenas tengo tiempo de girar la cabeza.

El tipo que se ha deslizado por mi espalda levanta su barra de hierro y la descarga contra mi cráneo.

En este sueño llevo un traje que pesa muchos kilos. Es casi imposible moverse con él, pero sé que debo correr, subir y bajar escaleras a toda prisa. Me va la vida en ello.

Reconozco el techo del reactor número 4 de los vídeos en *You Tube*. El gran agujero humeante y los escombros esparcidos por todas partes. Ahora lo sé, en el eco de mi respiración contra la máscara verifico que formo parte del escuadrón de liquidadores. Llevo una pala de mango largo y mi misión es sencilla: devolver el grafito diabólico a su infierno. Nos han ordenado que descontemos de 120 hasta 0 y entonces salgamos de allí sin perder un segundo, pero ya hace rato que he perdido la cuenta, me limito a llenar la pala y volcarla dentro del enorme boquete, una y otra vez, una y otra vez, a la espera de que alguien me haga una señal. El calor es insoportable dentro del exoesqueleto de plomo y temo que podría desmayarme en cualquier momento.

Entonces observo a uno de mis compañeros, un robot humano que de pronto se aleja del grupo. Se aproxima al borde del tejado, muy despacio. Me cuesta comprender lo que está haciendo con sus manos: desnudarse. Lo primero que se quita es la máscara, descubriendo un rostro blanco y juvenil que se me antoja inmediatamente familiar. Después el casco, los guantes.

No le resulta fácil despojarse de las planchas adheridas a su pecho, su entrepierna y su espalda, pero tiene tiempo de sobra para hacerlo, porque nadie se toma la molestia de detenerle, o siquiera darle un grito de advertencia.

Este muchacho en camiseta blanca es el padre de Grisha. Lo sé porque en los sueños uno sabe cosas como esa, sin más, las sabe. Y lo sé por su pelo dorado y sus brazos largos de escoba. Y lo sé por la claridad que mana de sus ojos azules, como si una fuente antigua pudiera reencarnarse en muchacho de veinte años.

Suelto la pala y me acerco hasta él, también despacio, no tan alarmado como hechizado.

—¿Qué estás haciendo? —le digo. Odio el sonido castrado de mi voz a través de la máscara —. ¡Es una locura quedarse aquí sin protección, te vas a matar!

El padre de Grisha pone su mirada sobre mí. Sonriendo.

—No hay ninguna diferencia. Olmo —me confía en voz baja, como un secreto—. Ninguna diferencia.

Y ahora despierto.

Un techo mapeado con macizos de desconchones y ríos de grietas. Una parrilla de cinco tubos fluorescentes, de los que solo funcionan dos. En ocasiones, parpadea un tercero. Lo hace cada tres minutos y medio, como norma, aunque a veces los intervalos se acortan y la pauta se pierde durante un minuto caótico.

Me llamo Olmo Lasa Vázquez y estoy vivo, tumbado en la cama de algún hospital ucraniano. O.L.V. Como olvido. Pero no he olvidado nada.

Hay dos enfermeras que vienen a verme, me cambian la gasa de la cabeza y me traen una bandeja con comida insípida. Detecto la medicina en el zumo que bebo. Una de ellas es increíblemente delgada, alta y joven; la otra justo lo contrario. Ninguna sabe inglés, pero la flaca al menos me sonrío.

Entre las cosas que no he olvidado: asesiné a mis padres cuando tenía quince años.

Ayer me levanté para buscar el baño. No había nadie a quien llamar y tuve que salir de la habitación por mi propio pie. Me mareé y caí desplomado en mitad del pasillo. Quedé boca arriba como una tortuga hasta que alguien pasó y me vio. No fue una enfermera, sino un niño. Por un instante creí que se trataba de Grisha, ahí parado, juzgándome, dispuesto a perdonarme o a lapidarme con su desprecio. Pero era un niño anónimo y lo que hizo fue avisar a las enfermeras.

Así he descubierto que no estoy en un hospital, sino en un orfanato: cada rato veo la cabeza de un chaval asomándose por la puerta de mi habitación, los hay mayores y pequeños, todos con el pelo muy corto, pero no necesariamente enfermos. He debido de convertirme en el huésped misterioso del edificio. El extranjero con la cabeza vendada.

Entre las cosas que no he olvidado: asesiné a Ricard Amer rompiéndole el cuello.

Esta mañana he oído a la enfermera mayor hablando con un hombre al otro lado de la puerta. A través del cristal esmerilado podía distinguir una silueta grande y azul. ¿El hombre uniformado? Quizá no me han llevado a un hospital de Kiev porque eso implicaría muchas preguntas incómodas. Quizá soy un prisionero.

No sé nada de mi documentación, ni del coche, ni de la pistola. Mi única pertenencia parece

ser el abrigo que cuelga del perchero. Lo compré en el aeropuerto de Marsella, con Grisha; de eso también me acuerdo.

A través de una ventana muy estrecha veo cuándo se hace de día y de noche.

Dios, cómo necesito llamar a Patricia.

Entre las cosas que no he olvidado: asesiné a un hombre apodado Babka en el bosque de Chernóbil.

Aunque esto presenta algunas complicaciones. ¿Sabes, Julia? Una parte de mi cabeza no termina de creérselo. Una parte de mi cabeza dice que Babka no existió jamás; dice que Babka soy yo. He tenido que mirar mi cuello *en* el espejo del baño para asegurarme de que no hay ningún tatuaje.

Y, sin embargo, tiene sentido. Babka soy yo. Grisha soy yo. Euge soy yo. Incluso tú eres yo, Julia. Todas las personas que he conocido habitáis en mi cabeza, y tal vez no haya nada más allí. Tal vez Olmo no es otra cosa que un puzzle hecho con los fragmentos de vuestra vida que he ido robando. Después de todo, en el cole me llamaban Frankenstein.

Pero si a alguien me parezco es a Emilio, ¿te acuerdas? El hombrecito del chaleco verde encaramado en la azotea de la biblioteca. Cortejando a la muerte. Creo que llevo en lo alto de una azotea todos y cada uno de mis días desde aquel verano, el de las cuestas en bicicleta y los campos de arroz.

Pero aquí sigo, al parecer indestructible.

Un día levantaré el teléfono y llamaré a Patricia, o ella me encontrará, no debería resultarle muy difícil. Me llevará ante un juez y entonces me ayudará a convencerle de que yo no maté a mi vecina Adela, a pesar de las huellas, a pesar del sobre con su dinero que dejé en el hotel francés. Me ayudará a convencerle de que yo no maté a mi mejor amigo en aquel lugar, a pesar de los testigos, a pesar de mi huida. Les convencerá de que no lo hice igual de que les convenció de que no te maté a ti, y saldré en libertad, pero no seré libre, porque ellos no me pueden absolver por el crimen que sí cometí.

Hoy he caminado hasta la otra punta del pasillo, he atravesado una sala con televisión y he llegado al vestíbulo principal. Antes de que advirtiera mi presencia, he visto a la enfermera de más edad preparándose para salir. Iba vestida de luto, sus mejillas tan blancas como el papel.

—¿Grisha? —he preguntado, y ella me ha respondido con unos ojos imposiblemente tristes.

Porque este es el lugar donde fue abandonado Grisha, el hijo del liquidador. Un santo nacido de un mártir. Me pregunto si en los archivos figurará el nombre de sus padres. Una dirección. Una historia. Pero qué importancia tiene ya.

Grisha Matsyuk ha muerto.

Los dormitorios de los niños se encuentran en el ala opuesta del edificio. La planta baja está ocupada por los más pequeños, unos treinta, repartidos en salas de seis cunas. A las cuidadoras no les gusta verme por aquí, con el abrigo por encima del pijama y mi cabeza de momia, pero tampoco me lo impiden. Actúan como si fuera el fantasma de un abuelo bonachón. A los niños no les ocurre nada malo, son preciosos. Yo me deslizo entre ellos, vampirizando su olor, sus

gorjeos, sus movimientos.

Luego asciendo el siguiente tramo de escaleras, hacia el reino de los aullidos y las carreras, pero hoy lo encuentro desierto. Todos los niños han desaparecido. Con el corazón encogido, me asomo por la ventana de una habitación y los veo: una pequeña tropa de chicos y chicas jugando en el jardín de atrás, bajo un sol esforzado. Observo el vapor que sale de sus bocas al reír. Decido que tan pronto como tenga fuerzas para salir arreglaré ese columpio que cuelga roto al fondo. Más atrás se levanta una instalación de plástico transparente que podría ser un invernadero.

Atravieso los dormitorios vacíos, contemplando los peluches y los cajones de juguetes como se contempla un exótico fondo marino. Pósters de Shakira y de Jenson Button, revistas de videojuegos. Crucifijos encima de las puertas y un ejército de zapatillas debajo de las camas.

Al fondo del pasillo se abre un aula con hileras de pupitres y una gran pizarra negra que me atrae con la gravedad de los infinitos mundos que se esconden en una tiza. Voy hasta ella, obligado, y escribo simplemente:

RAY.

El nombre del hijo de Euge y Syl es lo único con perfecto sentido que viene a mi mente. Ray. Un rayo que parte por la mitad pasado y futuro. Un relámpago de presente puro.

Me acometen unas súbitas ganas de llorar, lo que no he aprendido a hacer todavía sin estremecerme de vértigo, así que aparto la vista de la pizarra antes de que sea demasiado tarde.

Entonces descubro otra puerta, la última, en la esquina más ignorada del aula. Su superficie desnuda y blanca no ofrece pistas de lo que pueda esconderse detrás, y sin embargo, me llega del otro lado una poderosa sensación de incumbencia, de encuentro inevitable. Como dos rectas paralelas que, al fin, se tocan en el infinito.

Lo que desvelo al girar el pomo es una oscuridad impenetrable, gelatinosa. Tengo que surcarla a tientas, esquivando bultos, para alcanzar la correa de una persiana y alzarla de un tirón. A mi alrededor, por toda la habitación, centenares de libros se alzan en *torres amorfas* y desiguales, como cargamento abandonado apresuradamente. Por las cuatro paredes se extienden estanterías medio vacías, el esqueleto de una biblioteca.

O su embrión.

Miro los lomos y no entiendo una palabra de lo que dicen, pero ¿acaso importa? Estos chicos nunca van a buscarlos por orden alfabético.

Así que, sin pensarlo realmente, me encuentro cogiendo los libros de los montones y colocándolos en las estanterías de acuerdo con un criterio puramente físico, según tamaños, colores y colecciones. Y dejándome llevar por esta especie de compulsión artística me parece estar a cada instante mucho más cerca de las cosas reales, de todas las cosas que de verdad importan.

Es un trabajo inabarcable, podría llevarme días. Pero me quito el abrigo y continúo, libro a libro.

Una rato después oigo a los niños que regresan del exterior, y con ellos el ciclón de voces y pasos al otro lado. Aunque sé que nadie me va a interrumpir. Mientras la puerta permanezca cerrada este es el mejor escondite del universo; tengo la impresión de que podría quedarme encerrado aquí hasta morir, y solo entonces, por el olor de mi cadáver, alguien realizaría el gesto de abrir y mirar.

Si me estuviera escondiendo. Pero ya no.

Ha anochecido cuando termino mi trabajo, bajo la luz de una enorme bombilla de fabricación soviética distinta a cualquier bombilla que yo haya visto antes. Ya no queda nada sobre el suelo más que polvo, y en las paredes los colores respiran como el lomo de un dragón dormido, sus libros como escamas.

Sudando y exhausto, abro la puerta y encuentro a un puñado de muchachos agazapados al otro lado. Tal vez he estado cantando, o hablando en voz alta durante horas sin ser consciente de que lo hacía. Los mayores llevan un pijama idéntico al mío, lo que confiere a la escena un aire perturbador o cómico, dependiendo del observador.

—Hola —les digo en un susurro. Imagino que el resto de los chicos está durmiendo en sus literas y no quiero que nadie salga corriendo por los pasillos en busca de las cuidadoras.

La cuadrilla de insomnes responde al saludo con la misma cautela, pero existe un peaje por su complicidad. Me lo dan a entender con sus miradas inquietas, obsesionadas por saber lo que se oculta en la misteriosa habitación a mi espalda.

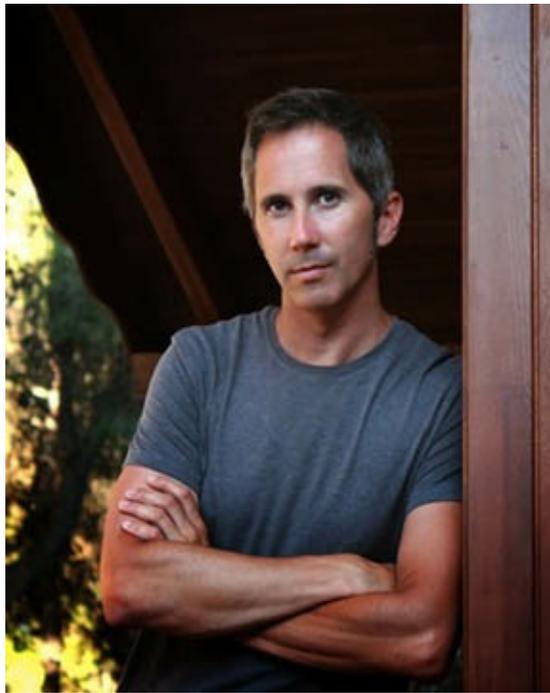
¿Cómo explicarles lo que es una biblioteca?

Entonces me acuerdo. Regreso en busca de mi abrigo y saco el papel del bolsillo. Me acuclillo para ponerlo en el suelo y planchar las arrugas con la enorme palma mi mano, mientras ellos me rodean y escudriñan fascinados. Luego me levanto. Busco en la mesa del profesor algo que creo haber visto antes. Un expendedor de celo. Corto dos tiras y las llevo adheridas a mis dedos hasta la puerta de la habitación secreta. Entonces las uso para colgar el papel.

Y ahí está otra vez. En el final, el principio. Imponiéndose con la misma autoridad de trazos sombríos, los mismos ojos grandes y encenagados, las orejas puntiagudas y lívidas, el sombrero picudo, la barba que se enrosca como una serpentina y el chaleco de color ceniza. Pero sobre todo, con su dedo.

El dedo huesudo que parte en dos su envenenada sonrisa, diciendo:

Chitón.



ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN (Pamplona, 1972) es uno de los autores más reconocidos del nuevo género fantástico español. Especializado en el desarrollo de guiones cinematográficos, comenzó a publicar novelas en 2006. Después de rendir un homenaje al maestro Lovecraft con *Infierno nevado* (Transversal), decidió llevar el terror a un escenario cotidiano con *Rojo alma, negro sombra* (451 Editores), novela que le mereció su primer Premio Celsius a la mejor obra fantástica del año, así como el premio Noche de la Asociación Española de Escritores de Terror. La editorial Salto de Página publicó sus dos siguientes novelas: el *thriller* oscuro *Mujer abrazada a un cuervo*, de nuevo ganadora del premio Celsius, y *El escondite de Grisha*, aplaudida por El Cultural como una buena, original y desasosegante historia de almas trastornadas. Dos veces finalista del premio Ignotus, también ha participado en diversas antologías de relatos como *Visiones* (AEFCFT), *Hombre Lobo* (451 Editores), *Aquelarre* (Salto de Página), *Bleak House Inn* (Fábulas de Albión) y *La soledad es el hogar del monstruo* (Imagine Press Ediciones).